

# nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 20, 2º semestre de 2025

## (Des)Memorias de la Transición



fundación de  
investigaciones  
marxistas



# Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

ISSN: 2529-9808



**Usted es libre de:**

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

**Bajo las siguientes condiciones:**

- No comercial: No puede utilizar los contenidos de esta revista para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

**Con el siguiente caso particular:**

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

***Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM***

**ISSN:** 2529-9808 • **Edita:** Fundación de Investigaciones Marxistas • **Coordinadores:** Manuel Bueno Lluch, José Gómez Alén, Julián Sanz Hoya y Santiago Vega Sombría • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Eduardo Abad García, Juan Andrade Blanco, Juan Manuel Andrés Díaz, María Ayete Gil, Sergio Cañas Díez, Ángel Duarte Montserrat, Francisco Erice Sebares, Sergio Gálvez Biesca, Juan Carlos García-Funes, José Luis Gasch Tomás, Joan Gimeno i Igual, David Ginard i Féron, Paula González Pons, Fernando Hernández Sánchez, Gustavo Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, Mélanie Ibáñez Domingo, José Luis Martín Ramos, Miguel Ángel Peña Muñoz, José Emilio Pérez Martínez, Guillem Puig Vallverdú, Xavier Ramos Díez-Astrain, Elisabeth Ripoll Gil, Jordi Sancho Galán, Sofía Rodríguez Serrador, Víctor Santidrián Arias, Jorge Torres Hernández y Julián Vadillo Muñoz • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez • **Diseño del interior y maquetación:** Manuel Bueno Lluch • **Imagen de portada:** Detalle de fotografía de desmontaje de estatua de Franco, en Valencia, en 1983 (EFE, Archivo Histórico del PCE). • **DL:** M-3046-2017.

**Envío de colaboraciones:** [nuestrahistoriafim@gmail.com](mailto:nuestrahistoriafim@gmail.com)

Impresión subvencionada por transform! europe.

transform! europe se financia parcialmente a través de una subvención del Parlamento Europeo.

# Nuestra Historia

Revista de Historia de la FIM

Número

20

Segundo semestre de 2025

# ÍNDICE

---

## EDITORIAL

### Número 21

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia* 7

---

## DOSSIER: (DES)MEMORIAS DE LA TRANSICIÓN

### Presentación

Sofía Rodríguez Serrador y Francisco Erice 13

### Una transición desde el núcleo y no desde la periferia. El ejemplo de la ausencia de las reivindicaciones de las mujeres de preso

Irene Abad Buil 16

### Sin mitos

Ferran Archilés 20

### La Transición soñada

Sophie Baby 25

### Suárez, el *desarrollismo*, la moderación y una oposición débil: a vueltas con los tópicos sobre la Transición

Pau Casanellas 30

### Del Franquismo a la Democracia. La Transición Política como tarea colectiva

Francisco Cobo Romero 36

### Entre historia y memoria: la tarea de pensar la transición

Ángeles González Fernández 42

### La Transición, entre historia y presente

Elena Hernández Sandoica 46

### Transición compleja a una democracia incompleta

José Luis Martín Ramos 53

<b>España, 1975-1977: la democracia que se ganó en la calle</b> Óscar J. Martín García	57
<b>La movilización social y la Transición</b> Carme Molinero	63
<b>La movilización antifranquista en la implantación de una democracia legítima (y, como todas, mejorable)</b> Mónica Moreno Seco	68
<b>La Transición a la democracia: una suma de limitaciones</b> Xosé Manuel Núñez Seixas	74
<b>La Transición fue posible, pero no perfecta</b> Teresa Ortega López	78
<b>Pendiente de llegar, La Transición española, la historia y la memoria</b> Gonzalo Pasamar Alzuria	84
<b>Un dictador que agonizó con su régimen</b> Ismael Saz	90
<b>Una compleja transición a la democracia</b> Pere Ysàs	94

---

**ENTREVISTA**

<b>Xesús Alonso Montero. Sociolingüista, filólogo, historiador. El compromiso antifranquista y la pasión por la cultura gallega</b> José Gómez Alén	101
--	-----

---

**NUESTROS CLÁSICOS**

<b>Manuel Tuñón de Lara y la Historia: de la «ciencia» a la pasión por descubrir y narrar el pasado</b> Carlos Forcadell Álvarez	137
<b>¿Para qué sirve la Historia?</b> Manuel Tuñón de Lara	143

---

**LECTURAS**

- Una historia total de la lucha por la libertad humana**  
Sergio Gálvez Biesca 149
- Escritura, testimonio e intermediación. La vida de Martín Centelles Corella: carpintero, comunista, guerrillero y exiliado**  
Mario Bueno Aguado 154
- Obreros, estudiantes, mujeres y cultura: voces de la Zaragoza antifranquista**  
Jordi Sancho Galán 158

---

**MEMORIA**

- ¿Hacia la tumba del mito de la Transición? Del movimiento memorialista al 15M, las grietas para la memoria democrática**  
Leila Tazir 163
- #StolenMemory España. Una iniciativa europea de memoria histórica**  
Antonio Muñoz Sánchez 171
- Antonio Jaén Morente (1879-1964). Memoria de un republicano andaluz**  
Manuel Toribio García 183

- 
- AUTORES (DOSSIER, ENTREVISTA Y NUESTROS CLÁSICOS)** 189

## EDITORIAL

# Número 20

### Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

Llegar al número 20 no es un simple hito aritmético. Para una revista como *Nuestra Historia*, hecha con medios modestos, sin padrinos institucionales ni coberturas académicas complacientes, alcanzar esta cifra es un acto de resistencia cultural. En una época dominada por la producción acelerada de textos, por los indicadores burocráticos de «impacto» y por una mercantilización creciente del conocimiento, sostener durante años un proyecto editorial que combine rigor historiográfico, compromiso social e intervención cultural es un desafío al que seguimos intentando responder.

*Nuestra Historia* nació —y sigue viva— con una convicción sencilla y exigente: la historia no es un pasatiempo erudito ni un archivo muerto, sino una herramienta para entender el presente y disputar el futuro. La investigación histórica, hecha con método, fuentes y debate crítico, debe ir de la mano de un compromiso social, cívico y democrático. Lejos de una presunta objetividad que suele encubrir un sesgo conservador, reivindicamos una historia que no renuncie a explicar las relaciones de poder, los conflictos sociales y las luchas por la emancipación.

Esta tarea resulta hoy más urgente que nunca. Vivimos una era atravesada por la proliferación de bulos, la desinformación sistemática, la difusión de discursos anti-



científicos, el revisionismo histórico y el avance de ideologías reaccionarias, xenófobas, ultranacionalistas, machistas y autoritarias. El pasado se ha convertido en un campo de batalla central. No se trata solo de interpretarlo, sino que estamos presenciando su descarada manipulación para legitimar proyectos políticos que cuestionan derechos, libertades y conquistas sociales que han costado generaciones de luchas.

Frente a ello, la historia crítica no es una opción: es una necesidad.

El panorama del presente se presenta en tonos sombríos. Sin duda, el avance del Derecho Internacional heredero de las esperanzas surgidas después de la victoria sobre el Eje en 1945 ha sido difícil y con desoladora frecuencia sus grandes declaraciones se han quedado en papel mojado. Pero al menos parecía constituir un centro de referencia simbólico en las relaciones internacionales, que ahora es abiertamente despreciado por líderes reaccionarios como Trump. Los Estados Unidos dan una nueva vuelta de tuerca imperialista anunciando la reactivación de la doctrina Monroe, en una versión desvergonzada y declaradamente orientada al saqueo económico: violación de la soberanía venezolana, acentuación del bloqueo (impidiendo la llegada de petróleo y otros suministros básicos) para tratar de ahogar al pueblo cubano, amenazas a sus aliados europeos sobre Groenlandia... Este gansterismo de Trump anima, ampara y respalda a otros líderes como Netanyahu o Erdogan en sus prácticas genocidas sobre palestinos y kurdos, respectivamente. Más aún, con este número a punto de publicarse, EEUU e Israel han lanzado una guerra de agresión sobre Irán, con bombardeos criminales sobre civiles, y el ejército israelí ha invadido de nuevo el Líbano, bombardeando y obligando a la emigración masiva de población libanesa. Mientras tanto, continúan también las prácticas genocidas, la limpieza étnica o las violaciones sistemáticas de derechos humanos en Darfur, Irán, Birmania, Congo, Ucrania y tantos otros escenarios, en muchos casos ante la complicidad o la pasividad de las potencias internacionales.

El momento coincide además en España con dos aniversarios que atraviesan la discusión pública y la memoria colectiva, los de 1936 y 1975-1976. Dos momentos que

no son simples marcadores cronológicos, sino hitos relevantes en el sentido de nuestro presente.

1936 fue el año del Frente Popular, de la convergencia de partidos, movimientos y tradiciones democrático-liberales y obreristas frente al avance de la reacción y el fascismo, un ejemplo que se recuerda a diario -no sin frecuentes errores y mistificaciones- en los debates de la izquierda actual. Fue también el año del intento de golpe de Estado protagonizado por esos sectores reaccionarios, con el apoyo decisivo de las potencias fascistas, que ahogó en sangre el proyecto de reformas sociales, democratización y ampliación de derechos que había significado la Segunda República. Aquella sublevación provocó una desastrosa guerra civil, una guerra que terminó con vencedores y vencidos, una división que además la dictadura franquista prolongó durante cuatro décadas de revancha de los enemigos de la democracia.

Por eso resulta profundamente problemática la fórmula de que «la guerra la perdimos todos»: no la perdieron quienes impusieron una dictadura, se apropiaron del Estado para beneficiar a la clase dominante, impusieron un proyecto reaccionario suma de fascismo y clericalismo y reprimieron durante décadas a la clase trabajadora y a la oposición democrática, además de engrosar los bolsillos de toda una serie de familias, individuos y empresas directamente beneficiados de la rampante corrupción del poder franquista.

En este contexto se inscribe la reciente polémica en torno a las jornadas organizadas en Sevilla. El título elegido invisibiliza la violencia estructural del franquismo y el hecho elemental de que hubo una victoria política, social y militar del bloque reaccionario, equiparando a quienes sufrieron de manera inmisericorde la represión, la hambruna y el retroceso de derechos con quienes impusieron condenas de muerte y

salarios de miseria, sacando pingües dividendos de ello. Que entre los invitados figuren destacados representantes de la nueva ola reaccionaria, orgullosos herederos de los beneficiarios del régimen, no hace sino reforzar ese sesgo y explica la polémica nacida en las redes sociales.

Con todo, las redes resultan un espacio difícil para un debate serio y matizado. El asunto interpela a quienes defendemos una historia rigurosa y el compromiso con valores democráticos: ¿Debemos participar en espacios hostiles o mal planteados, pero que al fin y al cabo son otro escenario de la batalla cultural? ¿Es una alternativa replegarnos o quedarnos en los circuitos afines o más pulcros, sea académica o políticamente? Rechazar marcos falseados es legítimo y puede entenderse como una forma de denuncia y deslegitimación de los mismos. Al tiempo, renunciar a intervenir en foros incómodos supone dejar el terreno libre a la distorsión, esquivar el debate directo con el revisionismo ahistórico o la historiografía conservadora, desechar espacios de discusión y exposición pública que pueden ser relevantes en la creación de sentidos y relatos sobre el pasado.

Después de casi cuatro décadas, la muerte de Franco abrió otra ventana histórica. Debe recordarse, en todo caso, que la desaparición del dictador no trajo la democracia, ni siquiera abrió realmente un proceso de transición. Fue el momento en que una dictadura ya en crisis perdió su principal referente de cohesión. Desde finales de los años sesenta el régimen estaba sometido a una presión creciente: antes que nada, por la conflictividad vinculada al combate de un movimiento obrero cada vez más poderoso, sin olvidar las movilizaciones estudiantiles, las luchas vecinales, el desarrollo de reivindicaciones nacionales en Euskadi, Cataluña, Galicia... Todo ello había erosionado seriamente los

pilares del franquismo mucho antes del «hecho biológico».

Los primeros meses de 1976 resultaron por ello claves, por la oleada de huelgas sin precedentes que se desató aquellos meses, acompañada de las multiplicación de las demandas democratizadoras. Sin esa oleada de movilización social, sin el protagonismo del movimiento obrero y otros actores colectivos, no habría habido un cambio político real. La Transición no fue un regalo ni una concesión graciosa, sino el resultado de una correlación de fuerzas que obligó a la dictadura —y a quienes querían perpetuarla sin Franco, más o menos maquillada— a negociar una salida. Por eso han resultado problemáticas las celebraciones oficiales, de impacto probablemente muy limitado, con su lema de «50 años de libertad». La libertad en absoluto comenzó en 1975: se conquistó, con sacrificios, represión y renunciaciones, a lo largo de un proceso lleno de límites, contradicciones y pactos desiguales que permitieron reconquistar la democracia en España. Un sistema democrático parlamentario cuyos logros es necesario defender más que nunca, pero siendo bien conscientes de sus limitaciones (desde la monarquía heredada a la «ley mordaza», la explotación laboral, el racismo estructural y el incumplimiento del derecho a la vivienda, por poner algunos ejemplos) y de los peligros involucionistas a que nos enfrentamos.

Este número 20 de *Nuestra Historia* quiere intervenir precisamente en este terreno de memoria, interpretación y debate. Por eso presentamos un dossier, coordinado por Sofía Rodríguez Serrador y Francisco Erice, en forma de encuesta a un amplio conjunto de dieciséis especialistas de primer nivel sobre el franquismo y la transición. El objetivo ha sido contar con una mirada plural, temática y generacionalmente, en torno a preguntas fundamentales para

entender la dictadura, su crisis y su final, el lugar del movimiento obrero, los movimientos sociales o la cuestión nacional, los factores que explican cómo se desarrolló la transición, las posibilidades existentes, o las memorias, los mitos y el tratamiento educativo sobre aquellos años.

La lucha por la democracia, las luchas del movimiento obrero y la defensa de la identidad y la cultura gallega convergen en la Entrevista de este número, que llega en un momento especialmente triste, al publicarse apenas unas semanas después del fallecimiento de Xesús Alonso Montero. Desde el dolor que nos provoca su desaparición, lamentamos que no haya podido llegar a ver plasmada la entrevista, que ahora constituye un acto de homenaje de *Nuestra Historia* al más prolífico de los intelectuales gallegos. Una revista que leía habitualmente en su edición en papel, identificado con el tipo de publicación científica que, una vez más, reivindicamos en este editorial. El profesor Alonso Montero fue entrevistado por nuestro compañero José Gómez Alén en diferentes momentos de los últimos años, pues su intensa actividad impedía hacerlo de otro modo. La entrevista, que ve ahora la luz en una versión resumida, ofrece un diálogo sobre diversos aspectos de una vida que abarca casi cien años, 75 de ellos de intensa actividad intelectual, para transitar desde una infancia condicionada por el golpe de julio de 1936 y las diversas etapas de su formación hasta la universidad; el origen de las ideas motoras de su vida y actividad profesional; su adscripción al marxismo, eje de su pensamiento y siempre presente en su actividad y visión del mundo; su militancia política en la base del Partido Comunista; su carrera académica, con la presencia siempre constante de sus exalumnos y discípulos producto de su magisterio, ejercido en la Universidad y sobre todo en la Enseñanza Media; su permanente

actividad en todos los campos de la cultura gallega, como creador de la sociolingüística en Galicia; su dedicación a la defensa de la lengua gallega y al estudio y difusión de sus principales escritores, además de sus incursiones en la creación literaria o la historia, interesado siempre en el estudio de la represión franquista y la recuperación y difusión de la «memoria histórica» en Galicia. Xesús Alonso Montero es la gran figura de las letras gallegas, no solo por la diversidad de la inmensa obra que nos deja publicada y las más de 5.000 conferencias impartidas durante su larga vida, sino también por el compromiso social que mantuvo con las grandes causas de la humanidad y que ejerció desde abajo como un simple militante de base, con el marxismo como hilo conductor de su militancia política en el Partido Comunista y con una mirada en largo en todas las áreas de conocimiento cultural que frecuentó y que difundió por todos los rincones de Galicia, por España, Europa y América durante 75 años.

La memoria de la intelectualidad crítica continúa en Nuestros Clásicos, nada menos que con un texto de Manuel Tuñón de Lara, de tono didáctico, sobre la renovación de la Historia y su utilidad social, que cuenta con una cuidada introducción de Carlos Forcadell sobre la concepción de la historia en Tuñón.

El apartado de Lecturas nos trae en esta ocasión tres reseñas de gran interés. Destaca, por la ambición interpretativa de esta «nueva historia de la humanidad», la que dedica Sergio Gálvez al libro de Graeber y Wengrow, *El amanecer de todo*. A continuación, la temática del antifranquismo está presente en las reseñas de Mario Bueno sobre las memorias del guerrillero comunista Martín Centelles y de Jordi Sancho en torno a un reciente libro colectivo sobre las luchas antifranquistas obreras, universitarias, femeninas y culturales en Zaragoza.

Los aspectos centrales del número tienen continuidad en el apartado de Memoria, con tres contribuciones que exploran diferentes dimensiones de la memoria democrática. Así, Leila Tazir analiza, desde el movimiento memoria-lista hasta el 15M, las fisuras abiertas en el relato dominante de la Transición. Antonio Muñoz presenta la iniciativa europea #StolenMemory España, orientada a la identificación y restitución de bienes personales de deportados al nazismo. Finalmente, Manuel Toribio recupera la figura de Antonio Jaén, destacando su trayectoria como intelectual y republicano andaluz.

De este modo, las temáticas abordadas y las preguntas del dossier forman parte de una concepción de la historia. Significan rechazar la historia como relato tranquilizador y asumirla como campo de conflicto. Significan afirmar que la democracia no se hereda, se construye. Y que comprender cómo se construyó un avance democrático —y sus límites— es imprescindible para defenderla hoy. *Nuestra Historia* sigue apostando por esa tarea. Contra la tentación de un academicismo enclaustrado, contra la banalización del conocimiento y contra el uso reaccionario del pasado, seguimos creyendo que la historia crítica es una forma de compromiso con el presente.

# 10 años de nuestra historia

La Revista de Historia de la FIM

fundación de  
investigaciones  
marxistas



 **transform!**  
europe

[revistanuestrahistoria.com](http://revistanuestrahistoria.com)

## DOSSIER

# Presentación

**Sofía Rodríguez Serrador**  
*Universidad de Valladolid*

**Francisco Erice**  
*Universidad de Oviedo*

El año pasado se cumplieron 50 de la muerte del dictador Francisco Franco, efeméride que, bajo el título de «España en libertad», inauguró las conmemoraciones oficiales del proceso de transición a la democracia. Desde *Nuestra Historia* consideramos que la celebración de la relevancia de dicha fecha obligaba a una reflexión sobre las diferentes dimensiones, protagonistas y mitos de la Transición. Quizá la primera cuestión, por ser la más evidente, era si 1975 realmente suponía el inicio de un tiempo de libertad. Aunque el dictador había muerto, la dictadura mantenía el pulso y el futuro democrático todavía no era una realidad. En este sentido, el año 1976 se presentaba igualmente incierto y fue, a todas luces, un momento crítico, con un gobierno continuista, una conflictividad social creciente, una movilización laboral en plena escalada – teñida de un poso de reivindicación democrática- que, como respuesta encontró, en no pocas ocasiones, la violencia institucional, como demostraron los sucesos del 3 de marzo en Vitoria, cuyas víctimas han sido recientemente reconocidas y homenajeadas por el actual gobierno.

En aquel contexto político-social de



1976, *Hermano Lobo* editaba bajo el título *Verano&Fascismo* el número especial de junio, cuya portada, ilustrada con una viñeta de Chumy Chumetz, sentenciaba «—Hay veranos que duran cuarenta años —O más». Buena parte de la arquitectura institucio-

nal franquista sobreviviría hasta 1977, caso del Movimiento, el TOP —que siguió juzgando delitos políticos—, la Sección Femenina o la OSE. La sociedad todavía tardaría en participar de unas elecciones democráticas, y lejos aún quedaba la Constitución. Sin embargo, en las décadas posteriores se configuró hasta prevalecer en el imaginario colectivo una narrativa hegemónica de la Transición como un proceso modélico y exitoso, imbuido de un supuesto espíritu de reconciliación. Se articuló así una representación casi idealizada en la que la Transición quedó canonizada como pilar legitimador —y exclusivo— de la democracia española; en consecuencia, cualquier impugnación de este relato único se interpretaba como una deslegitimación del propio sistema democrático. En este contexto, la Constitución se erigía en paradigma del «milagro de la Transición» y, como si de un texto taumatúrgico se tratase, venía a poner punto final al arraigado espíritu «guerracivilista» del país. Obviando las experiencias democráticas que habían supuesto la I y la II República. Esos relatos coexistieron con la idea de una Transición fracasada o inacabada, que revelaba aquel proceso político como un pacto de élites para perpetuarse en el poder y que no dejaba de ser un pacto del olvido. Frente a la Transición desde arriba, se contraponía la Transición «de la calle», la Transición que pudo —o debió— haber sido. Lo que la Transición traicionó. De este modo, desde la década de los ochenta, y hasta el cambio de siglo, hemos asistido a la reelaboración de un relato más o menos oficial de la Transición que, dependiendo de la etapa y del color de gobierno, destacaba unos aspectos u otros, pero que se mantenía alejado casi siempre de la necesaria comprensión crítica propia del análisis histórico. Sería a inicios de los dos mil, y entre otros factores, por la influencia del movimiento memorialista, cuando

apareció un cuestionamiento más serio, profundo y reflexivo de este periodo, que desafiaba la imagen —todavía dominante en aquellos años— de una Transición «limpia» que ignoraba las pervivencias del franquismo. En diversos aspectos (sociales, culturales, incluso institucionales), un cierto legado de la dictadura se ha mantenido vivo en nuestro país, como las encuestas y algunos comportamientos políticos recientes parecen demostrar. Algo más de dos décadas después —y celebraciones del aniversario mediante— todavía cuesta abordar en el debate público una interpretación más poliédrica, compleja e integral de estos años. De ahí, una segunda consideración oportuna, que nos hacemos desde *Nuestra Historia*, es qué relato —y qué memoria(s)— de estos años se recupera, dónde ponemos el foco y qué aspectos quedan en la sombra. Especialmente porque no pueden obviarse los usos políticos —pasados y presentes— de la Transición, ya sea como escudo o como arma arrojadiza. Ni que las cuestiones políticas han concitado mucha más atención que las sociales, los actores colectivos han quedado opacados por el personalismo político, y que los protagonistas han tenido mucho más espacio que las protagonistas.

Quizá la mayor utilidad social de las efemérides sea «airear» la Historia: trasladar el debate académico a la opinión pública, situar a la ciudadanía ante el espejo del pasado reciente y constatar su herencia. Si celebrar el año 1975 era necesario, igualmente imprescindible es conducir la mirada más allá de ese momento. Hagámoslo sobre un espacio y un tiempo más amplio.

Desde este planteamiento, *Nuestra Historia* decidió reflexionar sobre este periodo con el presente dossier, «(Des)Memorias de la Transición». En él, historiadoras e historiadores de prestigio (Irene Abad Buil, Ferran Archilés, Sophie Baby, Pau Casanellas, Francisco Cobo Romero, Ángeles Gonzá-

lez Fernández, Elena Hernández Sandoica, Óscar J. Martín García, José Luis Martín Ramos, Carme Molinero, Mónica Moreno, Teresa María Ortega López, Gonzálo Pasa-mar, Xosé M. Núñez Seixas, Ismael Saz y Pere Ysàs) analizan las transformaciones de aquellos años. Para ello, se les propuso articular sus textos en torno a un breve cuestionario que aborda asuntos tales como la importancia de la muerte del dictador para el inicio de la Transición; los factores —sociales, económicos, políticos o culturales— determinantes para el final de la dictadura (como la importancia del movimiento obre-

ro o la cuestión nacional); la posibilidad de alternativas al proceso democratizador finalmente desarrollado; la memoria y mitos de la Transición y la conveniencia de ofrecer interpretaciones más complejas en las etapas educativas preuniversitarias. Si bien el cuestionario actuaba a modo de guía, se insistió a los encuestados en que podían organizar sus respuestas de manera flexible e incluir otros aspectos que considerasen oportunos. Con sus reflexiones pretendemos aportar una mirada más compleja y necesariamente crítica sobre la Transición y sus relatos.

# Una transición desde el núcleo y no desde la periferia. El ejemplo de la ausencia de las reivindicaciones de las mujeres de preso

*A Transition from the Center rather than the Periphery.  
The Absence of Prisoners' Wives' Demands*

**Irene Abad Buil**  
*Universidad de Zaragoza*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Continuaba siendo la personalización de la dictadura (y, por así decirlo, el hilo conductor de los casi cuarenta años que duró). Era el símbolo de la continuidad normativa y la red de poder del régimen, al margen de la evolución que había experimentado. A pesar de esa continuidad, Franco perdía relevancia a la hora de explicar la dinámica social y política que se aceleró a finales del franquismo. Sin embargo, su muerte representó la pieza clave que supondría el fin de una dictadura agonizante y el comienzo de la transición a la democracia. Muchos testimonios de la época reconocen tener una botella de champán en la nevera esperando la muerte del dictador. Y la abrieron para celebrarla, porque sabían que muriendo él, moría la dictadura.

Aunque podamos encontrar factores de distinta naturaleza (social, económica, política o cultural) en el final del franquismo, la confluencia de todos en ellos creó un contexto proclive al cambio. La industrialización de la década de los años 60 representó un auge fundamental para las ciudades y el punto de arranque del desarrollo de otros factores económicos y sociales. Me viene a la mente el caso de Huesca. En esos momentos se instalaron en la ciudad numerosas empresas que permitieron la contratación de mucha gente. Esas contrataciones representaron la construcción de una nueva clase media. Pero, por otro lado, las condiciones laborales impulsaron una mayor presencia del movimiento obrero. Los movimientos sociales tuvieron una función clave en el final del franquismo y dentro de él, el movimiento obrero fue el motor central de presión, por su implicación en los cambios laboral, por su base ideológica y por su propagación social gracias a la «solidaridad de clase».

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

La sociedad fue visibilizando sus reivindicaciones a través de la movilización colectiva (estudiantes, barrios, mujeres, cristianos...). Y esos nuevos factores sociales de cambio chocaban frontalmente con la todavía vigente violencia estructural en la que se sostuvo el régimen durante toda su existencia (recordemos que el régimen murió matando). Aumentó la represión, y con ella, la movilización de oposición. Los mecanismos y dosis de represión (hay que recordar que la Amnistía Política no fue aprobada hasta octubre de 1977) no encajaban con los escenarios de democracia existentes en esos momentos en todos los países excepto en España, Portugal y Grecia. Y precisamente sería esa Europa democrática la que, a través del turismo, aportaba nuevas perspectivas aperturistas. Pero los factores que impulsaron al cambio también procedían del mismo seno del franquismo y de las quiebras que ahí se produjeron como consecuencia de las perspectivas del futuro dictatorial.

Con respecto a la «cuestión nacional» es digno de mencionar cómo las demandas nacionalistas fueron un factor estructural que complicó la transición puesto que obligaron a negociar marcos autonómicos y a incorporar el problema nacional en el nuevo contrato político. Además, la existencia de ETA y del conflicto vasco añadió un elemento de presión violenta y un importante impacto social.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

La historiografía insiste en la coexistencia de una apertura negociada entre las élites políticas, un reformismo político que supusiera ponerle un maquillaje al autoritarismo todavía vigente o, en tercer lugar, un continuismo de la estructura dictatorial. Triunfó la opción negociadora, puesto que convergieron intereses de mantener la paz social y proteger ciertos privilegios de las élites, con la participación de determinados actores de decisión (el Rey, Suárez, líderes sindicales, PCE). Ahora bien, si hacemos un análisis en perspectiva histórica y contrafactual, la pregunta que surgiría sería qué habría pasado si los movimientos sociales hubieran tenido más protagonismo en la toma de decisiones. ¿Qué resultado hubiera tenido una Transición desde abajo, con un papel decisivo del movimiento obrero, del vecinal, del feminista, del estudiantil?, ¿hubiera habido una mayor ruptura con todas las estructuras franquistas que prolongaron su sombra incluso hasta la actualidad?, ¿hubiera surgido una constitución más social con mayor presencia de derechos laborales, feministas y comunitarios?, ¿esa Transición desde abajo hubiera roto los esquemas de una Transición «ordenada» que garantizase la integración europea y el control de la conflictividad? La reivindicación constante de las «mujeres de los presos políticos del franquismo», con gran presencia en los escenarios de oposición a la dictadura, fue a partir de 1952, la Amnistía Política. La representación real que esa amnistía adquirió en la Transición fue la impunidad, y eso no era lo que reivindicaban las mujeres.



Visita de familias de presos andaluces a la cárcel de Soria en julio de 1967 (Colección fotográfica del Archivo Histórico de CCOO de Andalucía, foto donada por José Hormigo).

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Los deseos de democracia y libertad hicieron que el consenso fuera visto, en un principio, como una solución positiva y como un triunfo teniendo en cuenta los conflictos que habían existido hasta la fecha. El consenso era posible y, además, daba como resultado una democracia. Eso es lo que se proyectó entre el imaginario colectivo de la población española. El fin ensombrecía al medio. Llegaba la democracia, la libertad, la paz, y eso era lo verdaderamente importante para el imaginario colectivo. Poco tardó en verse otra dimensión de la Transición, la que representaba la «amnesia», la que dejó heridas sin reparar. Dependiendo del prisma desde el que se

mire, los mitos varían y transitan desde el del «pacto total» (exageración del grado de acuerdo minimizando las numerosas y diversas tensiones existentes), el «todo vale» con tal de mantener la estabilidad democrática se impuso la impunidad por encima de la amnistía, o el del «pacto del olvido», sostenido desde aquellos espacios que no alcanzaron un reconocimiento real.

Por otro lado, la foto de familia de la Transición la presenta como una obra de «hombres providenciales», como si las movilizaciones sociales o los diversos factores de oposición no hubieran siquiera contado en el proceso.

Sería muy importante analizar la relación entre los mitos y las generaciones. Es decir, ¿son los mismos mitos sobre la Transición los que perduran entre la población joven y la población que vivió y protagonizó los cambios de la época? La educación, la

transmisión de memoria, los sesgos ideológicos y la construcción social son elementos que influirán en este aspecto.

Y otro aspecto significativo a tener en cuenta en esta cuestión (y extrapolable también a la referente a educación) es si la Transición se convierte en una «cuestión socialmente activa». ¿Hasta qué punto sigue interesando la memoria de la Transición?, ¿qué aprendizajes nos trae para el presente? Podríamos encontrar el surgimiento de la Ley de Memoria Histórica (2007) como el punto de inflexión en cuanto al viraje de la interpretación histórica de la Transición. De la historia de éxito se pasó a la revisión con el objetivo de debatir en torno a cuestiones como la reparación de las víctimas de la violencia estructural sobre la que se mantuvo el franquismo, el proceso de consenso a costa de silencio o la propia enseñanza que desde las aulas se ofrece del periodo.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

El reciente artículo de Ismael Piazuelo y Eloy Bermejo titulado «La enseñanza de la Transición España entre la memoria y la historia» (*Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 2025) analiza la enseñanza de la Transición española en estudios de secundaria y Bachillerato y ahí queda demostrado que, ante todo, este proceso histórico se presenta como algo idílico,

lo cual simplifica totalmente la complejidad de la época, perpetuando una reconstrucción parcial de la historia y silenciando las minorías. Son muchos los factores que influyen en esta problemática: la falta de tiempo para llevar el currículo completo al aula, la escasez de recursos actualizados, el peso de enfoques tradicionales que dificultan su tratamiento desde una perspectiva crítica. El análisis de las fuentes primarias, la formulación de preguntas críticas, la interpretación de la relevancia histórica y, por supuesto, la incorporación de un enfoque desde la perspectiva de género nos ayudaría a incluir el aprendizaje de la Transición potenciando el pensamiento histórico. Un pensamiento histórico que se convierte en exigencia curricular, al igual que la memoria democrática.

Varias son las fórmulas que nos pueden ayudar a superar esta problemática: incorporar en los programas educativos contenidos basados en investigaciones recientes, testimonios orales, memorias de víctimas... para favorecer una visión más completa y crítica del pasado. Desde luego que la incorporación en el aprendizaje de las fuentes primarias nos conduce directamente a un análisis crítico del periodo a trabajar, en este caso la Transición. Y, sin duda, incorporar el Aprendizaje Basado en la Investigación como mecanismo de acercamiento del alumnado al objeto de estudio, participando activamente en él y creando nuevos contenidos que favorezcan el aprendizaje significativo.

# Sin mitos

## *Without Myths*

**Ferran Archilés**  
*Universitat de València*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Franco creyó dejarlo todo «atado y bien atado», pues con la aprobación de la LOE culminó treinta años de institucionalización del régimen, y tenía un sucesor en la Jefatura del Estado como garante. Además, contaba con el apoyo del ejército y una administración del Estado —policía, justicia, funcionarios— que garantizaba la continuidad. Aunque no ignoraba la creciente fuerza de la oposición, creyó que —incluso con el recurso a la represión más extrema cuando la juzgara ejemplar— no había peligro. Se equivocó, y no poco. Franco nunca, ni por acción, pensamiento, palabra u omisión pensó en un futuro democrático para España. Basta pensar en la organización territorial del Estado, con las autonomías y autogobiernos. Por críticos que podamos ser con su desarrollo (y debemos serlo) el sistema de descentralización y autonomías no era en absoluto nada que Franco hubiese deseado ni previsto.

La muerte de Franco no debería haber provocado, en principio, ningún cambio en profundidad, pues todo el engranaje debía rodar bien engrasado. Sin embargo, su fallecimiento sí que supuso un punto de inflexión. Si no en lo literalmente inmediato —el 21 de noviembre el sol siguió saliendo por el «Levante» (sic) español— el franquismo tras Franco no iba a ser como estaba previsto.

Franco murió en la cama. Pero el franquismo a no muy largo plazo, también.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Las transformaciones acumuladas desde los años sesenta en la estructura económica y social fueron un marco decisivo. Pero por sí solas no hubiesen implicado un cambio. Hay que añadir transformaciones demográficas —gente nacida ya en la posguerra— y sobre todo culturales. La difusión de nue-

vas pautas de consumo, por una parte, y el clima de cambio ideológico de los sesenta y setenta eran transnacionales. La sensación de retraso en perspectiva comparada europea y a la vez el acceso a parte de esas nuevas formas culturales —el turismo, la música o el mundo editorial— contribuyó a generar una imagen del régimen como algo caduco. Al menos para parte de la sociedad, las costuras del régimen parecían quedarse estrechas: el Frente de Juventudes o la OSE, por ejemplo, parecían crecientemente carcasas vacías de sentido. Los cambios y adaptaciones del régimen fueron siempre por detrás de la sociedad.

El movimiento obrero fue netamente una de las puntas de lanza de una sociedad en cambio —junto con los estudiantes y el movimiento vecinal. En una economía y estructura social en que la dimensión de clase era una fuente de identidad social, si actuaba organizadamente le convertía —como en toda Europa— en el actor social más capacitado. Dado que la estructura represiva de la dictadura seguía intacta, sus acciones resultaron efectivas porque en buena parte de la sociedad se consideraban justas.

La democracia en España implicaba necesariamente acabar con el modelo centralista y la inflación nacionalista de la dictadura. La dictadura era un régimen nacionalista excluyente por definición. Democratizar el país significaba transformar el sistema de organización territorial, liquidarlo. Pero el régimen estaba mal preparado para hacer frente a ninguna evolución en este sentido. Si bien había debatido largamente sobre una posible reorganización «regional» (como sucedió con los Planes de desarrollo) de carácter tecnocrático, la dictadura sentía pánico —y la palabra no es una exageración— a dar cualquier paso que animara los regionalismos «mal entendidos». Pero el caso era que los regionalismos mal entendidos estaban convirtiéndose de hecho en elementos de-

cisivos en ámbitos universitarios y en el mundo de la cultura. La fuerza del nacionalismo especialmente en Cataluña —un territorio visto como faro para el antifranquismo además del motor económico del país— tuvo una capacidad de organización que irradió al conjunto de las fuerzas antifranquistas. Partidos como el PSUC jugaron un papel decisivo a la hora de conjugar catalanismo y antifranquismo. Por otra parte, fenómenos como el de la *Nova Cançó*, elaboraron un imaginario alternativo y plural de un alcance insospechado fuera del ámbito de la lengua catalana. Raimon, Lluís Llach o Maria del Mar Bonet fueron símbolos del antifranquismo en toda España. Y no era solo Catalunya, pues diversos movimientos nacionalistas (culturales o políticos) se fueron extendiendo en ámbitos culturales y asociativos muy diversos, de Aragón a Galicia, de Valencia a Asturias. En el País Vasco, la presencia de la lucha armada y el terrorismo actuaron, sin embargo, en un sentido doble o ambivalente. El ejemplo de la lucha armada no fue seguido en otros territorios más que de manera puntual. Pero la robustez del nacionalismo vasco al margen de ETA, garantizó su presencia como un elemento poco dispuesto al compromiso con el franquismo.

Durante los años setenta muchos países de nuestro entorno emprendieron procesos de descentralización (como Italia o Reino Unido) o se estructuraron en un sentido federal (Bélgica). Francia lo haría pocos años después. A pesar de la situación española, el proceso de descentralización tuvo rasgos comunes con lo que estaba sucediendo en Europa Occidental. El debate sobre el modelo territorial fue el más complejo en la redacción de la Constitución. La oposición abandonó la apuesta abiertamente federal, pero si la UCD y AP se apuntaron este tanto tuvieron que ceder mucho más de lo que inicialmente habían pensado (que en algún caso se limitaba a no haber pensado nada).



Maria del Mar Bonet en Viladecans, 1975 (Archivo de la Transición).

En el fondo el modelo de la España autonómica, aunque insuficiente y contradictorio, liquidaba el modelo franquista de organización territorial. Fue la capacidad de presión de los nacionalismos periféricos la que lo consiguió. Ningún Estado centralista se suicida si no está obligado a ello.

Otra cosa es que España siga siendo aun hoy un país «centralista» culturalmente y donde la presencia de la diversidad (por ejemplo, lingüística) en la esfera pública es limitadísima. La sospecha ante la diversidad es un legado del franquismo que la democracia no ha sabido —querido— resolver.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Que la dictadura no acabara a manos de un proceso revolucionario (al menos a la manera portuguesa) parecía lo más proba-

ble, una vez constatadas la correlación de fuerzas entre los resortes del Estado —que estaban intactos— y la oposición o una movilización parcial de la sociedad civil. Además, estaba el contexto europeo e internacional, aun en guerra fría ¡En un país como Italia, por ejemplo, todo giraba en torno a impedir el acceso del PCI al gobierno! Una evolución hacia una ruptura de mayor fuerza simbólica o con mayor rapidez en los cambios podría haber sido una opción, pero igualmente poco probable. Las fuerzas políticas, sindicales y los distintos movimientos sociales tuvieron una capacidad de presión incuestionable, pero solo de presión. Confundir los deseos con las realidades no es buena idea. Lo que no significa que no faltara en ocasiones algo más de valentía y sobrara un exceso de pragmatismo (que apuntaba a la apuesta por un futuro burocratizado y profesionalizado para las fuerzas políticas, sobre todo).

Un ejemplo clave es el mantenimiento de la monarquía. El republicanismo histó-

rico había desaparecido y la Monarquía en un marco constitucional significaba situarla en un ámbito simbólico pero con consecuencias políticas finalmente limitadas. Una actitud de firmeza republicana ¿habría implicado una posibilidad de éxito o habría puesto en peligro el proceso de transformación en su conjunto? No se puede descartar que una mayor presión no hubiese supuesto una involución de consecuencias téticas. El Ejército español en 1975 no era un tigre de papel.

La ausencia de una depuración del personal administrativo del Estado ha sido un elemento clave que ha marcado toda la historia reciente del país. Incluso cuando las leyes cambiaban los ejecutores y gestores eran los mismos de antes. Pero si pensamos en los procesos tras el fin de las dictaduras o la guerra en Italia, Alemania o Francia, creo que convendría no mitificar en exceso lo que allá sucedió: exoneraciones y amnistías supusieron apenas diez años después del fin de la guerra una suerte de punto final. ¡En la RFA un antiguo nazi acabó de presidente de la República! Por no hablar del escaso alcance de «depuración» de responsabilidades del conjunto de las sociedades nacionales respectivas y sus «colaboraciones» con las dictaduras (incluso Palmiro Togliatti se mostró tibio, siendo ministro de Justicia). ¿Acaso las políticas de memoria «antifascistas» de Italia o Alemania han impedido el auge de la extrema derecha?

En mi opinión, el concepto de «régimen del 78» es equívoco en términos de análisis histórico, aunque sí es útil para generar debate. El sistema político español posterior al 77 se ha ido pareciendo mucho al de nuestro entorno, qué se le va a hacer. Si lo que se quiere apuntar es que en 1977 o 1978 no hubo una revolución, en efecto, no la hubo (una transición a la democracia no es un cambio en la estructura económica... lamentablemente). Pero más que en 1977 y 1978 lo

que hay que cuestionar es qué se hizo después, cuando la situación permitía cambios de mayor profundidad sin tantas cortapisas. ¿Qué hizo el PSOE en 1982... y después?

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Antes que nada hay que recordar cuál era la visión o las aspiraciones que en la sociedad española había hacia 1977 sobre el pasado de la guerra civil o la «memoria». Exagerando podríamos decir que una cierta idea de olvido (que no supone perdón, sin embargo) tal vez era hegemónica (lo que explicaría la postura del PCE por ejemplo). ¿O se creyó que no era urgente y aun contraproducente? Aunque para determinados sectores no era así, la situación en los años setenta era diferente a la de treinta años después, cuando aquellos «olvidos» han pasado a ser insostenibles.

El mito más persistente ha sido el del carácter modélico (y/o pacífico) de la Transición, así como el del «consenso» como bálsamo. Creo que el consenso fue el resultado de un equilibrio desigual de fuerzas, lo que no significa que no fuera una herramienta para avanzar aunque al coste de dejar fuera muchas cosas. Además, la mitificación de las «élites», y en especial del carácter preclaro del Rey, es simplemente innecesaria. No fueron magos ni pilotos, fueron políticos que trataron de liderar, pero también minimizar las aspiraciones de la sociedad civil.

Frente al lamento de que no hubo un cambio revolucionario se ha levantado simétricamente el mito de que la transición fue una balsa de aceite. La violencia fue un elemento constante (aunque por cierto la mayoría de la violencia la protagonizaron los que querían acabar con la transición, no sus defensores). Pero además la voluntad de

«normalizar» la situación española a toda velocidad supuso descabezar la sociedad civil, y eso no tiene nada de modélico. Por otra parte, bajo la cantilena de la «modernización» del país que el PSOE explotó *ad nauseam*, se ampararon políticas de desindustrialización, el ingreso en la OTAN, etc.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Sin duda. Es absolutamente necesario ofrecer un conocimiento de la complejidad del proceso de transición democrática y que incorpore la diversidad de los asuntos

en liza: la cuestión nacional como los movimientos LGTBI, la violencia política y estatal como el papel oscuro del ejército y los aparatos del Estado. Pero creo que la clave no está (solo) en la escuela. La escuela es decisiva, pero solo una parte de la vida social de los jóvenes y ni siquiera la más importante. El papel socializador de las familias en materia de «memoria» es más decisivo. Es necesaria una difusión social masiva (en los medios, el ámbito de la cultura) de contenidos que poco a poco pueda contribuir a una visión mucho más crítica. Las redes sociales son el medio a través del cual la mayoría de los jóvenes se informa. Esto no invita al optimismo.

# La Transición soñada

## *The Dreamed-of Transition*

**Sophie Baby**

*Université Bourgogne Europe, LIR3S*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Cuando empecé a trabajar sobre la Transición, a comienzos de los años 2000, el debate hacía estragos entre los especialistas, en su mayoría sociólogos y politólogos. Para unos, la sociedad española había estado mayoritariamente despolitizada bajo el franquismo: apática, adormecida primero por el miedo y después por los cantos de sirena de la sociedad de consumo, observaba con distancia e inquietud las vicisitudes en la cúpula del Estado. En este marco interpretativo, Franco había mantenido las riendas del poder hasta el final y organizado el «después» mediante una serie de reformas, entre las cuales la sucesión monárquica ocupaba un lugar central, resumida en la célebre fórmula «todo queda atado y bien atado». Había sido, pues, su muerte —y solo ella— la que abrió el camino al después, según unas líneas dictadas y pactadas por las élites.

Para otros, por el contrario, la sociedad española se hallaba en pleno movimiento en los años setenta —la interrogación gira-

ba en torno a las motivaciones, las modalidades y los espacios del despertar social y democrático—, un movimiento que, de todos modos, habría impulsado la transformación del régimen, siendo la muerte de Franco únicamente el acontecimiento que facilitó una tendencia ineluctable. Carcomido por la enfermedad, Franco se había replegado de todas formas en su esfera privada, apartado del poder, dejando a sus lugartenientes el gobierno y la gestión de los asuntos corrientes. La historiografía no ha dejado de revalorizar el peso determinante de las movilizaciones ciudadanas, y es esta visión de una sociedad que se alza contra la posibilidad de una perpetuación del franquismo sin Franco la que hoy se pone de relieve en el ciclo conmemorativo de «España en libertad».

Como siempre, una interpretación más justa se sitúa entre estas dos tendencias: la desaparición del dictador abrió efectivamente una ventana de oportunidades para los actores en presencia que, ciertamente, se preparaban desde hacía meses o incluso años, pero cuyos márgenes de acción se ampliaron, al tiempo que debían adaptarse continuamente ante la incertidumbre y la imprevisibilidad de una situación extremadamente volátil.



Margarita Laviana interviniendo en un acto de la Asociación Democrática de la Mujer, en Sevilla, 1976 (Archivo de la Transición).

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Entre la multiplicidad de factores que explican el final del franquismo, y más allá de la desaparición física del dictador, quisiera subrayar cuatro factores principales.

En primer lugar, el paso del tiempo y de las generaciones: son pocos los dictadores que han gobernado durante tanto tiempo y, en casi cuarenta años, pese al conservadurismo de los valores y de los principios proclamados por el régimen, la sociedad española se transformó profundamente —económica, cultural y socialmente—, tanto en las mentalidades como en las prácticas cotidianas.

En efecto, y este es el segundo factor esencial, España estuvo lejos de ser un enclave aislado del resto del mundo, ajeno a los avances de la deslumbrante modernidad de los «Treinta Gloriosos» y a las transformaciones de los equilibrios establecidos —en particular los de género— que atravesaron la Europa de la segunda mitad del siglo XX. Se la mantuvo al margen hasta que el régimen se vio obligado a abrirse, lo que justificó un retraso de desarrollo de unos quince años con respecto a sus vecinos. Pero ya desde los años sesenta, las movi­lidades internacionales —de estudios, de trabajo, de ocio— repercutieron a su vez en los *habitus* dentro de la península y contribuyeron al deseo de cambio.

Ese deseo de cambio se manifestó de manera exponencial en la última década del régimen, y ahí aparece el tercer factor, ya mencionado más arriba: el peso de las movilizaciones ciudadanas, en un primer

momento obreras y estudiantiles, antes de que el espectro se ampliara a los sectores asociativos de los vecinos que denunciaban la insalubridad y la deficiencia de los servicios públicos en los barrios; a las cabezas de familia y amas de casa que reclamaban condiciones de vida dignas; y a los medios artísticos y culturales que exigían libertad de expresión. Si esta ola de fondo solo se manifestó plenamente tras la muerte del dictador, durante los años 1976 y 1977, ya estaba presente antes.

Por último, un cuarto factor que me parece fundamental tiene que ver con el contexto internacional: si bien la Guerra Fría seguía en pleno auge en 1975, la tendencia era hacia el apaciguamiento y la búsqueda de una nueva política internacional debatida en los encuentros de la Conferencia de Helsinki. El auge del Tercer Mundo, con el fin de los grandes imperios, cuestionaba los equilibrios existentes, mientras que la consolidación de la construcción europea configuraba un polo intermedio entre las dos superpotencias. Los regímenes autoritarios del sur de Europa aparecían como anacrónicos: la dictadura portuguesa no resistió las presiones anticoloniales y desembocó en un proceso revolucionario que condicionará en gran medida las posiciones de los actores en España y la dirección que tomará el cambio. Con el derrumbe del régimen de los coroneles en Grecia, la durabilidad de un régimen autoritario en España parecía cada vez menos probable: el horizonte apuntaba hacia la Europa democrática.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Creo que hoy todos los especialistas coinciden en reconocer la profunda incer-

tidumbre que caracterizó el periodo de la Transición y, por tanto, en que no existía una única vía posible. La que finalmente se impuso —es decir, ese conjunto de concesiones y compromisos recíprocos otorgados paso a paso— lo hizo en función del peso de las circunstancias y de las fuerzas en presencia, pero también de las representaciones activas del pasado, del presente y del futuro. Pienso, en particular, en la violencia, cuyo impacto en el proceso de transición no ha dejado de ser revalorizado en los últimos años.

Sabemos que un ciclo de violencias específicas se desplegó en la segunda mitad de los años setenta, mezclando acciones revolucionarias y contrarrevolucionarias, tanto reactivas como represivas, y terrorismo independentista, fundamentalmente vasco: la transición española, celebrada como pacífica, fue en realidad una de las más sangrientas de la tercera ola de democratización. Ahora bien, esta violencia reactivaba los imaginarios asociados a la Segunda República y a la guerra civil, moldeados por décadas de dictadura: la violencia sembraba la semilla del caos que conducía al apocalipsis, y había que frenarla a cualquier precio, incluso mediante la represión, pues las aspiraciones al orden y a la seguridad primaban sobre los deseos de libertad. Esta violencia marcaba cotidianamente el ritmo del proceso de reformas y condicionaba las expectativas de futuro, conduciendo —como bien se sabe— a la moderación de los comportamientos electorales y a la contención de los movimientos sociales por miedo a provocar un golpe de Estado o a llevar al país al borde de una nueva guerra civil. Pero también al mantenimiento de una política de orden público extremadamente represiva y letal, mucho más allá de la consolidación democrática, cuyas derivas paralegales estuvieron en el origen de los GAL, creados bajo el

primer gobierno socialista para combatir al terrorismo de ETA en su propio terreno.

Por último, la violencia del presente influyó profundamente en la relación de la sociedad española con la violencia del pasado: si la elección de la amnistía recíproca como fundamento de la reconciliación y de la construcción democrática se arraiga en una larga historia que remonta a los propios tiempos de la guerra civil, también fue consecuencia de los conflictos contemporáneos que se buscaba pacificar: los conflictos sociales, mediante la amnistía sindical; el conflicto vasco, mediante el olvido de las responsabilidades terroristas; los militares, a los que se quiso tranquilizar negando la amnistía a los oficiales demócratas de la UMD y otorgando el olvido recíproco de las responsabilidades del pasado. Toda iniciativa alternativa a esta reconciliación basada en la amnistía fue descalificada como transgresora y amenazante: una losa de plomo sofocó las aspiraciones a la reparación y a la justicia que emanaban de esferas marginales de la sociedad civil. Como, por ejemplo, esas exhumaciones de los restos de los desaparecidos iniciadas en silencio en las zonas rurales tras la muerte de Franco, lejos de los partidos y de cualquier apoyo institucional, súbitamente paralizadas después del 23-F. O aquellas demandas de justicia y reparación formuladas por las asociaciones de expresos, postergadas hasta los años ochenta o incluso noventa, por considerárselas sospechosas de connivencia con los terroristas independentistas.

Aunque siempre es difícil hacer historia con condicionales, el enfoque llamado contrafactual puede resultar productivo: no cabe duda de que, sin la presencia duradera y profundamente mortífera de ETA, la cuestión del legado del franquismo —o sea, de la «memoria histórica»—, se habría planteado antes y de otra manera.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Me gusta esa idea según la cual la Transición se ha convertido en ese «oscuro objeto de deseo», según la expresión de Luis Buñuel aplicada a la Transición por la socióloga Marina Montoto Ugarte, un objeto de deseo que se revisita a la luz de las apuestas del presente y de los intereses partidistas.

Para algunos, sigue siendo ese momento fundacional de la España actual, elogiado por haber logrado, en pocos años, la construcción de un Estado democrático homologable a sus vecinos europeos, en un proceso celebrado como ejemplar y erigido como modelo de transición a la democracia. La Transición aparece así como una epopeya, con sus episodios decisivos (la Ley para la Reforma Política, el atentado de Atocha, la legalización del PCE o la aprobación de la Ley de Amnistía), sus héroes (Adolfo Suárez como superhéroe merecedor de que el aeropuerto de la capital lleve su nombre, los líderes de los grandes partidos como Santiago Carrillo y Felipe González, los padres de la Constitución) y su desenlace feliz. La Transición adquirió el estatuto de mito al sustituir a otro mito: el del enfrentamiento secular y esencialista de las dos Españas, por haber logrado la reconciliación duradera del pueblo español. El «espíritu del consenso» constituye su virtud cardinal, invocado en los momentos de crisis política como valor fundacional, incluso cuando su práctica resulta ya obsoleta.

Para otros, en cambio, la Transición no fue más que un engaño, una traición, una confiscación de los ideales impulsados por el pueblo. Se cuestiona el llamado «Régimen del 78», desde la monarquía sucesora del franquismo —impuesta sin otra ratificación

popular que el referéndum constitucional, y manchada por escándalos personales y casos de corrupción— hasta el modelo territorial diseñado en los años ochenta, que ya no responde a las aspiraciones de los nacionalismos periféricos, pasando por el inmovilismo de los cuerpos del Estado, como la judicatura, y la corrupción endémica de las élites políticas. «Las virtudes de la Transición se habrían convertido en los vicios de la democracia», según la célebre frase de José María Colomer. Se acusa a la Transición de no haber roto radicalmente con el franquismo y de haber instaurado el llamado «pacto del olvido», que habría impedido mirar de frente los crímenes del franquismo, establecer responsabilidades, reconstruir un relato justo que contrarrestara las décadas de propaganda franquista, emprender la recuperación de los restos de los desaparecidos enterrados en fosas co-

munes y poner en marcha políticas de reparación y reconocimiento de las víctimas —iniciadas con las leyes de memoria histórica de 2007 y de memoria democrática de 2022—.

A pesar de las divergencias interpretativas y de las críticas, a veces virulentas, me parece, sin embargo, que sigue predominando una visión globalmente positiva: la de un periodo fundacional que permitió a los españoles y a España situarse al nivel del resto de Europa, tanto en el plano interno como en la escena internacional. Pero es indudable que aún persisten demasiados mitos en torno a su conocimiento, distorsionado por instrumentalizaciones partidistas, y que resulta absolutamente necesario trabajar para mejorar el nivel medio de conocimiento sobre un periodo determinante para comprender la democracia española actual y para proyectar su futuro.

# Suárez, el *desarrollismo*, la moderación y una oposición débil: a vueltas con los tópicos sobre la Transición

*Suárez, Developmentalism, Moderation, and a Weak Opposition: Revisiting the Clichés of the Transition*

**Pau Casanellas**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

La figura de Franco fue central en el régimen franquista, también en sus últimos años. A pesar del precario estado de salud del dictador, todavía en la década de los setenta era él quien tenía la última palabra sobre todas las decisiones importantes. La muerte del dictador resultó trascendental para el devenir político del país. Su desaparición funcionó como incentivo para la movilización: desde finales de 1975 y, en especial, durante los primeros meses de 1976, se produjo una auténtica explosión movilizadora que debía mucho a las expectativas de cambio abiertas el 20 de noviembre.

Dicho esto, creo que se ha tendido a exagerar la incidencia del *hecho biológico* en el proceso de democratización. La muerte —o la caída— de Franco era condición de posibilidad para un cambio de régimen, pero no implicaba necesariamente que lo hubie-

ra. De hecho, la legalidad y las instituciones franquistas se mantuvieron incólumes tras el fallecimiento del *Caudillo*. Y no sólo ello, sino que, tras la asunción de la jefatura del Estado por Juan Carlos y la posterior ratificación de Arias Navarro como jefe de Gobierno, la perspectiva gubernamental fue la de conceder algunos retoques de fachada para mantener el edificio franquista en pie.

Aquello que impulsó definitivamente el cambio fue la marea movilizadora de inicios de 1976. La gran fuerza y amplitud de aquella oleada de conflictos, así como la brutalidad represiva con que el Gobierno pretendió atajarla, desacreditó hasta tal punto al ejecutivo que Juan Carlos se convenció de que, si pretendía mantenerse en la silla, tenía que prescindir de Arias. Retrocediendo algo más en el tiempo, la descomposición de la elite gobernante no se entendería sin tomar en consideración la crisis en la que había entrado el régimen desde finales de los años sesenta. Una crisis que, una vez más, debía mucho a la articulación de una protesta sostenida por el antifranquismo.

Sirva como argumento añadido para reforzar lo dicho hasta aquí el contraejemplo de Portugal. Se mantenía allí una dictadura incluso más longeva que la de Franco y que, desde inicios de los años treinta, se había alineado igualmente con el modelo fascista. Su figura central, la del dictador António de Oliveira Salazar, en el poder desde 1932, fue desplazada de la jefatura del Gobierno en 1968 debido a sus problemas de salud, sin que ello precipitara la caída del régimen.

En síntesis (y para concluir): si hay una fecha que merezca ser conmemorada como el momento de establecimiento de las libertades en España, esta fecha no es el 20 de noviembre de 1975, sino el 15 de junio de 1977, momento de celebración de las primeras elecciones pluripartidistas desde las de febrero de 1936.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Tradicionalmente, buena parte de las lecturas sobre la Transición habían tendido a ver en los cambios económicos y sociales de los años del *desarrollismo* un factor determinante en la precipitación del cambio político que supuso el establecimiento de una democracia parlamentaria en España. En esta línea, hizo fortuna la idea de la moderación (y pasividad) de la clase obrera y de amplios sectores de la sociedad española que, influidos por un mayor nivel de vida, habrían contribuido a la democratización por medio de la inacción. Como complemento a este tipo de explicaciones, surgió también desde muy temprano un relato laudatorio del papel ejercido por algunas

de las principales figuras políticas de la Transición. El rol protagonista correspondía, en este caso, a la tríada constituida por Juan Carlos, Adolfo Suárez y Torcuato Fernández-Miranda. La combinación de ambas líneas interpretativas lleva aparejado un corolario algo paradójico: la democratización se habría producido no a pesar del franquismo, sino gracias a las políticas y a los políticos del franquismo.

Desde hace ya más de dos décadas, otro tipo de interpretaciones han ido ganando peso: las que ponen el acento en la incidencia de la movilización social en el desgaste, la crisis y, en última instancia, la caída de la dictadura. Se trata de una línea argumental metodológicamente mucho más sólida, que se ha fundamentado en un amplio elenco de fuentes documentales, la mayoría procedentes del propio régimen. Gracias a ello, se ha podido cuantificar y cartografiar perfectamente la conflictividad laboral, o aproximarnos a la preocupación —incluso alarma— interna de las distintas instancias de la dictadura ante las múltiples expresiones de la «subversión». Ésta tuvo tres grandes protagonistas: el movimiento obrero, el estudiantil y el vecinal, pero muchos otros hermanos pequeños.

Destacan, entre estos últimos, los nacionalismos subestatales. Más que su propia fuerza, la incidencia de estos movimientos radicó en su imbricación en el tejido social del antifranquismo. Ello hizo que, de forma general, la oposición asumiera los postulados básicos de los nacionalismos subestatales, que pasaron a formar parte de los puntos programáticos de las plataformas unitarias del antifranquismo, primero en Cataluña y, luego, en el resto de territorios.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o*

*existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Difícilmente el resultado final de un proceso histórico viene completamente determinado. Lo contrario significaría negar a los sujetos implicados —individuales y colectivos— su capacidad de agencia. En el caso de la Transición, algunos condicionantes limitaron la posibilidad de alcanzar metas más ambiciosas desde un punto de vista emancipatorio: en especial, el firme apoyo a la dictadura de las fuerzas armadas y de los cuerpos policiales. El caso portugués nos sirve de nuevo como contraejemplo: fue posible allí un proceso revolucionario porque, a raíz de la crisis colonial, las fuerzas armadas se fracturaron internamente.

Con todo, no sólo era posible en España un cambio más profundo del que finalmente aconteció, sino que sectores de la elite gobernante y de los organismos de información así lo temieron durante buena parte de 1976. Fraga Iribarne llegaría a comparar las huelgas de Sabadell y Vitoria de los primeros meses del año con la situación creada en Petrogrado en 1917. El gobernador civil de Álava hablaría igualmente, en referencia a la huelga de Vitoria, de un «serio intento revolucionario». Y, hacia finales de septiembre de 1976, los boletines policiales destacaban los miedos de la población del País Vasco —territorio donde la movilización se mantenía muy viva— ante lo que se percibía como una «pre-dictadura roja». Estas coincidencias de diagnóstico ponen de relieve la profunda inestabilidad y crisis de hegemonía del régimen en sus momentos finales, así como los potenciales desarrollos de aquella encrucijada histórica, en la que no pocos —fuera desde el pavor o la esperanza— creyeron que podrían transitarse recorridos alternativos.

El resultado final del proceso tuvo mucho que ver con el pulso librado precisa-

mente en 1976 (y los primeros meses de 1977). Una partida cuya primera mano decisiva se llevó la oposición, al forzar la caída de Arias. El imaginario colectivo imperante tiende a ver en Suárez, presidente desde julio de 1976, el ganador de la segunda mano de la partida. La realidad, sin embargo, es algo más compleja. La documentación interna que hoy conocemos acredita que Suárez trabajó desde el inicio de su primer mandato con la idea de «mantener la tesis y estrategia del Gobierno anterior», como especificaba una circular interna que sintetizaba el contenido del proyecto de Ley para la Reforma Política. La ley abría la posibilidad a un cambio político, pero no lo garantizaba; su materialización dependía del resultado de las urnas, y el ejecutivo utilizó todos los resortes a su alcance para condicionarlo. Entre ellos, el más determinante fue probablemente el establecimiento de la provincia como circunscripción electoral, factor que sobrerrepresentaba las regiones menos pobladas, de voto presumiblemente más conservador.

No obstante, las elecciones no se desarrollaron exactamente como el Gobierno Suárez había planificado. El ejecutivo quiso impedir, primero, que el Partido Comunista pudiera presentarse. Cuando hubo de dar su brazo a torcer en este punto, quiso impedir también que lo hicieran las organizaciones revolucionarias, todavía en la ilegalidad en junio de 1977, éstas hubieron de acudir a las urnas bajo siglas creadas para la ocasión. Asimismo, el presidente se propuso firmemente en julio de 1976 limitar la excarcelación de presos políticos a los que no estuvieran implicados en acciones de violencia contra las personas. Pero también en este aspecto hubo de ceder a la presión de la calle, y terminó excarcelando a la práctica totalidad de los presos de ETA. Todo ello nos indica que el resultado del proceso habría podido resultar democráticamente mucho



Manifestación de protesta en Granada por el asesinato de Javier Verdejo, agosto de 1976 (Archivo de la Transición).

más limitado. Y nos recuerda, de paso, que la movilización y la presión ejercida por la oposición fue determinante para que ello no fuera así. En esta misma línea, fue la pluralidad del voto expresado en las urnas el 15 de junio de 1977, con una importante representación parlamentaria de las izquierdas, lo que hizo que, tras las elecciones, se abriera un proceso constituyente.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

A pesar de la relativamente corta distancia temporal que nos separa de aquel momento, la Transición es, probablemente, uno de los episodios de la historia contemporánea española sobre los que pesan más mitos y equívocos. Es habitual que exista una cierta distancia entre el conocimien-

to acumulado por los especialistas sobre un período o acontecimiento histórico y el imaginario colectivo imperante sobre el mismo, pero en este caso la distancia es, creo, sustancialmente mayor que en otros.

Tal vez el mito más importante —aunque hoy ya algo apolillado— sea el de un Suárez abanderado de la democracia ya desde el momento de su nombramiento como jefe de Gobierno (o incluso antes). Una operación semejante de lavado de la propia trayectoria han protagonizado varios políticos procedentes de la dictadura, que, con la ayuda de hagiógrafos prestos a colaborar, intentaron desteñir retrospectivamente el azul de sus camisas y presentarse como demócratas agazapados entre franquistas. Si los juntáramos a todos, deberíamos concluir —de forma inaudita— que el régimen se sostenía gracias a una elite política mayoritariamente demócrata.

Un segundo tópico de largo recorrido, y

de gran calado social, es el relacionado con el impacto político del *desarrollismo*, al que ya he dedicado algunas palabras anteriormente. Según esta interpretación, atendiendo al nivel económico adquirido y a los cambios sociales de él derivados, la democratización habría sido inevitable. Una lectura no sólo determinista, sino que presupone ignorar la creciente conflictividad social existente desde los años sesenta y la gran explosión movilizadora de 1976.

Precisamente la debilidad de la oposición continúa siendo otro de los tópicos de más arraigo sobre el final del franquismo y la Transición. Pero ¿qué motivó, si no la fuerte contestación social, las detenciones, torturas y condenas de la dictadura? ¿Dónde quedan entonces las docenas de víctimas mortales de la represión?

Esta violencia estatal, junto con las demás violencias políticas presentes en aquellos años —de las que hace ya tiempo que la bibliografía viene haciéndose eco—, impugnan otra de las imágenes que más fortuna hizo en las primeras obras de síntesis sobre la Transición: la de un proceso pacífico, caracterizado por la voluntad de pacto de los actores implicados. Ello sirvió a los autores de aquellas primeras aproximaciones para presentar el caso español de paso de la dictadura a la democracia parlamentaria como «modélico», epíteto que entrañaba una no muy escondida pretensión de legitimación de las instituciones fundamentadas en la Constitución de 1978.

En sentido contrario, desde posiciones críticas —que comparto— con el actual sistema político, se ha tendido a leer la Transición como un cambio lampedusiano, en el que todo cambió para que todo quedara igual. Esta lectura resulta, a mi juicio, perniciosa: si dictadura y democracia parlamentaria son lo mismo, estamos contribuyendo a minimizar —o incluso a banalizar— la violencia y el terror dictatoriales. Que ac-

tualmente se produzcan vulneraciones de derechos en España, como acontece en todas las democracias parlamentarias, no nos puede llevar a equiparar la actual situación con la sistemática y brutal conculcación de derechos imperante durante el franquismo (una de las dictaduras más violentas del siglo XX en Europa).

Algo parecido sucede con el mito del «atado y bien atado», fórmula emparentada con la idea del cambio lampedusiano, pero que le añade un ingrediente extra: la Transición no sólo no habría cambiado nada, sino que se habría desarrollado exactamente como el propio Franco había previsto. Una parte de la crítica que entraña esta interpretación resulta altamente pertinente: la denuncia de la continuidad en las fuerzas armadas, en los cuerpos policiales, en la judicatura o de la propia figura de Juan Carlos. Con todo, atribuir el resultado final de la Transición al dictador supone negar la incidencia de las luchas sociales en el proceso y, peor todavía, menospreciar el coste humano (en forma, ante todo, de víctimas mortales) que tuvo la represión contra estas movilizaciones.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

No puedo hablar del currículum docente preuniversitario con suficiente conocimiento de causa. Sí puedo valorar el nivel con que los estudiantes llegan a la universidad, y no comparto las visiones catastrofistas sobre el sistema educativo. Hay promociones mejores y peores, pero en cada curso hay algún alumno que me sorprende positivamente. Y, entre el profesorado de secundaria, hay gente muy bien preparada y que utiliza metodologías muy sugestivas. Es verdad que, por regla general, el conocimiento con el que el alumnado llega a

la universidad tiene importantes lagunas y, sobre todo, se caracteriza por visiones esquemáticas, poco complejas o estereotipadas. Pero no comparto la mirada condescendiente sobre la secundaria que se tiene a menudo desde el mundo universitario.

Por otra parte, y más allá de las lagunas y sesgos de los manuales de secundaria que, de forma muy pertinente, han señalado algunos compañeros de profesión, creo que hay que poner también el foco en la propia universidad. Al fin y al cabo, los autores de los manuales y los propios docentes de secundaria han pasado por facultades de humanidades o ciencias sociales. ¿Por qué no

fijarnos también en lo que falla allí? ¿Por qué no fijarnos en la precariedad en la que ha vivido y continúa viviendo una parte sustancial del profesorado universitario? ¿Por qué no fijarnos en la práctica de atribuir la docencia presumiblemente menos atractiva a docentes con poca experiencia que no son especialistas en la materia que se les adjudica? ¿Por qué no fijarnos en los cambios reiterados de atribución de docencia de un curso a otro? Todo ello repercute no sólo en la calidad de la formación de los estudiantes actuales, sino también en la de los docentes de secundaria del mañana.

# Del Franquismo a la Democracia. La Transición Política como tarea colectiva

*From Francoism to Democracy: The Political Transition as a Collective Task*

**Francisco Cobo Romero**  
*Universidad de Granada*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

El régimen político autoritario y fascistizado de la dictadura franquista permaneció a lo largo de toda su existencia firmemente sustentado sobre la figura carismática del general Franco. Y esto es debido a que el referido régimen dictatorial se fundó sobre unos pilares de legitimación propios de las dictaduras fascistas del periodo de entreguerras. También se instaló sobre la sacralización de unas estructuras estatales nacidas de un cruento enfrentamiento militar en el que el bando insurgente se proponía la resignificación de la nación en torno a los fundamentos de la tradición católica. Por consiguiente, alrededor del liderazgo carismático del *caudillo*, erigido en el guerrero invicto que resultó finalmente triunfante en la guerra civil, se forjó toda una mentalidad exaltadora del carácter salvífico de la contienda y del principal protagonista del bando vencedor, el general Francisco Franco. Ese conjunto de creencias, profusamen-

te difundido entre la sociedad española, perduró tan sólo ligeramente alterado hasta la muerte del dictador. Así pues, Franco continuó siendo hasta su muerte un líder en alguna medida venerado, respetado y consentido por la mayor parte de los integrantes de una sociedad tremendamente despolitizada como la española de los años sesenta y setenta del pasado siglo XX. Otra cosa es pensar que fue la muerte del dictador el hecho trascendental que desencadenó los procesos históricos conducentes a la edificación del régimen democrático a que dio paso la crisis final del franquismo. Existe un recurrente mito y una arraigada convicción en torno a la fragilidad de las fuerzas políticas opositoras a la dictadura y su incapacidad para derrocarla. Una convicción fundada en el hecho de que esa misma dictadura no sucumbió sino hasta el fallecimiento del dictador. Nada hay de cierto en el fundamento explicativo que sustenta esta «falacia histórica» demasiado persistente. De hecho, cuando el dictador falleció ya hacía mucho tiempo que se habían registrado numerosos movimientos sísmicos de largo alcance que provocaron la profunda remodelación de las estructuras políticas,

culturales, sociales, económicas e incluso internacionales sustentadoras de su particular dictadura, contribuyendo al decisivo debilitamiento de la ya por entonces desgastada arquitectura institucional sobre la que descansaba su poder omnímodo. Como han demostrado los más solventes estudios sobre la fase final del régimen franquista, desde mediados de los años sesenta el avance de la protesta laboral y el fortalecimiento sindical del movimiento obrero se habían unido al resquebrajamiento progresivo de la pretérita unidad de las élites políticas situadas al frente de la maquinaria estatal de la dictadura. De hecho, desde comienzos de los años setenta, el núcleo duro conformado por los servidores más incondicionales de Franco afrontaba el penoso fenómeno de la irreversible ineficacia que aquejaba a los instrumentos represivos dictatoriales a la hora de contener la oleada de descontento social que se abatía sobre extensos sectores de la población española. Podemos afirmar, pues, que cuando Franco muere «en su cama» los soportes esenciales de su régimen se encontraban en un estado de agotamiento e inoperancia tan avanzado que acabaría convirtiéndolos en declaradamente insuficientes cuando no irremediablemente inservibles para evitar el derrumbe de la dictadura que venían sosteniendo.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

El proceso histórico de progresiva descomposición y gradual desgaste de las estructuras institucionales, políticas y culturales que sustentaban el edificio de la

dictadura franquista ha sido satisfactoriamente estudiado a lo largo de las dos últimas décadas. Las decisivas investigaciones provenientes del campo de la sociología política, la historia social y cultural o la politología han desvelado que, como no podía ser de otra manera, el derrumbe final de la dictadura no fue sino el colofón de un largo y lento proceso acumulativo de transformaciones demográficas, sociales, políticas y culturales, de carácter tanto endógeno como exógeno, que acabaron volviendo obsoletos los viejos pilares de sustentación de una dictadura tan longeva como la franquista. A su derrumbe final colaboraron tanto los procesos moleculares de subterránea filtración de valores pro-democráticos entre numerosos y extensos sectores socio-profesionales de la ciudadanía, como el cambio sustancial operado en el entorno europeo y las inaplazables necesidades sentidas por el capitalismo español para deshacerse de la cada vez más limitativa carcasa paralizante en la que se había convertido el edificio institucional del régimen político dictatorial. La labor de derribo que puso fin al régimen franquista fue compartida por numerosísimos colectivos sociales de muy diversa naturaleza. Estudiantes, obreros, empresarios, artistas, abogados, profesionales de la judicatura, actores, campesinos pobres, jornaleros y un sinfín de grupos socio-profesionales enormemente diferenciados participaron, en mayor o menor medida, en el proceso de asunción progresiva e interiorización de unos presupuestos cada vez más próximos a la defensa de estructuras socio-políticas abiertas y democráticas, así como cada vez más contrarios a los valores ideológicos trasnochados y desgastados que continuaban cimentando la dictadura del general Franco. Respecto al papel jugado por la «cuestión nacional» en el proceso democratizador resulta obligado señalar que su aportación, al menos en el



Manifestación de jornaleros en huelga en un pueblo andaluz, 1976-77 (Archivo de la Transición).

caso catalán, resultó indudablemente decisiva para inclinar la balanza del lado de los defensores de la democracia. La solución del problema de la territorialización del Estado español y el reconocimiento del autogobierno a beneficio de determinadas comunidades históricas había quedado finalmente frustrada tras la pronta destrucción del régimen democrático de la Segunda República. En consecuencia, las exigencias en torno a la concesión de una amplia autonomía representativa expresadas por algunas regiones del Estado español dotadas de un acentuado sentimiento identitario, afloraron de manera natural y se intensificaron desde mediados de los años sesenta. En Cataluña, la fórmula de conciliación y cooperación entre los deseos de autogobierno expresados por las organizaciones catalanistas y las ansias democratizadoras de una amplia red de formaciones políticas y sindicales opositoras, dio como resultado la pronta creación de la denominada *Tau-*

*la Rodona Democràtica*. La referida fórmula permitió la edificación de una eficaz plataforma que agruparía a diversos colectivos sociales y políticos y desempeñaría un papel crucial en la solidificación del proyecto democratizador que debía poner fin a la dictadura franquista. En otras regiones históricas los colectivos opuestos a la dictadura lograron avances decisivos mediante la configuración de interpretaciones y relatos cargados de agravio que vinculaban estrechamente la conquista de la democracia con el justo reconocimiento de las particularidades identitarias, culturales y emocionales de sus respectivos territorios. Esto último aconteció, por ejemplo, en territorios con una destacada identidad nacionalista o regionalista como el País Vasco, Galicia, Andalucía o el País Valenciano. Junto a todo ello, el papel de la movilización de los trabajadores asalariados de los grandes núcleos industrializados resultó decisivo para propagar entre vastos conjuntos de las

clases populares toda una gama de valores y actitudes crecientemente comprometidas con la defensa de la democracia. Pero también desde el mundo rural emergieron fuertes corrientes de protesta que terminaron impregnando de valores aperturistas y pro-democráticos a un conjunto nada despreciable de la población española, y de manera particular a la relacionada con el desempeño de las actividades agrícolas. Esta decisiva circunstancia ha sido injustamente preterida y escasamente estudiada.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Resulta difícil dar cumplida respuesta a esta interesante cuestión. De antemano, es preciso señalar que, en la historia de la humanidad, nada está previamente establecido. Es decir, los procesos de cambio y los grandes ciclos de transformación discurren frecuentemente interferidos por un denso conjunto de factores imprevistos que sobrevienen en el instante mismo en que actúan los agentes sociales que conducen y lideran dichos procesos, impidiendo a sus protagonistas que puedan vislumbrar de manera enteramente objetiva los itinerarios previamente diseñados y conminándolos a trazar los senderos por los que discurre su acción de manera precipitada e incluso improvisada. No obstante, debemos asimismo huir de las interpretaciones enteramente accidentalistas a la hora de analizar los grandes procesos históricos de cambio. La transición política a la democracia española fue uno de esos grandes procesos de cambio histórico que jalonan la convulsa historia del siglo XX en España y, por consiguiente, el camino por el que discurrió, trazado por las principales elites

políticas que lo diseñaron, no estuvo exento de las elevadas dosis de improvisación y desorientación que en todo momento lo acompañaron. Pese a todo ello, conviene señalar que las vías hacia la profunda remodelación del régimen dictatorial, e incluso aquellas que apostaban por la transformación integral de la dictadura y su conversión en un régimen político abierto, libre y democrático, ya estaban siendo diseñadas desde, al menos, el comienzo de la década de los sesenta. Como anunciaban los informes sociológicos difundidos hacia fines de esa misma década y en los comienzos de la de los setenta, los deseos de cambio y las esperanzas depositadas sobre el alumbramiento de un nuevo régimen político de libertades públicas se convirtieron en los decisivos componentes que terminaron configurando las actitudes políticas compartidas por extensos colectivos de la población española. A todo ello hay que añadir el elemento profundamente transformador y pro-democrático de un movimiento sindical izquierdista cada vez más poderoso, que arraigó entre extensos colectivos de la población asalariada de las grandes áreas industrializadas enfrentándose a las arcaicas estructuras de representación sindical oficializadas por la dictadura. Desde la perspectiva del entramado de intereses geopolíticos sobre los que descansaba el espacio de influencia internacional en el que la dictadura franquista se desenvolvía cabe señalar que las principales potencias democráticas occidentales comenzaron a sugerir, poco antes de la muerte de Franco, una solución al grave problema de la crisis final del franquismo instalada sobre la negociación y el acuerdo que deberían suscribir las elites dirigentes franquistas con las fuerzas políticas opositoras. Como han demostrado los más solventes estudios que analizan el contexto diplomático e internacional en el que se desplegó la transición

española a la democracia, los Estados Unidos venían reclamando para España, desde los inicios del año 1975, la adopción de una solución tíbiamente democratizadora, a fin de impedir que la propia resistencia numantina de un régimen dictatorial herido de muerte terminase radicalizando a las izquierdas revolucionarias y provocase una salida a la dictadura de consecuencias indeseadas e impredecibles.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Comenzaré señalando que, a mi juicio, no existe una memoria conformada, homogéneamente modelada e institucionalizada en torno a los episodios históricos determinantes que hicieron posible, tras el desmantelamiento de la dictadura, la llegada de la democracia a nuestro país. La interminable prolongación de un régimen dictatorial tremendamente represivo y autoritario, unida a la persistencia en nuestro país, casi hasta nuestros días, de una derecha política cerril, intransigente e incapacitada para admitir el protagonismo de los colectivos impulsores del cambio político y social que hicieron posible la llegada de la democracia, se han conjugado para impedir que, hoy en día, disfrutemos de un relato unánime y sólidamente construido sobre el referido proceso histórico. Esto mismo ha provocado que todavía continuemos huérfanos de una narrativa mayoritariamente compartida que nos devuelva una satisfactoria explicación, edificada sobre una contemplación serena y objetiva del pasado, sobre los factores propiciatorios del cambio político y sus protagonistas. Por consiguiente, aún carecemos de una sólida herramienta interpretativa que permita a las generaciones futuras valorar, en sus justos términos, el

papel jugado por la sociedad española en el dificultoso proceso de edificación de un régimen político instalado sobre el entendimiento pacífico entre posturas políticas contrapuestas y la libre participación de la ciudadanía en las tareas de gestión política del Estado. Nos asomamos, pues, a un panorama en el que confluyen distintas memorias sobre el proceso histórico de edificación de la democracia en España que compiten entre sí, disolviendo toda posibilidad de edificación de una explicación consensuada o tornando inservibles a todas las existentes. Las izquierdas históricas que lideraron el pacto con las elites franquistas para poner fin a la dictadura, y de manera particular las vinculadas al Partido Socialista, contribuyeron a exaltar los componentes de transacción y olvido del pasado significado por la guerra civil y el franquismo que, a su juicio, servían de manera más eficiente a la forja de los ejes vertebradores del proceso de cambio político iniciado a partir de 1977. En la mentalidad de la mayoría de los españoles perdura una visión del diseño de la transición política que prioriza sesgadamente los esfuerzos de negociación y el espíritu de consenso que impregnó las agendas de los principales actores responsabilizados de la traída de la democracia. Además, se ha acuñado una visión arquetípica de las circunstancias que hicieron posible el enterramiento de la dictadura y el cambio político que coloca en un lugar preeminente al denominado «espíritu de la transición», subrayando de manera laudatoria y encomiástica las estrategias del pacto y la negociación como si se tratase de las únicas y principales herramientas utilizadas por los actores públicos que hicieron posible el alumbramiento de la democracia. Algunas fuerzas de la extrema izquierda recientemente aparecidas en el panorama político español han denunciado la naturaleza truncada, parcialmente

abortada e inconclusa del proceso de transición democrática, forjando el concepto de «régimen del 78» para denunciar el carácter elitista, oligárquico y escasamente democratizador que impregnó el pacto entre las minorías negociadoras que abrió el camino a la redacción de la actual Constitución y a la consiguiente edificación de un sistema político supuestamente incapacitado para albergar una auténtica democracia participativa. Nada de todo lo anterior ha contribuido, pues, a la solidificación, tremendamente necesaria, de un relato unificado, comprensivo y objetivamente trazado, que nos permita situar a cada uno de los principales actores del proceso democratizador en el lugar histórico que realmente le corresponde.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Debo contestar afirmativamente, con rotundidad, a la formulación de esta pregunta. Los contenidos curriculares referidos al estudio de la reciente Historia de España, albergados en los textos escolares empleados en el Bachillerato, todavía adolecen de la circunstancia de ser portadores de relatos relativamente desfigurados. Esto ocurre de manera particularizada con aquellos contenidos curriculares que hacen referencia a periodos trágicos o traumáticos sufridos por la sociedad española durante el siglo XX o a episodios y periodos que aún carecen de una narrativa explicativa desideologizada, despolitizada y férreamente sustentada sobre una interpretación objetiva de los hechos históricos que los modelaron. Aún hoy, de acuerdo con el análisis llevado a cabo por especialistas en pedagogía, y por aludir tan sólo a un ejemplo, prevalecen en los libros de texto empleados en la enseñanza secundaria explicaciones sobre

la represión franquista que, o bien la desligan de su auténtico propósito: el aniquilamiento de los considerados enemigos de la España católica y tradicional; o bien la exploran de manera simplista, eludiendo la disección de sus múltiples rostros. Algo parecido continúa ocurriendo con el relato hegemónico y predominante en torno a la transición política a la democracia, parcialmente reflejado en el tratamiento otorgado a la misma por la mayoría de los libros escolares utilizados en el Bachillerato. Dichos textos escolares continúan ofreciendo una visión sobre el proceso democratizador excesivamente focalizada en la acción desplegada desde las altas instancias del Estado, como si se tratase únicamente de una obra de ingeniería político-social que descansa en solitario sobre el pacto signado entre las elites del franquismo más aperturistas y los principales responsables de las fuerzas de la oposición política a la dictadura. Debería, pues, desplegarse un intenso esfuerzo por forjar un relato sobre la transición española a la democracia que la presentase como un complejo proceso histórico, que hunde sus raíces más profundas en los procesos de cambio y modernización experimentados por la sociedad española desde los comienzos de la década de los sesenta y que fueron impulsados por poderosos movimientos sociales y colectivos, de muy diversa naturaleza, comprometidos con el aniquilamiento de la dictadura y la implantación de un nuevo régimen político de naturaleza enteramente abierta, libre, democrática y justa. De esta manera, se prestaría un preciado servicio a la labor de concienciación de las generaciones más jóvenes en torno al valor intrínseco de la democracia, mostrándola como una valiosísima y laboriosa conquista histórica derivada de un ingente esfuerzo colectivo en pos del progreso, la justicia social, la igualdad y el respeto a la diversidad de las múltiples voces que la sustentan.

# Entre historia y memoria: la tarea de pensar la transición

*Between History and Memory: Rethinking the Transition*

**Ángeles González Fernández**  
*Universidad de Sevilla*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Franco desempeñó durante la dictadura y también en sus años finales un papel central. Pese a la propaganda del régimen que difundía entre la opinión pública, desde hacía un tiempo, la imagen de abuelo benevolente, el Caudillo (sic) retuvo hasta su incapacitación final el monopolio en el ejercicio del poder. La separación entre la jefatura del Estado, que mantuvo hasta octubre de 1975, y la jefatura de gobierno, efectiva a partir de junio de 1973, no supuso merma alguna en esa prerrogativa. Ni el almirante Carrero Blanco ni, luego, Arias Navarro adoptaron decisiones relevantes sin su previa aprobación. Bien al contrario, algunas de sus medidas fueron aplicadas siguiendo las directrices directas de Franco o en el decidido ejercicio de su influencia: desde el cese de Pío Cabanillas o la desactivación del caso Añoveros hasta las ejecuciones de marzo de 1974 y de septiembre de 1975.

La muerte de Franco no supuso cambio alguno en la escena política, tampoco el inicio de un proceso democratizador; en todo caso, en una coyuntura marcada por una extremada incertidumbre, abrió una ventana de oportunidades que cubría un amplio espectro: desde un reformismo más aparente que real, encarnado en la dupla Arias-Fraga, hasta una democratización efectiva, tal como planteaban las fuerzas antifranquistas del interior y del exilio, pasando por una democracia incompleta en la medida que excluía al partido comunista, como postulaban importantes sectores del reformismo franquista; sin olvidar, por supuesto, a los grupos y movimientos nostálgicos que optaban por un retorno al pasado.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

La apertura, relativa, a los mercados internacionales y la modernización de la eco-

nomía llevó aparejados cambios sociales imprevistos y sin precedentes en el transcurso de los años sesenta, marcados por la aparición de una moderna sociedad de clases medias, aunque claramente distanciada de los estándares de la Europa occidental. La aparición de una estructura social insólita, caracterizada por una nueva clase obrera, industrial, urbana y cualificada, así como por una clase media profesional y asalariada vino acompañada por un creciente contacto con el exterior. El turismo, la emigración, la mayor frecuencia de los viajes al extranjero, la relajación de la censura a partir de 1962 posibilitaron la difusión de nuevas corrientes de pensamiento, de nuevos valores y pautas de conducta provocando que las perspectivas vitales, profesionales e ideológicas de amplias capas sociales, lejos de identificarse con los principios esgrimidos para justificar la sublevación militar del 18 de julio y luego la guerra civil, se orientasen, mayoritariamente, hacia un futuro que se entendía europeo; es decir, homologable a las democracias de la Europa occidental.

El movimiento obrero y, en general, los movimientos sociales desempeñaron un rol fundamental en el proceso democratizador. La contestación y la movilización social en los últimos años de la dictadura puso de manifiesto la inviabilidad de un franquismo sin Franco y alertó a las elites reformistas del régimen sobre la necesidad de introducir reformas en sus estructuras políticas. Una vez muerto el dictador, condicionadas por la presión «desde abajo» y, posteriormente, por los resultados de las primeras elecciones democráticas, esas reformas se sustanciaron en un cambio político más profundo de lo que algunos miembros de esas elites habían defendido inicialmente. La democracia pluralista instaurada en 1978 fue, en este sentido, resultado de la confluencia de una pluralidad de actores de manera que no puede entenderse en toda

su complejidad sin tener en cuenta el protagonismo del movimiento obrero y de los demás movimientos sociales.

La cuestión nacional tuvo un papel relevante en el proceso, fruto de las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos históricos, de su impacto en las fuerzas y movimientos antifranquistas —baste recordar la divulgación y aceptación en los más diversos territorios del lema «libertad, amnistía y estatuto de autonomía»—, así como de la difusión de un sentimiento de agravio comparativo de las regiones menos desarrolladas que fue especialmente intenso en Andalucía a partir de los primeros años 70.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

De entrada, conviene puntualizar que la democracia representativa no era el horizonte único y posible a la muerte de Franco. Es indudable, por otro lado, la existencia de actores, individuales y colectivos, que ambicionaban otras salidas de la dictadura, desde aquellos que anhelaban el retorno a la pureza del 18 de julio hasta los que defendían algún tipo de democracia popular. Estas opciones, sin embargo, nunca obtuvieron un respaldo significativo de la ciudadanía. El aprendizaje derivado de la experiencia de la Guerra Civil y de la prolongada dictadura, unido al afán de construir un nuevo futuro, indujeron en sectores mayoritarios actitudes de prudencia y moderación que, convenientemente alentados desde instancias gubernamentales, se tradujeron en el apoyo masivo a la LRP en el referéndum de diciembre de 1976. Los resultados de las elecciones legislativas celebradas seis meses más tarde corroboraron la fortaleza de esas actitudes



Asamblea durante la huelga de la construcción en Palencia, mayo de 1977 (Archivo de la Transición).

y la mayoritaria inclinación del electorado hacia la democracia representativa. Sistema político que, por otro lado, fue incentivado por el contexto internacional, gobernado por la distensión en la Guerra Fría y, en Occidente, por una floreciente Comunidad Económica Europea en la que ambicionaban integrarse amplios sectores sociales de la sociedad española.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

La memoria es un constructo social y, en consecuencia, conoce procesos de construcción y reconstrucción que se desarrollan las más de las veces en clave generacional y, también, política. No ha existido, ni existe, una memoria definitiva, única, sobre la transición, como tampoco sobre cualquier otro episodio del pasado. En consecuencia, si en los años ochenta se propagó una

memoria extremadamente positiva de un proceso que era presentado como el mejor exponente de la maduración del pueblo, a partir de la década siguiente comenzó a cultivarse una memoria crítica que se ha acentuado una vez iniciado el presente siglo, especialmente a raíz de la Gran Recesión.

El problema actual en relación con los mitos es el carácter distinto al que generaciones previas han cultivado o, como mínimo, tenido presente. Como bien sabéis, ni Suárez, ni el PCE, por poner dos ejemplos muy concretos —mitos que otrora formaban parte del repertorio democrático que llevaban interiorizado las sucesivas generaciones— son apenas dos tenues sombras en el imaginario colectivo de la Transición hoy día. En cambio, y como algunos habréis detectado, no es extraño que en determinados sectores reaparezca, con escaso sentido crítico, la dictadura de Franco o se sobrevalore la importancia en el combate antidictatorial o en la gestión transicional de los nacionalismos subestatales. Las filiaciones

de presente estimulan uno u otro repertorio con cierto éxito entre la juventud que expresa interés por ligar el pasado a sus combates de presente, lo que creen saber de manera estereotipada y sus experiencias y actitudes en una sociedad que, de nuevo, aunque con otras características bien distintas vive en una crisis de legitimidades y ante horizontes inciertos.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Aun teniendo en cuenta que en última instancia el sesgo del docente que imparta las correspondientes asignaturas no dejará de incidir en el grado de complejidad y en la misma perspectiva analítica que se transmite a los y las discentes, cabría esperar que en el currículum docente se abordase atendiendo a la inherente complejidad del proceso. Hacer entender las diferencias entre vivir en dictadura o hacerlo en democracia, contextualizar los momentos y atender a las múltiples causalidades, complementar las iniciativas de las elites políticas —las franquista y las que emergen desde las distintas expresiones de la oposición demo-

crática (y revolucionaria)— con una puesta en valor sistemática de la incidencia de construcción de ciudadanía en los distintos movimientos sociales... serían todos ellos, creo, elementos convenientes. En rigor, y junto a su dimensión estrictamente historiográfica, esta o estas asignaturas deberían contribuir a hacer comprensible el valor del episodio en cuestión dentro del pasado más reciente. Por ello mismo, y dado que no me he referido a ello anteriormente, esa mirada compleja dejaría de serlo si dejara de atender al papel de la mujer tanto en el tardofranquismo como en la Transición y en la subsiguiente conquista de derechos sociales para el conjunto de la ciudadanía.

Una última consideración: no creo que se trate tanto de ofertar, si se me permite la expresión, un único relato sobre la Transición. Por lo demás, ello resultaría, a mi entender, imposible. Deberíamos procurar que en la enseñanza preuniversitaria de la historia del presente, de nuestro país, de Europa y del mundo, se dotase al estudiante de la capacidad de razonar episodios y procesos, entenderlos críticamente y asumir la complejidad, para nada inextricable, de los mismos en el ámbito social, político, económico y cultural.

# La Transición, entre historia y presente

*The Transition, between History and the Present*

**Elena Hernández Sandoica**

*Universidad Complutense de Madrid*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Son decisivos ambos, tanto la voluntad y decisiones de Franco en las medidas adoptadas (tanto para la sucesión cuanto para reprimir la disidencia) como su desaparición física, una condición necesaria —pero no suficiente— para abrir el país al cambio y abordar la transición política. Tratándose de una dictadura unipersonal, con un grupo cerrado de fieles a su persona y al régimen, contando además con el apoyo masivo del ejército, no parece posible imaginar que la dictadura fuera reformable en una dirección democratizadora mientras Franco viviera, realmente. Hubo actualizaciones a lo largo de la última década de vida del régimen, imprescindibles para ajustar un tanto la marcha del país a los cambios sociales producidos y a ciertas expectativas exteriores. Pero ello no me lleva a compartir interpretaciones de cualquier género de transformación previa como un avance claro de esa Transición que habría de venir, ni entiendo demasiado algunos intentos del pre-

sente por soslayar el cincuentenario de la desaparición del dictador como una fecha importante para el cambio, como el punto de arranque de la transición democrática en cuanto posible y deseable, la configuración considerada matriz del tiempo en que vivimos, sus luces y sus sombras.

De decisiones probadamente personales del dictador procedieron las últimas cinco condenas a muerte de militantes de extrema izquierda solo un mes antes de su desaparición. Ajusticiamientos que marcaron decisivamente el arranque incierto de la transición hacia un régimen que, en principio, solo debería haber mantenido de democracia formal en apariencia, con la figura de un monarca designado por el dictador como jefe del Estado y una clara voluntad continuista. No habría entonces en presencia muchas opciones para la ruptura, puesto que el tiempo del franquismo había sido muy largo y coercitivo, la oposición política se hallaba muy debilitada —y hasta muy al final, solo operaba en el exterior—, y así, había sido en las fábricas, en las calles y barrios, o en las universidades únicamente donde se había hecho frente, entre el final de los años 60 y 1975, a una situación de control social y represión insoportables que

se pagó con alto precio de sangre y cárceles.

Cuestión distinta es en qué proporción y por cuánto tiempo, en función de sus orígenes y su desarrollo posterior —sin justicia reparadora para los vencidos de la guerra, solo investidos de amnistía y «perdón»—, quedaría vivo el régimen de Franco dentro del sistema constitucional y participativo. Toda vez que iría desarrollándose lo que resultaría ser la Transición como un tanteo encadenado de consensos y azares, de renunciaciones y pactos, éxitos y fracasos —a veces desde decisiones arriesgadas—. A partir del referéndum de 15 de diciembre de 1976 y las elecciones generales de junio del 77, estaba claro que el condicionante principal del proceso provenía de la decisión del dictador de perpetuar su propio régimen a través de una monarquía reinstaurada.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Es difícil contestar en pocas líneas a una cuestión tan compleja, sobre la que tanto se ha escrito y que cubre la historia entera del estado español. En la configuración de una cultura política reivindicativa de derechos sociales fue sin duda elemento de primer orden el crecimiento económico industrializador desde el año 1958 en adelante. Justo entonces comenzaría a perfilarse una acción sindical que, sobre todo a través de las Comisiones Obreras (CC.OO.), sería decisiva en las movilizaciones del final del franquismo y la Transición. A través de ella se lograrían ciertos derechos, paralelos a una mejora en las condiciones de vida que se iría extendiendo hasta chocar con la crisis económica del 73, y contribuyen-

do los obreros decisivamente —junto con los estudiantes y la lucha en los barrios—, a través de todo tipo de manifestaciones y de huelgas (su pico fue en 1976/77), a mantener durante un tiempo la esperanza de lograr un sistema social más ventajoso y participativo. Su papel quedaría seriamente limitado, sin embargo, a partir del severo pacto social en 1977 (Pactos de la Moncloa) que, con un protagonismo acusado de Santiago Carrillo, cedería a los partidos el protagonismo en la cuestión social. Ese papel, con todo, había sido muy activo en la tarea imprescindible de minar el franquismo y configurar una cultura democrática en el sentido extenso, participativo y ciudadano, del concepto. Y por ese motivo, sobre una parte importante de sus actores más decisivos y determinantes había caído la represión policial.

También lo haría sobre el movimiento vecinal y en los barrios, donde las mujeres tuvieron un protagonismo grande en erosionar la afección al régimen —si es que la había—, pero sobre todo en crear conciencia y despertar la réplica, venciendo el miedo. Un papel en la lucha antifranquista con toda probabilidad mucho mayor del que les reconocemos aún hoy —cuando tenemos muchos de sus testimonios y experiencias—. Se estaban viviendo condiciones muy duras en el trasvase de poblaciones enteras del campo a la ciudad, y a esa dureza y penuria de la vida diaria en el trabajo y el hogar fueron muy sensibles, rebeldes, las mujeres, las madres de familia que entraron en la acción política mediante agrupaciones de clase y, en algún caso también —como mujeres de la clase media—, feministas. La cuestión de la legalización del aborto constituye en su caso (más que el divorcio entonces, para las trabajadoras) un punto de inflexión; y contra las mujeres que defendieron su derecho se dio también la violencia política.

Del movimiento estudiantil mucho se ha

escrito a esta hora, y apenas voy a mencionar más que su indudable importancia a mi modo de ver, más allá de protagonismos y episodios concretos, para crear una cultura formalmente democrática —menos quizá en profundidad que en extensión—, también en el sentido de la participación colectiva en la vida profesional y cultural del país, en la interiorización de un sentimiento de ciudadanía compartida.

En cuanto a los nacionalismos periféricos, ello exigiría un desarrollo más completo y particularizado. Su papel resulta indiscutible en las movilizaciones del final del franquismo, tanto en el caso de Catalunya como de Euskadi, con sus diferentes dinámicas de oposición al régimen. (Distintas tanto por su propio pasado histórico como por la postura adoptada en cada caso por las elites económicas reformistas o ajenas al franquismo). Pero más decisiva aún me parece su posición dentro del proceso de democratización tal como quedaría institucionalizado, porque la construcción del estado de las Autonomías dentro de la Constitución del 78 dejaría la cuestión de sus reivindicaciones parcialmente abierta. De modo provisional y tentativo, el apresuramiento de los primeros momentos brindaría al gobierno de UCD —con Suárez como actor decisivo, y Fraga, de AP, como contrapeso en cuanto a las *nacionalidades*— la oportunidad de hacer a un lado a las fuerzas de oposición de izquierdas en ambos territorios (ETA, que había matado ya —aunque no tanto como lo haría después— y Terra Lliure, pero también PSUC y Euskadiko Ezquerria, que estaban muy activos). Optarían, en cambio, por incorporar a las derechas al pacto político del 78, llevando incluso al caso catalán —que no al vasco— una refiguración aminorada de la República mediante la Generalitat y la vuelta de Tarradellas. Fuera del pacto político quedaría asimismo la izquierda independentista canaria (el MPAIAC), con alto grado de represión.

La violencia política desde arriba respondería con creces a la violencia social desde abajo, que también existió. No solo se trató de ETA-m, que crearía un cuerpo para matar uniformados ya en 1975, sino de que, según la población iba escapando al miedo de la dictadura, crecieron las reuniones, asambleas y mítines en fábricas y centros de estudio, a veces en iglesias de *curas obreros...*, ocasión cotidiana a las fuerzas del orden para llevar a cabo una represión arbitraria y sin garantías jurídicas. La sufrirían tanto estudiantes y trabajadores como nacionalistas de izquierdas, homosexuales como gitanos... Ante la violencia del estado no solo crecería la violencia social, sino que se iría extendiendo la sensibilización antifranquista de sectores hasta ahí no politizados. También ellos contribuyeron a aceptar —y enseguida mediante su voto avalar—, con componente grande de ilusión y confianza ciega en el futuro, los cambios positivos —pero también los riesgos— que conllevaba la apresurada reconciliación nacional, el «echar al olvido» sin reparación ni justicia el conflicto civil del 36. Salvo en quienes quedaron en los márgenes del sistema —y unos pocos críticos más, desde dentro de él—, habrían de pasar años hasta que se lamentara la ausencia de memoria y reparación.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Si sitúo el punto de mira en lo que fue mi experiencia vivida en esos años, la tentación sería responder aquí ahora que sí había alternativas, o al menos así lo creíamos entonces; pero si el foco alumbra desde hoy, con tantas cosas ya asentadas sobre el proceso, más bien resolveríamos este punto con una negativa, más o menos rotunda o

convencida. Lo cierto es que para muchos de quienes vivimos aquel 20 de noviembre del 75 y el horizonte que se abriría después, nada podría verse con claridad y certeza: la indeterminación y la contingencia irían marcando, vertiginosamente, unas posibilidades y descartando otras, cercenándose pronto la expectativa de una democracia social, un modelo político más radical, presuntamente revolucionario. A gran velocidad se fue configurando un capital político y emocional —*sentimental* de izquierdas— con frecuencia cambiante, tejido de temores y de decepciones cotidianas. Nadie podía saber en realidad, en un día a día plagado de violencias y de incertidumbres, por dónde irían los acontecimientos, y por encima de todo, si triunfaría el búnker antes o después, arruinando el precario andamiaje...

Resultó que solo un sector del régimen —creíamos al principio que pequeño y dispuesto a replegarse— deseaba arriesgarse por el inmovilismo, pero era difícil conocer de entrada su tamaño real y sus prolongaciones. Tardaríamos en tener la certeza de que la monarquía, dispuesta a reafirmarse y sostenerse, hubiera estado de su parte de haber logrado un acuerdo mayor. Personalmente, le doy una gran importancia a ese miedo al retroceso en la aceptación de lo que se habría de convertir nuestra democracia (un miedo «de presente» puro y duro, y no tanto el recuerdo de la guerra civil, en muchos de nosotros, por razones generacionales...). Un miedo que llevaba a la aceptación del consenso y el pacto reformista como una solución, al menos temporal. Y dominaron siempre —al menos hasta avanzados los años 80— la inestabilidad y la incertidumbre, junto con aquel alto grado de violencia y una censura cultural, ya aminorada y un tanto inconsecuente, pero todavía operativa.

Ocurre, sin embargo, que en todo proceso histórico se presentan siempre alternativas, nunca existe una sola salida, aunque a veces no sean factores estructurales sino contingentes los que determinen su evolución. En la España de entonces las pocas alternativas de extrema izquierda existentes fueron pronto bloqueadas hábilmente por los gestores del cambio, ilegalizándose su posible actuación para ayudar a sostener el orden. Y el involucionismo que, por su parte, aspiraba a mantener incólume el edificio del franquismo, también sería frenado finalmente —aunque con mucho esfuerzo, dada la colaboración sin disimulo que prestaba a esos grupos de extrema derecha, muy violentos, una parte del aparato represivo del propio estado, las fuerzas del orden y servicios secretos que habían transitado al nuevo régimen sin depurar—.

Lo que fuera aclamado como un éxito modélico y ejemplar de nuestra transición democrática durante un tiempo, al ser contemplado desde hoy, tiene mucho componente de acierto y pragmatismo en determinadas actuaciones concretas, y de factor-suerte en su combinación y en cuanto a duración a lo largo del tiempo. Lo cual no quiere decir que no se hayan ido revelando, en su desarrollo concreto, carencias sustanciales que, al romperse el consenso, envenenan desde entonces la política sin aparente solución. Por la misma razón, por ese entrecruzamiento entre las pautas del modelo político y su desarrollo histórico, se ha ido procediendo a reevaluaciones diversas de su valor real como tal modelo supuesto. La cuestión más crítica respondería, obviamente, al blindaje de la Constitución y a la inserción en ella de la monarquía, pero también a la insuficiente flexibilidad para dar respuesta a la «cuestión nacional».



Marcelino Camacho interviniendo en la asamblea general de CCOO celebrada en semiclandestinidad en Barcelona en julio de 1976 (Archivo Histórico del PCE - AHPCE).

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

La Transición sigue siendo para nosotros *política* y no *historia*, a pesar de lo que a mediados de los años 90 del siglo XX pudo creerse (cuando sentenciaba lo contrario el sociólogo Juan Linz). Lo cual significa que su relación con la memoria reciente es confusa, ambivalente y, muchas veces, viene a ser interesadamente manejada por los partidos y los medios de prensa. Sin embargo, la Transición debería estar encuadrada, a estas alturas, en una memoria colectiva que hablara de lo que, sin duda alguna, frente al periodo del franquismo, fueron los éxitos de la incipiente democracia, sin esconder tampoco los muchos costes y las carencias

que entrañó, sus constricciones y estrangulamientos a medio plazo.

La ciudadanía española en general ha estado lejos de demandar ese ejercicio de reflexión colectiva que, en cambio, sí se hizo en otros países al salir de sus respectivas dictaduras. Pero las demandas sociales de memoria, en nuestro país, han sido escasas y, comparativamente, son aún recientes (además, está muy combatida la materialización legal de esa demanda, esas leyes que apuntan a la reparación y la justicia y que solo el PSOE, desde Rodríguez Zapatero, se atrevió a abordar; son muchas las resistencias a ese recuerdo reparador de olvidos desde la esfera de la derecha y la extrema derecha). Ahí reside el que, como sucede con los procesos anteriores con que la Transición conecta (guerra y República, que quedaron ocultas y eludidas en la

propia transición a la democracia, que aparentaba a su vez crecer en el vacío, aislada del pasado reciente, cuando en realidad no fue así, sino que en muchos aspectos contuvo elementos del franquismo), su conocimiento por la ciudadanía siga siendo un asunto pendiente. Una deuda o carencia democrática que, al no haber habido una depuración de aquellos elementos, facilita su reproducción —en el ejército, las fuerzas del orden, la judicatura—, así como la controversia exacerbada y la condena reactiva contra todo ejercicio de memoria.

Cabe la tentación de pensar que nos vamos alejando en lugar de acercarnos al objetivo de la reparación y la verdad histórica, y que, habiendo dejado crecer tantas generaciones sin la enseñanza y reflexión debidas respecto a esta cuestión —trascedente desde el punto de vista moral—, y tolerándose sin réplica por parte de la justicia tantos engaños y mixtificaciones, amparándose tantas vacilaciones y silencios, tantas equidistancias subjetivas, nos va a ser imposible convencer a los jóvenes. Muy difícil resulta cada día, para muchos de ellos, discernir entre verdad y mentira.

En cuanto a los «mitos» políticos de la Transición —versiones interesadas que logran imponerse ya al mismo hilo del proceso—, el más persistente ha sido (junto al de su carácter pacífico y no violento) el del papel preeminente de Juan Carlos I entre los actores de la normalización democrática. Es una instrumentalización que se utiliza todavía, actualmente, para contrarrestar una conducta personal nada modélica. Los dos mitos se engarzan, interactivamente, aunque cada uno contiene consecuencias distintas: el del rey demócrata viene a aminsonar el papel de cuantos lucharon desde la calle y la fábrica por la democracia, y el de la no violencia resta importancia a lo que se consiguió, permitiendo una idealización, por contraste, del periodo anterior. A ambas

percepciones, extendidas entre la población de toda edad, contribuyeron sustancialmente durante mucho tiempo los medios de comunicación de toda impronta y, por encima de ellos, los dos grandes partidos.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

La clave para abordar esa complejidad estaría en la educación secundaria. Pero en estos momentos, y en manos de unas autonomías masivamente gobernadas por el Partido Popular, lo veo tarea muy difícil si no imposible, incluso si no influyera tanto como influye VOX en las proyecciones culturales y, muy seguramente, en las decisiones sobre la elaboración de los programas docentes.

Por lo demás —y sé que esto puede resultar más injusto aún que impopular—, me cabe la sospecha de que, durante muchos años, una parte sustantiva de quienes han venido explicando los contenidos de historia reciente española, muy apretados y desvaídos por lo general, o bien no los resuelven acertadamente por propia convicción, o algo falla en ciertos centros más allá de su propia actuación. Los programas son, en cualquier caso, insuficientes. Quizá el uso indiscriminado de las redes lo gobierna ya todo, pero lo cierto es que, hablando en términos generales y por lo que a mí me llega, lejos de haberse avanzado en un conocimiento justo y medido de nuestro durísimo pasado, se ha retrocedido hasta dejar crecer tantas y tantas opiniones benévolas del franquismo, para olvidar —o negar incluso— el conflicto fratricida que lo precedió y sus inmensos costes.

Con todo, tratando de superar mi pesimismo —o precisamente por él—, sí que creo necesario insistir en el factor educativo y reforzarlo. Los profesores de secun-



Desmontaje de estatua de Franco, en Valencia, 1983 (Agencia EFE, AHPCE).

daria tienen un reto nada irrelevante en este asunto, y por ello creo que se les debe ofrecer todo el apoyo y acompañamiento,

estímulo y reconocimiento en su tarea en mucho mayor grado del que, en su mayoría, reciben hoy.

# De una Transición compleja a una democracia incompleta

*From a Complex Transition to an Incomplete Democracy*

**José Luis Martín Ramos**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

La dictadura siempre giró en torno a Franco, su fundador y beneficiario político y económico, que representaba el papel del ejército en la dirección y gestión del estado y repartía y arbitraba las posiciones de poder en el seno del régimen. Para los franquistas era su jefe carismático, a pesar de las deficiencias formales que tuviera en sus intervenciones declamatorias. Desde siempre dejó por sentado su voluntad de permanecer en el poder hasta su muerte, y así quedó establecido en su pacto con Juan de Borbón y en los documentos institucionales de la dictadura que lo revistieron de la figura de un peculiar Regente al que a su muerte —o su exclusiva decisión soberana— le habría de suceder la monarquía borbónica. Puede ser que, en sus últimos años, su decadencia física permitiera un mayor juego en los pasillos del poder, pero las decisiones que se tomaron, la elección de Arias Navarro,

la política represiva final... se hicieron con su conocimiento y consentimiento. En esa situación su muerte fue fundamental para el fin de la dictadura, es decir para que pudiera abrirse la puerta al fin de la dictadura; la oposición democrática no llegó a estar en condiciones de derrocar a Franco, es evidente, pero sí acumuló suficiente presencia y fuerza como para interferir en la salida continuista del régimen.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Soy de los que piensa que hay que considerar el factor internacional, la política exterior entonces de EEUU —también de los gobiernos europeos— que apostaba por una salida que evitara la confrontación social, que reabriera la expectativa de una radicalización de izquierdas, como la que se había conjurado recientemente en Portugal.

La oposición antifranquista de izquierda no había conseguido suficiente fuerza para derribar a Franco, pero no había dejado de crecer desde hacía más de un decenio y, si la salida continuista se imponía podía seguir creciendo más allá de los intereses de las potencias atlantistas. Por otra parte, la negativa situación económica aconsejaba a las elites procesos de pacto social que pudieran gestionarse desde arriba pero contaran con consentimiento desde abajo. A ello hay que añadir, mirando ya hacia los factores internos, que la muerte de Franco significaba la desaparición de la figura arbitral en la derecha, el afloramiento ya sin reservas de sus diferencias, la reafirmación de su segmento «liberal» como el más apropiado para una solución pacífica, sin ruido de sables y mucho menos horizontes de confrontación civil; aunque pudiera ser una exageración, recuerdo el peso del rechazo o el temor a una nueva guerra civil.

El movimiento obrero, los movimientos sociales, fueron un factor activo en el proceso de la transición; sin el que es más que improbable que no se hubiera impuesto algún tipo de continuismo. El factor de la movilización social fue en España lo que erosionó los consensos políticos y culturales de la dictadura; sin embargo, ni fue tan extensa por toda la geografía española ni fue homogénea en sus lineamientos políticos. En la medida en que la dictadura prohibía la expresión de la conflictividad social, ésta cuando se producía era objetivamente un acto contra la dictadura; no obstante, el salto a convertirse en un acto subjetivo, de voluntad política, de derrocamiento de la dictadura no se produjo ni de manera general ni de manera suficientemente continuada. La Huelga General Política fue una orientación de lucha antifranquista, una consigna en el mejor sentido del término, un horizonte a conseguir, pero no llegó a producirse. Las movilizaciones obreras die-

ron fuerza a la oposición antifranquista, a la lucha contra la dictadura en una fase que, recordando una vieja metáfora, se situó en condiciones de asedio sin llegar a poder pasar al asalto cuando la muerte de Franco precipitó el fin del régimen. Aun así, el asedio no fue en vano, ocupó espacios sociales, culturales y políticos y limitó, de manera fundamental en mi opinión, la capacidad de maniobra de los herederos de Franco, ya fueran estos los que defendían la persistencia de la dictadura o los que consideraban que ésta ni era necesaria ni conveniente y abogaban por dar al sistema capitalista español un horizonte de continuidad bajo los parámetros de la democracia representativa controlada, el parlamentarismo liberal y la reinstauración de la monarquía.

La llamada «cuestión nacional» —sobre todo allí donde se expresó como un hecho político de masas en los tiempos de la dictadura, en Cataluña y Euzkadi— fue un factor fundamental en el desarrollo de la oposición a la dictadura en ambas, en su amplitud y su intensidad. Es imposible no considerar que el amplio consenso que existía en Cataluña por una alternativa democrática —se interpretara como se interpretara, desde la liberal hasta la revolucionaria— no tuviera mucho que ver con esa cuestión. En Euzkadi también la cuestión fue un fundamento básico del rechazo a la dictadura, pero a diferencia de Cataluña no acompañó a la amplitud y la intensidad de la presencia de la cuestión nacional la unidad; el factor ETA empezó a dividir a la sociedad vasca, aunque su incidencia negativa no se desarrollara plenamente hasta los años de la transición y las primeras décadas del régimen surgido de ella. Por otra parte, ese reconocimiento de la «cuestión nacional» no tuvo como impulsor solo a las formaciones nacionalistas tradicionales (el PNV) o de nuevo cuño (el movimiento que lideraba en Cataluña Jordi Pujol), sino



Manifestación en Barcelona en 1976 (Archivo de la Transición).

también al Partido Comunista de España y al Partit Socialista Unificat de Catalunya, defensores ambos de la multinacionalidad desde los tiempos de la Segunda República; el PSUC adoptó además la idea de un catalanismo popular que bebía ideológicamente de la fuente del catalanismo obrero de Gabriel Alomar.

La cuestión nacional tuvo también su papel en la reconstrucción de una parte de la oposición, en concreto en la del socialismo. El PSOE, enrocado en una posición de aislamiento y de crecimiento mínimo en España, en parte deliberado, dejó un vacío que fue rellenado por la eclosión de los socialismos «periféricos», adheridos a la idea de la multinacionalidad de España. En 1976 llegaron a desafiar la hegemonía del PSOE —de un PSOE en reconstrucción— con la propuesta de la Federación de Partidos Socialistas, obligando al partido histórico de

la socialdemocracia española a reforzar su presentación como un partido federalista e incluso dispuesto a reconocer, como principio aunque no como línea política propia, el reconocimiento del derecho de autodeterminación.

Todo ello, la naturaleza de masas de la cuestión nacional en Cataluña y Euzkadi, su presencia en el debate interno en el socialismo español, hizo que ella fuera una parte fundamental del pacto de la transición y quedase incorporada en la constitución de la monarquía reinstaurada; no obstante, el rechazo absoluto de la derecha reformista, la derecha continuista y de los poderes fácticos impidió que esa incorporación se hiciera en los términos en que la oposición antifranquista mayoritariamente sostenía: el de la organización federal del Estado. Lo que resultó fue una fórmula que resultó inestable desde el principio y que pospuso

la única resolución congruente con la multinacionalidad, sustituida por el compromiso del sistema autonómico, institucionalmente incompleto en su concreción y sujeto a la revisión política recurrente.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

En mi opinión nunca hay nada predeterminado, por lo que la salida, en las formas que se produjo, no tuvo que ser la única posible, sino que fue el producto real de los agentes, las condiciones y los comportamientos que confluieron en la transición. Puede considerarse que una u otra salida tenía más opciones, más factores internos y externos, fue mejor defendida que otras, pero no considero que eso la convirtiera en la única «posible». Para concretar, la opción de una negociación entre fuerzas de oposición democrática y fuerzas «evolucionistas» del régimen tenía una posición de salida más favorable por ser la menos traumática y la que tenía mayor apoyo exterior de las potencias occidentales, en particular del gobierno de EEUU. No obstante, la opción de la ruptura democrática que postulaba el PCE, y que también era una propuesta de transición, pudo tener algún camino por delante si hubiese conseguido el consenso social suficiente; quedó en evidencia que no lo conseguía a tiempo en el final del otoño de 1976, con los resultados de la huelga general del 12 de noviembre y del referéndum del 15 de diciembre.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Me temo que la memoria en torno a la Transición es muy precaria. Pervive el mito de su ineluctabilidad, y el del carácter pacífico de la transición, mitos que son hipótesis de hechos ciertos: la transición tuvo un gran margen de apoyo social, activo y pasivo y no hubo guerra civil, confrontación civil generalizada; no obstante, ese gran margen de apoyo social podría no haber sido suficiente y el hecho es que hasta 1982 no se dejó atrás el temor a una interrupción de la transición y un retroceso hacia la dictadura y si no se produjo violencia generalizada hubo un elevado grado de violencia que fue dejando pequeñas hipotecas sobre el futuro, nuestro presente. Creo que buena parte de la ciudadanía ahora tiende a ver la transición como un proceso deficiente, al que se culpa de mucho de los males políticos que padecemos hoy.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Esta pregunta solo tiene una respuesta: sí, sin ninguna duda. Lo pensaba ya hace años pero ahora lo considero absolutamente imprescindible, para salir al paso de la falsificación de la historia que la extrema derecha y la derecha extrema están haciendo y para cubrir el gran vacío de cultura democrática acumulada que no deja de ampliarse entre las generaciones recientes.

# España, 1975-1977: la democracia que se ganó en la calle

*Spain, 1975-1977: The Democracy won in the Streets*

**Óscar J. Martín García**  
*INGENIO (CSIC-UPV)*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Desde comienzos de la década de 1970, el protagonismo político de Franco tuvo un carácter paradójico. Por un lado, el dictador mantenía el poder simbólico y la capacidad de decisión final, pero su capacidad de liderazgo efectivo se vio considerablemente mermada por la enfermedad, la edad y la creciente división entre las diversas «familias» del régimen. Su relevancia residía más en ser el elemento aglutinador que impedía el colapso de una dictadura crecientemente deslegitimada que en su capacidad de dirección política activa.

Como tantas veces se ha dicho, Franco murió en la cama. Sin embargo, su desaparición no supuso el inicio inmediato de un proceso de cambio democrático pacífico y conducido desde arriba por las élites políticas. La interpretación canónica de la Transición española ha mostrado una marcada tendencia a situar el inicio del cambio de régimen el 20 de noviembre de 1975, ha-

ciendo coincidir el fin de la dictadura con el fallecimiento de su titular. Tal periodización responde a una estrategia narrativa y política que busca establecer un cordón sanitario cronológico entre la monarquía y sus orígenes franquistas, proyectando así una imagen que vincula intrínsecamente la figura del rey Juan Carlos con la recuperación de las libertades democráticas. No obstante, esta visión borra del relato histórico al primer gobierno de la monarquía, el cual trató de implantar una especie de pseudo-democracia respetuosa con los principios de la dictadura, lo que en realidad equivalía a perpetuar el franquismo sin Franco. El tibio aperturismo político puesto entonces en marcha por el presidente Arias Navarro y el ministro Manuel Fraga pretendía instaurar una especie de monarquía franquista, pero su programa de reformas limitadas se vio frustrado por la agudización de una imponente presión social democratizadora que surgió desde abajo y desde las bases de la sociedad civil.

A este respecto, tras la muerte de Franco emergió un nuevo escenario político en el que se expandieron las posibilidades de la protesta contra del régimen. La des-

aparición del «Caudillo de España», «Jefe de todos los Ejércitos» y «Cabeza del Movimiento Nacional» abrió nuevas oportunidades políticas que facilitaron el incremento exponencial de la contestación y agitación antifranquista en las calles. La coyuntura política abierta por la muerte del dictador, en un contexto caracterizado por una severa crisis económica y el progresivo debilitamiento de las instituciones autoritarias, desbordó las expectativas de cambio democrático de amplios sectores de la ciudadanía, que interpretaron el momento histórico como una oportunidad decisiva para conseguir la democracia. Esta movilización social se materializó en una intensa oleada huelguística a lo largo de la primera mitad de 1976 que, a pesar de enfrentar una dura represión policial, contribuyó de manera determinante a generar las condiciones políticas necesarias para el cambio de régimen.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Durante las décadas de 1960 y 1970 se produjo la convergencia e interacción de una serie de factores que influyeron considerablemente en la crisis del franquismo y el posterior devenir del proceso de Transición a la democracia. Entre éstos, cabe destacar el acelerado proceso de expansión económica y profundo cambio social experimentado por España en ese periodo. El llamado «milagro económico» español entre 1959 y 1973 transformó radicalmente la estructura social del país. Durante esos años, la emergencia de una incipiente sociedad de consumo, el turismo y la emigra-

ción tanto interna como exterior impulsaron un proceso de secularización y cambio de mentalidades que fue reforzado por el fuerte impacto cultural del relevo generacional. Todos estos elementos coadyuvaron una progresiva transformación operada en los hábitos y las actitudes políticas de la sociedad española, cada vez más atraída por valores y comportamientos que colisionaban frontalmente con las bases ideológicas del franquismo. También es preciso señalar que desde finales de los años sesenta el régimen vivía una honda crisis de sucesión y desmembramiento interno. El asesinato por ETA del presidente Carrero Blanco a finales de 1973 acentuó e hizo más evidente la descomposición y división entre los llamados sectores «aperturistas» y el «búnker». Además, importantes pilares de la legitimación social e ideológica de la dictadura —entre ellos la Iglesia y la burguesía industrial— comenzaron a distanciarse del régimen y a favorecer el establecimiento de una democracia parlamentaria convergente con los sistemas políticos de Europa occidental. En paralelo, la crisis del petróleo de 1973 actuó como catalizador que aceleró todas estas contradicciones. Sin olvidar que el deterioro de la coyuntura económica se desarrolló en un contexto exterior progresivamente propicio para la democratización del país, especialmente tras la amenaza al *status quo* internacional de la Revolución Portuguesa en abril de 1974.

Sin embargo, el proceso de erosión y deslegitimación de la dictadura no puede entenderse sin tener en cuenta el creciente conflicto social que se desarrolló y extendió por todo el país desde la década de 1960. El movimiento obrero y la contestación estudiantil, a los cuales se sumaron las reivindicaciones vecinales a partir de los años setenta desempeñaron un papel fundamental como vector desencadenante tanto de la crisis del franquismo como del posterior



Manifestación contra el TOP durante los últimos años de la dictadura en Madrid (AHPCE).

proceso de democratización. En este periodo se registró un incremento significativo de las manifestaciones, huelgas y protestas que no solo expresaban el rechazo al franquismo, sino que prefiguraban nuevas formas de participación política y ciudadanía activa.

Los movimientos sociales constituyeron un actor fundamental en el proceso de debilitamiento del régimen franquista, contribuyendo de forma determinante a su fragilidad en el momento de la muerte de Franco. El fallecimiento del dictador en noviembre de 1975 desencadenó una galerna de huelgas y luchas sociales que hicieron fracasar el proyecto del primer gobierno de la monarquía orientado a perpetuar el franquismo sin Franco. Posteriormente, tras el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del gobierno en julio de 1976, las negociaciones entre las élites reformistas del régimen y la oposición democrática se desarrollaron bajo el constante telón de fondo de una fuerte conflictividad social.

La acción colectiva organizada frustró la tentativa de preservar las estructuras autoritarias bajo nuevos ropajes institucionales. Durante los meses finales de 1976 y comienzos de 1977, el temor a una radicalización incontrolable obligó al reformismo postfranquista a adoptar soluciones de compromiso que, si bien no se materializaron en la ruptura democrática largamente ansiada por la oposición antifranquista, permitieron avanzar hacia la democracia. Durante esos meses, la presión ejercida desde abajo condicionó tanto el ritmo como el contenido de las transformaciones políticas, obligando al gobierno de Adolfo Suárez a acelerar y profundizar un proceso de cambio que inicialmente concebía de manera más gradual y controlada. Y todo ello a pesar de la disposición de las autoridades reformistas a utilizar las fuerzas del orden público del Estado para contener y limitar los avances del proceso democratizador.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Un examen riguroso de las alternativas políticas tras la muerte de Franco demuestra la existencia de múltiples proyectos viables que competían por definir el futuro del país. A grandes líneas, la oposición antifranquista, particularmente los sectores comunistas y de extrema izquierda, apostaba por una ruptura radical con el sistema franquista, que diese lugar a una democracia con un alto grado de participación popular. A comienzos de 1976 esta alternativa presentaba condiciones favorables para su materialización. En primer lugar, los meses posteriores a la muerte del dictador se caracterizaron por un elevado nivel de conflictividad social que creaba el clima propicio para un profundo cambio político. En segundo lugar, el Partido Comunista de España (PCE) había desarrollado, durante las décadas de resistencia antifranquista, estructuras organizativas eficaces y cuadros dirigentes experimentados que le conferían una notable capacidad de acción política y movilización social. Finalmente, tanto la izquierda como el conjunto del movimiento antifranquista gozaban de una considerable legitimidad democrática, en contraste con unas elites franquistas fuertemente desprestigiadas. No obstante, esta opción enfrentó limitaciones de gran calado. El principal obstáculo residía en la cohesión, disciplina y lealtad institucional del aparato represivo y militar heredado del franquismo. A diferencia de los casos de Portugal, donde la derrota colonial actuó como catalizador de la revolución, o de Grecia, cuyo fracaso militar en Chipre precipitó la caída de la dictadura de los coroneles, el Estado franquista experimentó un

colapso de las estructuras de seguridad que facilitara la vía rupturista. Durante toda la Transición, las elites postfranquistas controlaron resortes estatales clave, como los Ministerios de la Gobernación, Ejército y Justicia. Simultáneamente, la Guardia Civil, la Policía Armada y los servicios de inteligencia preservaron intacta su capacidad operativa, ejerciendo una presión sistemática contra las fuerzas de izquierda que redujo sustancialmente las posibilidades de una profunda transformación democrática. Por tanto, la fuerte represión policial disminuyó considerablemente las posibilidades de una ruptura, si bien la existencia de amplias clases medias moderadas, que preferían la estabilidad y el cambio gradual al riesgo revolucionario, también dificultó el desbordamiento en la calle. A ello habría que unirle la fragmentación de los grupos de la oposición, concretamente las diferencias estratégicas entre comunistas y socialistas, que menoscabaron una acción unitaria y efectiva en favor de un proyecto de cambio radical.

Aunque la opción rupturista no logró materializar sus objetivos máximos, la presión política de la izquierda resultó instrumental para frustrar otras alternativas que se perfilaban tras la muerte de Franco. Entre éstas destacaban tanto los esfuerzos de liberalización cosmética, como las tentativas de involución autoritaria. La salida que finalmente se impuso fue la opción reformista auspiciada por el gobierno de Adolfo Suárez. Si bien este proyecto de democratización gradual desde arriba contó con un respaldo social e internacional nada desdeñable, es necesario precisar dos aspectos fundamentales para explicar su naturaleza y resultados: en primer lugar, su éxito estuvo estrechamente vinculado a la intensa actuación policial, que incluyó la connivencia con la violencia política ultraderechista, ejercida contra las fuerzas rupturistas.

tas durante 1976 y 1977; en segundo lugar, tanto el ritmo como el alcance de las reformas gubernamentales se vieron acelerados y ampliados como consecuencia directa de la lucha política y social impulsada por los partidos y sindicatos de izquierdas.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

La memoria oficial sobre la Transición se articula fundamentalmente sobre los pilares de la interpretación canónica del período, caracterizada por dos líneas argumentativas predominantes. La primera concibe el proceso de instauración democrática como el producto casi unívoco y natural de los procesos de modernización socioeconómica previos. Desde esta perspectiva, el denominado «milagro político» de la Transición constituiría el corolario inevitable del «milagro económico» iniciado con el Plan de Estabilización de 1959. Esta interpretación determinista presenta la recuperación de las libertades como el resultado predecible y necesario de las transformaciones sociales experimentadas por España desde la década de 1960. La segunda línea interpretativa conceptualiza la Transición como un ejercicio de ingeniería política ejecutado desde arriba por las élites dirigentes, especialmente las procedentes del franquismo. Esta lectura ha consolidado una narrativa que presenta la democratización como la obra exclusiva de los «reformistas del franquismo», quienes habrían restaurado la democracia con la aquiescencia de una sociedad española que asistió al proceso como mera espectadora instalada en la desmovilización social y política.

En síntesis, la memoria oficial de la Transición asume que ésta fue, fundamentalmente, el resultado de las transforma-

ciones socioeconómicas de los años sesenta, las cuales establecieron las condiciones estructurales sobre las que actuaron las élites políticas que gestaron el nuevo sistema democrático en la década siguiente. A partir de estos dos ejes, se ha forjado una explicación oficial del período, convertida en el catecismo laico de la nueva democracia, que ha legitimado —a través de una explicación teleológica, casi normativa y no exenta de tópicos— el nuevo marco político, sus instituciones y su clase dirigente.

Esta visión hegemónica ha sido cuestionada por parte de una extensa producción historiográfica que ha demostrado, de forma rigurosa y convincente, que los actores y sujetos colectivos no representaron el mero telón de fondo, inerte y pasivo, sobre el que se desplegó el drama de la democratización. Un corpus significativo de investigaciones evidencia que aquellos no fueron los músicos que simplemente tocaron una partitura compuesta y definida en los centros y salones del poder político, sino que jugaron un papel fundamental, influyendo decisivamente en el ritmo y dirección del proceso de cambio de régimen. Sin embargo, la experiencia colectiva de esos actores no ha sido incorporada aún a la historia con mayúsculas de la Transición. La historiografía que plantea un enfoque desde debajo del cambio político postfranquista ha pasado desapercibida para buena parte de la opinión pública. A pesar de la solidez de muchas de estas aportaciones, sus hallazgos y conclusiones no forman parte de la memoria colectiva del largo y tortuoso camino de la conquista de la democracia. A este respecto, existe una amplia distancia entre el conocimiento académico y el socializado, que es necesario reducir para transmitir a la sociedad un conocimiento más plural, complejo y matizado del final del franquismo y de la transición democrática.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

La introducción de una visión más polifacética de la Transición democrática en el currículum preuniversitario sería conveniente tanto desde una perspectiva pedagógica como epistemológica. Hoy en día la enseñanza sobre este período de la historia reciente de España adolece de una simplificación excesiva que reproduce acríticamente las narrativas oficiales, privando al alumnado de las herramientas analíticas necesarias para comprender la complejidad del proceso de cambio de régimen tras casi cuarenta años de larga dictadura. En las aulas de nuestro país la enseñanza de la Transición tradicionalmente se ha ca-

racterizado por presentar un relato lineal y determinista que enfatiza la modernización económica y el consenso entre élites y minimiza el papel de los actores sociales, perpetuando así una visión que no refleja el estado actual del conocimiento historiográfico. Un tratamiento pedagógico más matizado y problematizador de la Transición, que incorpore la agencia de los movimientos sociales, la conflictividad del período y la diversidad de proyectos políticos en liza, favorecería una educación más sólida en valores democráticos. Asimismo, facilitaría que los estudiantes comprendiesen que la democracia no es la mera concesión de las élites dirigentes, sino el resultado de un proceso complejo y multifacético, en el que la sociedad española más activa y politizada jugó un papel fundamental.

# Movilización social y la Transición

## *Social Mobilization and the Transition*

**Carme Molinero**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Ya durante la guerra civil, las atribuciones legales y ejecutivas que Franco se reservó en el proceso de institucionalización del régimen fueron absolutas, de manera que sus decisiones eran incuestionables, lo que no significa que, antes de tomarlas, no tuviera muy en cuenta el escenario general. Por otro lado, aunque la dictadura no fue nunca un estado de derecho, sí que fue un estado con derecho. Quiere ello decir que el sistema político institucional se sostuvo en leyes y, por tanto, las instituciones del Estado funcionaban de forma autónoma. La subordinación a los principios del Movimiento lo aseguraban la legislación y el perfil político de los cargos responsables de cada instancia. A la muerte del dictador, el Estado podía continuar funcionando como lo había hecho en las décadas anteriores. De hecho, en 1976 el discurso del primer gobierno de la Monarquía fue el de hacer reformas en el régimen, no cambiar de régimen, acentuando el discurso que Arias Navarro ya se había visto forzado a realizar el año 1974.

Si se empezaron a producir cambios en 1976 no fue tanto por la muerte de Franco como por la crisis que atenazaba al franquismo antes de la muerte del dictador, un acontecimiento que no se debe minusvalorar, pero tampoco magnificar. Fue decisivo en aquel proceso que las reformas propuestas por el gobierno Arias-Fraga eran tan limitadas desde la perspectiva democrática, que aquel Gobierno se encontró con la mayor movilización social y política de las últimas décadas. El Jefe del Estado se vio en la necesidad de nombrar otro presidente del Gobierno para generar expectativas de forma acelerada. Suárez cumplió con el objetivo que le fue encomendado, pero se tiende a obviar que sin la presión continuada que ejerció la oposición los acontecimientos tampoco hubieran evolucionado como lo hicieron.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

En la crisis del régimen influyó decisiva-

mente la extensión de las reivindicaciones democráticas entre sectores muy significativos de la población y, eso mismo, generó tensiones y división entre la clase política franquista. En ese proceso, los movimientos sociales tuvieron un papel protagonista, articulando reivindicaciones sociales, políticas y culturales de distinta naturaleza y ofreciendo alternativas democráticas que alcanzaron un consenso amplio. Entre los distintos sectores movilizados, el movimiento obrero ejerció siempre la función de infantería del antifranquismo, abriendo cauces que otros movimientos aprovecharon en paralelo o después. En particular, la influencia de Comisiones Obreras era mucho más amplia que la que correspondía al ámbito sindical y alcanzó predicamento más allá de la clase trabajadora. En algunos territorios en los que la oposición política tenía una presencia reducida, CCOO actuaba como foco de irradiación del antifranquismo y tenía capacidad de interlocución con entidades que podían jugar un papel político.

La «cuestión nacional» tuvo un protagonismo de distinta naturaleza. A nivel político, durante la Segunda República quedó bien asentado que la democracia solo se podía estabilizar en España con el reconocimiento del autogobierno de lo que se vino a llamar comunidades históricas y, posteriormente, nacionalidades. Desde el golpe de estado de 1936, el lema de la dictadura franquista «España Una» vino a sintetizar su voluntad de aniquilación de cualquier manifestación de identidad colectiva contraria a su visión uniformizadora y autoritaria del país, que fue más allá de la destrucción del autogobierno. A lo largo del franquismo, la oposición siempre reivindicó lo que eufemísticamente en Múnich en 1962 se denominó comunidades naturales. En los años setenta, las reivindicaciones autonomistas se extendieron por buena parte del territo-

rio español. Si a ello se suma el peso y la implicación de la oposición catalana en la oposición a la dictadura se puede explicar que la «cuestión nacional» adquiriera un gran protagonismo en el cambio democrático.

En cualquier caso, añadiría que las tensiones en torno a este punto en el siglo XXI no están directamente relacionadas con aquel proceso, sino con la evolución del nacionalismo, tanto español como catalán en las dos últimas décadas, y la instrumentalización de la cuestión nacional subestatal —que no es lo mismo que nacionalismo— para la batalla política de corto alcance.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Como historiadora analizo la realidad de un momento dado, partiendo de la base de que, si bien los acontecimientos se pueden encadenar de formas distintas por hechos a veces imprevisibles, la única real es la que se conforma de una determinada forma, atendiendo a un conjunto de factores. En relación con la cuestión concreta que se plantea, diría —entre paréntesis— que algunos problemas graves de la democracia española no deberían ser atribuidos al proceso de transición sino a las opciones que se tomaron cuando la democracia ya estuvo asentada, particularmente a partir de 1982.

Volviendo al escenario de 1976-1977; éste estuvo muy alejado del que podían desear tanto los partidarios del régimen como aquellos que habían luchado contra la dictadura, habiendo pagado en muchos casos un duro precio por su activismo. Se ha convertido en una formulación asentada la de «equilibrio de debilidades» para caracterizar la etapa inicial de la Transición.



Concentración del PCE por la legalización de todos los partidos políticos. Madrid, 1976 (AHPCE).

Desde el momento en que Adolfo Suárez fue nombrado presidente del Gobierno, se vio en la necesidad de romper con la opción del gobierno Arias Navarro-Fraga de intentar mantener las esencias del franquismo, aun haciendo reformas imprescindibles. Para no fracasar también, Suárez tuvo que ir moviendo las líneas rojas de los límites a los que el «poder» estaba dispuesto a llegar para estabilizar la situación política, salvaguardando siempre la Monarquía. Ello significó estar abierto a la posibilidad —que no implicaba voluntad en aquel momento— de establecer una democracia sin adjetivos, con lo cual consiguió generar expectativas tanto entre buena parte de la población como entre las fuerzas políticas que no tenían objetivos de transformación social.

Las fuerzas que sí tenían esos horizontes se encontraron a finales de 1976 con un escenario distinto al previsto, pues a diferencia de lo que había sucedido en los años anteriores —cuando la movilización recaía

mayoritariamente en aquellos que no solo tenían un proyecto democrático sino también una voluntad de transformación social—, ante la población se presentaba un amplio espectro de fuerzas democráticas con las que parte de ésta podía identificarse. En ese escenario, salvar la unidad de la oposición exigió renuncias a algunas de las fuerzas con voluntad transformadora. Estas renuncias no eran decisivas de cara al futuro, pero podían ser representativas del equilibrio de debilidades que se fue visibilizando. Su importancia adquirió mayor relevancia simbólica en el escenario posterior, que no fue tan halagüeño como el esperado por quienes habían luchado de forma intensa por establecer un sistema democrático con fuerte contenido social. Los resultados electorales de 1977 mostraron claramente cuál era la correlación de fuerzas entre las distintas corrientes políticas.

Si el análisis a nivel macro muestra la coherencia de las decisiones tomadas, a

nivel micro las opciones podían haber sido distintas y los dirigentes de algunas fuerzas políticas optaron por estrategias que, al final, fueron desgarradoras para ellas mismas. En el caso concreto de los comunistas, el proceso de autodestrucción del PCE y del PSUC tuvo mucho que ver con la gestión de las discrepancias internas de distinta naturaleza, pero entre las que destacaban las enormes dificultades que encontraba la política del partido para abrirse paso, incrementadas por la crisis económica; el malestar de la militancia ante la progresiva desaparición de expectativas de cambios más profundos que se había esperado que estarían al alcance de la mano con la democracia, y las actitudes más críticas con la dirección del partido y con decisiones tomadas en los años anteriores. A la altura de 1979 ya estaba claro que el escenario que se abría era muy distinto del esperado, y en poco tiempo, el que había sido el «partido del antifranquismo» no fue capaz de convertirse en el partido que aspiraba a ser: un partido de lucha y de gobierno. La perspectiva histórica permite constatar, sin embargo, que su trayectoria no fue demasiado distinta de la que sufrieron los dos grandes partidos occidentales: el PCI y el PCF.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

De aquel proceso de transición de la dictadura a la democracia ha pasado casi medio siglo, por lo cual la experiencia vivida ya no es un componente destacado de la «memoria» de buena parte de la población. Sin embargo, dado que la Transición está en el origen de la democracia actual, su «memoria» está presente en el espacio público y sobre este periodo histórico se ha escrito ampliamente. Más allá de la histo-

riografía, la «memoria» de la Transición se ha alimentado de libros de memorias, de autobiografías y, particularmente, de los relatos transmitidos a través de los medios de comunicación en formatos bien distintos, desde los documentales a los debates y tertulias radiofónicas y, sobre todo, televisivas.

El documental televisivo «La Transición», de Victoria Prego, puede ser considerado el arquetipo del relato predominante en la opinión pública durante muchos años y, quizás todavía hoy, aunque ya tenemos disponibles otro tipo de materiales. Por otro lado, en la actualidad un elemento a considerar es la extrema fragmentación de los canales de información, de manera que una parte destacada de la población solo escucha aquello que quiere oír.

El documental es de 1995. Su hilo argumental conecta con la interpretación del proceso defendida por la clase política franquista, muy interesada por otra parte en exaltar la figura del monarca. Éste incluso fue considerado como el «motor» del cambio y los «reformistas del régimen» como los artífices del paso de la dictadura a la democracia. Una explicación de estas características prescinde del conocimiento histórico, que muestra que un factor determinante del proceso fue, por un lado, la profundidad de la crisis del régimen previa a la muerte de Franco y también, por otro, la opción del primer Gobierno de la monarquía por un proyecto con un fuerte componente de continuismo en relación con el franquismo, que fracasó justamente por la movilización que se desencadenó exigiendo una democracia sin adjetivos.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

No tengo información suficiente sobre

los programas de la asignatura de Historia de España en la educación secundaria que, por otro lado, son distintos en cada comunidad autónoma. En Catalunya, al periodo franquista se le dedica atención, posiblemente en la banda alta de la media española. Sin embargo, los programas acostumbra a estar muy decantados cronológicamente hacia el primer franquismo, y a la lucha contra la dictadura apenas se le dedica atención por lo que sé.

A 50 años del inicio de la transición, es imprescindible dedicar atención a este periodo, introduciendo una explicación más

compleja y dinámica del proceso de transición de la dictadura a la democracia. Un proceso en el que nada estuvo predeterminado y en el que la dialéctica entre los actores fue modificando el cuadro continuamente hasta que los resultados electorales del 15 de junio de 1977 dejaron claras cuales eran las opciones de la mayoría.

En la actualidad tenemos estudios históricos que demuestran la inconsistencia de los relatos dominantes durante mucho tiempo sobre el proceso de Transición. Lo que es necesario es un esfuerzo mayor para asegurar que su contenido llegue tanto a las aulas como a la opinión pública.

# La movilización antifranquista en la implantación de una democracia legítima (y, como todas, mejorable)

*Anti-Francoist Mobilization and the Establishment of a Legitimate Democracy (and, like all democracies, one open to improvement)*

**Mónica Moreno Seco**  
*Universidad de Alicante*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

La muerte del dictador Francisco Franco fue un hecho fundamental en el proceso de cambio político a la democracia y tuvo una importancia simbólica innegable, pues supuso la desaparición de la persona que había gobernado el país durante casi cuatro décadas y que había dado nombre a la dictadura. No obstante, cabe matizar el alcance del 20 de noviembre de 1975. Por un lado, ya a mediados de 1973 Franco había delegado la presidencia de gobierno en Luis Carrero Blanco, cuyo asesinato a finales de ese año fue un duro golpe para el régimen. Además, la crisis de la dictadura venía de tiempo atrás, por el auge de la oposición política y social, en un contexto de notables transformaciones económicas, sociales y culturales que se aceleraron a lo largo de la década de los sesenta. La respuesta represiva del régimen contribuyó a su propio desprestigio, tanto dentro como fuera del

país. Por otro lado, en los primeros momentos del reinado de Juan Carlos I, el gobierno de Arias Navarro supuso una apuesta por la continuidad con la dictadura, aunque la movilización antifranquista y la represión desatada contra la misma hicieron patente el fracaso de este proyecto. Puede considerarse, por tanto, que la muerte de Franco en noviembre de 1975 profundizó la crisis de la dictadura, aunque habría que fijar el comienzo de la Transición con posterioridad, a partir de la desaparición del partido único en abril de 1977 (Sesma) o de las primeras elecciones legislativas democráticas de junio del mismo año.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Entre los elementos que explican la crisis de la dictadura y el avance hacia la democracia durante la Transición cabe subra-

yar a mi juicio la movilización de algunos sectores de la sociedad española en demanda de cambios sociales, culturales y por supuesto políticos. Los partidos antifranquistas desempeñaron una tarea decisiva en este proceso, en especial el comunista (PCE), que había resistido a pesar de la dura represión a la que fue sometido y que a partir de 1956 desplegó una nueva estrategia política orientada a movilizar a la sociedad civil, y en menor medida las formaciones de la nueva izquierda surgidas entre finales de los sesenta y principios de los setenta (PTE, ORT, MC, LCR, etc.), que también alentaron los movimientos sociales. Además, muy pronto surgieron la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática, que aglutinaron a los principales partidos de la oposición y que a principios de 1976 confluyeron en la denominada Platajunta, mostrando una decidida apuesta por acabar con la dictadura.

También algunos colectivos cristianos, que se alejaron de su anterior apoyo al régimen franquista, participaron en la reconstrucción del antifranquismo y la deslegitimación de la dictadura: sacerdotes que ofrecieron las parroquias para reuniones y asambleas de grupos de oposición, religiosos y religiosas que trabajaron en barrios populares, militantes de HOAC y JOC que participaron en el movimiento obrero y vecinal, etc. Incluso parte de la jerarquía eclesiástica se distanció del régimen, como sucedió con un sector del ejército con la aparición de la Unión Militar Española, lo cual mostró que estas dos instituciones ya no eran pilares tan firmes del régimen. Las demandas nacionalistas y en ocasiones independentistas también se convirtieron en un elemento de cuestionamiento de la dictadura en algunos territorios e introdujeron elementos clave de debate en la conformación del nuevo Estado democrático.

De los movimientos sociales, el más com-

bativo sin duda fue el obrero, en torno a CCOO sobre todo, que impulsó innumerables huelgas y protestas, además de desgastar el sindicato vertical franquista, al recurrir al «entrismo» y ocupar puestos de enlaces y jurados de empresa. La conflictividad obrera se incrementó de forma muy destacada en la segunda mitad de los años setenta, en demanda de mejoras laborales, pero también de transformaciones políticas. Ya comenzada la Transición, tanto CCOO como UGT siguieron siendo actores de cambio, por ejemplo con su participación en los Pactos de la Moncloa de octubre de 1977. Pero otros movimientos sociales también contribuyeron a la crisis de la dictadura, a la difusión de prácticas y valores democráticos, y la defensa de un cambio político. El estudiantil y el vecinal han recibido mucha atención, como es lógico por su importancia en la movilización de las universidades y los barrios, aunque cabe tener en cuenta asimismo otros como el feminista, que participó en la denuncia de la dictadura y la ampliación de los márgenes de la democracia con la difusión de valores igualitarios y la reivindicación de nuevos derechos. Tampoco pueden olvidarse otros movimientos de impacto más localizado, como el pacifista y antimilitarista, y el LGTB.

Con distintos ritmos e intensidades, todo ellos plantearon demandas específicas y también el rechazo a la dictadura, alentando un aprendizaje ciudadano que puso en cuestión las bases ideológicas del franquismo. A ello coadyuvó también la movilización de profesionales del periodismo, la abogacía, la enseñanza o la cultura, por poner algunos ejemplos representativos, en defensa de la libertad de expresión, la aplicación lo menos lesiva posible de la legislación franquista, la renovación educativa en un sentido democrático y manifestaciones artísticas críticas con la moral y los fundamentos políticos del régimen. Como se está poniendo de relieve en la actualidad, esta



Manifestación feminista en Madrid en 1978 (AHPCE).

creciente oposición social y política recibió el apoyo de la solidaridad internacional, en especial en momentos de incremento de la represión, hecho que contribuyó a la deslegitimación exterior de la dictadura.

Otro elemento que a mi parecer es preciso subrayar de esta movilización social y política reside en que, junto con las protestas públicas, saltos, manifestaciones, reparto de propaganda, huelgas, asambleas y reuniones, debe tenerse en cuenta el cambio que propició en quienes tomaron parte en ella: lecturas, sólidas amistades, estéticas que llegaban del extranjero, una nueva moral sobre todo entre la juventud antifranquista y relaciones personales que en ocasiones rompían con el marco de la socialización nacional-católica en la que se

habían educado, aunque no puede olvidarse que con frecuencia se seguían reproduciendo jerarquías, por ejemplo entre mujeres y hombres.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Es importante insistir en la convivencia de muy diferentes proyectos políticos durante la Transición, es decir, cuestionar la idea de que el cambio político obedeció a un único programa. En historia, tan interesante es conocer qué acabó sucediendo como qué opciones posibles existían en

un contexto determinado. Por ejemplo, los congresos «Las otras protagonistas de la Transición» han recordado la relevancia de actores sociales y políticos que, si bien no lograron provocar una ruptura radical con la dictadura por su carácter minoritario y extraparlamentario, contribuyeron de forma decisiva a la imposibilidad de prolongarla. No cabe duda de que la Transición fue un proceso complejo, con idas y vueltas, con muchas tensiones y violencia, con carencias y numerosas contradicciones. A diferencia de lo sucedido en otros países que experimentaron el paso desde una dictadura a una democracia, no hubo una decidida política de memoria y un reconocimiento amplio de las víctimas de la represión franquista, no se planteó un referéndum sobre la forma de Estado (monarquía-república), no hubo una depuración del personal franquista. Pero también debe señalarse que, a diferencia de otros procesos de transición, la presión del sector mayoritario del ejército o el miedo alentado por la propia dictadura a una nueva guerra estuvieron muy presentes.

Además, más allá de las acusaciones de traición a algunas formaciones políticas y sindicales, que en ocasiones se dice que renunciaron a sus reivindicaciones y optaron por la gestión y las instituciones, el sentir del voto en las sucesivas elecciones entre 1977 y 1982 mostró que la mayor parte de la sociedad española se decantaba por proyectos reformistas y no apoyaba ni el retorno a la dictadura ni ideales revolucionarios. La impresionante movilización social que caracterizó los años setenta fue declinando en la década siguiente, por los efectos de la crisis económica, por el desencanto de un sector minoritario que no consiguió alcanzar sus objetivos y por la convicción de la mayoría social de que se habían sentado las bases de una democracia. Si bien no deben olvidarse las contradicciones, las renuncias

o las propuestas desatendidas y subordinadas a otras consideradas prioritarias, se inauguró una democracia, legítima y como todas imperfecta, entendida no como un sistema cerrado, sino como un camino con un futuro abierto, responsabilidad en buena cuenta de la propia ciudadanía en cada momento histórico.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

La memoria sobre la Transición ha experimentado cambios en los últimos años. Como es conocido, en un primer momento se ensalzó la actuación de la élite institucional y de algunos líderes políticos, como el rey y Suárez, cuyas decisiones se pensaba habían obedecido a un plan establecido y a una firme defensa de la democracia, aunque después quedó claro que los reformistas del régimen pretendían que éste perdurara y que muchas decisiones de Suárez obedecieron a la improvisación o la respuesta a diferentes presiones, en un contexto de acelerados cambios. La Transición como un proceso planificado ha sido un lugar común bastante extendido, al igual que la consideración de que fue un cambio pacífico, una idea que desde hace tiempo ha sido cuestionada por investigaciones sólidas, que han puesto el foco de atención en los altos niveles de violencia política experimentados durante estos años. Una violencia no solo ejercida por organizaciones terroristas como ETA o GRAPO, sino también por grupos paramilitares de ultraderecha y, conviene subrayarlo, por las fuerzas de seguridad del Estado.

También estuvo vigente durante un tiempo una visión idealizada de la Transición española, como modelo para exportar a otros países que salían de dictaduras. In-

cluso se planteó que el proceso de cambio experimentado en España había sido excepcional, aunque después Huntington lo incluyó en lo que denominó «tercera ola» de las transiciones (1974-1989). La interpretación muchas veces aceptada por la opinión pública de que toda la sociedad española demandaba la democracia oculta la evidencia de que existía una gran diversidad de actitudes políticas, desde la ultraderecha que defendía la prolongación del franquismo, a la izquierda revolucionaria crítica con lo que consideraba una democracia burguesa y al servicio del capitalismo. El voto de la Constitución muestra esta heterogeneidad de pareceres, tanto en el parlamento (pues aunque recibió 325 síes, obtuvo también 6 noes y 14 abstenciones, entre otros de algunos representantes de AP), como en el referéndum de diciembre de 1978, que ofreció un amplio respaldo al texto constitucional, pero no un apoyo monolítico, visible en especial entre los sectores más conservadores y en algunos territorios donde las demandas independentistas estaban extendidas.

Una cuestión que ha provocado un gran debate en la memoria de la Transición remite a la existencia o no de un consenso. Frente al relato idealizado de que se dio desde el origen un deseo de alcanzar un pacto entre los diferentes partidos, se ha señalado que en realidad se alcanzó un consenso tras las presiones que desde la calle impidieron la perduración de un franquismo sin Franco y después de los resultados de las primeras elecciones, que mostraron un limitado apoyo a los partidos a la izquierda del PSOE. Como plantea Ysàs, se acabó haciendo de la necesidad virtud. Es decir, existieron espacios de encuentro entre los grupos políticos parlamentarios, que alcanzaron acuerdos básicos y elaboraron una Constitución democrática, sin olvidar los enfrentamientos políticos y las presiones externas, por ejemplo del ejército.

La irrupción del 15M y las demandas de una «democracia real ya» a raíz de la crisis de 2008 alentaron interpretaciones muy críticas con el relato idealizado del consenso, dando lugar a un nuevo lugar común sobre la Transición, aquel que afirma que fue un pacto entre las elites del franquismo y de la oposición parlamentaria, que dejó a un lado a la movilización social. Esta interpretación hacía recaer en la Transición la principal responsabilidad de los males de la democracia española actual, marcada por las herencias del franquismo. En ese sentido, se habló del «régimen del 78» y se insistió en la falta de recambio del personal en las fuerzas armadas y de orden o en la judicatura y se recalcó la pervivencia de los principales poderes económicos.

Sin olvidar ciertos elementos concretos, ya señalados, en que no hubo una ruptura, la opción de subrayar las continuidades con la dictadura supone a mi juicio no valorar en su justa medida las diferencias claras entre el régimen franquista y la actual democracia, y despreciar la relevancia de la movilización social y política de los sectores de la sociedad que se comprometieron con el fin de la dictadura y el cambio social. El éxito reciente de películas como «El 47» (2024) o de series como «Las abogadas» (2024), junto con la difusión de documentales como «La conquista de la democracia» (2025), con las críticas que se les pueda hacer, han permitido no obstante extender una mirada más matizada y plural de la Transición. Así se conseguirá quizá transformar la imagen que sigue estando presente entre buena parte de la población, proyectada por la serie «Cuéntame cómo pasó» (2001-2023), en que se idealizan el papel de Juan Carlos I como piloto del cambio y la centralidad política, ofreciendo una visión amable y nostálgica del final del franquismo y Transición (Rueda Laffond y Guerra Gómez, Del Pino).

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Tal vez más que modificar los contenidos del currículum o de los libros de texto en torno a la crisis de la dictadura y la Transición, insistiría sobre todo en la necesidad de asegurar que este periodo se aborde en el aula, en especial en la ESO y el Bachillerato. Como forma parte de los últimos temas de las asignaturas que tratan la historia de España y como plantea cuestiones polémicas y con alto contenido políti-

co, con frecuencia es una etapa que no se afronta en las clases. Este hecho favorece la aceptación de bulos e ideas no contrastadas que circulan de maneja creciente en las redes sociales. En mi opinión, debería estrecharse la colaboración entre el profesorado de los diferentes niveles del sistema educativo, para buscar fórmulas que garantizaran que estos años se impartan de forma actualizada y atractiva, de manera que alienten la crítica razonada, el aprecio por los avances en la investigación, el apoyo a valores democráticos y el compromiso ciudadano.

# La Transición a la democracia: una suma de limitaciones

*The Transition to Democracy: A Sum of Limitations*

**Xosé M. Núñez Seixas**

*Universidade de Santiago de Compostela*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

Hasta que Franco no es desconectado de la máquina que lo mantenía con vida, el régimen no comienza a derrumbarse de hecho. Los reformistas y la oposición democrática estaban a la espera del *hecho biológico*, que sabían inevitable; los síntomas de descomposición de la dictadura eran palpables, y todos intuían que nada sería igual después de la muerte del dictador. Pero, aunque el deterioro físico de Franco era evidente desde principios de la década de 1970, sólo se aceleró desde el verano de 1974. Hasta entonces, su impronta era evidente en las últimas decisiones del régimen: la falta de clemencia hacia los fusilados de septiembre de 1975, su última intervención en la Plaza de Oriente semanas antes de morir donde insistía en los viejos argumentos de la conspiración exterior del comunismo y la masonería contra España... Aunque le faltaba desde diciembre de 1973 Luis Carrero Blanco, su gran asesor áulico, la impronta de Franco en la radicalización represiva terminal del régimen es innegable.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

La transición a la democracia y la solución final (una monarquía constitucional) fue, en mi opinión, un acuerdo implícito y obligado, no planeado desde un principio, sino que fue improvisado sobre la marcha, en cuanto los principales actores involucrados —reformistas del franquismo y oposición democrática— se dieron cuenta de sus limitaciones. Los reformistas tenían el poder, pero no legitimidad; los demócratas tenían la legitimidad, pero no el poder. En 1975-76 la oposición, los movimientos sociales (obrero, vecinal, etc.) y los nacionalismos periféricos carecían de la fuerza suficiente para doblegar al régimen por sí solos: en muy poco tiempo, por ejemplo, los proyectos de huelga general revolucionaria etc., pasan a mejor vida. Sólo podían aspirar a ello en áreas concretas (Barcelona y área metropolitana, partes del País Vasco, ciudades concretas como Vigo o Cartagena, periferia de Madrid...), pero no en el con-

junto de España.

Por su lado, el aparato postfranquista no pudo imponer la agenda inicial, una monarquía pseudoconstitucional con libertades y pluralismo político limitado, tímida descentralización administrativa y poco más. Se mantiene el campo de juego que se dicta desde arriba, sobre todo desde el referéndum de la Ley de Reforma Democrática de diciembre de 1976: monarquía constitucional. Pero las normas del juego inicialmente previstas por el reformismo postfranquista se amplían considerablemente gracias a la movilización ciudadana y la fuerza que la izquierda y algunos nacionalismos periféricos muestran en junio de 1977: Estado de las Autonomías, legalización a medio plazo de todos los partidos políticos, renuncia a una solución militarizada del terrorismo de ETA, etcétera.

En lo referente a la cuestión nacional, los reformistas del franquismo no podían ni imaginar en 1976 que España se convertiría dos décadas después en uno de los Estados más descentralizados del mundo, y que la Constitución de 1978 reconocería la existencia de «nacionalidades y regiones» en su seno (pese a afirmar repetidamente también que España es la única nación). No era la autodeterminación ni el federalismo plurinacional que defendían los nacionalistas periféricos y parte de la izquierda, pero era bastante más de lo que los más realistas podían imaginar. La cuestión nacional fue en este sentido una de las piedras de toque de la profundidad de la transformación del Estado; y también constituyó desde un principio uno de los aspectos más conflictivos de la transición, en particular el terrorismo de ETA y su estrategia de golpear al ejército para provocar un golpe de Estado. En ese sentido, con los matices que se quieran y con la excepción del nacionalismo radical vasco y partes del gallego y catalán, lo cierto es que los sectores mayoritarios de los na-

cionalismos subestatales optaron por una estrategia pragmática, aceptaron el autogobierno y otorgaron prioridad a recuperar la democracia, las libertades individuales, sobre la definición territorial de la soberanía.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

La historia contrafactual es siempre un ejercicio intelectual apasionante, pero en términos históricos resulta dudosamente útil. Es fácil cincuenta años después acusar a la oposición de cobardía o de estrategia acomodaticia. La ruptura democrática era poco factible, dada la correlación de fuerzas. No solamente el posfranquismo dominaba el aparato del Estado, los medios de comunicación y buena parte del empresariado. El contexto internacional no era propicio a una salida rupturista, y el espejo portugués era contraproducente: en septiembre de 1976 se había reconducido el PREC hacia un Estado constitucional, por ejemplo. Las fuerzas armadas eran abiertamente involucionistas, salvo quizá sectores de la oficialidad más joven. La legitimidad política del Gobierno republicano en el exilio no era secundada, en la práctica, por la mayoría de las fuerzas de la oposición democrática, más pegadas al terreno (PSOE, PCE, etc.), y que desde muy pronto descartaron en la práctica la posible restauración de la república (o la instauración de un gobierno provisional que convocase un referéndum sobre la forma de gobierno). Además de todo ello, y como demostraron los resultados electorales de junio de 1977, con todo lo que se les pueda achacar, buena parte de la sociedad española optaba por una solución pactada, dando mayoría a la UCD y al PSOE, mientras que Alianza



Militantes comunistas en Getafe durante la campaña electoral de junio de 1977 (AHCPE).

Popular, los neofranquistas, el PCE y otras opciones de izquierda (estatal o periférica), con matices, obtenían mucho peores resultados. En abril de 1975 algo parecido había sucedido en Portugal, pese a la dinámica social revolucionaria que había inaugurado un año antes la revolución de los claveles.

En mi opinión, el resultado de la transición no fue el peor posible. Ciertamente, los franquistas siguieron en sus puestos en la Policía, las fuerzas armadas, el aparato del Estado, y no hubo nada parecido a una justicia transicional, ni reparativa de las víctimas del franquismo. Pero tengamos en cuenta que esa fue la norma, con matices, en buena parte de Europa tras 1945. Hubo continuidad en las élites sociales y económicas, sin duda, y se mantuvieron áreas de privilegio económico, además de las favorables condiciones que obtuvo la Iglesia Católica en el Concordato de 1979. Pero eso también pasó en otros lugares. La democracia asumió sin discusión el marco

de la monarquía determinado por Franco, sí; pero la monarquía constitucional que realmente se instauró no era la monarquía cesarista y militar imaginada por el dictador y sus asesores. Y el marco de relaciones laborales cambió de manera profunda. Dadas las condiciones de partida, distintas a las de Grecia o Portugal en 1974, el cambio había sido considerable, pero no era rupturista, aunque la extrema derecha y parte de la derecha posfranquista y conservadora interpretase que lo sucedido era una ruptura disfrazada de transición.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

El tiempo pasa, y para la gran mayoría del alumnado universitario o de enseñanza media de hoy, la transición son historietas de sus padres y abuelos. En mi opinión, es

hora de historiar la transición, estudiar las alternativas y opciones que tuvieron los protagonistas de aquel tiempo, huyendo de determinismos apriorísticos. La derecha conservadora ha asumido desde la década de 1990 una visión positiva y benigna de la transición, presentándola como un gran logro colectivo que había espantado los fantasmas de guerra civil. Gracias a la transición, España habría reencontrado su lugar en Europa y habría vuelto a una normalidad que, como escribió José M<sup>a</sup> Aznar, ponía fin a siglo y medio de excepcionalidad histórica. Y un papel fundamental en esa historia de éxito se atribuía al papel conciliador y arbitral de la monarquía: el rey Juan Carlos I como «piloto del cambio». ¿Quiénes cuestionarían el éxito de la transición? Los impacientes de siempre, izquierda radical con nostalgia republicana e insaciables nacionalismos subestatales. Buena parte de la izquierda también asumió la lectura benigna de la transición democrática, incidiendo en las conquistas arrancadas a los reformistas del franquismo (Estado de las Autonomías, construcción de un Estado del Bienestar a contracorriente desde principios de la década de 1980, cláusulas sociales de la Constitución, pluralismo político pleno, etcétera) y en el rol positivo de las movilizaciones sociales. Desde principios del siglo XXI, se han cuestionado por parte de una nueva izquierda las concesiones de la oposición democrática y se le ha reprochado el abandono de sus programas de máximos de 1975, sobre todo el trágala de pasar por la monarquía y renunciar a la república, reinterpretada ahora como una esperanza de reconocimiento de la plurinacionalidad del Estado y de profundización de los derechos sociales.

En todos los casos, sobra juicio apriorístico y falta conocimiento, algo que la historiografía sobre el tardofranquismo y la transición está, sin embargo, aportando de modo continuo desde las últimas décadas. Creo sin embargo que hoy en día persisten pocos mitos: uno de los más duraderos e influyentes en su día, el papel arbitral del rey Juan Carlos I, se ha visto erosionado por los propios deméritos del monarca y la crisis de legitimidad de la monarquía desde 2012. Tampoco persiste el mito de Adolfo Suárez como gran estratega de la transición. Quizá el más recurrente es el del milagro económico y la consolidación de una clase media urbana y semiurbana que habría huido tanto de continuismos como de soluciones rupturistas. En el fondo, tenemos aún pocos datos fehacientes acerca de cuáles eran las expectativas reales de amplios segmentos de la población española en 1975-78.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Por supuesto, y eso también se aplica al estudio del siglo XX en general, con especial énfasis en la guerra civil de 1936-39 y el régimen franquista. Una asignatura sobre los orígenes remotos y cercanos de la democracia española, cincuenta años después de la muerte de Franco, sería necesaria en el currículum educativo. No por eso van a dejar de difundirse mitos falsos y tergiversaciones interesadas por parte del revisionismo pseudohistoriográfico vinculado a la extrema derecha, que recurre a otras vías de difusión (redes sociales, sobre todo). Pero por algo se ha de empezar.

# La Transición fue posible, pero no perfecta

*The Transition was Possible, but not Perfect*

**María Teresa Ortega López**

*Universidad de Granada*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

El protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura fue, desde mi punto de vista, determinante en distintos planos. En el ámbito interno, la centralidad de su figura impidió una verdadera institucionalización del régimen más allá de su persona. A pesar de la designación de Juan Carlos como sucesor en 1969, el sistema siguió articulándose en torno al liderazgo carismático del Caudillo. El asesinato de Luis Carrero Blanco en diciembre de 1973 —elegido por Franco como su principal garante de continuidad— puso de manifiesto la fragilidad del edificio franquista sin el sostén directo del dictador y dejó al régimen sin un heredero político capaz de mantener la cohesión entre sus distintas familias. A ello se sumó el progresivo deterioro físico de Franco, que acentuó la parálisis política y reforzó el recurso a la represión como mecanismo de control, culminando en las cinco últimas ejecuciones de septiembre de 1975.

En el ámbito externo, durante las décadas de 1960 y 1970, España vivió un proceso

de creciente integración económica y cultural en Europa occidental, favorecido por el desarrollismo y los intensos flujos migratorios. Esta modernización social contrastaba cada vez más con el inmovilismo político, abriendo una brecha creciente entre la realidad del país y la rigidez del régimen. Dicho proceso estuvo estrechamente ligado a las políticas impulsadas tras el Plan de Estabilización, cuya aplicación resultó exitosa y fue presentada como un logro directamente asociado a la figura del dictador. Y así se mostró hasta el final de los días del franquismo.

La muerte de Franco en noviembre de 1975 supuso, en consecuencia, el derrumbe del pilar que sostenía el edificio franquista. No significó la desaparición inmediata del régimen —pues sus estructuras y actores siguieron influyendo en la Transición—, pero abrió inevitablemente un proceso de cambio inaplazable. Su ausencia permitió que afloraran tensiones internas en el bloque franquista y que se acelerara la negociación con la oposición, al tiempo que se activaban expectativas sociales de apertura largamente contenidas. Desde el exterior, la desaparición del dictador se contempló como una oportunidad para encauzar en España una transición controlada hacia

formas democráticas homologables al contexto europeo.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

El final del franquismo estuvo marcado por un conjunto de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que desbordaron la capacidad del régimen para mantenerse en pie. En el ámbito social, el éxodo rural, el crecimiento acelerado de las ciudades y la expansión del sistema educativo —con una participación femenina cada vez más destacada— configuraron una sociedad mucho más plural y compleja que la surgida de la posguerra. Estas transformaciones impulsaron la aparición de nuevas mentalidades, especialmente entre la juventud y la clase trabajadora, que empezaron a reclamar mayores espacios de libertad y de participación política.

La modernización económica promovida por el desarrollismo de los años sesenta permitió una mayor integración de España en los circuitos europeos, pero también generó tensiones y contradicciones. El aumento de las expectativas sociales, junto con los efectos de la crisis internacional de 1973 —inflación, desempleo y conflictos laborales—, minó la legitimidad de la dictadura y acentuó la conflictividad social. En este contexto, el movimiento obrero desempeñó un papel fundamental. A través de huelgas y movilizaciones, especialmente impulsadas por comunistas y por nuevas organizaciones como Comisiones Obreras (CCOO), articuló reivindicaciones que iban más allá del ámbito laboral, incorporando demandas de libertades políticas. Paralelamente, otros

movimientos sociales —vecinales, estudiantiles, feministas o vinculados al catolicismo de base— contribuyeron a generar un clima de presión constante que erosionaba la estabilidad del régimen.

Las movilizaciones de las clases trabajadoras se concentraron principalmente en las ciudades, donde los antiguos campesinos engrosaron los sectores industrial y de servicios, motores de la economía y de la sociedad en su conjunto. En estos entornos se forjaron demandas por un sistema democrático con derechos sociales, caracterizadas por un pragmatismo alejado de utopías revolucionarias y por una cultura de pacto social compartida tanto por las derechas que renegaban de la dictadura como por las izquierdas que relativizaban la lucha de clases como motor exclusivo de la historia. Estas demandas se plasmaron en iniciativas como la Junta Democrática de España, impulsada por el PCE; la Plataforma de Convergencia Democrática, organizada por la nueva dirección del PSOE; y la Asamblea de Cataluña, cuyo lema «Llibertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia» sintetizaba las aspiraciones democráticas y autonómicas.

La llamada «cuestión nacional» adquirió un papel central en la recta final del franquismo, constituyendo uno de los factores que más tensionaron la estabilidad del régimen. El resurgir de los nacionalismos en Cataluña, el País Vasco y Galicia no solo cuestionaba el rígido centralismo franquista, sino que también planteaba la necesidad de repensar el modelo de Estado para reconocer la diversidad cultural, lingüística y territorial de España. En Cataluña, el movimiento cultural y político, a través de partidos, asociaciones y plataformas ciudadanas, reivindicaba la autonomía política y la recuperación de derechos históricos, consolidando una movilización social constante y visible. En el País Vasco, esta dinámica se combinó con la violencia de ETA, que bus-



Reunión de la Asociación Democrática en Mujer en 1979 (Archivo de la Transición).

caba mediante la lucha armada la independencia de Euskadi y que, pese a su carácter minoritario, impactó de manera decisiva en la percepción de la seguridad y en la política de represión del régimen.

La presión ejercida por estas demandas nacionalistas actuó como un catalizador que aceleró la crisis del franquismo. Mostró la incapacidad del Estado centralizado para canalizar las aspiraciones regionales y puso de manifiesto la necesidad de negociar un marco político más flexible y descentralizado. Esta tensión contribuyó a que la transición hacia la democracia no fuera solo un proceso de cambio político formal, sino también un reajuste del propio modelo de Estado, en el que las autonomías y la pluralidad cultural debían ser reconocidas para garantizar la estabilidad futura. En este sentido, la «cuestión nacional» no solo representaba un desafío al franquismo, sino que se convirtió en un factor determinante para la configuración del nuevo orden democrático español.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

La salida que terminó imponiéndose en España tras la dictadura franquista fue la vía reformista pactada, que desembocó en la instauración de una monarquía parlamentaria y en un sistema democrático homologable al de las democracias liberales europeas. Ahora bien, esta opción no era la única posible, aunque sí la más viable dadas las circunstancias históricas.

Por un lado, la correlación de fuerzas jugó un papel decisivo: el aparato del Estado franquista seguía intacto y la oposición, tras años de represión, se encontraba debilitada y fragmentada. A ello se sumaba el miedo al conflicto, muy presente en una sociedad que todavía conservaba el recuerdo vivo de la Guerra Civil y que veía en la negociación la mejor manera de evitar un

nuevo enfrentamiento. Igualmente, la presión internacional resultaba determinante: la integración en la Comunidad Económica Europea y en la OTAN exigía un sistema democrático homologado, lo que reforzaba la apuesta por un cambio pactado.

Sin embargo, también existían otras alternativas. Una de ellas era la ruptura democrática radical, defendida por sectores de la oposición que reclamaban una depuración profunda de las estructuras franquistas y la construcción de una república. Otra posibilidad era la continuidad autoritaria con reformas limitadas, sostenida por parte del franquismo inmovilista, que buscaba mantener una dictadura «abierta» con cambios cosméticos. Finalmente, no puede olvidarse la vía insurreccional o militar, que cristalizó en amenazas golpistas y en el intento fallido del 23 de febrero de 1981.

Son cuestiones que siempre debemos tener en cuenta a la hora de analizar el final de la dictadura y el proceso de cambio político. Aunque la transición pactada no fue la única opción sobre la mesa, sí fue la salida que contó con más apoyos internos y externos y la que mejor garantizó una evolución hacia la democracia sin desencadenar un conflicto violento. La propia dinámica del franquismo evidenciaba las dificultades de una ruptura: en 1964, el régimen celebró con extraordinaria ostentación los «25 años de paz», demostrando su fortaleza y la ausencia de una oposición con fuerza suficiente para derrocar a Franco o reformar desde dentro sus estructuras. En este contexto, Santiago Carrillo, líder del PCE —la organización política clandestina mejor estructurada en la oposición—, planteó ya en 1965, con su libro significativamente titulado *¿Después de Franco, qué?*, que la única perspectiva realista pasaba por esperar la desaparición del dictador y preparar una «transición pacífica de la dictadura a la democracia». Para ello defendía un proceso de «reconciliación

nacional», en el que se apoyaría a cualquier gobierno dispuesto a aprobar una amnistía total y a convocar elecciones libres con carácter constituyente.

Ahora bien, esto no significa que se tratara de una vía perfecta ni que dentro de los límites existentes no pudieran haberse planteado las cosas de otra manera atendiendo al debate político y a la realidad social del momento.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Como es bien sabido, porque ha sido objeto de debate en muchas ocasiones, la memoria en torno a la Transición española ha estado marcada durante décadas por una visión hegemónica que la presentaba como un proceso ejemplar, pacífico y consensuado, capaz de conducir al país desde una dictadura a una democracia moderna sin sobresaltos. Esa narrativa oficial, reforzada desde las instituciones y gran parte de los medios de comunicación, contribuyó a instalar en la ciudadanía una percepción asociada a la estabilidad, la reconciliación y la superación definitiva de la Guerra Civil. En la cultura política popular, la Transición quedó ligada a la imagen de la concordia, al valor del pacto entre las élites y a la idea de que fue el único camino posible para garantizar la democracia. En este relato, la figura del rey Juan Carlos I y la monarquía ocuparon un lugar central: el monarca fue presentado como garante del cambio democrático y como símbolo de unidad nacional, especialmente tras el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981.

Sin embargo, esta memoria ha sido objeto de revisión crítica, especialmente a partir de los años noventa y del auge de los movimientos por la memoria históri-

ca. Desde estas perspectivas se señala que la Transición no fue un proceso neutral ni plenamente inclusivo, sino que estuvo condicionado por la continuidad de muchas estructuras franquistas y por la exclusión de voces y demandas que quedaron marginadas. La monarquía, lejos de ser una creación democrática, fue una institución heredada directamente del franquismo, legitimada en la Transición a través de un relato que exaltaba el papel personal del rey y ocultaba las limitaciones de un modelo impuesto desde arriba.

En cuanto a los mitos que aún perviven sobre la Transición, pueden identificarse varios de especial relevancia. Uno de los más difundidos es la idea de que se trató de un proceso modélico, ejemplar y sin sobresaltos en comparación con otras democratizaciones, lo que ha contribuido a presentarlo como un modelo de éxito indiscutible. Sin embargo, esta visión simplifica la complejidad de aquellos años y oculta los conflictos internos, las tensiones sociales y las decisiones estratégicas que marcaron los límites de la democracia incipiente. Otro mito importante es el del consenso generalizado: se ha transmitido la idea de que toda la sociedad aceptó de manera uniforme la vía pactada, cuando en realidad el proceso estuvo atravesado por renunciaciones, desigualdades de poder y negociaciones asimétricas entre las élites políticas, mientras amplios sectores sociales debieron movilizarse activamente para impulsar cambios concretos.

La percepción de unanimidad también invisibiliza el papel de las huelgas, manifestaciones y resistencias políticas que fueron decisivas para presionar al régimen y abrir espacios de libertad. Del mismo modo, persiste la creencia de que la Transición estuvo exenta de violencia; aunque el relato oficial la minimizó, durante esos años se registraron episodios significativos de represión policial, violencia política y

terrorismo de Estado, que recuerdan que la democratización no fue un proceso pacífico y lineal. Por último, la monarquía sigue asociada en la memoria popular al mito del rey «salvador de la democracia», una imagen construida en torno a Juan Carlos I que enfatiza su papel en la defensa del régimen democrático frente al golpe de Estado del 23-F. No obstante, este mito ha comenzado a ser cuestionado en las últimas décadas, tanto por investigaciones históricas como por la propia evolución política y mediática de la institución, que han revelado los límites y ambigüedades de su actuación durante la Transición.

La memoria de la Transición sigue siendo, pues, un terreno en disputa y de debate. Mientras una parte de la ciudadanía la sigue asociando a la estabilidad, al pacto y al papel providencial del rey, otras lecturas críticas resaltan las limitaciones del proceso, los pactos de silencio y los déficits de justicia y participación que acompañaron al nacimiento de la democracia. Así lo podemos comprobar hoy en día.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Sí, considero necesario introducir una visión más compleja de la Transición en el currículum docente preuniversitario. La enseñanza de este periodo suele estar muy marcada, como se ha indicado antes, por el relato hegemónico de la «Transición modélica», que simplifica los hechos, silencia los conflictos y presenta la democracia como un logro pacífico y casi inevitable. Este enfoque transmite, como también se ha señalado, una versión edulcorada de la historia, centrada en las élites políticas y en la figura del rey, mientras deja en segundo plano a los movimientos sociales, las luchas obreras, vecinales y feministas, así como la violen-

cia política y la continuidad de estructuras franquistas. En particular, la memoria de la Transición ha invisibilizado de manera sistemática la presencia y las demandas de las mujeres, el movimiento feminista emergente y las cuestiones de igualdad de género, lo que ha consolidado un déficit feminista que aún sigue siendo una asignatura pendiente en la historiografía y en la educación.

Una visión más compleja permitiría al alumnado comprender que la democracia no fue un regalo desde arriba, sino el resultado de presiones, movilizaciones y negociaciones desiguales. También ayudaría a cuestionar mitos persistentes —como los ya mencionados— y a reconocer tanto los logros como las limitaciones del proceso.

Además, abordar los silencios de la Transición, incluyendo la marginación de las mujeres y la falta de reconocimiento del activismo feminista, así como la ausencia de justicia para las víctimas del franquismo o el peso de la amnesia oficial, es clave para fomentar una ciudadanía crítica y consciente de que la democracia es siempre un proyecto inacabado.

No se trata, en definitiva, de renegar del proceso de la Transición, sino de estudiarlo con una mirada más plural, que incluya diferentes voces, experiencias y conflictos de género. Solo así se podrá transmitir a las nuevas generaciones una comprensión más honesta, completa y rica de la historia reciente de España.

# Pendiente de llegar, la Transición española, la historia y la memoria

*Still to Come: The Spanish Transition, History and Memory*

**Gonzalo Pasamar Alzuria**  
*Universidad de Zaragoza*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

En los últimos años de la dictadura, la presencia de la debilitada figura de Franco sirvió fundamentalmente para agudizar las tensiones entre dos sectores del régimen que se habían comenzado a perfilar en torno a 1970 (esto es, tras el nombramiento de don Juan Carlos como «sucesor a título de rey» en 1969), un sector inmovilista y otro autodenominado aperturista. Sirvió igualmente para trasladar una imagen de un régimen, inane desde el punto de vista político, pero todavía dotado de capacidad de movilización. En junio de 1973, Franco, pronto aquejado de una enfermedad agónica, había cedido la Presidencia del gobierno al almirante Carrero Blanco con el propósito de asegurar las instituciones esenciales, que tras su fallecimiento deberían apoyarse, supuestamente, en el desarrollo de la Ley Orgánica del Estado de 1967. El asesinato de Carrero en vísperas de las navidades de aquel 1973 desbarató esas previsiones en buena medida y convirtió en pugna

abierta lo que hasta entonces habían sido solo tensiones.

El efecto inmediato del magnicidio fue llevar a unos sectores del franquismo a atrincherarse, y a otros a abogar por lo que se llamó el aperturismo, mientras la enfermedad seguía minando la salud de Franco. Debe subrayarse la influencia que ejerció la revolución portuguesa de abril de 1974 en esa tesitura: fue la responsable indirecta de la agudización de tales contiendas. El régimen intentó contrarrestar un hipotético contagio de los acontecimientos del vecino Portugal con el llamado «espíritu del 12 febrero». Este, que era una propuesta de «asociacionismo dentro del Movimiento», provocó sin embargo una poderosa ofensiva en contra, de la parte del llamado búnker; de modo que, en la segunda mitad de 1974, los aperturistas estaban en retirada y la victoria del sector continuista era visible; más aún, la llamada camarilla del Pardo quedó en manos de este sector. De ese modo, cuando muere Franco a finales del año siguiente, el régimen había entrado en una etapa no solo de debilidad irreversible, sino también de aislamiento exterior (las ejecuciones de septiembre de 1975 llevaron a una masiva protesta internacional

con retirada de embajadores incluida, y el fallecimiento de Franco en noviembre fue aprovechado por el rey de Marruecos para forzar la llamada Marcha Verde). Un año antes, además, España había sido alcanzada por la crisis del petróleo.

Con el mencionado panorama, no debe sorprender que, a los pocos meses de la muerte de Franco, la popularidad del franquismo comenzase a caer en picado entre los españoles: las averiguaciones indican que estos empezaron a verlo como un régimen acabado que debía abrir el camino a cambios políticos. Pero en 1976 la mayoría de la población no podía intuir el alcance de estos, pues la incertidumbre era patente y, sobre todo, no existía una cultura política democrática generalizada pese a los empeños que venían tomándose ciertos colectivos de la sociedad civil, sectores de la iglesia católica, sindicatos, empresas editoriales, una nascente prensa democrática, intelectuales y artistas, y la oposición política, quien todavía se hallaba en la clandestinidad, al menos oficialmente.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

La Transición fue vivida por los contemporáneos como una suerte de torbellino, donde los acontecimientos se enredaban y los tiempos se percibían lacónicos en unas ocasiones y extensos en otras (así describió esa percepción, por ejemplo, el profesor Enrique Tierno Galván en sus Memorias). De hecho, hasta que no echó a andar el primer gobierno socialista no se estuvo en condiciones de acotar los límites del proceso, que unos fijaron en 1982 y otros lleva-

ron hasta 1986. En ese sentido, la Transición se ha interpretado como un proceso de cambio institucional que implicó el paulatino desmontaje del franquismo y el inicio de la construcción de un régimen de libertades, pero también ha sido vista como un conjunto de «transiciones» a distinto ritmo y de más enrevesada cronología, que han afectado a la economía, a los ciudadanos, a las relaciones exteriores y a la cultura. Ambas hermenéuticas se pueden considerar complementarias.

Si entendemos la Transición en la primera de las acepciones, esto es, como un cambio político-institucional, los inicios de esta solo pudieron producirse tras la muerte de Franco, e iniciarse además desde arriba. Tales inicios tuvieron lugar en 1976, pero no de una manera inmediata ni fluida, ya que, antes de que el proceso cobrase alguna clase de forma, era necesario aclarar el panorama político dentro del llamado sector aperturista y, además, convencer a determinados gobiernos extranjeros de que ese cambio era factible. Tales tareas no fueron fáciles con el primer gobierno de la monarquía —si bien, según han subrayado los especialistas, el panorama internacional era propicio, en 1976 y 1977, a los procesos de transición política—. Como escribió el entonces ministro de Asuntos Exteriores José María de Areilza en sus Memorias, el ejecutivo presidido por Carlos Arias Navarro, quien se consideraba albacea de Franco, no pasó nunca de «una tertulia deliberante». Pese a este hecho, debe recordarse que, un mes y medio antes de la dimisión de Arias, ese gobierno —en realidad dos de sus ministros, Manuel Fraga Iribarne como titular de Gobernación, y Adolfo Suárez como Ministro Secretario General del Movimiento— sacó adelante una ley sobre el Derecho de Asociación Política que tenía la particularidad de establecer un Registro de Asociaciones Políticas que dependía del



Movilización vecinal en Madrid contra el referéndum de la Reforma Política, noviembre de 1975 (Archivo de la Transición).

Ministerio de la Gobernación y no del Movimiento, ley que serviría al cabo para legalizar a los partidos políticos al año siguiente. Matizado este punto, no cabe duda de que la Ley para la Reforma Política solo pudo ser confeccionada en el seno de un gobierno distinto, quien por circunstancias varias se había acabado convenciendo de que era imprescindible convertir el aperturismo en un proceso de más amplia reforma política, que más pronto que tarde necesitaría negociarse con la oposición. La trayectoria de Adolfo Suárez en el año 1976 se puede interpretar de ese modo.

Ahora bien, esta voluntad de reforma no hubiese tenido mucho recorrido sin la presión de la calle y de la propia oposición, esto es, de numerosos movimientos activistas y/o sociales y de variadas organizaciones políticas que en 1976 acabaron constituyendo la llamada Platajunta. En ese senti-

do, tenemos que recurrir al segundo de los significados del término transición, porque los referidos movimientos sociales y políticos se habían ido configurando durante el período de crisis del franquismo e incluso, los más veteranos, en los años del desarrollismo.

En este lapso de tiempo la sociedad española había experimentado notables transformaciones (así se constata en los tres Informes sociológicos de la Fundación FOESSA, 1965, 1970 y 1978, que muestran la imagen de una España diferente de la que venía dibujando el franquismo). Eran, en primer término, cambios generacionales. Recordemos que durante la Transición un setenta por ciento de los españoles tenía menos de 40 años, lo que significa que solo conocían la Guerra Civil o bien a través de la llamemos «memoria comunicativa» (esto es, el hilo de la familia, los amigos y los cír-

culos cercanos) o bien por los lugares de la memoria del franquismo; o por ambos; no obstante, a ello ha de añadirse el dato de que a partir de 1974, aproximadamente, también se sumó a esos instrumentos la presencia de una activa industria cultural de la que formaron parte revistas de quiosco, películas, novelas, libros de memorias y traducciones de hispanistas.

Los cambios generacionales se combinaron con las transformaciones socioeconómicas, y las culturales vinieron a su vez como resultado de ambos factores y de la influencia de una oposición que había ido apareciendo entre ciertos colectivos y proyectos intelectuales poco más o menos a comienzos de la década de 1960. Sin tales transformaciones previas, los ciudadanos españoles difícilmente hubieran estado en condiciones de asimilar la cultura democrática.

El movimiento obrero y otros —y variados— movimientos sociales (de mujeres, de colectivos vecinales, de asociaciones profesionales, de artistas, etc.), incluidos los movimientos que priorizaban la llamada cuestión nacional, fueron factores fundamentales para que la oposición pudiera visibilizarse en los preámbulos del proceso, presionar a través de movilizaciones y estar en condiciones de negociar con el gobierno Suárez en esos inicios. Su función puede decirse que consistió en acelerar los primeros pasos de la Transición. Son bien conocidos los efectos que tuvo la llamada «semana negra» de enero de 1977, en particular el funeral multitudinario por los abogados de Atocha organizado por el Partido Comunista en la capital, en el proceso de legalización de esta formación política; aunque trabajos recientes han rechazado la tesis de que lo ocurrido aquel mes, pese a la zozobra que produjo, fuese una suerte de «estrategia de la tensión» al estilo de lo acontecido en la Italia de aquella época.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Con la imbricación de factores antes mencionada, los acuerdos entre el gobierno Suárez y la oposición se pueden considerar la única salida que podía asegurar el inicio del proceso de Transición. Así lo apreciaron, por ejemplo, los hispanistas, espectadores privilegiados quienes mostraron inmediatamente un visible interés por el tema y contaron con la ventaja de su conocimiento de la historia de la España moderna y contemporánea y el distanciamiento que les proporcionaba el residir en países con una larga trayectoria democrática.

La respuesta a por qué fue esta la única salida posible —y debe convenirse en que beneficiosa, frente a los actuales rechazos del proceso o intentos de convertirlo en fuente de controversia política para dilucidar asuntos más cercanos en el tiempo— se encuentra precisamente en los acontecimientos del bienio 1977-1978. Este periodo representó una etapa crucial para la Transición porque en ella se gestaron una serie de acuerdos, que pueden considerarse «de Estado», además de iniciarse una actividad legislativa que no se conocía desde 1936. Por solo recordar la relevancia de los más importantes por orden cronológico: en primer lugar, las negociaciones de enero de 1977 entre el gobierno Suárez y el llamado «grupo de los nueve» (que incorporaba a un representante del Partido Comunista), que prácticamente sirvieron para diseñar el organigrama básico del proceso político hasta las primeras elecciones generales. En esas negociaciones ya se incluye la reclamación de una ley de amnistía, que acabó materializándose en aquel octubre votada por la mayoría del parlamento español, el Partido

Comunista incluido. Este dato contradice la interpretación a posteriori de ciertos sectores, quienes han tachado dicha norma de «ley de punto final» destinada a exculpar al franquismo. Destacados historiadores han demostrado que esa no fue nunca la voluntad de los legisladores.

En segundo lugar, cabe citar los Pactos de la Moncloa firmados aquel mismo mes, pactos económicos para contener la inflación, que además colocaron los primeros cimientos para una futura política sobre el estado del bienestar, y pactos políticos que anunciaban la implantación de nuevas libertades.

La tercera fueron los trabajos constitucionales entre agosto de 1977 y diciembre del año siguiente, cuya cronología se puede hallar en la web de Congreso de los diputados, pero cuyas complejas y muy interesantes tesis se deben seguir a través de ensayos periodísticos de la época y de las memorias de algunos de los miembros que conformaron la Ponencia Constitucional. Los estudiosos han destacado además el detalle de que esta última, en tanto delegación de los partidos con representación parlamentaria, fue un logro que la oposición arrancó al recién formado gobierno Suárez aquel verano, quien en realidad solo había previsto una mera comisión técnica.

Para concluir la presente respuesta, debe indicarse que más allá de la «reforma» y/o «ruptura pactada», existieron otros proyectos —dejo a un lado a los grupos terroristas—; proyectos más utópicos, pero no menos legítimos, que fueron abanderados por lo que se ha denominado la izquierda radical, de raíces, digamos, sesentaiochistas. El tema cuenta con investigaciones históricas que coinciden en afirmar que sus movilizaciones y formas de entender la sociabilidad política fueron extremadamente contradictorias y no resistieron el proceso de estabilización de la Transición que tuvo

lugar entre 1979 y 1982, ni las transformaciones de la sociedad española.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Como todas las memorias políticas, la de la Transición está marcada por el presentismo, se halla sujeta a cambios de opinión y no tiene una única faceta. Es, en este sentido, poliédrica. Ahora bien, la España de las últimas cuatro décadas también ha generado una memoria cultural de aquel periodo más duradera y estable. Esa estabilidad está asegurada por factores tales como la presencia de generaciones que vivieron aquellos acontecimientos, la aceptación del régimen constitucional y el estado de derecho, la asistencia a las convocatorias electorales, la escuela, los aniversarios, las actividades culturales e incluso la consideración del tema como un genuino campo de investigaciones históricas.

Es evidente que todas las memorias, en la medida en que se transforman en tradiciones, generan sus propios mitos, entendidos estos como figuraciones con base histórica, pero sobre todo dotados de propósitos políticos proyectivos y retrospectivos. En ese sentido, la Transición no ha dejado de generar mitos, que no son configuraciones arbitrarias, sino que poseen funciones sociales y políticas notables. No es esperable que estos vayan a desaparecer: quienes la protagonizaron la vieron como una nueva época ejemplarizante que había dejado atrás la vieja España cainita y caciquil —no les faltó parte de razón porque es un hecho contrastado que los cambios y tesis políticas de aquellos años tuvieron repercusión en la prensa internacional, fueron seguidos en algunos países de Europa del Este y recabaron la atención de la ciencia

política y del mundo del hispanismo—. Las posteriores generaciones que no han vivido los acontecimientos se han mostrado más severas, en unos casos, y en otros más distanciadas, pero también han sido proclives a aceptar nuevos mitos. Un tópico de nuevo cuño, por ejemplo, que se basa en decepciones, críticas al sistema y percepción de la crisis económica desatada en 2008, es la creencia de que la Transición fue un engaño o que los problemas esenciales de la España actual proceden de aquellos años.

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Tengo pocos criterios para juzgar el currículum docente de la enseñanza secundaria; tan solo los indirectos que proporciona la corrección de pruebas de Selectividad y la observación del nivel de los alumnos que comienzan a cursar el Grado de Historia. No

obstante, como estudioso de la historiografía y la memoria no puedo sino desear que la complejidad que tuvo aquel proceso pueda ser trasladada de algún modo a las clases de historia. Esto ha de ser responsabilidad de los docentes de la citada etapa, quienes deben poseer los conocimientos adecuados. Pero en mi opinión, para tal propósito no son suficientes las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, a las que no niego valor. Me parece que siguen siendo fundamentales los manuales, las síntesis eruditas y los trabajos de historiografía. Todos estos son capaces de ofrecer una visión compleja de la Transición, que los docentes de secundaria son los responsables de aplicar. Y en este terreno hay que recordar que, desde que el acontecimiento se convierte en un campo de estudios históricos hace aproximadamente tres décadas, se han venido publicando interesantes manuales y ensayos sobre el mismo que pueden ayudar a cumplir ese objetivo.

# Un dictador que agonizó con su régimen

*A Dictator Who Died with His Regime*

**Ismael Saz**

*Universitat de València*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

El protagonismo de Franco, incluso cuando con los años y las enfermedades el dictador pudiera parecer pasivo o ausente, fue siempre fundamental. Por una parte, porque siguió siendo el árbitro o mediador imprescindible, el que por eso mismo tenía siempre la última palabra. Por otra parte, Franco había devenido en casi la única fuente de legitimidad, el único pilar indiscutido de un régimen que se desmoronaba. Su obvio protagonismo en las últimas ejecuciones de la dictadura, vino a confirmar que la represión y el dictador fueron siempre, desde el principio, de la mano.

Otra cosa es que Franco fuera sometido a presiones por distintos actores o sectores del régimen, como lo que se conoció como la camarilla de El Pardo o el Búnker. Pero las dudas, desaciertos y contradicciones que acompañaron los últimos años del dictador venían de otra parte: fundamentalmente del hecho de que el régimen había entrado en una crisis terminal de la que la propia descomposición física del dictador podría constituir una clara metáfora.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

No hubo una crisis súbita e inesperada en el final de la dictadura. De hecho, el proceso de erosión del régimen fue *in crescendo* desde los años cincuenta. Fue entonces cuando el régimen pierde la batalla de la cultura, la cual hablará en lo fundamental, en lo sucesivo, en «antifranquista». También se inicia entonces la pérdida de la Universidad que será prácticamente total ya en los años 60 con dos hitos fundamentales: la desaparición del SEU, esto es, del principal instrumento de control de los universitarios, y la abrumadora presencia de la policía armada en los campus. A finales de los años cincuenta emerge también uno de los fenómenos más innovadores de la época, un nuevo movimiento obrero protagonizado en lo fundamental por unas Comisiones Obreras capaces de penetrar en el aparato sindical del régimen —el «Sindicato Vertical»— y sometidas por ello, al final de la década de los sesenta, a una brutal represión. Por entonces la emergencia de

la cuestión nacional, aunque con características, prácticas y dinámicas distintas, en el País Vasco y Cataluña, condujo al propio régimen a asumir que, en este terreno, tan esencial para el rancio nacionalismo españolista que caracterizó a la dictadura, estaba perdiendo la batalla. También en los barrios se experimentó ya en los años setenta un crecimiento exponencial que convirtió a las asociaciones vecinales en plataformas de la lucha antifranquista y escuelas de democracia.

Fue la sociedad civil, en suma, una sociedad crecientemente movilizadora y politizada, la que fue pasando de forma irreversible a la ofensiva en los años finales del régimen. Y fue esa dinámica la que, por una parte, provocaría el agravamiento de las fisuras y fracturas de los distintos apoyos de la dictadura. Fundamental en este terreno fue el protagonismo de la Iglesia. No ya en su jerarquía, una parte de la cual se mantuvo, hasta el final, identificada con la dictadura, mientras que otra avanzada hacia posiciones cada vez más democráticas, sino sobre todo por un cristianismo de base que jugó un papel destacadísimo, con los comunistas, en la emergencia, entre otras cosas, del ya mencionado nuevo movimiento obrero. Por otra parte, fue esa misma sociedad civil, tomada en su conjunto, la que tras la muerte de Franco hizo inviables los intentos de perpetuación de la dictadura revistiéndola como una especie de pseudo-democracia postfranquista. No otros eran los objetivos del primer ensayo reformista, el de los Carlos Arias, Manuel Fraga o el propio rey. Fueron, en efecto, las extraordinarias movilizaciones populares de los primeros meses de 1976 las que dieron al traste con dicho proyecto.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio*

*postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Lo único que puede afirmarse con total certidumbre es que la salida democrática era inevitable. Podía haberse retrasado algunos meses o, como mucho, algunos años, pero era inevitable. Otra cosa es que podamos determinar desde hoy, con el inevitable «sentido del después», si todos y cada uno de los elementos que convergieron entonces hubieron de producirse necesariamente tal y como lo hicieron finalmente. Se ha especulado sobre el comportamiento de los sucesores de la dictadura, sobre las políticas de la oposición antifranquista, sobre la del propio rey, sobre el papel del ejército o sobre el lugar de la sociedad internacional. Todas estas cuestiones necesitan de estudios en profundidad que nos ayuden a tener una visión más rica, compleja y, desde luego, crítica de aquellos momentos decisivos. Por supuesto, ello permitirá captar mejor las eventuales derivaciones que habrían seguido a posibles cambios en los terrenos mencionados. Pero no es nuestro papel el de convertirnos en jueces supremos de la historia para «pontificar» acerca de posibles resultados alternativos.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Existen pocas dudas acerca del hecho de que la memoria de la transición es una memoria dividida y, añadiríamos, radicalmente insuficiente. No en último lugar porque da la impresión de que ha permanecido en buena medida ajena al estudio de la «memoria histórica», o, mejor, de la «memoria democrática» respecto de la cual aparece con frecuencia como una especie de coro-



Estudiantes manifestándose contra las agresiones fascistas en la Universidad. Madrid, 1979 (Archivo de la Transición).

lario que no merecería mayor indagación.

Esta es quizás una de las razones de la persistencia de una serie de percepciones dominantes en el imaginario popular que no siempre son acordes con las que los estudios serios van avanzando. Porque, en efecto, parece que la imagen de una transición exitosa, ejemplar, inmaculada, pacífica y superadora de una vez por todas de las endémicas carencias, divisiones y enfrentamientos entre los españoles, sigue siendo la mayoritaria.

Naturalmente, esta visión no es única y cuando hablamos de una memoria dividida, lo hacemos también en relación con los relatos transmitidos por sectores académicos, mediáticos y políticos. En este sentido, la gran línea divisoria es la que se establece entre los que podríamos llamar una visión «santificada» de la transición y una visión

«demonizada» de la misma. Con todos sus matices, la visión absolutamente positiva de la transición viene a hacerla el origen de todas las virtudes y logros de la España democrática hasta el punto de construir un relato mítico con efectos muchas veces conservadores cuando no claramente involucionistas: puesto que la transición fue ejemplar, como supuestamente, lo fue el «consenso», y, no menos supuestamente, su carácter pacífico, cualquier cambio o avance en dirección políticamente progresiva, socialmente avanzada o culturalmente inclusiva puede ser anatematizado como una ruptura con él, siempre supuesto, «espíritu de la transición».

Alternativamente, una visión crítica de los avances, logros o insuficiencias de la transición, puede derivar en enfoques también contradictorios. Así, lo que llamamos

visión «demonizada» que vería en la transición —«régimen del 78»— el origen de todos los males e insuficiencias de nuestra actual democracia, puede acertar a la hora de constatar los límites del proceso democrático, de señalar la persistencia de actitudes, supervivencias y prácticas políticas e institucionales poco acordes con una democracia «plena». Pero conduce también a juicios y valores rotundos, a absolutos que, también por este lado, simplifican la complejidad de aquellos procesos, las dificultades y obstáculos, a veces poco menos que insalvables, que hubieron de enfrentar las fuerzas democráticas procedentes del antifranquismo. No en último término esta visión «demonizada» puede tener efectos paralizantes, toda vez que ignoraría que mucho se podría haber avanzado en las más de cuatro décadas que siguieron a la aprobación de la Constitución, e ignoraría también que los desafíos del presente no se solucionan «echándole la culpa al pasado».

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

En mi opinión ello es más necesario que nunca. Lo es, en primer lugar, porque como toda etapa histórica, requiere de un conocimiento crítico capaz de devolver a la historia la complejidad que la caracteriza. Algo que en la medida de lo posible la aleje de relatos simplificadores que no hacen sino construir mitos que se proyectan hacia el presente con unos usos políticos no siempre aceptables. En segundo lugar, en tanto en cuanto tratamos de una etapa histórica que está en los más inmediatos orígenes de nuestro presente, un conoci-

miento crítico del proceso que conduce a la conquista de la democracia, con todas sus dificultades e insuficiencias, con todo lo que tiene de proceso, siempre, en construcción, pero también con sus logros parece absolutamente fundamental. Más concretamente, resulta básico el conocimiento de que en que el proceso de conquista de la democracia el protagonismo fundamental no correspondió a elites más o menos heroicas o posibilistas —ni a «reyes ni tribunales», añadiríamos— sino a una sociedad civil ampliamente movilizadora en sentido democrático. Dicho conocimiento serviría para recordar que aquellas «escuelas de ciudadanía» deberían estar presentes, también para construir ciudadanía, en nuestras escuelas de ahora.

Finalmente, no se puede dejar de hacer referencia al más presente de todos los presentes. El que tiene que ver con un cambio fundamental en los medios de comunicación respecto del conocimiento y aproximación a la realidad, del presente y del pasado. Es perfectamente conocida ahora la problemática que engloba a la utilización de las redes sociales, al retroceso de los medios de comunicación «tradicionales», en los que había, digámoslo sí, ética y códigos mínimos. Sabemos también que por este lado se cuelan falsificaciones de todo tipo que desgraciadamente redundan en muchas ocasiones en beneficio de la extrema derecha. Por esto también, desde el más presente de nuestros presentes, hay que decir que sí, rotundamente, que la escuela es casi nuestra última defensa, además de un medio imprescindible para la introducción de estas visiones más complejas y racionales que nuestra sociedad necesita.

# Una compleja transición a la democracia

## *A Complex Transition to Democracy*

**Pere Ysàs**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?*

La salud de Franco se deterioró de forma notable desde el inicio de la década de los años 70, lo que afectó de forma creciente a su actividad y determinó la designación de Luis Carrero Blanco como presidente del gobierno en junio de 1973. Sin embargo, Franco conservó la capacidad decisoria sobre las cuestiones más importantes, aunque su entorno más próximo tuvo más posibilidades de influirle que en el pasado.

En todo caso, a mitad de la década, la salud política de la dictadura estaba tan deteriorada como la del dictador, es decir, el régimen estaba inmerso en una profunda crisis determinada fundamental, aunque no exclusivamente, por la elevada conflictividad social y política antifranquista y las divergencias internas en la clase política de la dictadura sobre cómo asegurar el tan repetido «atado y bien atado» para el futuro. En ese marco, la muerte del *Caudillo* agravó la crisis política, pero en ningún caso puede considerarse el factor decisivo para ex-

plicar el final del régimen. Una dictadura, por importante que haya sido el papel de su máximo dirigente, no desaparece automáticamente con la muerte del dictador si dispone de amplios apoyos sociales y institucionales, si mantiene la plena capacidad de control de la sociedad y si no tiene serias amenazas exteriores e interiores; contrariamente, continúa. El análisis comparado de las dictaduras contemporáneas es concluyente. Un cambio de régimen, de cualquier régimen político, se inicia en un escenario de profunda crisis del existente.

Por otra parte, no puede establecerse el final del régimen y, a continuación, el comienzo de la transición. Régimen o dictadura y Transición no son equiparables. No existió un «régimen de la transición». Tras la muerte de Franco, la legalidad franquista, sus instituciones y las prácticas políticas continuaron en pleno vigor durante no poco tiempo, es decir, la dictadura sobrevivió al dictador. Por ejemplo, las víctimas de la violencia policial a lo largo de 1976 no fueron «víctimas de la transición» sino «víctimas del franquismo». La transición fue un proceso político complejo, iniciado en un escenario de crisis de la dictadura, en el que se confrontaron diversos proyectos

políticos, con fortalezas y debilidades, y en dicho proceso se produjo de forma gradual la desaparición del orden franquista. Y la configuración de una democracia parlamentaria.

*¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?*

Los profundos cambios económicos, sociales y culturales que vivió la sociedad española desde el comienzo de los años sesenta, aunque algunos inicialmente pudieran ser capitalizados políticamente por la dictadura, al menos parcialmente, como el desarrollo económico, la mejora de las condiciones de vida, especialmente vía capacidad de consumo, y una cierta modernización, a medio plazo operaron en contra de la estabilidad y del futuro del franquismo. Por otra parte, hay que destacar, el cambio generacional: desde el inicio de la década de los años 60, los jóvenes que alcanzaban la mayoría de edad habían nacido después de la guerra civil y si, por una parte, habían sido adoctrinados para que fueran «buenos españoles», es decir franquistas convencidos o al menos sumisos al orden establecido, por otra, estaban menos condicionados por el miedo paralizador que la brutal represión de los primeros años de la dictadura había inoculado a buena parte de la sociedad española. De hecho, los primeros signos de la desafección juvenil al franquismo habían aparecido ya, y de manera notable, a mitad de la década anterior. Por otra parte, los pontificados de Juan XXIII y de Pablo VI y el Concilio Vaticano II, con la asunción por la Iglesia Católica de la defensa de los derechos humanos, pusieron

las bases de un proceso de deslegitimación de la dictadura franquista por parte de una institución que había sido fundamental en su establecimiento y consolidación.

Otros factores no menores tuvieron efectos claramente negativos para la dictadura, destacadamente los contactos con el mundo exterior, especialmente con la Europa próxima. La llegada masiva de turistas y la emigración española a los países europeos más desarrollados permitió alimentar el crecimiento de la economía española a partir de un creciente flujo de divisas, junto las inversiones de capitales extranjeros, pero, al mismo tiempo, permitió también a sectores amplios de la sociedad española conocer mejor las formas de vidas y las libertades personales en dichas sociedades. Por ello son bien significativos los reiterados informes policiales informando sobre la negativa influencia sobre la población española de la presencia de turistas y de sus formas de actuar y de expresarse, y de las visitas a sus poblaciones de origen de los emigrantes, en las que explicaban las condiciones de vida y las libertades que podían ejercerse en esa Europa tan cercana. El *slogan* promovido por el Ministerio de Información y Turismo dirigido por Manuel Fraga «España es diferente» tenía una doble lectura: la de sol, playa y gastronomía, y la de dictadura, negación de las libertades y derechos fundamentales y represión.

En ese contexto, el movimiento obrero tuvo un papel fundamental en la erosión de la dictadura, hasta el punto de llevarla a un callejón sin salida. Y junto al movimiento obrero, el estudiantil, más tardíamente el vecinal o ciudadano, así como la actuación de colectivos profesionales, como abogados, profesores, urbanistas, periodistas, y numerosos intelectuales. El actor político clave fue el Partido Comunista, presente en todos los movimiento y colectivos y con una política bien definida asentada sobre

dos pilares: la lucha contra la dictadura a través de la movilización social y la búsqueda de la máxima unidad del antifranquismo a partir de un programa mínimo de recuperación de las libertades. Otros grupos políticos tuvieron un papel importante, aunque en un grado u otro todos estuvieron condicionados por la hegemonía del PCE.

Que el antifranquismo alcanzara una particular fortaleza en Cataluña y en el País Vasco fue indiscutiblemente consecuencia de la fuerte identidad nacional existente en dichas sociedades y de la represión adicional ejercida por el franquismo desde el nacionalismo español más radical y desde un centralismo exacerbado.

*¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?*

Cuando murió Franco, en noviembre de 1975, existían tres proyectos políticos bien definidos. En primer lugar, el continuismo estricto, es decir el mantenimiento del ordenamiento franquista con los mínimos cambios necesarios por el acceso a la Jefatura del Estado de Juan Carlos de Borbón. Era el proyecto laboriosamente preparado desde las instituciones franquistas y que había permitido, después de la aprobación de la Ley Orgánica del Estado en 1967 y de la designación de Juan Carlos como sucesor en 1969, reiterar que todo estaba «atado y bien atado». Tenía el apoyo de buena parte de la clase política franquista, especialmente de quienes, como Francisco Labadie Otermin, consejero nacional del Movimiento y ex gobernador civil de varias provincias, entre otros cargos, habían proclamado que defenderían «con uñas y dientes» la victoria de 1939. También de la mayoría de los mandos de las Fuerzas

Armadas y podía beneficiarse de la aceptación de los sectores más pasivos de la sociedad española. Pero este proyecto tenía una gran debilidad: no tenía alternativas para salir de la crisis del régimen.

Por otra parte, existían propuestas reformistas promovidas desde algunos sectores de la clase política franquista, con el objetivo de *reformular* el régimen, adaptándolo a los cambios que había experimentado la sociedad española, pero *sin cambiar el régimen político*. Como repitieron los dirigentes del primer gobierno de la monarquía -Carlos Arias Navarro, Manuel Fraga- se trataba de «reformular para conservar». Este proyecto podría haber tenido éxito si la inmensa mayoría de la sociedad española hubiera estado instalada en la pasividad y en la posición de aceptar los cambios decididos desde el poder. Pero esta no era la situación existente en los primeros meses de 1976. El gobierno fracasó en seis meses y dio paso a un nuevo proyecto reformista impulsado desde la Jefatura del Estado, alarmada ante la posibilidad de que la monarquía quedara definitivamente asociada a la crisis de la dictadura. Una parte creciente del personal franquista fue sumándose al reformismo gubernamental, aunque otra parte no menor, empezó a criticar al ejecutivo encabezado por Adolfo Suárez.

Y estaba muy presente el proyecto común de la oposición, la ruptura democrática, consistente en esencia en el restablecimiento inmediato de las libertades y la apertura de un proceso constituyente conducido por un gobierno provisional. La diversidad de formaciones políticas, de distintas y también distantes ideologías, comportaba acentos diferentes en el programa compartido y, obviamente, propuestas divergentes a largo plazo.

El proceso de transición avanzó a partir de las fortalezas y de las debilidades de



Colectivos falangistas y de excombatientes en el Valle de los Caídos durante el entierro de Franco (Archivo General de la Administración).

los proyectos en presencia, de los actores políticos y sociales que los encarnaban y de los apoyos obtenidos en la sociedad española. Ninguno de los tres proyectos se materializó tal como se había formulado inicialmente. El continuismo quedó pronto en vía muerta, pero no puede menospreciarse su influencia y se transformó en involucionismo, incluido el golpismo. El reformismo del gobierno Suárez empezó a desnaturalizarse después de la aprobación de la Ley para la Reforma Política en diciembre de 1976, que establecía la convocatoria de unas elecciones a Cortes, pero sin garantizar que fueran unas elecciones libres y, menos aún, constituyentes. A partir de enero de 1977 tuvo que optar por romper los límites de una reforma del régimen convocando unas elecciones que permitieran la expresión de la voluntad

popular si no quería la continuación de la crisis política y el eventual fracaso de su actuación. Por último, el rupturismo, tras constatar la imposibilidad de provocar el colapso del régimen -algo fuera de su alcance, puesto que su capacidad de movilización tenía claras limitaciones- centró su actuación en lograr las condiciones para unas elecciones libres y la apertura de un proceso constituyente.

A partir de las elecciones del 15 de junio, el proceso de transición y la configuración de la democracia quedó decisivamente determinado por los resultados electorales. Si en todos los procesos transicionales el punto de partida es la crisis del régimen existente, igualmente en todos ellos unas elecciones constituyen uno de los momentos determinantes.

¿Podrían haber tenido éxito los proyec-

tos políticos en sus formulaciones primeras? Probablemente sí, si las condiciones hubieran sido distintas. El continuismo hubiera sido posible con una sociedad menos movilizada y/o con el desencadenamiento de una represión masiva y más violenta de incierto resultado final, que comportaría inevitablemente severas condenas internacionales, e inasumible para el objetivo del nuevo Jefe del Estado de consolidar la monarquía. Igualmente, como he dicho ya, la simple reforma del régimen podría haber tenido éxito si la mayoría de la sociedad hubiera estado dispuesta a aceptar lo que desde el poder se decidiera. Y el proyecto rupturista, en su primigenia versión, podría haberse impuesto si hubiera logrado una movilización social de mucho mayor alcance en todo el país y con un régimen al borde del colapso y el desmoronamiento, algo extremadamente difícil por la fortaleza de unos aparatos del Estado, empezando por las Fuerzas Armadas, pese a la fractura minoritaria encarnada por la Unión Militar Democrática. España no era Portugal.

*¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?*

Durante muchos años, el relato sobre la transición promovido desde las instituciones y propagado por los grandes medios de comunicación ha sido el del éxito de la reforma política -con Juan Carlos y Suárez como actores fundamentales- que, mediante una operación política, «de la ley a la ley», logró en un plazo breve de tiempo el paso pacífico de la dictadura a la democracia. De esta explicación, desaparece la crisis de la dictadura y el papel de los grupos políticos y movimientos sociales que contribuyeron decisivamente a erosio-

narla, la conflictividad de todo el proceso transicional y el papel real del conjunto de actores, incluso la elevada violencia política en toda la etapa.

Las generaciones que vivieron la transición pueden contrastar ese relato con sus experiencias personales. Pero las generaciones más jóvenes han estado expuestas al relato citado. Un relato que llegó a ser aceptado acríticamente, aunque con valoraciones negativas, por sectores situados en las antípodas ideológicas y políticas de quienes lo habían elaborado, llegando incluso a ignorar o minimizar el papel en el final de la dictadura y en la configuración de la «democracia del 78» de quienes fueron determinantes para lograr el restablecimiento de las libertades, con muy elevados costes.

Pese a una historiografía cada vez más extensa sobre el proceso transicional, la persistencia de mitos es muy acusada. Por una parte, los relativos al papel del Rey y de los reformistas del franquismo como grandes artífices del establecimiento de la democracia. También sobre el «consenso», real en cuanto a la elaboración del texto constitucional y algunas otras grandes decisiones, como la Ley de Amnistía, pero inexistente hasta las elecciones del 15-J. Por otra parte, la presentación de la transición como una «transición pactada», lo que habría supuesto que los principales actores políticos se hubieran puesto de acuerdo antes del comienzo del proceso transicional en acabar con la dictadura y establecer una democracia y en cómo hacerlo, es algo muy alejado de la realidad. O la existencia de un «pacto de silencio», sobre el franquismo, como si la dictadura hubiera desaparecido súbitamente en noviembre de 1975 cuando contrariamente estuvo bien presente durante buena parte del proceso transicional.



Mesa electoral el 15 de junio de 1977 en Madrid (Archivo General de la Administración).

*¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?*

Sin duda, sería muy conveniente un mayor y mejor conocimiento del franquismo y del proceso de transición a la democracia en la etapa preuniversitaria. Porque el conocimiento del pasado es in-

dispensable para comprender el presente, y no en segundo plano, para reforzar la cultura cívica y democrática en un marco internacional de crecimiento y extensión de una ola de extrema derecha que amenaza directamente conquistas históricas de los movimientos sociales en favor de sociedades más libres, más justas y más igualitarias.

# nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024



núm. 19 | 2025




núm. 20 | 2025

fundación de  
investigaciones  
marxistas



Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en [revistanuestrahistoria.com](http://revistanuestrahistoria.com)

 **transform!**  
europe

## ENTREVISTA

# Xesús Alonso Montero. Sociolingüista, filólogo, historiador. El compromiso antifranquista y la pasión por la cultura gallega

Entrevista, introducción y notas a cargo de José G. Alén  
*Sección de Historia de la FIM*

### Introducción

Xesús Alonso Montero, nació en Vigo en 1928 y se licenció en Filología Románica por la Universidad Central de Madrid en 1953. En sus años universitario se integró en los círculos galleguistas madrileños al tiempo que iniciaba su andadura como notable conferenciante. En 1957 se hacía con la cátedra de Literatura Española en Escuelas de Magisterio que comenzaría a ejercer en la Escuela Normal de Santiago donde, orientado ya hacia posiciones izquierdistas, conectaba con el núcleo galleguista de la ciudad y publicaba sus primeros trabajos. Poco después volvía a opositar para ganar la cátedra de Enseñanza Media que ejercería durante el curso 1959-60 en el Instituto Jorge Manrique de Palencia. Allí, con la amistad y las actividades en común con el catedrático marxista de Filosofía, José Rodríguez Martínez, se produjo su definitiva adscripción al marxismo<sup>[1]</sup>. En



1.- Véase José Rodríguez Martínez. *Filosofía en español*, 2020,

en [www.filosofia.org/ave/001](http://www.filosofia.org/ave/001); y Xesús Alonso Montero, «Memorias cervantinas de un profesor cervantófilo. (1ª

el centro palentino aparece ya la profunda huella que va a dejar siempre en sus alumnos y que se convertirá en su seña de identidad gracias a su oratoria, su capacidad didáctica y sus conocimientos, reconocidas por sus alumnos de Palencia, Lugo, Vigo o Santiago, como recordaba uno de los primeros y más insignes<sup>[2]</sup>.

A comienzos de los años sesenta, en el Instituto Masculino de Lugo, su trabajo cultural fuera de las aulas, despertó el interés de los cuadros del Partido Comunista que estaban reorganizando al Partido en Galicia y trataban de extender la lucha contra la dictadura incorporando a diferentes sectores profesionales, entre ellos el de los intelectuales. Informados por el director de *La Noche*, Raimundo García Domínguez Borobó del perfil y los rasgos sociopolíticos de la actividad de Alonso Montero, promovieron un encuentro con el profesor, que terminaría afiliándose al Partido Comunista en mayo de 1962. Después de algunas reuniones para articular a los intelectuales y fuerzas de la cultura que eran o estaban próximos al PCE, Xesús Alonso fue enviado por la dirección comunista al Congreso Mundial por la Paz celebrado en Moscú en julio del 62 formando parte de la delegación española. Antes de su regreso a España, mantuvo una reunión con Santiago Álvarez y Fernando Claudín cuyas conclusiones dieron lugar a un documento determinante para la organización de la lucha contra la dictadura en Galicia.

A partir de ese momento, alternaría su trabajo como catedrático de Literatura Española en Lugo con la actividad política, siempre desde una cierta flexibilidad militante y alejado de responsabilidades de

los órganos de dirección. En los primeros años sesenta contribuyó a la actividad del comité de intelectuales de Galicia y, aunque rechazó la propuesta de asumir la responsabilidad de su dirección, su trabajo fue esencial para la revista *Nova Galicia* donde colaboraba regularmente firmando unos artículos con pseudónimo y otros con su verdadero nombre<sup>[3]</sup>. En estos años colaboró con el movimiento estudiantil y sobre todo en el conflicto que vivió el campesinado gallego contra el embalse de Castrelo de Miño, no solo en su dirección y en la recogida de firmas sino también activando la participación de sus exalumnos, para ampliar el campo profesional y social de los firmantes y opositores contra el mencionado embalse. Su actividad política clandestina o semiclandestina era perceptible también en las actividades culturales como eran las exposiciones y conferencias que organizaba en el Círculo de las Artes de Lugo; el homenaje a Celso Emilio Ferreiro; las conferencias en la Universidad en el contexto de los conflictos estudiantiles en el curso 1967-68 o su participación en la propuesta editorial de Ciencia Nueva; las muestras de solidaridad con los trabajadores detenidos durante la fase álgida de la conflictividad sociolaboral entre 1967 y 1972. Participó muy activamente en la creación de la Junta Democrática de Lugo y también en la de Galicia. Y naturalmente, fue objeto de especial seguimiento por parte de la policía franquista. La Brigada Político Social, además de estar siempre presente en sus actos públicos, vigilaba las actividades con los alumnos, conocía el contenido de sus clases, que eran igualmente seguidas atentamente por las

parte, 1941-1960)», *Hesperia*. X, 2007.

2.- Francisco Fernández Buey, «Mi recuerdo de Xesús Alonso Montero», Barcelona, marzo de 2011, publicado por Salvador López Arnal en *Espai Marx*, 1 de noviembre de 2022.

3.- José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias, «O compromiso cívico do intelectual Xesús Alonso Montero e Nova Galicia» en *Cinguidos por unha arela común, Homenaxe ó profesor Xesús Alonso Montero*, T. I, pp. 1.201-1.212, Universidade de Santiago, 1999.

familias conservadoras en el Lugo de la dictadura. Así lo recoge el informe de la BPS de 1969 y posteriormente se reflejaría en el expediente incoado desde la inspección de Educación que finalizaría llevando a Alonso Montero al destierro en Montilla en 1975. También fue multado en varias ocasiones e interrogado, actos suyos fueron prohibidos y algunos de sus libros censurados.

Candidato del PCG por Lugo en las primeras elecciones democráticas en 1977, no obtuvo acta de diputado pero continuó alentando la articulación de los intelectuales y fuerzas de la cultura del PCG. Descontento con la evolución del Partido y los conflictos internos y defraudado con las expectativas no cumplidas mantuvo durante un tiempo una militancia latente hasta que retornó a la actividad política con la campaña contra la OTAN y con la propuesta de Izquierda Unida, participando como apoyo en sus candidaturas electorales en varios momentos. Además, se implicó en el movimiento de recuperación de la memoria histórica, no solo con la publicación de algunos trabajos y con su participación en actos de todo tipo durante las dos últimas décadas como presidente honorario de Foro por la Memoria Republicana de Galicia. En la actualidad, con 97 años, mantiene su afiliación al PCG y asiste a mítines y reuniones de Izquierda Unida.

Paralelamente a su actividad sociopolítica, mantuvo una intensa actividad intelectual, colaborando en revistas como *Triunfo*, *Cuadernos para el Dialogo*, *Chan* y en iniciativas editoriales como *Ruedo Ibérico*, *Edicións Celta*, *Ciencia Nueva* y *Ediciones Akal*, donde dirigió las colecciones *Arealonga* y *Arealonguiña* y perteneció al Comité de coordinación de la *Gran Enciclopedia Galega*, entre otras iniciativas editoriales. En 1984 retomó su vertiente opositora para obtener la plaza de profesor titular de Li-

teratura Española en el Colegio Universitario de Vigo de la Universidad de Santiago; en 1989 ganaba la titularidad de Literatura Galega en la Universidad de Santiago y dos años más tarde opositaba de nuevo para convertirse en catedrático de Literatura Galega de Universidad en Galicia, donde ejercería la docencia hasta su definitiva jubilación como emérito en 2005. En 1993 ingresó en la Real Academia Galega de la que fue presidente entre 2013 y 2017 y *doctor honoris causa* por la UNED (2010). Fue director del Centro de Estudios Rosalinos y de su revista y es miembro del Consello de la Cultura Galega.

Filólogo, escritor, ensayista y sociolingüista, (fue el iniciador de la sociolingüística moderna galega) también realizó incursiones en la poesía, el teatro, el relato y la historia. Durante más de 75 años ha destacado su actividad como un extraordinario conferenciante por Galicia, España, Europa y América y ha publicado cerca de un centenar de libros e infinidad de artículos en todo tipo de revistas y en la prensa diaria sobre todas las áreas de conocimiento que van desde los años cincuenta del siglo XX hasta la actualidad. De su admirable e ingente producción podemos destacar: *Realismo y conciencia crítica en la literatura galega* (1968); *Informe -dramático- de la lengua galega* (1973); *Rosalía de Castro* (1973); *Castelao. O home e a obra* (1974); *Pedro Petouto, Cavilacións dun mestre subversivo* (1974 y 1999); *As palabras no exilio. Biografía intelectual e Luis Seoane* (1994); *Versos republicanos* (2002); *Curros Enríquez no franquismo, 1936-1971* (2003); *Os escritores galegos ante a Guerra Civil española* (2006); *Intelectuais marxistas e militantes comunistas en Galicia* (2007); *Cartas de republicanos galegos condenados a morte. 1936-1948* (2009); *Castelao en la Unión Soviética en 1938* (2012); *El nombre y la obra de Antonio Machado dentro de las coordenadas del franquismo* (2022).

Ha sido reconocido y premiado por todo tipo de instituciones: Premio Galicia de Periodismo (1986 y 1990); Premio Nacional de Periodismo Julio Camba (1988); Premio Otero Pedrayo, (1989); Pedrón de Ouro (1990); Premio Xunta de Galicia a la Creación Cultural (1995); Premio Trasalba (2000); Premio Fundación 10 de Marzo (2003); Premio de Crítica de Galicia, (2005); Premio Antón Losada Diéguez de Investigación (2012); Premio da Cultura Galega e das Letras de la Xunta de Galicia (2019). Desde la Medalla de Oro de la Universidad de Santiago al reconocimiento de Vigoés distinguido y el de Hijo adoptivo de la ciudad

de Lugo, ha recibido los más destacados galardones de la cultura gallega y el Gobierno de España lo ha homenajeado en el *I Día de Recuerdo a todas las víctimas del golpe militar, la guerra y la dictadura* (2022)<sup>[4]</sup>.

4.- Sobre su carrera académica, orador, distinciones honoríficas y producción bibliográfica véase Modesto Hermida, Xesús Alonso Montero. *Palabras e compromiso*, Ir Indo, Vigo, 2010.

## Entrevista

*Podemos comenzar la entrevista situándonos en el escenario de tu infancia. Naces en Vigo en 1928, pero ¿en qué contexto social y familiar se desenvuelven tus años en aquel escenario vigués y ¿qué recuerdos tienes de esa primera infancia en el Vigo convulsionado por acontecimientos como las elecciones de febrero del 36, el golpe militar de julio y los primeros años de la Guerra Civil?*

Nací en una taberna de Vigo, el 28 de noviembre. La taberna «El Recreo» era también casa de comidas que, en el entresuelo, «daba cama» a algunos clientes. Próxima a la estación del tren, ferroviarios eran muchos de los clientes (maquinistas, mozos de estación...); la frecuentaban los líderes del PSOE, Emilio Martínez, alcalde en el 36, González Brunet, Pastor Rodríguez... A este por ser menor de edad, fue al único que no fusilaron los sublevados en el cementerio de Pereiró en agosto de 1936. Al atardecer tomaban «la chiquita» en un reservado de la taberna, y yo, niño de 6 o

siete años, estaba admirado de que gente tan «alta» frecuentase nuestra taberna, de perfil tan popular, tan proletaria. ¿Por qué? La taberna era céntrica y, sobre todo, tenía buen vino del Ribeiro, que mi propio padre trabajaba en la aldea (Ventosela, A Grova), a pocos kilómetros de Ribadavia (Ourense), capital de la famosa comarca vinícola. Mi padre, Benito Alonso Viduñas, se desentendía de la taberna para viajar —cien kilómetros— al Ribeiro a labrar y cuidar las viñas. En esos días, mi madre y una doméstica asumían el trabajo de Vigo, que no era poco: abrir temprano el establecimiento para la copa matutina de los trabajadores, despachar vasos y comidas, ir a la plaza, a la panadería y al puesto de periódicos, hacer las camas y atender a cuatro niños.

Recuerdo bien dos acontecimientos políticos, acaecidos cuando tenía siete años: el «balbordo» y la alegría de la clientela de nuestra taberna (canteros, mozos de estación...) el día del triunfo del Frente Popular y en la manifestación, que pasó por delante de nuestro establecimiento y vivienda el 1



Excursión con alumnos, curso 1961-1962 (foto de Juan Figueroa).

de mayo de ese año, participaba como pionero rojo, Julio, mi hermano mayor. Ese día memoricé dos «textos»: el grito UHP (Uníos Hermanos Proletarios) y el estribillo de una canción revolucionaria «¡Que viva Lenin, que viva Carlos Marx, que viva la Tercera Internacional!» y deduje que el tal Lenin y el tal Marx eran hombres muy importantes de la política «roja» pero no tuve la menor sospecha de lo que pudiera ser aquella denominada Tercera Internacional». Por cierto, muchos años después le canté este estribillo a Isaac Díaz Pardo (1920-2012), quien me respondió cantando, entero, el himno. Resulta que él, sin cumplir, a la sazón, los 16 años, desfiló ese día en Vigo como militante de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU).

*En 1938 tu familia abandonó la ciudad y se trasladó a la citada aldea de Ventosela, ¿cuál fue la razón de ese cambio en la vida*

*familiar y ¿cómo fue tu adaptación a la vida en la aldea?*

Mi padre, hombre muy tradicional, era un excelente trabajador en las tareas del campo. De adolescente y joven trabajó — cuando había trabajo— de jornalero por el precio que fuese. Con suerte y muchos esfuerzos y algunas privaciones, consiguió un pequeño capital para, en la aldea, adquirir los viñedos que, en su día, permitiesen a los seis de la familia trabajar en lo propio y no en predios ajenos, síntoma, en cierto modo, de riqueza. En la bodega de mi padre, una de las más ricas del Ribeiro, llegaríamos a 400 o 500 mojos de vino (el mojo 132 litros), convirtiéndonos en una de las familias labriegas más ricas de aquellas parroquias. Era el sueño de mi pobre padre, pero los cuatro hijos, por distintos motivos, no nos vinculamos a la labranza.

En Vigo, en la taberna, mis padres, a los cuatro hermanos, siendo ellos galle-

go hablantes, nos hablaban en castellano, práctica habitual en la época en la ciudad: nos educaban para señoritos, por lo menos en la lengua de los señoritos (profesores, médicos, funcionarios, oficinistas, gentes acomodadas...). Yo no era ajeno al idioma gallego, que era el de la mayoría de los clientes de la taberna y el que yo oía sistemáticamente en la aldea cuando iba de vacaciones. No era el idioma de los dirigentes socialistas y hoy mismo no sé si yo percibía, con siete años en 1936, la contradicción de aquellos señores que, siendo defensores de «los pobres del mundo» no se dignaban hablar o hablarles en su código lingüístico, que, sin duda, no ignoraban. Uno de esos dirigentes socialistas, Brunet, secretario de la Casa del Pueblo, se ocultó en nuestra taberna, con el consentimiento de mis padres, después del 20 de julio de 1936, de los militares y las fuerzas reaccionarias. No tardó en producirse una delación y, como consecuencia, mi padre fue encarcelado. En aquellos primeros tiempos no era fácil que las autoridades diesen crédito a las palabras de mi padre: «que él había acogido a aquel señor por ser un viejo y educado cliente y no por afinidades ideológicas». Mi padre salió en libertad —después de estar en la prisión de Vigo y en el campo de concentración de la isla de San Simón— en mayo de 1937. Desde entonces sólo tuvo una idea: regresar a la aldea, para él, sin duda, idílica. Meses después, el 1 de enero de 1938, la familia abandonó Vigo.

En plena Guerra, llego, con los míos a Ventosela, aldea a 4 kms. de Ribadavia y nos alojamos en la casa de la abuela materna, Sara. Después alquilamos una casa y allí vivimos hasta 1942. Yo voy a la escuela pública que regenta un buen maestro nacional, don Máximo Montero, que hacía en el aula lo que le mandaban las autoridades civiles y eclesiásticas: haciéndonos cantar «el himno» siguiendo los acordes de su

bandurria, y llevándonos a misa, tras pasar lista, cada domingo, a San Paio, capital de la parroquia.

En la escuela no lo pasé mal. Los sábados don Máximo escogía a cuatro o cinco alumnos para que leyesen en voz alta páginas del libro *España, mi patria*, de *Laureados del 18 de julio*, obra de Álvaro Cunqueiro y Antonio de Obregón. Yo, el más joven de los lectores —nueve años— siempre era escogido, y lo era porque conocía mejor que mis colegas la lengua de los libros, el castellano. En la aldea todos, absolutamente todos, hablaban en gallego. Aunque yo tenía un cierto conocimiento pasivo de la lengua gallega, tuve problemas con mis compañeros de juegos y de escuela, que no consentían, en mis primeras semanas de relación con ellos, que hablase castellano o en gallego muy castellanizado. Me crearon problemas de relación que no tarde en superar. Aprendí, pronto, el gallego que las circunstancias me exigían. De 1938 a 1942 fui un alumno aplicado y considerado en la escuela, pero nunca pensé que podría cursar estudios más allá de los primarios. Pesaba mucho la «ley» de mi padre: cultivar y mejorar la labranza familiar.

*En la Galicia rural de aquellos años, el analfabetismo y las expectativas de estudio eran tan limitadas que era inusual que los niños realizaran estudios de bachillerato, por lo que no parecías destinado a prolongar tu formación más allá de los 14 años, porque además tendrías que desplazarte fuera de tu aldea ¿por qué tus padres decidieron que estudiaras y dónde comenzaste los estudios de bachillerato?*

En la escuela y en la parroquia yo tenía fama de buen alumno, y gente había que opinaba que «Suso debería facer o «bachillerato» e logo estudar unha carreira». No



Homenaje de despedida a Celso Emilio Ferreiro, sentado junto a Ramón Otero Pedrayo, Xesús Alonso y Albino Núñez, Ourense, 1966 (fotografía facilitada por Perfecto Conde Muruais).

fue así en principio porque los criterios familiares, sobre todos los de mi padre, eran otros: cultivar y ampliar nuestras tierras vinícolas. Ya, con 14 años, los alumnos de la escuela pública de Ventosela fuimos convocados a la capital municipal, Ribadavia, a un reconocimiento médico. Los dos médicos que me auscultaron, advirtieron un «soplo» o algo así en el corazón, lo que, de confirmarse, me incapacitaba para las rudas labores del campo. Mi madre me llevó a Vigo, a la clínica del Dr. Ramón de Castro, quien me consultó en dos ocasiones sin encontrar en mi corazón de adolescente nada grave. Ahora bien, mi madre —cabeza rectora de la casa— entendía que mi futuro no estaba en la azada y en la hoz. Un día, yo aún en mi habitación, oigo este diálogo entre mis padres: «—Bénito, ¿qué hacemos co Suso? — Pois o Suso, como non vale para nada, que estudie». Y estudié. También debo aclarar que yo, meses antes del diagnóstico, ya había manifestado a mis padres mi inapelable

deseo de aprender un oficio «limpio» ya que anhelaba con todas mis fuerzas apartarme de las tareas agrícolas, excesivas para mí. Hay que aclarar también, que mi «enfermedad del corazón» no me impidió ayudar en las labores campesinas a mis padres, tanto en las vacaciones del bachillerato como en los años de la universidad.

Mis estudios de bachillerato, en los primeros años, fueron en Ribadavia, en el colegio Academos, donde dos profesores impartían todas las asignaturas: don Benito García todas las de Ciencias, y don Bernardino Graña Refojos (padre del escritor Bernardino Graña), todas las de Letras, además de Religión. A don Bernardino debo una cierta formación en Latín y estímulos importantes como lector de obras literarias, algunas regaladas o prestadas por él (Eneida, Divina comedia, teatro del Siglo de Oro, Dostoievski...). Fui alumno del Academos de 1942 a 1946 donde preparé el ingreso en el instituto de Ourense y los cinco primeros cursos del Bachillerato,

lo que no era una proeza: yo tenía, cuando hice el ingreso, catorce años.

*¿Recuerdas, de esos años en la aldea, alguna experiencia que influyese en la formación de tu personalidad y en tu conciencia social?*

Hay tres que no debo omitir; por lo menos dos: Siendo niño 11 y 12 años, pasé horas y horas viendo lo bien que labraba la piedra un cantero del Ribeiro, el señor Antonio Villar García, a quien apodaban, sin que a él lo molestase, «O Petouto», tanto que algunos creían que era su nombre o su apellido. Yo mismo, en nuestras conversaciones, le llamaba Señor Petouto. El fue el responsable de la cantería en la construcción de nuestra casa en A Grova. Me gustaba su modo de trabajar la piedra y me fascinaban algunos de sus dichos, sobre todo cuando se referían a la política, a la Iglesia, a los ricos, a la Falange... Años después supe que el señor Petouto era militante del Partido Comunista. Yo asistía, siempre que podía, a los parrafeos del señor Petouto, y fue en uno de ellos cuando me dijo algo para mí muy importante que traduzco de su peculiar gallego: «Suso, ya sé que eres un alumno muy aplicado y aventajado en la escuela y también observo que te gusta leer libros serios. Rapaces como tú, cuando seáis mayores, tenéis que poner vuestra inteligencia y vuestro saber contra las injusticias del mundo, que son muchas e intolerables. Porque has de saber que en el mundo, el día de mañana, no sé si tendrá que haber ricos, pero no habrá pobres. A mí, aquel final me parecía un descubrimiento deslumbrante sobre todo en unas aldeas donde, a la salida de misa viejos y jóvenes repetían «pobres sempre os houbo e sempre os haberá».

Este cantero ribeirán, el señor Antonio Villar García, está en la base de un librito que publiqué en 1974 con el título *Pedro Petouto, Traballos e cavilacións dun mestre*

*subversivo*. Libro que me fue muy útil para poner en su boca de «cavilador» de fines del XIX reflexiones que la censura no consentiría si procedían de mi pluma. El truco —la ficción— consistía en que yo, investigador, había encontrado algunos documentos de su biografía y unas cuantas páginas de las «lecciones» impartidas por aquel singular maestro, en las aldeas de la montaña lucense, a adultos analfabetos. En 1999 se publicó una edición especial, con ilustraciones de notables artistas y anotaciones eruditas, al cuidado de los profesores José Gómez Alén y Víctor Santidrián Arias.

La segunda experiencia, prácticamente contemporánea (a los 12 años) fue la lectura del *Quijote*, del *Quijote* del mismo Cervantes. Lo publicó la editorial Calleja, Madrid. En aquellas fechas, en nuestra casa no había más libros que los escolares, muy pocos. Fue mi hermano mayor, Julio, modesto oficinista en Vigo, quien sabedor de que yo era un «lletraferit», me regaló ese ejemplar de la gran novela de Cervantes. Para mí la lectura de aquel cuento, de aquella sorprendente fábula, de aquella inesperada historia, fue un ejercicio fascinante. Yo sufría con don Quijote y sufría con Sancho, siempre a la luz del candil en noches memorables (aún no había llegado la luz eléctrica a la aldea, a Grova). Quizás aquellas noches fueron las más intensas y ricas en mi vida de niño, marcado por esa lectura quedo para siempre<sup>[1]</sup>.

Tendría 15 años en la fecha de la tercera experiencia acaecida en Ribadavia, en 1943. Un día al salir del colegio Academos, un grupo de 20 o 30 gitanos pasaba por la calzada. La escena era contemplada desde el balcón de un primer piso por un niño de unos diez u once años, muy bien trajeado y con el aspecto de pertenecer a una familia

1.- Esta experiencia está descrita en un ensayo memorialista, Xesús Alonso Montero, «Memorias cervantinas de un profesor cervantófilo», en *Hesperia*, Universidad de Vigo, 2007.



Tras un partido de fútbol entre profesores del Instituto de Educación Secundaria Femenino y del Masculino el 5 de marzo de 1967 (foto de José Luis Vega, AHP de Lugo).

acomodada. El tal niño, tras observar a los gitanos, giró la cabeza para que su madre, en el interior del piso lo oyese bien y profirió: ¡*Mamá, mamá, son pobres y hablan en castellano!* En efecto, este niño y multitudes de personas acomodadas de aquella Galicia percibían el gallego como lengua de pobres no solo en el medio rural. Aquel muchacho de corta edad me dio una lección de Sociolingüística cuando yo desconocía que existiese en alguna parte del mundo esta rama del saber. Aquellas palabras de un niño totalmente ajeno a los estudios lingüísticos fueron doctorales para mí y están presentes en cuantas páginas he escrito de Sociolingüística gallega, disciplina en la que fui pionero, rezan los libros.

*Con 16 años te trasladas a Vigo, ¿por qué se produce ese retorno?, ¿qué recuerdas del Instituto donde finalizaste aquella etapa*

*estudiantil?; ¿qué tipo de estudiante eras y qué asignaturas te interesaban?; ¿algún profesor a destacar?*

En efecto, el curso 1946-1947 (6º año de bachillerato) lo hago en el Instituto Santa Irene de Vigo. En él, las alumnas ocupaban el ala derecha del edificio, y la izquierda los alumnos. No nos relacionábamos, ni mínimamente en el recreo. La razón del traslado a Vigo está íntimamente vinculada al hecho de que el colegio Academos, en declive, no garantizaba una buena formación en los cursos superiores. En la provincia de Ourense, suprimidos los institutos locales creados por la República, solo existía un centro público, el instituto de la capital. Se une la circunstancia de que, desde principios de 1946, mi hermano mayor, Julio, regentaba, por traspaso, una taberna en la calle Urzaiz «Casa Julio». En Vigo, en el Santa Irene, curso 6º (1946-1947) y 7º (1947-48),

y en junio de este año apruebo, en la Universidad de Santiago, la reválida, llamada entonces, pomposamente, Examen de Estado. Era, en opinión de colegas y profesores, un buen alumno de Letras, pero el mejor recuerdo lo guardo para los profesores de Ciencias: Matemáticas (Jiménez), Ciencias Naturales (Anadón), Física y Química (López Niño). Allí escribía versos humorísticos propios de café cantante; fui finalista en un concurso de la radio, EAJ48, Radio Vigo y fui el único alumno que, en 1947, IV centenario del nacimiento de Cervantes, se presentó con un «ensayo» al certamen literario organizado por el Instituto. Premiado, el galardón consistió en un ejemplar del libro de Unamuno *Vida de Don Quijote y Sancho*. De los profesores de Letras tengo buen recuerdo personal del de Latín, Vicente Argomániz y de la catedrática de Literatura, Consuelo Burell, que siempre reconocieron mi preparación en esas materias, en el fondo un reconocimiento a mi profesor de Ribadavia Don Bernardino Graña Refojos.

*Finalizado el bachillerato ¿tenías definido tus intereses literarios y qué influyó en tu decisión de estudiar filología románica en Madrid?; ¿cómo recibieron tus padres tu apuesta por una universidad tan alejada de Vigo?; ¿disponías de alguna beca que aliviase el esfuerzo que suponía para una familia trabajadora enviar un hijo a la universidad en la España de las cartillas de racionamiento?*

Finalizado el bachillerato, nunca había visto un libro de Castelao, de Curros Enríquez; de Otero Pedrayo y del resto de los escritores en lengua gallega. Con esa ignorancia finalicé el bachillerato en junio de 1948, y en septiembre de ese mismo año viajé a Madrid para matricularme en la Universidad Central en la Facultad de Filosofía y Letras. Tenía claro que eso era lo que

quería estudiar, pese a la opinión de mis padres y allegados para los cuales las carreras «normales» eran la de Derecho y la de Medicina. Yo, no sólo opté por una carrera un tanto desconcertante para los míos (deceosos de tener en la familia un abogado o un médico) sino que los convencí para ir a Madrid, no a Santiago, en cuya Facultad de Filosofía y Letras sólo existía una especialidad, la de Geografía e Historia, mientras en la de Madrid existían siete, entre ellas Filología Románica, mi predilecta con mucho. A mí me interesaban los estudios literarios y supongo que, de un modo muy confuso, los sociolingüísticos, saberes —creía yo— que se impartían en aquel centro de la Universidad Central. No era así en cuanto a las materias sociolingüísticas, pero en el plan de estudios de entonces —un cuatrimestre de Filología Gallega, un curso de Dialectología española y la presencia, en la asignatura de Lingüística Románica, de lenguas sin estatus oficial como el gallego, el sardo, el provenzal...— había materias que, de un modo u otro, no eran totalmente ajenas a la Sociolingüística. Mis padres, con algún pequeño esfuerzo, podían asumir mis gastos de estudiante universitario en Madrid. Los 100 o 120 mojos de vino daban para eso. De becas nada.

*Estudias y vives en Madrid entre 1948 y 1956. ¿Alguna referencia de interés con relación a los estudios, el profesorado o las influencias intelectuales?*

Estudio en la Facultad de 1948 a 1953, año en que me licencié con Premio Extraordinario. Ello no quiere decir que yo supiera mucho; en realidad había aprendido, en los cinco años de carrera bastante poco. Si exceptuamos las clases de Lapesa, del gran don Rafael Lapesa, en Gramática histórica, en primero de especialidad, y las de Dámaso Alonso, en tercero, en Lingüística Romá-



Conferencia, sobre Curros Enríquez en la Casa de Galicia de París, mayo de 1967, Día das Letras Galegas, con el escritor Manuel Lueiro y el pintor Manuel Colmeiro (Fondo Editorial Ir Indo).

nica, yo de ciertas materias, sabía menos en 1953 que en 1948, sobre todo en Literatura y Latín. Hace muchos años que trato de recordar algo mínimamente reseñable de las clases de Literatura de Francisco Maldonado de Guevara, en primero y de Joaquín de Entrambasaguas, en tercero y cuarto: ¡envano! Entrambasaguas, por si fuese poco, aprovechaba las clases para lanzar sofismas fascistoides contra algunos exiliados (Américo Castro, por ejemplo) y —¡cosas veredes!— contra los separatistas gallegos. Ni Entrambasaguas era un hombre romo ni tampoco lo era Maldonado de Guevara, que supongo que ya era agudo cuando denunció a don Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca, proeza que yo desconocía en el curso 1948-1949, cuando fue profesor mío. ¡Así de desinformados estábamos los niños de la guerra!

En la especialidad de Filología Románica los únicos profesores que tenían *auto-*

*ritas* y prestigio eran los fieles al maestro Menéndez Pidal y al espíritu del decapitado Centro de Estudios Históricos, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, este de un modo especial. Fuera de las clases preceptivas, en su inmensa mayoría nulas y algunas contraproducentes, yo no asistí a ninguna actividad filológica digna de tal nombre. Cuando, alguna vez, intenté establecer relación un tanto personal con algún profesor, tuve sensaciones negativas, una muy negativa. Fue en 5º de carrera en el seminario de Literatura, que atendía el profesor adjunto de Entrambasaguas, José Fradejas Sobrero, hombre no carente de erudición literaria. Yo sabía que en la biblioteca de ese seminario existía un ejemplar de la *Obra completa* de José Ortega y Gasset, un grosísimo volumen, libro que solicité. El profesor, con muy poco entusiasmo, me lo proporcionó no sin antes pontificar: «pero ¿para qué quiere usted leer esa cosa?»

*A mitad de los años cincuenta, en la universidad comenzaba a despertar un pensamiento crítico y un incipiente movimiento estudiantil mientras el Partido Comunista daba sus primeros pasos para organizar a estudiantes e intelectuales. ¿Eras consciente de lo que ocurría?; ¿participabas en algún tipo de reuniones más o menos estables y ¿con qué núcleos culturales te relacionabas?*

En el periodo de la carrera (1948-1953) no percibí ningún gesto antifranquista en ninguno de mis colegas ni en los conocidos de otros cursos, ni siquiera en Jesús López Pacheco, que cursaba 4º cuando yo 5º (en 1956 estará muy presente, ya comunista, en los famosos sucesos de aquel año). Ahora bien, en los dos últimos años de la carrera yo asistía, todos los sábados, a la tertulia «galleguista» del café Lyon d' Or, «presidida» por el poeta don Ramón Cabanillas y el inspector de enseñanza primaria don Xosé Ramón Fernández-Oxea («Ben-Cho-Shey») y a la que concurrían, con más o menos regularidad, Fermín Penzol, Evaristo Correa-Calderón, Álvaro Gil, Faustino Santalices, Antonio Lorenzo Sánchez, Tino Grandío, Evaristo Mosquera, Edmundo Estévez... Algunos sábados se incrementaba con asistentes gallegos que habían venido a Madrid por alguna razón. Allí conocí a Valentín Paz-Andrade, a Celestino Fernández de la Vega, a Darío Álvarez Blázquez, a Aníbal Otero y a Amable Veiga. Predominaban los antifranquistas, pero aquello era una tertulia de gallegos morriñentos, más centrados en cuestiones culturales de Galicia que en ninguna otra cosa. Asistíamos algunos jóvenes universitarios de los cuales yo era — si se me permite— el líder, sin duda por mi vieja relación con Ben-Cho-Shey y por mi condición de estudiante de Letras y de persona algo versada en erudición gallega, que debía, en buena parte, a Ben-Cho-Shey y

su prodigiosa biblioteca. A este viejo galleguista debo mis primeras experiencias en el universo de la cultura gallega y en el compromiso con el idioma gallego. Jóvenes universitarios en aquella famosa tertulia del Lyon d' Or éramos, unos diez, los más asiduos José Manuel Almoína (Aduanas); Xesús Alonso Montero (Filología Románica), Jaureguizar (Física), Ángel Rodríguez (Medicina) y Antonio Ruibal Moas (Derecho). Estábamos todos en una difusa perspectiva antifranquista y más nítidamente en el galleguismo cultural, especialmente en el lingüístico, en el que yo tenía como modelo inalcanzable al gran «Ben Cho Shey».

*Finalizada la carrera en 1953 te planteas opositar ¿por qué las oposiciones cuando ya habías mostrado que la lengua y la literatura gallega era tu foco de interés? ¿había algún tema que merecía tu atención investigadora e intelectual?*

Mi ambición, mi pasión, era hacerme catedrático de universidad, y la cátedra sería la que hoy se denomina Lingüística General y que entonces se adscribía al primer término de Gramática General y Crítica literaria, asignatura impartida en Madrid por Rafael de Balboín. Finalizada la carrera, me nombró profesor auxiliar y aceptó dirigirme la tesis, tesis que sólo inicié. Yo tenía que ganarme la vida y, recién acabada la carrera, imparto clase de Filosofía y Latín en un colegio de Madrid, en el barrio de Tetuán y también soy profesor en otro colegio de Cuatro Caminos y corrector de estilo de dos volúmenes de la Editorial Labor *pro pane lucando*. Corteje con éxito a Emilia Pimentel Iglesias, colega en los cinco años de carrera y con la que me casaría en el verano de 1957; preparé las oposiciones a cátedras de Lengua y Literatura Española de Escuelas de Magisterio que saqué en diciembre de 1956 con el



Con miembros de la Asamblea Democrática de Lugo, 1975 (Archivo Julio Reboredo).

numero 2 y me estreno como profesor de esa materia en la Escuela de Santiago en febrero de 1957.

Una de las razones por las que a mí me interesaba la Lingüística general tenía que ver con la problemática del gallego y lenguas afines. De hecho, en primero de especialidad, presenté al señor Lapesa un trabajo con el título *El idioma gallego, ¿sistema o caos?* Yo estaba en una etapa idealista, no sociolingüística, óptica que me dará el marxismo pocos años después. Deslumbrado por Saussure, que tan bien explica que todo idioma es un sistema de signos, preocupado por la decadencia de mi idioma y por la desafección de sus hablantes, me preguntaba, saussuriamente, si nuestra lengua ya no era un sistema. Fue cuando empecé a sospechar que la clave estaba en la historia social, en las clases sociales, y que aun preterido y desestimado nuestro idioma, sus signos lingüísticos funcionaban dentro de un sistema, tal, como el maestro Saussure nos enseñó.

*Ya en Santiago, conectas con el reducido foco de la intelectualidad gallega, ¿quiénes lo formaban?, ¿era solo un núcleo cultural o también desarrollaban actividades políticas?, ¿en qué te implicaste y cuál era tu posición política entonces?*

En Santiago estoy dos años escasos (1957 y 1958), un periodo de intensidad cultural. En efecto, conecto con algunas de las personalidades más importantes del galleguismo moderno (Otero Pedrayo, Ramón Piñeiro, Domingo Garcia-Sabell...): era el galleguismo de la editorial Galaxia, que fue más que una fábrica de libros; fue un proyecto intelectual y una reformulación de la cultura gallega cuyo ideólogo y estratega era, en lo esencial, Ramón Piñeiro con el que ya tenía relación epistolar desde 1951, año en que me publicó, en la revista *Grial* (nº3) mi primer artículo filológico sobre la lengua de Curros Enríquez. También conocí y traté a los jóvenes universitarios que procedían de la mesa ca-

milla de Piñeiro, aquella cátedra socrática de galleguismo que no ignoraba la Policía: Gonzalo Rodríguez Mourullo; Xosé M. Beiras; X.L. Franco Grande; X.L. Méndez Ferrín, Ramón Lorenzo... Me hago amigo de «Borobó», director de *La Noche* en la que empiezo a colaborar con temas lingüísticos-literarios. «Borobó», que no era galleguista, era socialista, es fundamental para que los galleguistas dispusiesen de un órgano para la publicación de sus textos, escritos siempre en aquellos duros años, con la debida autocensura. Con Ramón Piñeiro no tardé en tener algún encontronazo más por mi carácter que por posiciones ideológicas. En el último año, me distancié de él, distanciamiento que duró años, una de las cosas de las que más me arrepiento pues no lo merecía aquel sabio y santo varón, ermitañamente entregado a una causa que sólo él, entonces, podía liderar. Quiero confesar que mucho tiempo después escribí un libro sobre él (2009) del que no estoy insatisfecho y del que muy distintos lectores opinan que es uno de mis trabajos más logrados. El libro, además de una biografía intelectual, es una reparación. Ya distanciado del galleguismo compostelano, colaboro en *La Noche* y pronuncio algunas conferencias de tema lingüístico o literario. En el curso 1957-1958 dediqué una especial atención a la obra en prosa de Antonio Machado, gracias a algunos volúmenes editados por Losada en Buenos Aires, que vendía, más o menos de tapadillo, Eduardo Hernández en su portal de la Rúa de Villar. A él le debo mi acercamiento personal al marxismo. En uno de esos volúmenes prosísticos me di de bruces con dos textos de don Antonio de 1937 que yo no sospechaba: «Discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas» y «Lo que yo recuerdo de Pablo Iglesias».

No era técnicamente marxista, pero en esas páginas, de prosa excelsa, hace incursiones en aspectos del marxismo y

del Socialismo que me comprometieron para siempre. De hecho, en el «Discurso a los jóvenes socialistas unificados» llega a afirmar que el Socialismo es una etapa inexcusable en la historia de la Humanidad, acontecimiento «*al que todos debemos contribuir de una manera u otra*». Cuyas palabras fueron para mí una revelación y me llegaban en un momento en que trataba de reconsiderar el anticomunismo que se respiraba en el círculo de Ramón Piñeiro y antes en la tertulia del Lyon d' Or. Leí otros artículos machadianos sobre el tema y me convencí de que mi antifranquismo debería caminar por el sendero trazado por las palabras de don Antonio. Mis lecturas de páginas de Marx, Engels, Gramsci vendrían después.

*En 1957 opositas de nuevo para obtener la cátedra de Enseñanza Media que ejerciste el curso 1959-1960 en el Instituto Jorge Manrique de Palencia. ¿Qué recuerdas de aquella experiencia y que consecuencia intelectual tuvo en tu biografía?*

En Palencia, el curso 1959-1960, fue una fiesta para mí: por los alumnos, por algunos profesores, por ciertos amigos (Don Fernando de Unamuno, hijo de don Miguel) y por las actividades cervantinas que organicé con algunos alumnos de Preuniversitario, que dedicaron el curso completo al *Quijote*, lo que, por otra parte, enriqueció mi cervantofilia. Entonces mi marxismo autodidáctico y machadiano iba creciendo, en esta ocasión alimentado por el catedrático de Filosofía, José Rodríguez, profesor de una formación marxista en aquellas fechas solo superada en España por muy pocos. Mi colega, que había estudiado en Alemania, era autor de una tesis doctoral sobre Heidegger y leía a Marx en alemán. De aquella «escuela» salió el gran pensador marxista Francisco Fernández



En un mitin de Julio Anguita en Vigo en 1995 (foto de Xoan Carlos Gil).

Buey, quien tuvo la suerte, ya en la Universidad de Barcelona, de ser discípulo de Manolo Sacristán. En Palencia adquirí una cierta notoriedad como conferenciante y algunos alumnos y padres agradecieron mi labor de profesor, algo desconcertados porque me salía del libro de texto habitual. Sin embargo, no llegaron a tildarme de filocomunista<sup>[2]</sup>.

*De nuevo en Galicia, en el Instituto Masculino de Lugo donde permanecerías hasta 1976. Unos años, que considero muy importantes en tu vida, tanto como profesor como en el ámbito de la actividad sociopolítica y cultural, determinantes para tu biografía como intelectual comprometido en la lucha por la democracia, por lo que podemos prestarle suficiente atención. Es destacable tu labor como profesor de varias generaciones de alumnos, ¿cómo te planteabas el ejercicio*

2.- Sobre esa experiencia: F. Fernández Buey, 2011, o.c.

*de profesor de Literatura Española en una ciudad tan conservadora como era el Lugo de los años sesenta y setenta y qué tratabas de mostrar a aquellos alumnos: abrir sus ojos a una nueva forma de ver la literatura o ibas más allá como sospechaba la policía franquista que vigilaba tus clases?*

Mi primer curso en el instituto de Lugo es el 1960-1961, un curso inolvidable, sobre todo por los alumnos de 6º, entre ellos: Ánxel Guerreiro (F); Luis Macía «Papis» (F) Miguel Anxo Murado García (F), Arturo Reguera...Vendrían después Federico Ordax, Perfecto Conde Murais, Rafael Bárez (F), Carlos Dafonte, Alfonso A. Bozzo, José Cervo..., tres o cuatro años después, militantes del PCE. Recuerdo, como si fuese ayer, mi primera clase de Literatura española a los alumnos de este curso, alumnos que, sin duda, esperaban que explicase la primera lección del libro, *El cantar de Mío Cid*. Yo entendía que había una cuestión previa:

que ellos supiesen lo que era un texto literario, ¿por qué se escribe, para quién, para qué, contra qué se escribe? es decir, yo les expliqué una lección sobre el compromiso literario siguiendo algunos capítulos del libro de Sartre *Qu'est-ce que la littérature* (1947), que yo leí en castellano en 1959 de la editorial Losada de Buenos Aires, en España clandestino o semiclandestino. Pues bien, yo, en aquella primera clase, de octubre de 1960, hablé, entre otras cosas, de que se escribe para los que hacen la historia o para los que la producen. Supongo que ese día algunos alumnos, llevaron a sus padres la «buena nueva» de que el nuevo profesor de literatura había explicado cosas inquietantes. Me consta que en algunos hogares lugueses sonaron por primera vez las campanas de la sospecha. El profesor «comunista» empezó a ser percibido, confusamente, sin duda, por padres y alumnos como «galleguista». La razón estuvo en una de las primeras lecciones, la de la lírica medieval. Los dos o tres días siguientes no les expliqué *El Cantar del Mío Cid*, que ellos, por cursos anteriores, suponían la primera obra de la literatura española en lengua castellana. Yo dediqué esas primeras clases a hablar de los primeros textos en una lengua española, las jarchas en idioma mozárabe. Como esas jarchas, algunas del siglo XII, son «cancioncillas de amigo en mozárabe», relacioné este género poético con las «cantigas de amigo» escritas en gallego de los siglos XII, XIII y XIV. Yo no ignoraba que el género «Cantiga de amigo» captaba la atención de los alumnos por el contenido y por la autoría: un poeta varón contaba y cantaba una experiencia amorosa desde la perspectiva femenina. Por si fuese poco, algunas de estas composiciones son piezas excelsas de la lírica medieval europea, entre ellas la cantiga de Mendiño, que memorizaron muy pronto, mucho antes de que Amancio Prada la popularizase.

Aproveché la ocasión para hablar del gallego de 1960, que era, en efecto, una lengua vil en el ideario burgués (esto era marxismo puro y mi respeto a la lengua que muchos de los alumnos hablaban, galleguismo, más o menos). Aquí algunos alumnos descubrieron la dimensión literaria del idioma que los señoritos desdeñaban y los alumnos del campo o de la periferia urbana ocultaban en público. Pronto, se percataron de que, para aquel profesor, el gallego era, por prejuicios de clase social, una lengua B, pero, moralmente, era una lengua honrada, y, en cuanto a la expresión, apta para formular los más diversos contenidos<sup>[3]</sup>. No tardé en ser tildado de galleguista, no sé si de separatista, lo cual, entonces, casaba mal con el comunismo, las dos sospechas que sonaban en los domicilios de los lugueses bien pensantes. Aunque no me afilié al PCE hasta mayo de 1962, el sambenito de comunista gravitaba sobre mi casi siempre: en cuanto al de galleguista, preocupaba mucho menos, incluso, a veces, se perdonaba. Por eso, en el Informe policial de la Dirección General de Seguridad (1969) parece no entenderse bien que un «comunista» sea galleguista» o viceversa<sup>[4]</sup>.

*¿Qué tipos de contacto estableces en la ciudad?*

En los dos primeros años de Lugo no tengo relación política con nadie que milite en algún partido. Debo subrayar que, desde el primer día, asistí a la tertulia del café Méndez Núñez, muy numerosa a veces: Ánxel Fole, Celestino Fernández de la Vega, Ama-

3.- Estas clases están recogidas en Xesús Alonso Montero, *Actividades filolóxicas –non exentas de signos políticos– no Instituto Masculino de Lugo, de 1960 a 1976*, Xunta de Galicia, 2024.

4.- José Gómez Alén, «Un informe policial incompleto: Xesús Alonso Montero e o compromiso do intelectual» en *Agora do Orcellón*, pp. 91-100, 2015.



Alonso Montero durante los enfrentamientos en el aeropuerto de Santiago, cuando regresaron a Galicia los restos de Castelao, julio de 1984 (foto de Xan Carballa).

ble Veiga, Emilio Gil, Ánxel Xohan, Antonio Figueroa, Epifanio Ramos, Ángel Gómez Camarón, Ramón Varela, Eladio Ares, José Castro, José L. Salgado Diéguez, Saturnino Lois, Gabriel Plata, Luciano Fernández Penedo, Mauro Varela... Era una tertulia no política, muy marcada por las cuestiones culturales, en la que, inevitablemente, a veces, se deslizaban temas políticos que se abordaban con cautela y en voz muy baja. Todos eran —o se decían— antifranquistas, incluso Luciano Fernández Penedo, inspector del Enseñanza Secundaria, que fue quien inició en 1974 el expediente académico contra mí, consecuencia de lo cual fui desterrado al Instituto de Montilla (Córdoba). Ramos y Gómez Camarón se revelaron del PSOE en 1974 y los más izquierdistas eran Eladio Ares, Amable Veiga, Saturno Lois y Ánxel Xohan, «ruso-filo» en opinión del médico y farmacéutico Antonio Figueroa. Debo aclarar que este

infortunado ciudadano, del cuerpo de Telégrafos hasta 1936, sufrió años de cárcel por comunicar, desde Las Palmas, al Gobierno (Madrid), algunos de los sospechosos movimientos del General Franco en las Canarias. Hombre importante de la tertulia era Ramón Varela, presidente del Círculo de la Artes, entidad sin la que no podrá entenderse la vida social y cultural de Lugo. Con él, Epifanio Ramos, Saturno Lois y yo promovimos y realizamos actividades culturales en el Círculo de notable importancia (exposiciones, publicaciones, conferencias).

*A comienzos de los sesenta, el PCE estaba tratando de fortalecer su presencia en las factorías gallegas y al mismo tiempo extender el antifranquismo a otros sectores sociales, para lo cual era fundamental contar con militantes o simpatizantes en el ámbito de la*

*cultura. ¿Conocías algún militante comunista o te habías aproximado a alguno de sus organizaciones en Santiago o en Lugo desde finales de los cincuenta?*

Nunca tuve contacto con comunistas organizados ni en Santiago ni en Palencia ni en Lugo, antes de 1962. En Santiago, en 1958, tuve una larga conversación con el pintor Carlos Maside, hombre de notable concepción marxista pero no militante entonces, en ningún partido. En aquellas fechas, yo ya rezaba el «discurso a las Juventudes Socialistas Unificadas» de don Antonio Machado. Mi primer contacto con un comunista militante fue con «Ramón», que había hecho la guerra en España con la República. Estaba reorganizando el Partido en Galicia después de una de las muchas caídas de la época. Desde 1961 yo ando buscando el Partido. Influyó mucho en mí la Revolución Cubana, tanto que, en ese año, sostuve una conversación con el músico Isidro B. Maiztegui, filocomunista y amigo del cineasta Bardem, manifestándole mi deseo de ir a Cuba para quedarme y colaborar con aquella experiencia política que a muchos nos parecía fascinante. Debo aclarar que, en realidad, yo, antes que andar a la búsqueda del Partido, lo que, en realidad buscaba era una organización verdaderamente izquierdista para, dentro de ella, no dar palos de ciego contra el franquismo. En cualquier caso, para mí el PCE se beneficiaba de dos características: ser prácticamente el único partido que combatía a Franco y estar relacionado íntimamente con la Unión Soviética, país en el que, en una época de burdas soflamas contra él, algunos poníamos el acento en sus luces y no en sus sombras, algunas, quizás, sospechables. Confieso que, en esas fechas, mis lecturas marxistas eran muy exiguas, casi nulas, desconocía el nombre de Antonio Gramsci y de Marx y de Engels, muy parca cosecha. En este momento no sé si el *Manifiesto* de 1948.

*¿Cuándo y quién de los cuadros enviados para reorganizar el PCE en Galicia establece el primer acercamiento de tanteo?, ¿por qué se acercaron a ti y cómo se produce la entrada?*

Fue en Lugo, en la primavera de 1962, a la salida del Instituto, a mediodía. «Ramón» —así dijo llamarse— venía de parte de un gran amigo mío, «Borobó», director de *La Noche*, de Santiago, hombre antifranquista (hizo la guerra con la República) y muy afín al PSOE. Por lo que sé, «Ramón», Amador Martínez, conocedor de su antifranquismo de izquierdas, lo sondeó para conseguir algún tipo de colaboración con el Partido y, a ser posible, su afiliación como intelectual. «Borobó», sorteó la cuestión y le comunicó que conocía a un profesor que, con frecuencia, colaboraba en *La Noche* con artículos en los que, desde una perspectiva de izquierdas, se proponía una literatura comprometida con la transformación de la realidad. Y con uno de estos artículos en su cartera (*Tragedia en dos actos*) llega a mí el abnegado militante «Ramón», ¡por fin, había encontrado el Partido!

Mi contacto «oficial» con el Partido tiene lugar el 1 de mayo en el Café del Centro (Lugo). A «Ramón» lo acompañan dos camaradas de la provincia, José Díaz «Carballeira», que había estado bastantes años en prisión y David Álvarez Carballido, ya fallecidos. El pobre «Carballeira» soportó sufrimientos en la cárcel pavorosos. En cuanto a David, que acababa de regresar de Buenos Aires, es uno de los militantes más entregados, limpios y honestos que puedan darse. Un año después, por unas octavillas por el *affaire* Julián Grimau, fue torturado en Vigo y encarcelado en Carabanchel, donde se granjeó el respeto de todos los presos comunistas, entre ellos el del poeta Carlos Álvarez. Ellos tres fueron mis padrinos en



En 2014, con Manuel Peña-Rey, presidente del PCG durante el XIII Congreso del PCG (foto facilitada por el autor).

la «ceremonia» de ingreso<sup>[5]</sup>. Mi primer problema fue saber cuándo y cómo se lo diría a mi mujer, Emilia, madre ya de nuestros tres hijos, entonces muy pequeños. En realidad, en 1962, intelectuales en el Partido existían de forma poco organizada. Eran, en Vigo, el poeta Celso Emilio Ferreiro; el inspector de Hacienda Fernando Alonso Amat, el eminente oftalmólogo Antón Beiras y el joven cineasta Alexandre Cribeiro, casado con una nieta de Unamuno. Otros estaban en los alrededores de la organización o en la categoría de simpatizantes. Sí era activo José Ruibal, pronto un importante dramaturgo que se fue a Madrid.

5.- Véase Raimundo García Borobo «Do memorial de Trevozos á afiliación política de Alonso Montero» y Antón Santamarina, «De cómo e con quen o profesor se meteu en política. Anacos das memorias de David Álvarez Carballido» en *Cinguidos ...*, 1999, o.c. y VV.AA, *Memorias dun loitador antifranquista, o testemuño de David Álvarez Carballido*, Alvarellos, Santiago de Compostela, 2018.

En aquel Lugo, mis actividades culturales tenían el matiz izquierdista que, con las cautelas debidas, imprimía a mis actuaciones. Entonces, el público un poco atento ya me tildaba de «rojo» y para algunos, yo era la voz del Partido, todo ello sin pertenecer al Comité Central. Después, por mi profesión y por alguna característica (la de orador), yo tenía una proyección pública que nadie tenía en el Partido.

*Poco después de tu entrada en el PCE asistes al Congreso General por el Desarme y la Paz, ¿cómo te lo proponen y cómo hiciste el viaje? y ¿con quienes te relacionaste o compartiste experiencias? .*

A mediados de julio de 1962, viajo a Moscú al Congreso de la Paz, que inauguró Kruschchev y al que enviaron alocuciones, para la sesión de apertura, Bertrand Rusell y Jean Paul Sartre. El Partido me había es-

cogido a mí como representante de la Galicia intelectual del interior (había intelectuales de la diáspora). Siempre creí que no había acertado en la elección, yo acababa de ingresar en la organización, tenía muy pocas lecturas marxistas y escasísima información sobre la realidad de la Unión Soviética. Lo que me pareció casi un sueño, era poder conocer el país de la Revolución del 17 no porque yo creyese que era el paraíso del proletariado sino porque tenía la sospecha —¿o el deseo?— de que allí se estuviese gestando el hombre nuevo, única razón por la que yo decido, tres meses antes, contraer un compromiso tan peligroso, en la cruel España de Franco, como el de afiliarme a un partido clandestino tan despiadadamente perseguido y muchas veces solo en la lucha.

Viajo en avión de Madrid a París con el pasaporte oficial de la España. En París nuestro Partido nos consiguió, a los españoles del interior, pasaportes apócrifos a través del Partido Comunista Francés. Yo escogí el nombre de Alonso Quijano. No sé con qué pseudónimos viajaron Ricard Salvat y José Agustín Goytisolo, a los que conocí en Moscú, no en París; conocí a Marcos Ana, que acababa de salir de la cárcel de Burgos, después de 23 años de reclusión. Goytisolo y Salvat eran «compañeros de viaje», compañeros muy activos, tanto que Enrique Lister, jefe de la Delegación española en los Congresos de la Paz le asignó a Salvat una importante responsabilidad en España que el dramaturgo catalán acepto sin reservas<sup>[6]</sup>.

En los días del congreso, firmé como Alonso Quijano, el artículo *Si vis pacem, para pacem* retorciendo el cuello al viejo aforismo clásico, lo entregué en Moscú a un responsable de la emisora y supongo

6.— Ricard Salvat, *Diaris I*, (1962-1968), UBA, Barcelona, 2016, relata la experiencia del Congreso de la Paz y su relación con Alonso Montero.

que se emitió; conocimos a varios dirigentes del PCE y del PSUC (Pere Ardiaca); con Dolores Ibárruri «Pasionaria» compartimos almuerzos y cenas y tuve la ocasión de admirar su voz, aquel prodigioso metal fónico con el que deslumbró en la Guerra Civil. Conocí y traté a Enrique Lister. Me pareció un poco antiguo en su valoración del comunismo soviético, que a mí me decepcionó un poco.

Finalizando el Congreso, las autoridades soviéticas nos invitaron a contactar con aspectos de la vida cultural del país: asistencia a un examen de actores y actrices en un teatro moscovita; visitar, en Leningrado, el Ermitage, unas horas en la Biblioteca Lenin (Moscú). También fuimos a Kiev, capital de la República de Ucrania, donde pasamos una tarde en casa de Baján, celebrado poeta en la lengua de esa República. Él y su mujer, entre café y café, se interesaron mucho por nuestras lenguas, por mi gallego y por el catalán de Salvat. Con Goytisolo regreso en tren de París a Madrid, ya recuperados nuestros pasaportes oficiales, con el temor de que la Policía española tuviese noticia de nuestro viaje a un país prohibido. Yo debo al viaje a la URSS una gran amistad, con Ricard Salvat, (1934-2009) persona esencial en el teatro catalán del franquismo como director, escritor, profesor y autor de libros.

*Hay constancia documental en el archivo del PCE, exhumada por Víctor Santidrián, de una reunión que mantienes en París el 10 de agosto de 1962 con dirigentes del Partido cuando regresabas de Moscú. Y de otra que mantuvieron los dirigentes gallegos del PCE, en mi opinión fundamental para entender el crecimiento organizativo del PCE Galicia y que también Santidrián ha destacado como un verdadero programa de acción política y cultural para Galicia, que les expusiste:*



Con Antonio Gutiérrez, interviniendo en la entrega del Premio Fundación 10 de Marzo, a los «23 de Ferrol» condenados en el TOP. Ferrol, 1992 (Arquivo Histórico de la Fundación 10 de Marzo).

*celebrar el centenario de Cantares Gallegos; la reivindicación de la lengua gallega y la creación de una cátedra en la Universidad de Santiago. ¿Qué recuerdas de la reunión y de las tres propuestas tuyas que constan en el documento?*

Esas tres reivindicaciones que mencionas estuvieron presentes. Solo estuvimos Fernando Claudín, Santiago Álvarez y yo y se habló, en principio, como era inevitable, de mis impresiones sobre la URSS. Ese día, en efecto tengo una muy larga conversación con Santiago Álvarez, a quien tuve ocasión de conocer en los días parisinos previos al Congreso. Santiago era entusiasta, curioso por saber y oír, hombre de excelente cultura política aprendida en los libros, en la cárcel, en los viajes, en sus relaciones con importantes dirigentes políticos, comunistas o no. Que yo recuerde, solo hubo discrepancias, entre Santiago Álvarez y yo,

cuando suscité el tema de la celebración de «Cantares Gallegos» (1863-1963), de Rosalía, para el año siguiente. Yo, en Lugo, con las facilidades que tenía entonces (Círculo de las Artes; colegas como Epifanio Ramos,...), ya pensaba hacer algo «grande», lo que no sólo interesó a Santiago Álvarez, sino que lo entusiasmó. También hablamos de aprovechar las páginas de *La Noche* donde teníamos —y él lo sabía— una especie de «compañero de viaje» en «Borobó», el director. Hubo un momento en que yo, al situar a Rosalía, llevado de un cierto pedantismo de joven catedrático, subrayé que el auge literario de esos primeros años (c. 1960) no era un Re-nacimiento, un Re-xurdimento; era el nacimiento de una literatura, pues Rosalía y los estrictos contemporáneos, cuando decidieron escribir en gallego, tenían la conciencia de que tal proceder se hacía por primera vez en aquella lengua de la que se ignoraban —en esas concretas fechas— que

hubiese textos poéticos y prosísticos medievales. Santiago Álvarez «víctima» de los libros al uso, estaba en la idea del Re-nacimiento, del Re-xurdimento. Ya aquí, él apeló a Fernando Claudín, quien astutamente, manifestó que esta cuestión era para dilucidar entre gallegos<sup>[7]</sup>.

*Durante los años siguientes tu actividad en el campo cultural fue muy intensa: el Homenaje a Celso Emilio Ferreiro y su relación con la lucha contra el embalse de Castrelo do Miño; tu participación en la Editorial Ciencia Nueva y en «Galicia Hoxe», entre otras. ¿Podrías hablarnos brevemente de estas actividades y quién te propone participar en Ciencia Nueva o como se fragua la edición de Galicia Hoy?*

El homenaje a Celso Emilio Ferreiro el 15 de mayo de 1966, lo organizamos el Partido y la UPG. Tuvimos, días antes, una reunión en el despacho del abogado Amadeo Varela, abogado de los campesinos de Castrelo de Miño. «Antonio» el marido de Tina y yo, por parte del Partido y Ferrín y Luis Soto (exiliado en México, excomunista y que pasaba algún verano en Galicia), por parte de la UPG. Vinculamos la poesía de Celso, tan popular, a las reivindicaciones de los campesinos de Castrelo de Miño, que, en principio, se opo-

7.- *Propuestas con carácter resolutivo concernientes al trabajo de Partido en Galicia* en Archivo Histórico PCE fondo Nacionalidades y regiones Galicia-León, Jacqs. 22. Sobre su importancia en Víctor Santidrián Arias, *Historia del PCE en Galicia (1920-1968)*. E. do Castro, 2002 y José Gómez Alén, «Galicia 1962. El eco del silencio» en Rubén Vega, *Las huelgas de 1962 y su repercusión internacional*, Trea, 2002.

Con posterioridad a esa reunión y cuando Alonso Montero ya estaba desarrollando todo un programa de actividades para conmemorar el centenario de la aparición del citado libro de Rosalía Castro, la Real Academia Galega, el 28 de abril, decidió celebrarlo como el Día das Letras Galegas y así desde 1963 se conmemora cada 17 de mayo.

nían al embalse perpetrado por FENOSA. Arturo Reguera, entonces estudiante, habló en el banquete tras Otero Pedrayo, Blanco Amor, Antonio Tovar, Manuel María, Emilio Álvarez Blázquez, etc. La voz estudiantil del Partido fue la de Josefa Román Costa, alumna de Medicina en Santiago, antes en Magisterio alumna mía. El Régimen fue sorprendido, pues no se imaginaban que un homenaje a un lírico diese para tanto. Creo que lo que vino después (1966-1967) fue el conflicto agrario que más preocupó a Franco. Ningún embalse suscitó tanta literatura y tanta política<sup>[8]</sup>. Ya en plena batalla contra FENOSA y «Pedro I el Fundador», que así se llamaba a Pedro Barrié de la Maza. Era muy amigo de Franco, por eso autorizó a aquel tipo de presa en pleno 1966; me impliqué mucho, por mi condición de militante del partido y por ser «ribeirano», por tanto, conocedor de la mentalidad de aquellos campesinos. Redacté varios manifiestos, firmados por estudiantes.

«Ciencia Nueva», editorial que yo conocí, en principio por Jaime Ballesteros, cuya mano —a veces en la sombra— fue fundamental para esta editorial, verdaderamente gloriosa para la causa progresista e, incluso, marxista. En ella, por indicación de Jaime publiqué mi libro, entonces más definidor: «Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega» (1968). Son artículos, ya editados, que traduje al castellano: Rosalía, Curros Enríquez, Neira Vilas, Sociolingüística, Voces Ceibes... Como alguna vez, pasé con Emilia algunos días en Palencia (1967, 1968...), convencí a Narciso Poza (dueño de una tienda de tejidos y de una fábrica en Vitoria) para que ayudase económicamente a la editorial y así lo hizo generosamente. Distaba de ser comunista, pero era muy antifranquista, y a mí me estimaba en mucho

8.- Sobre ese conflicto véase, Arturo Reguera, *Castrelo de Miño*, Fundación 10 de Marzo, 2016.



Reconocimiento por parte del Gobierno de España en el Primer Día de recuerdo a las víctimas de la dictadura, 2022 (RTVE).

más de lo que valgo. Algunos hijos, sobre todo Jaime Poza, ya de otra generación, más izquierdista, se implicaron no poco en Ciencia Nueva. Aprovecho estas declaraciones para tributar un homenaje agradecido y conmovido a aquellas familias, también muy generosas conmigo cuando me expedientaron en 1975.

*Galicia Hoy* (Ruedo Ibérico, 1966) impreso en Buenos Aires circuló clandestinamente en Galicia con dolores de cabeza para Fraga Iribarne. El volumen, radical denuncia antifranquista, lo idearon y editaron «Santiago Fernández» (Isaac Díaz Pardo) y «Maximino Brocos» (Luis Seoane, exiliado en Buenos Aires). Isaac me pidió un artículo sobre la lengua gallega que titulé «El gallego: historia, razón, pasión, adversidad y esperanza de una lengua». Como tal artículo no contenía graves denuncias al Régimen —algunas sí— lo firmé, y es el único de los publicados en prosa que aparece sin seudónimo. También proporcioné la carta del dirigente galleguista Víctor Casas, escrita el 2 de noviembre de 1936, horas an-

tes de su fusilamiento. Dirigida, en gallego a Manuel Gómez Román, secretario general del Partido Galleguista, llegó a mis manos de Antón Beiras, y su mujer Antía Cal. El volumen, como alegato gallego contra el franquismo, fue muy importante y eficaz.

*Tu actividad, en esos años, rebasaba el ámbito de España, ¿quién la promocionaba y qué recuerdas sobre aquellas actividades exteriores? ¿Manténías contactos con las organizaciones y militantes del PC fuera de España en París y en América?*

En efecto, pronuncié una conferencia en mayo de 1967 en París, sobre Curros Enríquez —autor sobre el que versó mi tesis doctoral, 1966— a quién la Real Academia Galega le dedicó ese año, el Día das Letras Galegas (17 de mayo). Organizó la conferencia —con las debidas cautelas para mí— el grupo parisino del PC, supongo que por sugerencia de Santiago Álvarez. Llevó la intención del acto —que se celebró en un local

de un sindicato ferroviario— Ramón Garrido, exiliado, que también convidó a Manuel Lueiro Rey a que leyese un poema. Lueiro, a su modo militante del Partido. Garrido, comunista organizativo y entusiasta, se esmeró en que en la mesa presidencial hubiese personas de relumbrón. Una de ellas, el pintor Manuel Colmeiro, residente en París entonces y que siempre fue de ideario soviético; la recitadora Mony Hermelo, argentina, en Santiago en el 32, habló de sus «poemas bolcheviques». Era la primera vez que el Día das Letras Galegas se celebraba en el extranjero con un orador procedente de Galicia.

Dos años después, en julio de 1969, fui invitado, como conferenciante a Buenos Aires, por la Federación de Sociedades Gallegas, la institución (en la diáspora) más beligerante y eficaz contra el régimen de Franco. En 1969 la Federación tenía como secretario general a una camarada grande, Alberto Ponte ¿Por qué fui yo a Buenos Aires? Fue cosa de Santiago Álvarez, que sabía que los galleguistas de allí celebraban el Día de Galicia (25 de julio) en el Centro Gallego, con un orador procedente de la «metrópoli» (Otero Pedrajo, García Sabell...). De hecho, la Federación «de la escuela» del Partido, organizó muy bien mi actividad: hablé, también en el Centro Gallego, en el Orensano, en el Lucense; en el Vigués... y, además en la Sociedad de Escritores Argentinos, donde, en castellano, diserté sobre «El compromiso en el primer Unamuno y en el segundo Antonio Machado». En esa tribuna abordé aspectos nunca tratados en Galicia, por ejemplo, las colaboraciones de Unamuno, ya rector en Salamanca, en el semanario *La Lucha de Clases* (Bilbao), no siempre seudónimas. La Federación editó en un folleto los resúmenes de todas mis conferencias. Emigrantes y exiliados querían tener cerca al joven e izquierdista —ocultábamos lo de comunista— catedrático gallego. Santiago Álvarez supongo que tenía la idea de que yo, con mi erudición y

mi oratoria, no dejaba mal al Partido en su flanco intelectual. La Federación, que disponía de una editorial, Alborada, me editó un libro, «O que compre saber da lingua galega», impublicable en la España de Franco y de Fraga, aun ministro. Hizo la cubierta Luis Seoane y lo presentó Lorenzo Varela, militante del Partido que había sido comisario en la guerra de 1936 a 1939.

Precisamente, el 25 de julio, no «peroré» en ninguna tribuna de Buenos Aires; invitado por el Padroado da Cultura Galega, pronuncié una conferencia sobre el compromiso literario en el paraninfo de la Universidad de Montevideo, donde, años antes, había hablado el Che, camino de una conferencia en Punta del este. Aun vi los impactos de las balas de un atentado fallido en la fachada universitaria. Me acompañaron a Montevideo, Luis Seoane y su mujer Maruja, y allí tuve una reunión «clandestina» con gente del Partido, entre ellos el maestro gallego Isidoro Cid. La conferencia la presentó Ángel Rama, director de *Mavilia*, el periódico de la causa progresista —se decía— más importante de Latinoamérica.

*Esa actividad cultural coincidió con el proceso de creación del PCG, que un sector de comunistas gallegos encabezado por Santiago Álvarez venía alentando ¿Qué recuerdas aquel proceso que culminaría en 1968 y sobre el que, según algunos informes, manifestabas ciertas reticencias?*

Antes de 1968 —creación del PCG— nadie me consultó. Yo, en tales fechas, estaba lejos de «abandonar el trabajo político». Es cierto que siempre fui en el Partido —antes y después de 1968— «un verso libre», con mis ideas. Las tenía sobre el problema de la lengua, sobre el cual el Partido —sin excluir a Santiago Álvarez— recitaba cuatro frases retóricas. Sucede que, fuera del Partido, alguna gente creía que yo, en ese tema y en algún



En el Instituto Lucas Augusti, Lugo, 2024 (foto de Antonio Carro).

otro, era «la voz del Partido», muy marxista en esta cuestión, que abordaba el problema lingüístico desde postulados distintos a los del nacionalismo, que entonces empezaba, en este asunto, a estar presente. Sea como fuere, yo nunca estuve en el aparato del Partido, tanto que el responsable cultural en el Comité Central era Manuel Peña-Rey, militante excepcional, hoy amigo admirado y entrañable. Lo que sí era ante el público, una figura mucho más pública por ser autor de libros, de artículos en la prensa y «orador» solicitado, aunque abundan las conferencias prohibidas.

*La crisis del franquismo a partir de 1974, llevo al PCE a constituir una plataforma unitaria de oposición, la Junta Democrática. En Lugo se formó una Junta Democrática de la que como bien recuerdo eras parte importante ¿Recuerdas quiénes participaban en las reuniones?*

Pertenecí, en efecto a la Junta Democrática y estuve bastante activo aprovechando algunas de mis relaciones, por ejemplo, con el profesor de Religión de mi Instituto, Don Francisco Díaz y Prieto, que en el obispado era responsable de una Oficina de Emigración, cuyo local nos dejó conscientemente para nuestras reuniones clandestinas. La Junta Democrática de Lugo estaba constituida por Jesús Vilela (PSP, decano del Colegio de Doctores y Licenciados); «Bocelo», Pedro del Llano (director de *El Progreso*); Carlos Dafonte, (responsable provincial del PCG), yo, ... logramos que un escrito lo subscribiesen el escritor galleguista Celestino Fernández de la Vega (secretario del Gobierno Civil); Manuel Roca (Delegado de Tráfico); Ramón Varela (Presidente del Círculo de las Artes); Neira Pol (PSP)... En expresión del poeta Novoneyra daba la impresión de que la ciudad estaba minada. Lo que más recuerdo es, nuestra presentación pública en Vigo, la de la Junta de Galicia, donde recibí bastantes porrazos de los grises venidos de Valladolid.

Fue Rafael Pillado quien logró apartarme de mi aporreador cuando yo ya estaba dispuesto, de la fatiga, a rendirme y tirarme al suelo.

*Durante ese primer lustro de los años setenta, comenzaste a colaborar con Ramón Acal, que acababa de crear una editorial, ¿cómo se gestó esa colaboración y ¿qué balances puedes hacer de los resultados culturales y editoriales?*

Mi relación con Ramón Acal, de una aldea de Lugo, se inició en 1973. Entonces su editorial —Akal— producía libros que se vendían. En todo caso, él ya estaba un poco en nuestras inquietudes. Trabajaba allí un camarada, Juan Antonio Menéndez (hermano de Alberto), años después el autor de esa maravilla que se titula *Los girasoles ciegos*. Estos contactos y mi relación lo fueron llevando «al buen camino», y desde entonces su editorial hizo, por el marxismo, en los años de Franco con las dificultades propias, lo que nadie. También por el «galleguismo de izquierdas» con mis libros, los que prologué, los que recomendé..., ahí están las colecciones Arealonga y Arealonguina, que dirigí. Ramón fue del Partido y sigue, creo, en la idea. Su editorial, desde hace años, pone el acento en la obra de autores con criterios modernos.

*En esos años ya habías publicado libros importantes sobre la Literatura y la Lengua Gallega, pero en 1973, publicas una reflexión sobre su futuro, Informe —dramático— sobre la lengua gallega. El libro generó un debate intelectual y lingüístico que tuvo también actitudes poco edificantes desde el nacionalismo que enturbiaron aún más el debate intelectual. ¿Qué sucedió entonces y cómo ves hoy aquel debate, 45 años después con los cambios institucionales; medios de prensa, editoriales y una TV en*

*gallego; lengua vehicular en la educación y utilizada también en el ámbito político y parlamentario de Galicia?, ¿continúa siendo una lengua en peligro?*

Sí, el Informe, de 1973, primer libro de Arealonga en Akal, provocó un debate con los nacionalistas, a la cabeza de los cuales estaba Francisco Rodríguez, autor de réplicas en la prensa, que pronto recogió en un pequeño volumen. Conferencias mías fueron abucheadas por los jóvenes universitarios del nacionalismo. Molestó a ellos y a otros que yo hiciese un retrato pesimista de la situación del gallego si no se producían cambios políticos que favoreciesen eficazmente la presencia de la lengua en la enseñanza, los medios, etc. Infelizmente yo tenía —y sigo teniendo— razón. Por otra parte, el nacionalismo digería mal que un no nacionalista —más siendo del PC— sentase cátedra sobre la cuestión.

Desde poco después de la muerte de Franco, el idioma gallego se utiliza en espacios e instituciones inimaginables cuando yo era estudiante universitario de Filología Románica en Madrid. En efecto, se utiliza en el Parlamento, incluso por partidos conservadores, muy poco proclives al compromiso serio con el idioma; estos mismos personajes lo usan en la televisión gallega, en las campañas electorales, en la prensa, pero es una utilización litúrgica. La inmensa mayoría de estos emisores, en su casa, con sus hijas y con su mujer o marido, en su entorno social utilizan sistemáticamente el castellano. En Euskadi, donde un dirigente político, sea el Consejero de Educación o el Director General de Industria, si hace un alegato público en favor de la utilización familiar del euskera, los ciudadanos del País Vasco saben muy bien que ese dirigente habla con la familia en euskera, incluso aquellos dirigentes que no lo tuvieron como lengua materna pero que lo aprendieron en los centros de



Con el autor en el mitin final de campaña IU/Sumar, en las elecciones generales, Vigo, 2023.

enseñanza o se esforzaron en aprenderlo por su cuenta. ¿Es que el caso de Euskadi es una realidad y un laboratorio lingüístico especial? Los dirigentes del País Vasco, fundamentalmente el PNV, protagonizaron una política lingüística propia de quienes tienen un compromiso radical con la causa del euskera. Quienes han gobernado en la autonomía de Galicia, prácticamente siempre el PP, hacen que hacen, es decir, no demuestran un compromiso a fondo y menos radical, con la causa de la lengua gallega, y en ello no son incoherentes, no está, en general, en el ideario de ese partido. Esta es la razón por lo que las medidas que yo proponía en mayo de 1973 en mi «Informe» no fueron potenciadas debidamente. Debo aclarar que, escrito el Informe con autocensura, las medidas propuestas eran más o menos tímidas. Ya en «democracia» esas medidas y alguna otra, no fueron desfavorables, es decir, no impidieron la desgalleguización lingüística de la sociedad, pero la desaceleraron. Con las leyes vigentes es posible una política lingüís-

tica mucho más positiva con tal de que sea diseñada, programada, asistida y ejecutada por gobernantes y autoridades educativas, culturales comprometidas muy en serio con la causa del idioma secularmente marginado, subestimado o ahogado.

Hoy, tal como están las cosas en Galicia, la solución —o el comienzo de la misma— está en la política, en el programa de política lingüística que diseñen y ejecuten los gobernantes autonómicos. Ahí está la clave, no hay otra. De todo esto, hablo en mi extenso artículo de un libro colectivo en el que colaboran 25 «expertos» coordinados por el sociolingüista Fernando Ramallo. Adelanto, en un esquema muy rudo, mi planteamiento: si desde ya, no gobiernan la autonomía gallega fuerzas como las que salvaron el euskera en el País Vasco, el gallego, que hoy conocen, mejor o peor, todos los menores de 55 años, obra de la Escuela, será cada vez más problemático. La tarea fundamental de esos gobernantes será crear, desde la política, las condiciones para que los estamentos

sociales acomodados y cultos reintroduzcan el idioma gallego en sus hogares, en su conorno, en sus relaciones<sup>9</sup>.

*La muerte del general Franco marca el inicio de la Transición y en un contexto político de cierta apertura, un expediente promovido por la inspección educativa te destierra a Montilla, ¿explica ese expediente que te obligó a abandonar Galicia?*

Mi expediente, cuya prehistoria se remonta a 1974, estaba cantado. Yo era, para la burguesía franquista de Lugo, un comunista, una especie de «separatista», un anticlerical. Por si fuese poco, este sector dócil encontró el hombre idóneo en el inspector de secundaria Luciano Fernández Penedo, otrora amigo mío, que, no siendo exactamente, franquista, quería hacer «currículum»: que lo ascendieran a inspector Jefe.

En el 75, intervengo en asambleas de alumnos, pertenezco a la Comisión de Homenaje a Antonio Machado en su centenario (con Rafael Alberti); soy multado por una intervención en un coloquio en Monforte, se me llevó a Comisaria dos veces, etc. Lo mío fue un castigo administrativo: desempeñar mi cátedra de Literatura a mil kms. de Galicia, donde «mi influencia —reza uno de los folios— sería menos pernicioso». Estuve en Montilla (Córdoba), oficialmente de noviembre del 75 a marzo del 76, cuando muerto Franco, la Audiencia correspondiente, anuló las sanciones, a mí y a Francisco Rodríguez, destinado también «a fortiori» en otro instituto andaluz<sup>10</sup>.

9.- Xesús Alonso Montero, «Como imaxino eu a situación da lingua galega no ano 2050» en Fernando Ramallo (coord.), *A Lingua en 2050*, Catro Ventos Editoria, Santiago de Compostela, 2021.

10.- El PC movilizó a sus intelectuales y organizaciones que remitieron escritos desde toda Galicia, España, Argentina o Suiza con cientos de firmas en apoyo a Xesús Alonso Montero y los demás profesores sancionados. Entre los firmantes estaban Josep Fontana, Manuel Sacristán, Giulia

*En 1977, promueves una asamblea de intelectuales y encabezas la candidatura del PCG en las elecciones por la provincia de Lugo, ¿cómo recuerdas aquellos momentos frustrados por los resultados electorales y que junto a otros factores influyeron en un alejamiento de tu actividad política y el Partido?*

En efecto, encabecé la candidatura por Lugo —ya residía en Vigo—, porque el Partido entendía que mi nombre (escritor, conferenciante, represaliado, alumnos más o menos de la causa...) tendría tirón electoral. Todo se redujo a 3000 votos en toda la provincia, pese a que nuestros mítines eran multitudinarios. Lo eran por la novedad y «por ver a los comunistas» contra los cuales el Régimen, durante 40 años, disparó toneladas de antipropaganda brutal. El Partido que más trabajó y se sacrificó en ese largo periodo, bastantes años en solitario, tuvo escaso apoyo en casi todas las provincias de España; no había que esperar más en Galicia, aún muy conservadora, y, sobre todo, en Lugo, con su capital, amurallada, incluso metafóricamente. En la Asamblea de intelectuales del PCG, leí el «discurso» inicial y finalizadas las elecciones con los pobres resultados, pregunté a Santiago Álvarez por qué, en mi cartel electoral, se puso que yo era «miembro del Comité Central» del PC (lo eran sí, los otros cabezas de lista Manuel Peña-Rey por Ourense; Rafael Pillado por A Coruña y el propio Santiago por Pontevedra). La respuesta fue algo peregrina. Mi pregunta —poco más que un pretexto— quería expresar mi incomodidad en el Partido, no ideológica, y sí con los métodos y la ausencia de ideas en el frente cultural. Pero en realidad, nunca salí del Partido, no entregué el carné —el viejo

Adinolfi, Montserrat Roig, Francisco Fernández Buey, Josep Solé Barbera, Manuel Vázquez Montalbán, Antoni Tapies... Todos los escritos en Archivo Xesús Alonso Montero, Biblioteca Diputación Provincial de Ourense.



Visita del editor Ramón Akal, con gorra, a la tertulia de amigos de Alonso Montero, Vigo, 2023 (foto facilitada por el autor).

carne—. Sí es cierto que estuve unos cuantos años inactivo, «durmiente». No participé en la campaña de las segundas elecciones generales, 1979, donde, en Lugo, el Partido cosechó 500 votos menos. No debo omitir que en las del 82 —las aplastantes elecciones ganadas por Felipe González— yo voté al PSOE e incluso publiqué en el *Faro de Vigo* un artículo («Con el PSOE») pidiendo el voto para los socialistas. Sabido es que lo hicieron muchos comunistas, conscientes, —yo entre ellos— de que, después de Tejero, era necesario llevar al Congreso de los Diputados una gran mayoría de izquierdas, aunque esta fuese el PSOE ¡Hay que recordar el clima político de aquellas fechas!

*Posteriormente, a mediados de los ochenta con el referéndum sobre la OTAN y la creación de Izquierda Unida, reactivas tu*

*actividad política hasta la actualidad. ¿En qué actividades te implicas en esa nueva fase militante, desde IU al PC de hoy?*

En cuanto a la campaña de la OTAN, para nosotros «OTAN non», no el artilugio idiomático del PSOE, estuve en los mítines de Vigo, Pontearreas y Tui..., donde, por cierto, ganamos el referéndum, supongo que con la influencia de Paco Comesaña, Choncha Concheiro, Manolo Vázquez de la Cruz... queridos y admirados camaradas. Y no tardé en implicarme en las actividades electorales de Izquierda Unida, nuestra marca electoral: mítines con Julio Anguita, Geluco Guerreiro...; en la creación del Foro pola Memoria Republicana de Galicia de la que fui presidente; presencia como número 2, en la candidatura de IU a la alcaldía de Vigo, el año en que ganó el PSOE de Ventura Pérez Mariño, conferencias políticas...

Por todo esto, recibí —con otros muchos camaradas— una especie de galardón simbólico en Santiago, a los veteranos del PCG y desde hace lustros tengo el nuevo carné.

*Volviendo a las líneas de investigación desarrolladas en los últimos 75 años con cerca de 100 volúmenes y una inmensidad de artículos y dejando al margen parcelas creativas como la poesía y la narración, podemos centrarnos en el género biográfico y la historia. Entre las biografías de las grandes personalidades de la cultura gallega observamos una gran diversidad de figuras desde Curros Enríquez y Rosalía Castro a Ramon Piñeiro, Otero Pedrayo, Filgueira Valverde, Castelao, Celso Emilio. Unos más o menos próximos y otros alejados de las coordenadas políticas e ideológicas en las que te has movido. ¿Qué es lo que marca esa diversidad investigadora?*

Si no recuerdo mal, abordé en libro, a veces más de uno, la personalidad de escritores gallegos del XIX y del XX, escritores que, en general, construyeron, literariamente, un discurso progresista, en algún caso muy próximo al marxismo: Curros Enríquez, (tres libros), Manuel Leiras Pulpeiro, Castelao (dos libros y muchos trabajos) Luis Seoane, Celso Emilio Ferreiro, Alfredo de la Iglesia... No fue ajeno al comunismo el artista plástico y escritor Luis Seoane y escribió poesía muy valiosa desde premisas marxistas Celso Emilio Ferreiro. En el caso de Castelao, escritor siempre de perspicaz visión de las cosas, hay un periodo que me interesa especialmente, interés expuesto en el libro *Castelao na Unión Soviética en 1938. Filocomunismo e prosovietismo de Castelao nos anos da Guerra Civil* (2012). Hay escritores de posición conservadora que abordé con intensidad, simplemente para oír sus voces en el discurso literario formulado en lengua gallega, Ramón Otero Pedrayo, Xosé Filguei-

ra Valverde, Luis Pimentel, Ben-Cho-Sey... En el caso de Otero Pedrayo, estamos ante un portentoso universo intelectual, estilísticamente impresionante, que lo convierte en una voz de la expresión espiritualista rayana con la genialidad, un grande de las letras europeas del siglo XX. El caso Filgueira Valverde, de asombrosa erudición literaria, me llevó a asediarlo en su fase galleguista (hasta 1935) y en la franquista. Sobre el pensador y ensayista Ramón Piñeiro escribí una biografía que es un canto a su abnegado comportamiento y a su eficaz saber oral (privado) y epistolar para que los «niños «de la guerra, entre 1950 y 1960, descubriesen en su laboratorio personal lo que no se explicaba en las cátedras ni en ninguna otra tribuna. Fue «un diamante moral» ante el que me rindo, pero al que, en mi monografía de 2009, no le ahorré reproches por algunos episodios intelectuales antimarxistas». Mi libro sobre el poeta Luis Pimentel, se centra en su valía poética y, especialmente, en la manipulación lingüística de que fue objeto por parte de los editores. Por último, he dedicado varios libros y un sinfín de trabajos y artículos, además de ediciones de sus obras, a Rosalía de Castro, para entenderla en su condición de fundadora de la literatura gallega moderna, cuando ni ella misma sabía que el gallego había sido idioma literario en los siglos XIII y XIV; solo sabía que el gallego era la lengua de las gentes populares de Galicia (ella misma no lo hablaba con su marido, hijos y congéneres) y, a partir de ahí, utilizó la lengua gallega en sus creaciones poéticas de tal modo que, después de *Cantares gallegos* (1863), ya todo empezó a ser distinto. Por otra parte, Rosalía fue una sensibilidad moderna en la compasión y en el latido justiciero que nació, como poeta, siendo un clásico. De ahí que yo le haya dedicado tantas y tantas horas. Otras biografías se explican por sí mismas, por ejemplo, la titulada *Aníbal Otero. Lingüística e política en España na*



Acto de homenaje de los exalumnos del Lucus Augusti, con el periodista y escritor Perfecto Conde Muruais a su izquierda, Lugo, 2024 (foto de Antonio Carro).

*Guerra Civil e no franquismo* (2011) o *Ricard Salvat (1934-2002) e o teatro galego* (2013).

*Como profesor de Literatura Española, tu interés investigador se acercó en diferentes ocasiones a las figuras de Miguel Hernández, García Lorca y Antonio Machado, ¿qué tienen de especial para ti?*

En plena pandemia escribí un grueso volumen que titulé *El nombre y la obra de Antonio Machado en las coordenadas del franquismo* (2022), porque don Antonio es siempre un compañero, nunca deja de ofrecernos un trocito de «pan» de su inteligencia, de su bondad y de su sentido de la lealtad a las causas justas, más que un libro de crítica literaria, es un libro «político» en el cual examino los avatares de su obra y de su propio nombre de los cuarenta años de la larga noche de piedra: homenajes prohibidos, una edición presentada por Dionisio Ridruejo (1941) con un prólogo del que años después y gracias al cual en la España de Franco circularon oficialmente las «Poesías completas» que el escritor había publicado antes de 1936.

A Lorca he dedicado bastantes trabajos y algunas ediciones, centrándome en dos facetas: su relación con Galicia y con los escritores gallegos y en su condición de autor —coautor, mejor— de un hexaedro literario fascinante, sus *Seis poemas galegos* (Santiago, Nos, 1935), edición cuidada por el gran escritor y amigo suyo Eduardo Blanco Amor, que se permitió la antifilológica libertad de manipular el texto de los poemas, salvo el primero. Este interés por Lorca, normal en cualquier profesor de Literatura y de quien ha puesto su pluma y su palabra oral contra los verdugos de aquella criatura humana excepcional, se inscribe, también, en una línea de mis investigaciones: la de los poetas alófonos (o alógenos) que escribieron en idioma gallego, entre ellos, el catalán Carles Riba (1911), la estadounidense Anne Marie Morris (1965) y el argentino Eduardo Jorge Bosco (1939). En cuanto a Miguel Hernández, fue el tema de mi discurso académico cuando la UNED me nombró doctor honoris causa en su Facultad de Filología («Como contaron e cantaron a Miguel Hernández os poetas galegos no franquismo»). En resumen, Antonio Machado, Federico García

Lorca y Miguel Hernández son tres extraordinarios poetas que constituyen «el tríptico del sacrificio» en la Guerra Civil. En mis muchos años de profesor de Literatura Española muchos alumnos llegaron a entregarse como lectores a estos tres poetas, porque en mis clases, en estos casos al borde de lo legal, mis explicaciones transitaban por predios inexistentes en los libros de texto.

*También los temas relacionados con la Guerra Civil y la represión franquista han atraído tu atención desde comienzos del S. XXI. ¿Por qué has dedicado uno de esos libros a una brigadista comunista, cuando sueles dedicar tus trabajos a compañeros y amigos de lucha antifranquista o a exalumnos?*

En el año 2006 publiqué, en la editorial Galaxia *Os escritores galegos ante a Guerra civil. Textos e actitudes*. Algunos de los trabajos ya habían sido publicados en revistas o coetáneas (cuyos títulos) reflejan esa diversidad: «Manuel Gómez del Valle, poeta, comunista e mártir», «Ramon Otero Pedrayo: A estadea»; «Don Ramon Otero Pedrayo, no exilio interior de 1936 a 1949», «Álvaro Cunqueiro, militante e propagandista do novo Estado», «As musas do medo: versos para que a represión non fose tan asesina-da», «Camilo José Cela: vir incivilis dicendi peritus», etc. Algunos fueron escritos para la ocasión. La dedicatoria de este libro es a la brigadista inglesa Nan Green (1905-1984), que vino a España, como enfermera, en 1937. En 1986, su hijo Martin entregó las cenizas de su madre al río Ebro en cuyas orillas había fallecido, luchando, su padre George. Se me humedecen los ojos ahora mismo cuando releo el final de la dedicatoria: *Para Nan Green, esforzada comunista, con gratitude e amor*<sup>[11]</sup>.

11.—El libro complementa otro anterior *Os poetas galegos e Franco*, Xerais, Vigo, 1997.

*En 2007 publicas otro extenso volumen entre lo historiográfico y lo memorialista, por el que transitan personajes históricos: Enrique Líster, Dolores Ibárruri, Santiago Álvarez; escritores y artistas: Celso Emilio, Díaz Pardo, Seoane, Xaime Quessada, junto a nombres contradictorios como Montero Díaz, Felipe F. Armesto, ¿por qué dedicas un apartado a tu propia persona y qué destacarías del libro?*

Ese volumen es, en efecto, un libro historiográfico y memorialístico, porque en él hay paginas referidas a mí, no en vano soy militante del Partido desde el 1 de mayo de 1962. Y si tuviese que señalar algún capítulo, en esta coetánea de más de 600 páginas, indicaría el dedicado a Felipe Fernández Armesto «Augusto Assia» (1906-2002), autor de «La misión de la literatura proletaria revolucionaria en España» (*Bolchevismo. Revista teórica del Partido Comunista de España*, I, 1932), de hecho, el primer manifiesto de este tipo del universo comunista en la España del siglo XX; las páginas sobre Santiago Montero Díaz (1911-1985), quizás la cabeza marxista más culta en España entre 1930 y 1933, año en que deriva hacia el fascismo de Ramiro Ledesma Ramos; las dedicadas al eminente oftalmólogo Antón Beiras (1916-1968); a la militancia en las Juventudes Socialistas Unificadas de Isaac Díaz Pardo (1920) y al primer mártir de la Guerra Civil en Galicia (Vigo, 20 julio de 1936), el adolescente de quince años Senín Moreda; al procomunista Evaristo de Sela (1917-1994), en su madurez un gran helenista y a los escritos comunistas del joven Herminio Barreiro. Hablo de mí en el libro porque debería explicar cómo y cuándo (1957) llegué al marxismo alentado, como ya se ha señalado antes, por dos textos de Antonio Machado de 1937. En cualquier caso, sea cual sea mi modestísimo papel en el comunismo gallego, creo merecer el tí-

tulo de historiador de la causa comunista en Galicia y una prueba de ello es el libro que nos ocupa. Desde entonces, en la prensa diaria y en otros medios, el tema aparece con bastante frecuencia en conferencias, obituarios, prólogos. En resumen, no pocas páginas<sup>[12]</sup>.

*Posteriormente entras en un aspecto de la represión franquista sobre el que aún tenemos muchas lagunas. ¿Por qué esa incursión que te obligó a rastrear una gran diversidad documental? y ¿qué destacarías del contenido de aquellos últimos contactos de los condenados a muerte con sus seres queridos*

Es un libro que tuvo un éxito aceptable si bien muchos buenos lectores me han confesado que no lo finalizaron: hay mucho dolor, mucha tragedia en no pocas cartas de quienes, horas antes de la ejecución — injusta— se despiden, redactan su testamento moral a la madre, a la esposa, a los hijos, a un correligionario, al Partido. Todas las cartas fueron redactadas en castellano salvo tres, muy buenas, del galleguista Alexandre Bóveda, y una de las dos de Víctor Casas, enviada al Secretario Xeral del Partido, Manuel Gómez Román (la otra, a su esposa, fue escrita en castellano). A esta cuestión lingüística y otras he dedicado un prólogo de setenta páginas. Poseo más cartas, algunas de las cuales he publicado en revistas. En ese corpus epistolar, próximo a las 200 cartas y testamentos, está la película de la Galicia mártir que dibujó Castelao y están algunas claves para entender la ferocidad de la represión de Atila en Galicia (volviendo a un título de Castelao)<sup>[13]</sup>.

12.—Xesús Alonso Montero, *Intelectuais marxistas e militantes comunistas en Galicia (1926-2006)*, Xerais, Vigo, 2007.

13.—Xesús Alonso Montero, *Cartas de republicanos galegos condenados a morte. 1936-1948*, Xerais, Vigo, 2009.

*Tu interés en el periodo de la Guerra Civil aparece también en otro libro sobre Castelao. ¿Por qué entras a fondo en su viaje a la URSS, poco conocido e interesadamente minimizado en círculos de la cultura gallega?*

La personalidad de Castelao, la anterior y la posterior a la Guerra Civil, siempre me ha interesado y mucho. He publicado centenares de páginas sobre su vida, su obra literaria e, incluso, sobre su producción artística. El libro con el que me interpeles, del año 2012, tiene, para mí, un significado especial. No olvidemos que se subtítulo *Prosovietismo y filocomunismo de Castelao nos anos da Guerra Civil*. En efecto, es una dimensión en la que otros estudiosos no habían reparado debidamente y que en ese libro certifican los documentos y, sobre todo, los textos del propio Castelao<sup>[14]</sup>.

*Esta preocupación por la historia y la memoria democrática de Galicia que has mostrado con tu trabajo me lleva a una pregunta sobre el rechazo a aplicar la Ley de Memoria Democrática en las comunidades autónomas gobernadas por PP y VOX y los intentos de equiparar el comunismo con el fascismo. ¿Cómo ves esas intenciones y que se puede hacer?*

En el fondo, la derecha (no digamos la ultraderecha) no ha condenado contundentemente el Golpe de 18 de julio ni siquiera las atrocidades de la Dictadura franquista, colmada de ejecuciones, torturas, corrupción... hay que denunciar, también en las instituciones esta actitud del PP. En cuanto a lo de querer meter en el mismo saco el comunismo y el fascismo es una perversión, una perversión interesada y cínica. Vox, tan proclive al fascismo, utiliza la retórica antifascista

14.— Xesús Alonso Montero, *Castelao en la Unión Soviética en 1938* Xerais, Vigo, 2012.

para, de contrabando, abolir legalmente el comunismo. Hay que dar la batalla en el campo de las ideas y proclamar que el comunismo (el de Antonio Gramsci y tantos otros) es un humanismo, el humanismo, como subrayan los filólogos que tiene que ver con la música moral más hermosa que ha sonado en la historia de la Humanidad: la del bien «común», la de los hombres y las mujeres del «común», la justeza y la emoción de lo «comunal». Cierto que hubo regímenes, o dirigentes «comunistas» execrables, pero no hay, en los grandes textos del ideario comunista, las atrocidades o aberraciones que están muy presentes en los postulados, por ejemplo, del nazismo. Es intolerable que tengamos que oír a los neofascistas de hoy todo lo que proclaman o sugieren para colocar en la misma esfera moral e ideológica el comunismo y el fascismo.

Hay también en vociferantes de Vox, allá en el fondo, una cierta envidia ante el hecho de que, en España, incluso al final del franquismo, cuando en los centros escolares y en otros ámbitos culturales se citaban nombres, estos nombres pertenecieron a la España de los vencidos (militarmente): Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Castelao, Salvador Espriu, Rafael Alberti, Celso Emilio Ferreiro... muchos comunistas. Hoy nadie cita, para adornarse en un ejercicio oratorio, versos de José María Pemán o prosas de Ernesto Giménez Caballero; ni siquiera de Eugenio D'Ors, que algo sabía de arte y fue el intelectual de la banda franquista más ilustrado.

*Dado tu permanente compromiso y militancia en el PC. ¿Cómo valoras el Gobierno de coalición de izquierdas que hemos tenido estos años, con ministros y secretarios de estado del PCE?*

El Gobierno de coalición (PSOE-Unidas

Podemos) ha sido un invento político y una apuesta valiente sumamente interesante y que abre una época política distinta para gobernar España. Debo señalar que Podemos, cuya aparición en la esfera política nos ilusionó, cometió errores de infantilismo preocupantes; también el PSOE fue culpable de algunas cosas (por ejemplo, el Sáhara,...). Pero el balance ha sido positivo.

*Haciendo balance de tu vida de compromiso social, con un bagaje de 75 años de producción intelectual y divulgadora que aún mantienes, en mi opinión un caso único en España ¿Qué destacarías hoy de aquel Pedro Petouto y de que parcela de tu legado estás más satisfecho: tu aportación intelectual; tu actividad como profesor siempre reconocido por tus alumnos? Y por último ¿te queda algo por hacer o ya en marcha?*

En ese breve volumen de 1974, yo inventé un maestro de fines del XIX que impartía lecciones, también de civismo, por la Montaña lucense y del que yo conocía algunas andanzas y algunos breves textos, todo ello «inventado.» De este modo burlé la censura franquista al poner en su boca opiniones que en la mía suprimiría el severo lápiz de la Censura. Algunos de esos breves textos no eran ajenos a postulados socialistas y había uno que tuvo y aún tiene cierto éxito y eso aún considero que está vigente hoy: «A cultura é algo que abre os ollos, e, se non os abre non é cultura».

No estoy insatisfecho de algunas líneas de mi trabajo intelectual, especialmente de aquellas, ya en la cátedra, ya «coram populo», que tienen que ver con el Capitalismo, para mí, incluso en mis prédicas franquistas, algo que no es humanismo. Sin salirme de estas coordenadas, mi obra sobre Galicia, sobre la cultura gallega, es la de un «cavilaro» que



Lugo, 2024 (foto de Antonio Carro).

sitúa la realidad lingüística, bilingüística, de Galicia en un mundo sin fronteras donde la clase social nunca es eclipsada por la llamada cuestión territorial. Y no debería ser yo quien hablase de mi condición de profesor «siempre reconocido por tus alumnos» pero, dado que se me hace la pregunta, señalaré que, desde hace mucho tiempo, se me cita en la prensa, etc. como «el profesor, últimamente «o vello profesor»<sup>[15]</sup>.

Desde hace un año me dedico a la labor de editar algunos de los trabajos rosalianos que dejó inéditos mi esposa Victoria Álvarez Ruiz de Ojeda (2018) y también a la

preparación para la imprenta de artículos inéditos suyos. Me gustaría volver sobre algunos temas abordados por mi desde 1951, fecha de mi primer artículo filológico («A lingua galega desde Curros Enríquez»). Sería buenos asediarlos desde la instalación intelectual de hoy, También debería «desbrozarme» sobre temas muy poco tratados, uno de ellos la editorial «Ciencia Nueva» que era, en los años sesenta, la editorial en España del Partido Comunista, con todas las cautelas del mundo, y que publicó títulos que honran la historia editorial del pensamiento y la literatura progresista pese a las dificultades de la Administración sobre todo en la época de Fraga Iribarne. Mi vinculación a la empresa fue grande y publiqué mi libro, de título lukacsiano, *Realismo y conciencia crítica en la literatura*

15.- En 2024, alumnos de diferentes generaciones, promovieron un homenaje, ya mencionado, en estas páginas, dejaron testimonio escrito del reconocimiento a la labor docente de su antiguo profesor en *Homenaxe do IES Lucus Augusti e antigos alumno ó profesor Xesús Alonso Montero*.

*gallega* (1968). Y, en breve saldrá un volumen que recoge mis conferencias (dichas, no escritas) del periodo 2013-2017, los años en que fui presidente de la Real Academia Galega<sup>[16]</sup>. Y también, en dos o tres volúme

nes, una selección de mis miles de artículos en la prensa diaria, la tribuna en la que, de un modo u otro, en la música de esas páginas divulgativas, siempre suena este acorde: *El capitalismo no es un humanismo*.

---

16.- *Palabras para o noso tempo*. Xesús Alonso Montero, edición de Olivia Rodríguez González, Alvarellos, 2024. En 2025 ha publicado *Xesús Alonso Montero-José Neira Vilas. Correspondencia 1965-2014*, Galaxia Editorial y *Escritos sobre a represión franquista do 1936*, Unión Comarcal de CCOO de Vigo. Cuando se va a publicar este resumen de la amplísima entrevista realizada en diferentes fases en los dos últimos años, Xesús Alonso Montero, ya cumplidos 97 años, pasó los últimos meses de octubre y noviembre, presentando los libros citados e impartiendo conferencias cada cuatro días, sobre Castelao, Curros Enríquez, la represión franquista y la transición en Ferrol, Lugo, Santiago, Vigo, Vilagarcía, Celanova, Vila de Cruces, Maceda, Ourense, Coimbra...Y durante ese tiempo también mantuvo el contacto semanal con los lectores de su columna, «Beatus qui legit» en *La Voz de Galicia* (1992-2025). ...

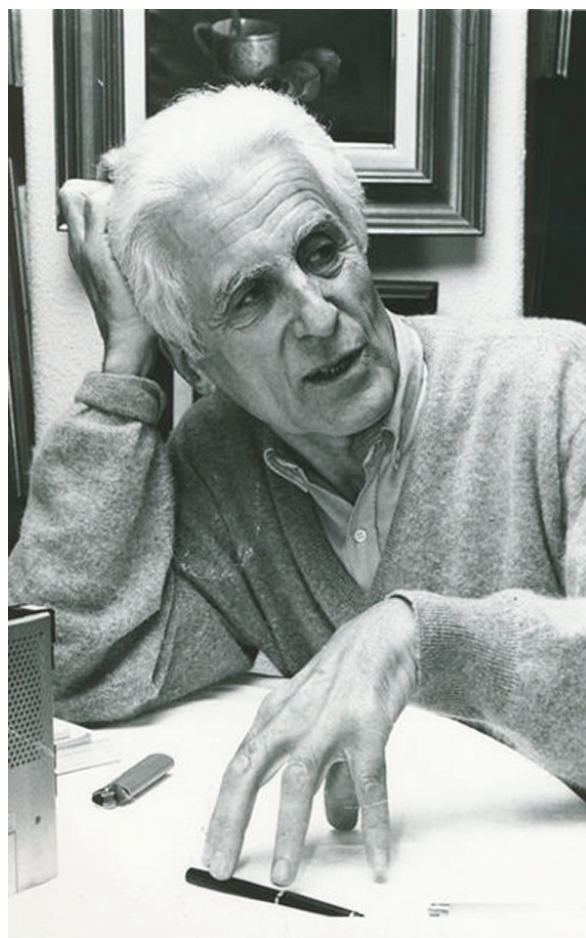
## NUESTROS CLÁSICOS

# Manuel Tuñón de Lara y la Historia: de la «ciencia» a la pasión por descubrir y narrar el pasado

**Carlos Forcadell Álvarez**  
*Universidad de Zaragoza*

El «para qué sirve la historia» es una pregunta que viene rodando desde los mismos orígenes del conocimiento y relato del pasado. La pregunta se la han hecho y hacen los mismos historiadores, los públicos lectores y consumidores y, de modo particularmente intencionado, los poderes políticos y gobiernos, ávidos siempre de utilizarla como instrumento de legitimación, desde los imperios y dictaduras hasta las sociedades liberales y democráticas.

George Orwell y Hanna Arendt, desentrañando las raíces del totalitarismo en los años de posguerra de mediados del siglo XX, coincidieron en apuntar a un mismo lugar: el papel de los historiadores como guardianes de la verdad. El filósofo francés Jean François Revel dejó escrito, por las mismas fechas del texto de Manuel Tuñón de Lara que glosamos, mediados de los años setenta, que «la democracia no puede vivir sin la verdad, y el totalitarismo no puede vivir sin la mentira», aviso y anuncio bien cierto para nuestro presente, medio siglo después<sup>[1]</sup>.



Manuel Tuñón de Lara (Archivo Gráfico de *Carta de España*).

1.- Jean François Revel, *La tentation totalitaria*, 1976. Tra-

ducción al castellano en Emece, ed., Buenos Aires, 1977.

Este artículo de Manuel Tuñón de Lara apareció publicado en la revista *Cuadernos para el Diálogo* en 1976, en el corazón del empuje político y cultural de movimientos sociales democráticos y partidos y sindicatos, recién legalizados o en vías de serlo, hacia la liquidación de la dictadura y una transición política hacia un constitucionalismo y parlamentarismo democráticos.

Se ha dicho que los periodistas han de poder y deben exponer lo que se quiere ocultar; los historiadores, por su parte, pueden y deben sacar a la luz y hacer visible lo que se olvidó o lo que quisieron que se olvidara, evidencias que valen para cualquier tiempo y lugar. En aquel momento Manuel Tuñón de Lara todavía no era ni doctor, obtuvo el Doctorado de Estado de la universidad francesa en 1977, ni catedrático de Historia y Literatura española, condición a la que accedió en 1978 en la Universidad de Pau<sup>[2]</sup>.

El corazón de la liquidación de la dictadura y las luchas por la democracia, 1976, fue, como los años en su entorno, un escenario privilegiado para que se desplegaran visibles e intensos combates por la historia, contra el relato franquista de vencedores que urgía desmontar, del que no poca parte de la opinión pública estaba empapado, y contra los gestores franquistas del mundo académico, que siguieron ocupando cátedras universitarias, el CSIC, la RAE, durante muchos más años y a quienes las nuevas generaciones de historiadores pugnaban por sustituir desplegando nuevas historias, nuevas metodologías y reconstruyendo afanosamente tantos pasados ocultos y tapados por los 40 años de la dictadura cultural e intelectual del viejo estado. El proceso

fue lento; si se quiere un testimonio personal, en 1982 concurrí a una oposición a la Agregaduría de Historia Contemporánea de Zaragoza y el sorteo entre los miembros del escalafón seleccionó a tres catedráticos de historia contemporánea: una teresiana, un dominico y un jesuita, que fueron los tres votos de los cinco del tribunal que impidieron con su voto negativo mi acceso en aquel momento.

Los entonces jóvenes historiadores, dispuestos a eliminar el franquismo historiográfico que se resistía a desaparecer y a asaltar el escalafón, lo que era más fácil y factible en facultades y disciplinas nuevas (Económicas, Políticas) que en las tradicionales Facultades de Filosofía y Letras, eran hijos de la guerra nacidos en la década de los años 40: Santos Julia (1940), Albert Ballcells (1940), José Álvarez Junco (1942), Antonio Elorza (1943), Manuel Pérez Ledesma (1944), Borja de Riquer (1945), Juan Pablo Fusi (1945), Carlos Forcadell (1946), Juan Sisinio Pérez Garzón (1949), etc. Todos ellos intervinieron de múltiples maneras en los espacios académicos y públicos desde mediados de los años 70, a la vez, durante los años ochenta, se iban consolidando institucionalmente en departamentos universitarios, cátedras o centros de investigación (CSIC), sin abandonar una intensa y vocacional presencia en el espacio público a través de toda clase de medios de comunicación: prensa, revistas, Televisión etc.

Los jóvenes historiadores de los años setenta, y de los primeros ochenta, escribían en sus tesis y primeros libros una historia metodológicamente renovada y acreditada, en la línea de las mejores aportaciones y modelos de la historiografía británica y francesa, pero era, entonces, una historia también «militante», algo muy visible en los temas que investigaban y publicaban, que se fue debilitando conforme avanzaba la década de los años ochenta.

2.- Contamos con varios balances sobre su biografía y obra: «Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores», catálogo de exposición, coordinado por José Luis de la Granja, Madrid, UPV y Casa de Velázquez, 1994, 167 pp.; J.L. de la Granja, A. Reig, A. Miralles: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1999.

Este es el contexto y el ambiente de esta intervención, desde Pau, del sesentón que era ya Manuel Tuñón de Lara, el de una historia «militante» del movimiento obrero, que también practicaba al mismo tiempo la generación de sus hijos, de los «hijos de la guerra», a la que él comenzó a reunir con mutuo entusiasmo en el los «Coloquios de Pau» que comenzó en 1971 y cuyas actas, coherentemente, comenzaron a publicarse en la editorial de Cuadernos para el Diálogo a partir de 1973.

Si se repasan las introducciones que escribía el propio Tuñón de Lara a las sucesivas ediciones, siempre en Cuadernos para el Diálogo, de los coloquios reunidos a lo largo de la década de los años setenta, que iban atrayendo progresivamente a historiadores jóvenes que peregrinaban a Pau en la primavera de cada año, se aprecia, la fe que nuestro historiador en el exilio depositaba en considerar que la historia es una «ciencia»: «la ciencia histórica solo es posible a base de la cooperación y el intercambio va emparejada con otra idea: la historia es una totalidad»; se trata de «hacer historia como ciencia, que es lo que yo espero que sigamos haciendo el año próximo en el IV coloquio» (1972)<sup>[3]</sup>.

Este artículo en el que Manuel Tuñón reflexiona sobre la utilidad de la historia, por lo demás menor y ocasional, concluye, en su último párrafo, con la contundente afirmación de que «la Historia como ciencia es un instrumento de conocimiento insoslayable», firme convicción y coherente con el pensamiento histórico de su autor hace medio siglo. Y no solo de Tuñón, también de un ambiente intelectual en el

3.- M Tuñón de Lara et alii: *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*, Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1973, pgs. 9 y 15. Si se repasan sus prólogos a las ediciones de los años setenta la obsesión por construir, estar construyendo, una «ciencia histórica» es patente.



Paul Aubert, Jean-Michel Desvois y Tuñón de Lara en Santander en septiembre de 1981 (journals.openedition.org).

que en Francia se había creado la categoría historiográfica «Sciences Humaines», en la que bebe nuestro articulista, mientras que en Alemania operaba desde mucho tiempo antes la de «Geisteswissenschaft», ciencias del espíritu, que Ortega y Gasset traduciría al castellano como «humanidades».

Podemos atribuir, a la vista de este texto, una cierta ingenuidad, propia de la época y no privativa, a su autor, pues si se lee completo se puede apreciar que presenta su visión, explicación, y comprensión del pasado nacional en términos de oligarquías, bloque dominante, ausencia de revolución burguesa y, sobre todo, su interpretación de la guerra civil al final del artículo, todo lo cual constituye la base para lo que él llama una «concepción científica de la historia: «para eso, y sin el menor ánimo de beligerancia, debe servir la ciencia de la Historia».

Nuestro historiador abre orgulloso la puerta de la ciencia, pero se le cuele por la ventana, en buena medida, la ideología propia de su experiencia biográfica y personal de perdedor de la guerra civil y militante contra la dictadura franquista desde el exilio.

Afirma con seguridad, en el párrafo cuarto, que «la historia no es narración», algo que incumplió repetida y afortunadamente, por cuanto uno de sus mayores atractivos era que narraba muy bien, verbalmente y por escrito, acertaba más cuando «narraba» el pasado que cuando lo teorizaba.

La publicación de las 963 páginas de su *El Movimiento obrero en la Historia de España* en 1972, constituyó un auténtico aldabonazo en las aguas de la historiografía franquista y de la cultura pública. Por reconstruir la época, un año antes, 1971, Josep Fontana revisaba radicalmente la crisis del Antiguo Régimen en España, y un año después, 1973, Miguel Artola dirigía la empresa de los tomos de la Historia de España de la editorial Alfaguara, dedicando de su autoría el primero a «La burguesía revolucionaria», reproduciendo en portada el cuadro de Gisbert sobre el fusilamiento de Torrijos, lo que no dejaba de ser todo un manifiesto liberal y democrático. En ese contexto y por esas fechas, la aportación de Tuñón de Lara desde el otro lado de los Pirineos significaba un intento de recuperación de la tradición de historia obrera y socialista mantenida por algunos autores desde el exilio (Núñez de Arenas, Ramos Oliveira, Bruguera...)<sup>[4]</sup>.

El «cientifismo» de Tuñón de Lara en esta época era tan primigenio como incólume. Declara paladinamente desde la primera página de su grueso volumen que «esta obra ha sido enfocada con perspectiva y metodología estrictamente científicas», con frecuen-

tes referencias a «la historia considerada como ciencia».

Pero la carga «militante» saltaba a la vista, tanto para el autor como para sus lectores, sobre todo para sus lectores jóvenes a quienes se abría un pasado oculto con esa ambición enciclopédica de reconstrucción ordenada de hechos, datos, nombres, fechas de la historia de la olvidada clase trabajadora española hasta 1936, un friso de carácter positivista en el que la relación de las bases materiales de la sociedad y las diferentes etapas del «movimiento obrero» reflejaba los parámetros de una concepción marxista tradicional. Por entonces, Tuñón tuvo la oportunidad de sistematizar estos firmes posicionamientos teóricos en su libro «Metodología de la historia social de España» (1973), territorio, el de la historia social, en el que iría desembocando la anterior historia del «movimiento obrero».

Los años ochenta son un escenario nuevo, así para la sociedad y la política españolas como para su cultura e historiografía, en vías de progresiva modernización y democratización. En 1982 dos historiadores, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, dieron un fuerte aldabonazo en un artículo publicado en el núm. 12 de la nueva «Revista de Occidente», en el que criticaron la inspiración militante de buena parte de la historiografía reciente, en la que «la narración de los sufrimientos y de las luchas del pueblo oprimido era exactamente el negativo de la historia glorificadora del poder». Ya no necesitamos la coartada de la lucha contra el régimen político, sostenían, ni hacer una historia partidaria y partidista, y proponían transitar a una «historia de los movimientos sociales» mejor fundamentada teórica y metodológicamente, que integrara y respetara la centralidad de las luchas de los trabajadores<sup>[5]</sup>.

4.- Manuel Tuñón de Lara: «El movimiento obrero en la Historia de España», Madrid, Ed. Taurus, 1972; Josep Fontana: *La quiebra de la monarquía española (1814-1820)*. Barcelona, Ed. Ariel, 1971.

5.- J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma: «Historia del

En los primeros años ochenta aumentó la presencia pública de Manuel Tuñón de Lara en la historiografía española, en revistas, libros, invitaciones a universidades, programas televisivos...etc. En 1981 la Universidad francesa jubiló, con sus 11 coloquios de historia de España a cuestas, al profesor volcado sobre España desde el balcón de los Pirineos de Pau. Fue ese año cuando fue objeto de un homenaje masivo en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander, cuyo rector a la sazón era Raúl Morodo. Fue organizado por un grupo de jóvenes historiadores deudores de la acogida que nos permitió conocer una universidad libre en los últimos años del franquismo, y conocernos a nosotros mismos. Soy testigo de cómo dos conocidos historiadores que profesaban en universidades madrileñas, Santos Juliá y Manuel Pérez Ledesma, se conocieron personalmente en la cola del autoservicio universitario de Pau, como nos sucedió a tantos<sup>[6]</sup>.

La inserción de Manuel Tuñón de Lara en las facultades de Filosofía y Letras controladas por el viejo escalafón, ausente con la excepción de Juan José Carreras en el precitado homenaje, resultaba imposible; pero no lo fue en la recién creada Universidad del País Vasco en cuya Facultad de Ciencias de la Información eran recientes «ex coloquiarnos» de Pau quienes estaban organizando el Departamento de Historia Contemporánea. Desde la Universidad de Zaragoza Juan José Carreras reforzó la imagen académica de Manolo consiguiendo que fuera nombrado Doctor Honoris Causa en mayo de 1983. En el verano de 1983 fue nombrado Catedrático extraordinario de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y a dirigir el

movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pgs. 19-42.

6.- S. Castillo, C. Forcadell, M.C. García Nieto, J.S. Pérez Garzón coordinadores: «Estudios sobre Historia de España. Obra homenaje a Manuel Tuñón de Lara, 3 Vols. Madrid, 1981.



Tuñón de Lara y Pierre Vilar en 1981 (journals.openedition.org).

Departamento de la disciplina.

Es en estos momentos cuando se amplifica la presencia de Tuñón, ya desde las instituciones académicas, en la historiografía española, que refleja una mayor profesionalización y cierto abandono de la más ingenua «historia militante» de los años del exilio. Comienza a dirigir los volúmenes de la Historia de España de la Editorial Labor (1980 ss.), en los que integra la colaboración de historiadores procedentes de la academia durante el tardofranquismo, como José María Jover, quien a su vez lo invita a participar en la Historia de España concebida por Menéndez Pidal en los años veinte, que él pilota desde Espasa Calpe (1984)<sup>[7]</sup>.

Es un buen símbolo de una transición

7.- Manuel Tuñón de Lara, dir.: *Historia de España*, Barcelona, Ed. Labor, 10 vols., 1980 y siguientes.

historiográfica que se fue asentando durante los años ochenta, al paso de la jubilación, y sustitución, de los viejos guardianes de la academia franquista. Recuerdo el primer congreso ordinario de la Asociación de Historia Contemporánea reunido en 1992 en Salamanca y cómo en el breve trayecto que va de la Plaza Mayor a la Facultad de la calle Cervantes me encontré llevando del brazo a Tuñón y a Jover quienes hablaban y hablaban, amenos, atentos y sonrientes. Representaban la democratización de la historiografía española.

La gran paradoja es que la significación de Manuel Tuñón de Lara en la historiografía española de la segunda mitad del siglo XX, el impacto de su persona, obra y capacidad de convocatoria en la normalización y democratización de la misma en la segunda mitad del siglo XX fue tanto mayor cuanto más abandonó y olvidó aquellos parámetros teóricos «cientifistas» de sus inicios, bien reflejados en este artículo, propios y contagiados de un ambiente intelectual francés impregnado de un estructuralismo epocal y de cierto marxismo envejecido (Vilar) frente a las aportaciones renovadoras del marxismo de los historiadores británicos —Hobsbawm, 1917, era solo dos años menor que Tuñón, E.P. Thompson era del 1924—, o de los españoles (Fontana, Sacristán...).

Bien por el contrario, el mayor atractivo de Manolo, provenía de la pasión que ponía en escribir de historia y en hablar de historia de España, del entusiasmo con el que narraba verbalmente, blandiendo sus manos y cabeza leonada por encima de su sordera, de su capacidad de relacionar grupos y personas y de su indispensable papel en recuperar la tradición de historia nacional española progresista, republicana y socialista e integrarla en la nueva historiografía española. Manuel Pérez Ledesma observó con acierto que el principal mérito de Tuñón, además del impulso a investigaciones y relaciones entre los jóvenes historiadores hijos de la guerra, fue su esfuerzo en la reconstrucción del pasado y de mundos perdidos y olvidados, siendo fiel a su biografía y a su tiempo, para lo cual hubo de traicionar, necesariamente los principios teóricos y herramientas metodológicas que enarboló en sus principios franceses<sup>[8]</sup>.

Hoy la historia, lejos de ingenuas pretensiones científicas, constituye una disciplina de conocimiento y cuenta con procedimientos reglados, contraste de fuentes, método..., y también requiere relato, narración, claridad expositiva, buena comunicación, para mejor cumplir su dimensión de disciplina cívica y educativa.

8.- Manuel Pérez Ledesma. «La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española», en J.L. de la Granja, A. Reig y R. Miralles: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1999.

# ¿Para qué sirve la Historia?\*

**Manuel Tuñón de Lara (1915-1997)**

No hace muchas semanas, al presentar el libro de nuestros Coloquios de Pau en Bilbao, un estudiante me preguntó: «Todo lo que ustedes están diciendo es muy interesante para los especialistas, historiadores y estudiantes de Historia, pero ¿y todos los demás? ¿Para qué sirve la Historia, ese saber que van ustedes acumulando?»

Mi maldita e irreductible sordera me impidió responder como se merecía a una pregunta tan inteligente y de tanto alcance.

Digamos que la Historia es *la memoria del hombre en sociedad*, en cuanto ya no se es un hombre individual, sino un conjunto de relaciones entre hombres. Nadie duda de que cada cual necesitamos de nuestra memoria para poder conducirnos en cualquier acto de la vida; no es posible partir de cero. Y también que necesitamos, en el ámbito individual, de lo que suele llamarse «memoria de la especie», que regula una serie de nuestros actos. Pues si eso es así ¿qué importancia no tendrá para la vida en sociedad la memoria, la experiencia de los hombres en sus relaciones sociales?

## La Historia como comprensión

Utilizando un ejemplo célebre dado por Bouvier-Ajam podemos pensar en aquel niño que al intentar escalar la valla en un

jardín por una cerca de alambre se engancha el calzón en uno de los pinchos; no consigue su propósito y por añadidura soportará una reprimenda de su madre. Ese niño ya ha aprendido cuáles son los obstáculos para saltar la cerca. La próxima vez -incluso si las circunstancias no son exactamente las mismas- estará en condiciones de conseguir su propósito. Aunque los hechos sean menos simples, igual ocurre a la sociedad con su memoria, que es la Historia.

Y aquí conviene evitar una confusión; la Historia no es narración, sino explicación, comprensión. La crónica medieval, el reportaje periodístico, el relato de un testigo no son Historia, sino materiales para formarla. Poco a poco, el hombre va modelando y perfilando su memoria social, la Historia. Gracias a ella va comprendiendo una serie de hechos de la más estricta actualidad, que inciden en su vida; *la Historia pesa sobre nuestra vida cotidiana*. Si hablamos, por ejemplo, de Banesto, con motivo de la última crisis de Gobierno, si empezamos a tomar conciencia de que hay unas oligarquías, si oímos o leemos que ciertas «grandes familias» son decisivas dentro del Consejo del Reino, todo parece más claro al comprender cómo se formaron esas oligarquías, cómo constituyeron un bloque dominante en el siglo XIX, cómo el sector agrario tuvo durante cierto tiempo la preponderancia, cómo se formaron los grandes

\*Texto publicado en *Cuadernos para el Diálogo*, nº 175, 4 al 10 de septiembre de 1976, pp. 50-52

CULTURA

# ¿PARA QUE SIRVE LA HISTORIA?

Manuel TUJÓN DE LARA



Madrid, 1930. La Historia se resume.

No hace muchas semanas, al presentar el libro de nuestros Colegios de País en Bilbao, un estudiante me preguntó: "¿Todo lo que ustedes están diciendo es muy interesante para los especialistas, historiadores y estudiantes de Historia, pero ¿y todos los demás? ¿Para qué sirve la Historia, ese saber que van ustedes acumulando?".

Mi duda e irresolutez sonda en el público receptor como se reserata una pregunta tan sencilla y de tanto alcance.

Digamos que la Historia es la memoria del hombre en sociedad en cuanto se va en el hombre individual, sino un conjunto de relaciones entre hombres. Nadie duda de que el más importante de nuestra memoria para poder comprender los cambios que se dan en el mundo es la memoria de lo que nos rodea. Y sabemos que el hombre es un ser social, que vive en sociedad. Y sabemos también que el hombre es un ser histórico, que vive en la memoria de la especie, que vive en la memoria de la cultura. Pero de ahí se sigue una consecuencia: la memoria de los hombres es una relación social.

La Historia como comprensión

Utilizando un ejemplo clásico: desde por lo menos a finales del siglo XIX, se ha venido a considerar que el hombre es un ser social, que vive en sociedad, que vive en la memoria de la especie, que vive en la memoria de la cultura. Pero de ahí se sigue una consecuencia: la memoria de los hombres es una relación social.

Utilizando un ejemplo clásico: desde por lo menos a finales del siglo XIX, se ha venido a considerar que el hombre es un ser social, que vive en sociedad, que vive en la memoria de la especie, que vive en la memoria de la cultura. Pero de ahí se sigue una consecuencia: la memoria de los hombres es una relación social.



El hombre es un ser social. Uno, como individuo humano.

trazado nada menos que de "anarquistas" a los Prometeos de la Junta Revolucionaria. De ahí que el Gobierno "sea fuertemente resuelto a defender la independencia y autonomía de los países de la Mesopotamia, modificadas y adaptadas a las necesidades del tiempo en sus visiones, los que jamás se puso más la atención de los principios democráticos adoptados por todos los miembros de Europa" (1). Así lo mismo que repite Dato colono y sus amigos, se repite en el discurso de "los anarquistas" cuando se refieren a los "anarquistas" como a los "anarquistas" (2).

La Historia no es un estudio "científico" de hechos evolutivos de origen social, sino un estudio de la cultura humana en su totalidad. Y es en esta totalidad que se encuentra el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana.

El ejemplo de la guerra civil

Los textos presentados en CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO con motivo del XL aniversario de la guerra civil española son una muestra de la importancia de la historia en la comprensión de la cultura humana. Y es en esta totalidad que se encuentra el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana.

provincia de Toledo por los batallones procedentes del extranjero. Y Burgos de mano de los carlistas y sus seguidores de Carretero, presentando al moderado Pelayo como un revolucionario y socialista, mientras que los de Irujo (que tenía como más acérrimo enemigo a Irujo) en aquel tiempo se llamaban "los de Irujo" (3).

El "voto" extranjero en el estado por Sagasta en octubre de 1871, como también agita la prensa "revolucionaria" de "los batallones de Carretero" y de los 30.000 voluntarios que los batallones de Sagasta, Sagasta, Sagasta y la Asociación Internacional de Trabajadores de "nuestro ejército del extranjero", y no niego haber asegurado que "más de trescientos voluntarios de la Intendencia se han alistado en España para participar del orden y la paz pública" (4). Y en el momento de la guerra civil, Sagasta se refirió a los "anarquistas" como a los "anarquistas" (5).

La Historia no es un estudio "científico" de hechos evolutivos de origen social, sino un estudio de la cultura humana en su totalidad. Y es en esta totalidad que se encuentra el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana.

El ejemplo de la guerra civil

Los textos presentados en CUADERNOS PARA EL DIÁLOGO con motivo del XL aniversario de la guerra civil española son una muestra de la importancia de la historia en la comprensión de la cultura humana. Y es en esta totalidad que se encuentra el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana, que es el origen de la cultura humana.

Artículo original publicado en Cuadernos para el Diálogo en 1976.

### Bancos y los grupos financieros, etc.

De la misma manera, cuando se habla de movimiento obrero, de socialistas, de comunistas, anarquistas, etc., los contornos se hacen más claros, al conocer su experiencia desde aquellas primeras organizaciones obreras en la Cataluña de la primera mitad del XIX.

El hecho de que el bloque dominante haya frenado durante mucho tiempo el desarrollo económico y político de España, hace que en nuestra Patria una serie de problemas tengan hondas raíces en la Historia. Se trata de país, el nuestro, donde la revolución burguesa tuvo la paradójica consecuencia de afirmar el poderío económico de la nobleza señorial por la transformación de los señores en propiedad territorial burguesa, y en contra de las masas campesinas, frenando además la formación del mercado interior y con ello el desarrollo industrial. En España se han frustrado los intentos de revolución democrática de 1868-1873 y en 1931-1936, ya que pese a la existencia en la letra del sufragio universal desde 1890, la práctica política constitu-

### cional estuvo totalmente deformada por el caciquismo, aprovechado y manejado por la burguesía dominante a base de la estructura rural mayoritaria. En todo el territorio del Estado español las nacionalidades existentes dentro de él han visto trabado su desarrollo, con la sola excepción de breves periodos de autonomías catalana y vasca.

Ciertamente, la Historia no se limita a enseñarnos las raíces de problemas concretos actualmente vigentes, sino que va más lejos. Por ejemplo, la Historia enseña que en política casi nunca hay enfrentamientos frontales de dos fuerzas, sino de constelaciones de fuerzas (que constituyen bloques o alianzas más o menos circunstanciales), dentro de cada una de las cuales hay sectores hegemónicos; enseña que hay una estrategia de clase condicionante. Un ejemplo sencillo es el de la Primera República Española en la que la pequeña burguesía gobernante, sin política de alianzas, queda cortada por un lado de la clase obrera (que

### La Historia va más lejos

Ciertamente, la Historia no se limita a enseñarnos las raíces de problemas concretos actualmente vigentes, sino que va más lejos. Por ejemplo, la Historia enseña que en política casi nunca hay enfrentamientos frontales de dos fuerzas, sino de constelaciones de fuerzas (que constituyen bloques o alianzas más o menos circunstanciales), dentro de cada una de las cuales hay sectores hegemónicos; enseña que hay una estrategia de clase condicionante. Un ejemplo sencillo es el de la Primera República Española en la que la pequeña burguesía gobernante, sin política de alianzas, queda cortada por un lado de la clase obrera (que

tampoco tiene política de alianzas y quiere librar un combate frontal a través de la Internacional) y por otro de la burguesía industrial, ya atemorizada y cediendo ante la Restauración, que es asunto del bloque gran burguesía terrateniente y de negocios.

El conocimiento de la Historia sirve también para desmitificar su instrumentalización: todos esos que hablan del «mandato de nuestros muertos» (como si los demás no tuvieran los suyos), toda esa trompetería de Otumba y Lepanto -que ya denunciaron valientemente Joaquin Costa y Antonio Machado-; por no hablar de falsificaciones de la Historia, que ya han caído en el más lamentable descrédito; por ejemplo, el «Imperio» de marras. Igualmente sirve como antídoto contra afirmaciones como aquella que hizo cierto ministro en ejercicio durante prolongados años (y que ha cesado en la última crisis), según el cual eso de las abstenciones no era grave (se trataba de comentar la abstención masiva en unas elecciones municipales «sui generis» de la época franquista), «puesto que en las elecciones de abril de 1931 que habían decidido un cambio de régimen hubo más del 50 por 100 de abstenciones». Ni que decir tiene que, en plena impunidad, debió dormir tan tranquilo aquella noche<sup>[1]</sup>.

### La «mano extranjera»

Otra enseñanza: *Cómo desde el poder se deforma la oposición*. Es este asunto que traté en mi primera colaboración en el inolvidable *Boletín del Seminario de Derecho Político* de la Universidad de Salamanca, dirigido por Enrique Tierno Galván. Me refería a aquella llamada angustiada de Toreno a Thiers, en 1835. tratando nada menos que de «anarquistas» a los Progresistas de las

Juntas Provinciales. Decía que el Gobierno «está firmemente resuelto a contener la revolución y sostener las antiguas leyes de la Monarquía, modificadas y adaptadas a las necesidades del tiempo en que vivimos, sin cejar jamás un punto ante la invasión de los principios democráticos adoptados por todos los anarquistas de Europa» (*sic*). Casi lo mismo que repetía Dato ochenta y dos años después. Y todos -porque es muy característico- obsesionados por esa «mano del extranjero», socorrida creación del poder, cuya eficacia ideológica es tanta que, a veces, los propios gobernantes creyeron en ella. Un hombre de la inteligencia de Maura escribe a su hijo, cuando la huelga de 1917, en términos tales que parece creerse lo que él llama «la repugnante maniobra de elementos político-crematísticos del extranjero», dando así crédito a la calumnia lanzada por *El Debate* sobre provisiones de fondos para los huelguistas procedentes del extranjero. Y Burgos de Mazo se creó el cuento de sus confidentes de Gobernación, presentando al moderado Fabra Ribas como conspirador en contacto nada menos que con Bela-Kun (que tenía cosas más serias que hacer en Hungría en aquel verano de 1919, que pasó el político onubense en el Ministerio de la Puerta del Sol).

¡Socorrida alusión al extranjero, perenne mente utilizada por quienes desde el poder eran harto dóciles ante las Bancas extranjeras prestamistas del arruinado Tesoro! Desde el poder, un ministro de Hacienda había promulgado en 1856 una Ley de Sociedades de Crédito dictada por los capitalistas franceses *Péreire hermanos*. y dos ex ministros de Hacienda presentaban a los pocos días una proposición de ley inspirada por la casa Rothschild. Y también el poder, en 1866, se entregaba atado de pies y manos a la casa británica Overend, Gurney and Co., cuya quiebra provocó entre nosotros una catástrofe financiera y la dimisión de Alonso

1.- Como cualquiera puede comprobar, la participación electoral el 12 de abril de 1931 fue de 66,9 por 100.

Martínez, ministro de Hacienda.

El «coco» extranjero es agitado por Sagasta en octubre de 1871, como también agita la leyenda «versallesca» de «los horrores de la Commune», y calla los 30.000 exterminados por las fuerzas de Mac Mahon. Sagasta califica a la Asociación Internacional de Trabajadores de «utopía filosófica del crimen», y sin ningún rubor asegura que «más de trescientos agentes secretos de la Internacional se han infiltrado en España para perturbar el orden y hacer proselitismo». ¡El movimiento obrero internacional siempre tuvo buenas espaldas! Pero al mismo tiempo, Sagasta se entendía con el Gobierno de Prusia para actuar contra las organizaciones obreras.

La Historia nos enseña también «tremendos hechos revolucionarios» de orígenes oscuros, que sirvieron a la reacción conservadora: la «Mano Negra», en 1882, los sucesos de Jerez, diez años más tarde... y la quema de los conventos en 1931. También se aprende algo sobre ciertas impunidades; evoquemos la multitudinaria protesta de obreros y estudiantes granadinos contra los hermanos La Chica, caciques de aquella ciudad, en febrero de 1919. El gobernador manda que la Guardia Civil sofoque la manifestación, y hay descarga cerrada con «la Universidad acribillada a balazos y la población granadina bajo el peso de un ultraje colectivo» (escritos del rector y de ochenta profesores citado por el historiador Antonio M. Calero). y mueren el estudiante Ruiz de Peralta, el obrero Ramon Gómez y una señora, Josefa González. Romanones, jefe del Gobierno, destituye al gobernador; Pablo de Azcárate (diputado por León y catedrático de Granada) interpela al Gobierno, y el teniente de la Guardia Civil Garate, que mandaba la sección que disparó sobre la Universidad, fue momentáneamente arrestado. No hubo mayor exigencia de responsabilidades. Y natural-

mente -como dice Calero- «fue la derrota del lachiquismo, pero no del caciquismo». La impunidad es rentable.

### El ejemplo de la guerra civil

Los textos presentados en *Cuadernos para el Diálogo* con motivo del XL aniversario de la guerra civil replantean inevitable y directamente el tema de «¿para qué sirve la Historia?». A nivel político la guerra tiene que estar y está superada; pero eso, precisamente, la hace entrar en el dominio de la Historia como objeto de conocimiento científico. Y ahí no caben olvidos, ni justificaciones. ni mucho menos legitimaciones pseudo- históricas de poder. Pienso que el trabajo de Antonio Elorza, en su esencialidad, plantea una línea de investigación histórica cuyo desarrollo no puede ser minimizado.

Hay que preguntarse -escribe Elorza- «por las fuerzas económicas y políticas que hicieron posible tanto la tragedia como la sociedad española de los 40». Y marca líneas de investigación que no vamos a repetir. Es una concepción científica de la Historia frente a la gama de interpretaciones «ideologizadas» de nuestra guerra, desde el triunfalismo (ya desacreditado y sin lenguaje común con la ciencia) hasta esa otra posición de repliegue que consiste en vaciar nuestra tragedia civil de contenido social, en hacer abstracción de las clases sociales, sus intereses, sus alianzas y enfrentamientos, sus expresiones a través de partidos, de grupos de poder, de grupos de presión, etc. Por eso, donde antes se decía, «el Ejército como un bloque se alzó para salvar a España», ahora se dice: «No todos los militares se alzaron, muchos fueron fieles a la República», lo cual es verdad, pero no una verdad suficiente. A esa visión «pseudo-humanista» y abstracta le va bien la afirmación de que hubo masas populares en el Alzamiento; lo

cual, con la sola excepción de Navarra, no resiste a la menor prueba de la Historia. Si las había, ¿dónde lucharon como tales multitudes civiles?, ¿en Barcelona, en Valencia, en Madrid, en Bilbao en Malaga? Porque los hombres del pueblo, sin armas, resistieron dos días a la Legión en el barrio de Triana, más de un mes en las minas de Río Tinto, dos días en La Coruña... por no citar sino donde estaban por inermes. En los días del Alzamiento, los voluntarios civiles se cuentan por centenas (y no muchas) en cada capital, con las excepciones de Navarra, Valladolid y Burgos<sup>[2]</sup>. Es luego, cuando hay frentes, cuando las trincheras están cavadas; se trata de una guerra, con aglutinamiento social en cada bando, con órganos de poder sin duda incoherentes, pero ejerciendo el máximo rigor maniqueo. Entonces sí encuentran los alzados sus «bases sociales» en Castilla, parte de Aragón, la Galicia interior. En Andalucía y Extremadura se apoyarán fundamentalmente en el terror... que también proporciona «voluntarios» a partir del mes de agosto. Pero hay que ir al fondo de la cuestión. ¿Por qué, para qué y para

quién una terrible guerra cuyas reliquias pesan incluso sobre generaciones que no habían nacido entonces? Para eso, y sin el menor espíritu de beligerancia, debe servir la ciencia de la Historia.

### Avance a través de cambios

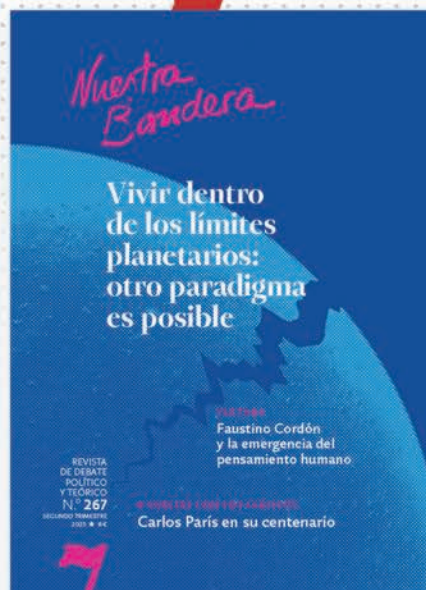
En resumidas cuentas, la Historia, esa memoria social del hombre, existe porque este ha superado el estadio natural, ha creado los medios para subsistir a sus necesidades por el trabajo, ha ido avanzando a través de luchas y contradicciones; en suma, a través de cambios. Si no hubiese cambios, la Historia sería un pasatiempo para ocupar el tiempo libre; pero como hay conflicto y cambio -guste o no guste-, la Historia como ciencia es un instrumento de conocimiento insoslayable. La Historia no es futurología -guardémonos de semejante temeridad-, pero si es una brújula eficaz para orientarse en el presente y sondear el mañana.

M. T. de L.

2.- Que el Alzamiento no tenía carácter popular-civil se comprueba por el apartado 4 de la Instrucción Reservada número 3 del general Mola, que dice así: «Se ha de procurar por todos los medios, en el momento de declararse el estado de guerra, que el Comité Civil tenga preparada gente para que aplauda con entusiasmo a las fuerzas, para que éstas se vean asistidas por el pueblo. Será conveniente que se den vivas al Ejército, a la Marina y a la España republicana (*sic*)». (Enviada la última semana de mayo de 1936.)

# Nuestra Bandera

Revista de debate teórico y político editada por el Partido Comunista de España (PCE)



¡SUSCRÍBETE!

<https://www.pce.es/nuestra-bandera/>

# Una historia total de la lucha por la libertad humana\*

**Sergio Gálvez Biesca**

*Doctor en Historia Contemporánea*

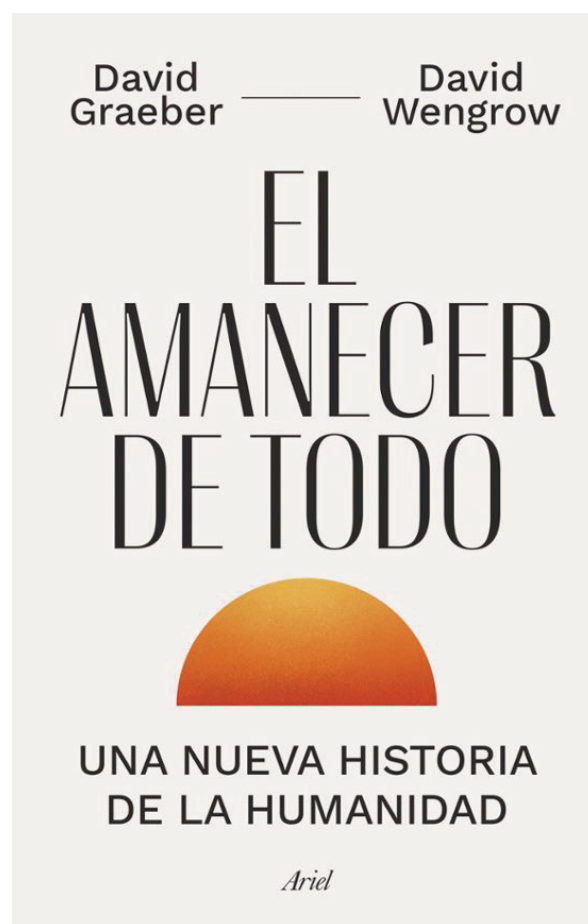
Mucho antes de que se publicara este superventas (11 ediciones y más de 30.000 ejemplares vendidos en España) Vasili Grossman sentenciaría en *Vida y destino*: «La aspiración innata del hombre a la libertad es invencible; puede ser aplastada pero no aniquilada [...]. El hombre no renuncia a la libertad por propia voluntad»<sup>[1]</sup>.

De esto mismo trata el libro: cuándo y por qué renunciamos a la libertad. Y lo que no es menor, cuál ha sido nuestra contribución como científicos sociales a legitimar dicha visión: «La mayoría de las personas que escriben sobre la historia a gran escala parece haber decidido que, como especie, estamos bien estancados, y que no hay huida posible de las jaulas institucionales que nos hemos creado» (p. 616). Una tesis también compartida por otro libro de enorme difusión como ha sido el de Yuval Noah Harari con *Sapiens*<sup>[2]</sup>.

\*Reseña de: David Graeber y David Wengrow, *El amanecer de todo. Una nueva historia de la humanidad*, 6ª ed., Barcelona, Ariel, 2023, 848 págs. Trad. Joan Andreano Weyland

1.- Vasili Grossman, *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, pp. 1111. Cabe recordar que Grossman terminó de escribir este clásico universal en 1960. Traducción de Marta-Ingrid Rebón Rodríguez.

2.- Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses*, Barce-



Antes de argumentar las razones por las que este libro debería figurar en la librería de cualquier historiador (y además si

lona, Debate, 2014, pp. 496. T

es marxista ya está tardando) es necesario hacer tres apuntes. Primero, lees el título, observas la portada y piensas que te encuentras ante una obra de y para evangelistas o cualquier otro tipo de secta similar. Afortunadamente ha funcionado el boca a boca: una garantía ante cierto sectarismo preventivo. Leído y apuntado el libro de principio a final: no es apto para masculinidades tóxicas y seguras de sí mismas. Pues una de las grandes virtudes de la presente monografía es darle una vuelta total al mayoritario consenso historiográfico occidental sobre la evolución humana. La cada vez más cuestionada visión eurocéntrica. Y el tercer apunte tiene que ver con algo tan sencillo como que esta obra debería haber sido escrita por marxistas y, sin embargo, tenemos a un antropólogo norteamericano y anarquista como Graeber y un arqueólogo británico como Wengrow que atizan en la buena dirección, pero con argumentos poco armados, a buena parte de las tesis marxistas primigenias.

El libro ha alcanzado tal éxito —y en ello mucho ha ayudado su excelente traducción al castellano— que tiene hasta una entrada en Wikipedia<sup>[3]</sup>. Lo que nos facilita a internarnos en lo que de utilidad puede tener para los científicos sociales marxistas: 1. La imperiosa necesidad de superar el discurso historiográfico mayoritario o como señalan los autores la *narrativa histórica estándar* (p. 24); 2. La crítica al determinismo histórico. 3. La urgencia de remozar nuestro lenguaje histórico.

El principal punto de debilidad de las historias globales se localiza en la necesidad de contar desde el minuto cero de la humanidad hasta el antes de ayer y además sin pringarse demasiado en debates teóricos y menos

ideológicos. Justo lo contrario de lo que se propone en este libro: todos nuestros análisis están contaminados desde el siglo XVIII, o inclusive antes de la Ilustración, al calor de la influencia de lo aportado por pensadores como Rousseau (quien sale malamente parado capítulo tras capítulo) Hobbes, Turgot, Locke... No nos valen o, mejor dicho, ni siquiera deberían ser un punto de inicio válido de interpretación si queremos superar la mencionada *narrativa estándar*.

Extendiendo, a su vez, la crítica a todas y cada una de las corrientes antropológicas que han contribuido a la teórica superioridad de la visión occidental. «¿Ha mejorado realmente «la civilización occidental la vida de todo el mundo»?», se preguntan al final del primer capítulo. A partir de aquí, se agradece la labor titánica de los autores por llevarse por delante todo el esquema clásico del marco evolucionista de la historia humana, a través de decenas de ejemplos sustentados en los últimos avances arqueológicos.

En términos analíticos lo más interesante es la crítica indigenista a la visión europea y norteamericana sobre la libertad. O, mejor dicho, sobre la historia de la igualdad hasta convertirse en su anverso: la historia de la desigualdad hasta naturalizarse como el único camino posible de evolución.

En la temprana fecha de 1884 Engels se preguntó por el preciso instante en que algún Homo Sapiens Sapiens se apropió de algún objeto de la naturaleza. Momento en que se empezó a torcer la historia de la humanidad<sup>[4]</sup>. Así pues, el gran mérito de esta obra es intentar poner fecha al conjunto de momentos discontinuos que posibilitan trazar el inicio de la historia de la desigualdad, así como sacar del anonimato a los perpetradores y victimarios de este episodio histórico que todo lo cambió.

3.- «El amanecer de todo: Una nueva historia de la humanidad», *Wikipedia*, [https://es.wikipedia.org/wiki/El\\_amanecer\\_de\\_todo:\\_Una\\_nueva\\_historia\\_de\\_la\\_humanidad](https://es.wikipedia.org/wiki/El_amanecer_de_todo:_Una_nueva_historia_de_la_humanidad) (consulta 2 de noviembre de 2025).

4.- Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1ª edición de 1884.

El libro también sirve como guía de viajes a través de civilizaciones conocidas y la mayor parte desconocidas para cualquier europeo medianamente informado. Con otro punto a su favor: desmontar el clásico punto de arranque de todas y cada una de las civilizaciones en Mesopotamia y, de este modo, equilibrar la contribución de pueblos indígenas como los yanomami para entender algo tan básico como la lucha por la libertad y la autonomía de sus modelos de existencia. Ya es hora de ensanchar nuestros horizontes temporales y geográficos y de paso adquirir un poso esencial sobre los avances arqueológicos de estas tres últimas décadas.

*El amanecer de todo* evidencia que no necesariamente deberíamos haber terminado viviendo en este estado de desigualdad estructural tan propio del sistema capitalista. Dos reflexiones de calado al respecto: primero, estamos ante una obra que destroza cualquier posible determinismo historicista y que tal como afirmó Paco Erice —en el que es uno de los mejores libros de estas últimas décadas— constituye uno de los buhos menos desmentidos acerca del análisis histórico de Marx<sup>[5]</sup>.

La Historia —sí, con la «H» en mayúscula— no es una sucesión de etapas marcadas por leyes, con un orden y una sucesión en fases claramente identificables. El mejor ejemplo es cuando se presenta la agricultura como el actor histórico *presuntamente* culpable del inicio de esta historia de la desigualdad o de la palabra maldita «propiedad privada»:

«Está claro que ya nadie usa frases como Revolución Agrícola a la hora de enfrentarse a procesos de una duración y complejidad tan desmedidas. Y dado que no hubo nin-

gún estado endémico inicial desde que los primeros agricultores pudieran dar sus primeros pasos en el camino a la desigualdad, tiene inclusive menos sentido hablar de la agricultura como culpable de los orígenes de la jerarquía social de la desigualdad y de la propiedad privada» (pp. 308-309).

En este preciso punto nos gustaría dejar constancia de que pudiendo compartir ampliamente las conclusiones, otra cuestión radicalmente diferente es el camino recorrido hasta las mismas: las hipótesis de trabajo que sustentan el marco teórico y metodológico propuestos resultan, en ocasiones, demasiado forzadas ante hechos tozudos, aunque los autores también son conscientes de estas limitaciones y así lo dejan explicitado. En cualquier caso, debe tenerse presente que no se trata de una monografía académica al uso sino de un libro de difusión.

Obligado es compartir el llamamiento a «hacer mejores preguntas» (p. 603). A alejarse del tradicional marco repleto de prejuicios con el que iniciamos cualquier investigación o la simple pregunta de cómo hemos llegado hasta aquí. A despegarnos de la «afinidad espontánea con la versión trágica de la historia». A salirnos del canal por el que ha transcurrido la teoría social mayoritaria desde el siglo XIX. A desligarnos de ese bucle indefinido que trata de auto vincularnos a formar parte del «progreso de la civilización occidental [que] hace inevitablemente más feliz, más rico y más seguro a todo el mundo» (p. 604). Tremendo error:

«No explica por qué la civilización no se expandió, sencillamente, por propia voluntad, es decir, por qué las potencias europeas se habrían visto obligadas a pasar los últimos 500 años, aproximadamente, apuntando armas a la cabeza de las personas para obligarlas a que la adopten» (pp. 603-604).

5.- Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Madrid, Siglo XXI, 2020. Obra reseñada por el autor en *Segle XX: Revista Catalana d'història*, nº 14 (2021), pp. 279-282.

O expuesto también con las propias palabras de los autores: a evitar la «trampa evolucionista que damos por sentado que debe llevar, inevitablemente, de la agricultura al surgimiento de algún Estado o imperio todopoderoso, sino que, al hacerlo, [los indígenas norteamericanos] desarrollaron sensibilidades políticas que acabarían teniendo una enorme influencia en los pensadores de la Ilustración [...]» (p. 601).

La última utilidad que se ha de extraer de este libro es repensar radicalmente el lenguaje con el que analizamos nuestro ecosistema y abordamos la reconstrucción de lo histórico. En esta senda, existe un #error del sistema cuya peligrosidad desconocemos y/o ignoramos deliberadamente y que nos inhabilita para repensar el futuro. Nos referimos a lo que denominan el «lenguaje imperial, y el lenguaje implica ya una explicación, incluida una justificación». Para, a continuación, atizar con toda la necesaria crueldad la influencia «del Derecho Romano» (p. 622).

Lo anterior, de forma directa, nos traslada a cómo se ha construido la teoría social en la que nos vemos reflejados de una u otra forma. Hasta el extremo de cómo la «ciencia social ha sido en gran parte un estudio de las maneras en que los seres humanos no son libres: el grado en el que, se puede decir, nuestras acciones y nuestro entendimiento han sido determinados por fuerzas más allá de nuestro control» (p. 610). A eso se refieren cuando hablan de hacer frente a la *narrativa única* a la par que calibrar la palabra *sentido común*. A modo de ejemplo: «Palabras de este tipo (como *civilización*) están tan lastradas con una mochila histórica que la mayoría de los arqueólogos y los antropólogos retroceden instintivamente ante ella y los historiadores tienden a limitar su uso a Europa» (p. 638).

Las seiscientos cuarenta y una páginas que conforman el cuerpo central de la obra

deben leerse con una mentalidad lo más abierta posible. ¿Por qué? Sus enseñanzas son esenciales para nuestro negociado: la elaboración de argumentos sólidos desde el materialismo histórico para reconstruir el pasado con vistas a transformar nuestro presente vivido bajo condiciones nuevas y socialmente justas.

Un último apunte acerca de la potencialidad de lo escrito por Graeber y Wengrow es el de sacar de los márgenes de la Historia el papel que ha jugado, a lo largo de miles de años, la política de cuidados, así como su anverso, los orígenes y la dominación del patriarcado. Lo que ahora sí nos permite esbozar dos ideas-fuerza claves a modo de cierre. La primera es volver a repensar: «¿cómo nos quedamos atascados en una forma de realidad social, y cómo acabaron relaciones basadas, en última instancia, en la violencia y la dominación normalizadas en esa realidad social?» (p. 634). Regresar a los orígenes de la Revolución Industrial y quedarnos en el continente europeo ya no es una opción interpretativa válida.

Este libro nos invita a imaginar futuros posibles desde una Historia que nunca fue lineal, lo que conecta con otra idea-fuerza a incorporarse en nuestra agenda de mañana mismo: la obligación político-ética para quien militamos en el materialismo histórico de formar parte, tal y como nos invitaba Josep Fontana, del «proyecto social en el que el historiador inscribe su tarea»<sup>[6]</sup>. En paralelo debemos seguir con la tarea de resignificar políticamente la palabra «utopía»<sup>[7]</sup> como nos pidió Fernández-Buey en una de sus últimas obras.

De modo que para afrontar estas tareas convendría grabarse a fuego las siguientes palabras de Graeber y Wengrow:

6.- Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.

7.- Francisco Fernández-Buey, *Utopías e ilusiones naturales*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, pp. 336.

«Si algo fue terriblemente mal en la historia de la humanidad [...] tal vez comenzó a ir mal precisamente cuando la gente empezó a perder la capacidad de imaginar y representar otras formas de existencia, hasta el

punto que hoy en día hay quien cree que este tipo de libertad, en particular, nunca existió o apenas se ejerció durante buena parte de la historia de la humanidad» (p. 614).

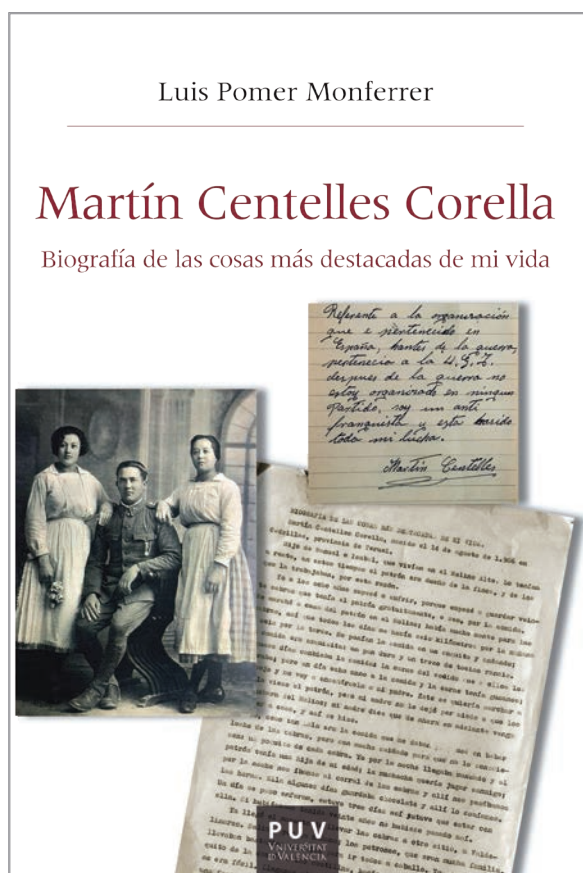
# Escritura, testimonio e intermediación. La vida de Martín Centelles Corella: carpintero, comunista, guerrillero y exiliado\*

Mario Bueno Aguado  
Universidad Carlos III de Madrid

En su vejez, en la localidad francesa de Nyons, Martín Centelles Corella (1906-1998) dedicó un importante esfuerzo a relatar «las cosas más destacadas» de su vida. Él mismo repasó toda su experiencia vital a través de la escritura: la historia de un militante comunista en el «siglo XX corto» español. No era la primera vez que Martín hacía un ejercicio de poner su vida por escrito: ya en 1953 había tenido que elaborar una autobiografía a petición de la dirección de su partido —el PCE—, cuando se exilió en Francia, siendo esta una práctica habitual en la cultura comunista de la primera mitad del siglo XX<sup>[1]</sup>. Sin embargo, y como ocurrió con tantos otros camaradas, Martín no conservó el texto, sino que este quedó a disposición exclusivamente de la dirección del Partido. Hoy en día aún se

\*Reseña de: Luis Pomer Monferrer, *Martín Centelles Corella. Biografía de las cosas más destacadas de mi vida*, Valencia, PUV, 2024, 214 pp

1.- Sobre estas prácticas se ha investigado con profundidad en el caso francés e italiano, véase: Claude Penner, y Bernard Pudal (dirs.): *Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste*, París, Belin, 2002; y Mauro Boarelli, *La fabbrica del passato. Autobiografie di militante comunisti (1945-1956)*, Milán, Feltrinelli, 2007.



puede consultar en el AHPCE una copia microfilmada de las dieciocho hojas en las que Martín relató su historia<sup>[2]</sup>.

2.- Rufo, «Biografía-informe de Rufo», s.f. [¿1953?], Nacio-

Quizás fuera porque Martín Centelles Corella no conservara aquel escrito, quizá porque quería relatar su vida por su voluntad propia, sin que mediara una petición de su partido, para dar cuenta de los sucesos que le tocó vivir y cómo actuó él ante los mismos. La cuestión es que Martín volvió a coger la pluma y redactó un texto titulado *Biografía de las cosas más destacadas de mi vida*.

El inicio de este texto es estremecedor. En él, Martín detalla lo siguiente: «Yo a los ocho años empecé a sufrir», definiendo cómo las circunstancias familiares le obligaron a abandonar la escuela y cuidar las cabras de un patrón a cambio de comida. Se puede decir que, desde los ocho años, Martín fue adquiriendo una conciencia de clase que le marcaría la vida. Los acontecimientos transcurren rápidamente y Martín los apuntaba en los folios con los que componía su historia de vida. Comenzando por su juventud en Cedrillas (Teruel), sus primeros trabajos como carpintero y su boda con Inocencia García Escriche, e incluyendo sus memorias sobre el golpe de Estado y cómo consiguió salvar la vida, así como su implicación en labores de intendencia en el Ejército Popular. Posteriormente, relata la represión de posguerra y su implicación política en la clandestinidad, así como las consecuencias de vivir en una zona de actividad guerrillera, la paliza y tortura que le propició la Guardia Civil que casi le deja moribundo. Destaca asimismo la milagrosa huida «descalzo y sin uñas en los pies» del cuartel de la Benemérita para conseguir enrolarse en la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA), donde adoptó el nombre de «Fernando» y, posteriormente, «Rufo». Martín narra también su paso por esta organización, la huida a pie a Francia, su estancia clandestina en el país galo.

nalidades y regiones/Levante, sig. jackets. 895-896, AHPCE.

Tras establecerse legamente en Francia, Martín permaneció en dicho país y no volvió a España hasta que se produjo la muerte del dictador, momento en el que escribió a sus familiares residentes en España, en contestación a una felicitación navideña. En su carta, Martín mostró su interés por visitar su país de nacimiento, aunque no mencionó nada sobre los eventos históricos que podrían motivar tal decisión. En este viaje conoció a su sobrino-nieto, Luis Pomer Monferrer (a) «Luisito» (así le llamaba Martín), en el momento en el que éste cursaba el Bachillerato. Los viajes de Martín a España en su propio coche se fueron repitiendo todos los veranos y pronto empezó a entablar una profunda y especial relación con Luis. Fruto de esta complicidad, comienza la historia del libro que estamos reseñando, tal y como relata Pomer Monferrer:

«A principios de los ochenta, en la época en la que yo estudiaba Filología en la Universitat de València, me entregó un manuscrito titulado *Biografía de las cosas más destacadas de mi vida* para que lo corrigiera: además de la connivencia que se estableció entre nosotros, yo fui el primer miembro de la familia en cursar estudios superiores. Así lo hice: le pasé una copia corregida y me quedé con otra» (p. 15).

Martín acababa de convertir a Luis en el heredero de su trayectoria política y, particularmente, en intermediario de su testimonio. Como destaca Luis Pomer Monferrer, esto no se debió solo a esa especial relación que establecieron ambos, sino que quizás también influyó que fuera el primer miembro de su familia en cursar estudios superiores. Como ha analizado uno de los estudiosos de las escrituras testimoniales de carácter subalterno, John Beverley, estos productos

escritos, al ser elaborados por personas que poseen competencias lecto-escritoras limitadas, o que no tienen contactos con el mundo cultural o editorial, precisan de un interlocutor culturalmente autorizado que ayude a sus autores a dar cuerpo a su relato y a colocarlo en la esfera pública<sup>3</sup>. Estamos, por tanto, ante la culminación de la misión de Luis Pomer Monferrer — profesor de Filología Latina en la Univesitat de València— como intermediario del testimonio de su tío-abuelo Martín Centelles Corella, un texto que ahora mismo está a disposición del público general, mientras que con anterioridad a esta publicación solo pudo ser consultado por historiadores especializados en la guerrilla antifranquista. Como relata Pomer Monferrer, «[t]odos [estos historiadores] han incluido en sus trabajos diversos fragmentos. Cada vez que leo en una de estas obras «biografía inédita» me oprime el dolor de no haber podido publicarla en vida de Martín, una pena que llevaré conmigo hasta el final de mis días» (p. 16).

El autor/intermediario es muy honesto con respecto a su intervención en el manuscrito de Martín, destacando de su labor lo siguiente:

«Por lo que respecta al modo de transcribir el relato, corregí todas las faltas de ortografía, abundantes como es lógico, pero mantuve el estilo del original, caracterizado por el continuo empleo del estilo directo para reflejar el contenido de las conversaciones, la ausencia de subordinación, con frases muy cortas normalmente yuxtapuestas o a lo sumo coordinadas, y la repetición de palabras. También conservé, en la medida de lo posible, la puntuación, siempre que la

redacción fuera inteligible y correcta. Pese a que no se trata de un texto pulido, se nota que Martín había sido instruido para redactar informes, pues una de las consignas del PCE para miembros de la guerrilla era dar cuentas de las acciones y valorar a sus componentes. Como él dice, pudo ir poco a la escuela, pero «aprendió letra» en el servicio militar» (p. 16).

Aquí el autor se posiciona a favor de respetar lo más fielmente posible la redacción del original, algo que no siempre es habitual en libros testimoniales de este tipo, donde el intermediario en ocasiones trata de «reescribir» el relato, modificándolo y adulterándolo en función de distintos intereses, creyendo que de esta manera se «hace justicia» al testigo. Pomer Monferrer, por su parte, considera —acertadamente, a nuestro juicio— que la mejor muestra de respeto al autor es conservar lo máximo posible el contenido original de su *Biografía* y su estilo y forma de narrar su vida.

El libro *Martín Centelles Corella. Biografía de las cosas más destacadas de mi vida* recoge, por lo tanto, ese genuino texto escrito por el exguerrillero comunista en su exilio en Francia. Pero no acaba ahí este objeto cultural. La *Biografía*, con anotaciones y notas críticas de Pomer Monferrer, ocupa realmente una parte muy reducida del libro, concretamente entre las páginas 131 y 164. A este texto hay que sumarle otra serie de escritos: se incluye un anexo con la biografía-informe que Centelles Corella (a) «Rufo» redactó al PCE relatando su vida y su trayectoria político-militar (pp. 165-184); además, aparece un segundo anexo con las cartas familiares que Martín mandó a sus sobrinos desde Francia (pp. 185-198); y un tercer anexo con un árbol familiar. Entre todos estos materiales, destaca la reconstrucción minuciosa de todos los avatares históricos

3.- John Beverley, «Anatomía del testimonio», en John Beverley, *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, Prisma Institute, 1987, pp. 153-168.

de Martín Centelles Corella que Luis Pomer Monferrer realiza en un amplio estudio sobre la vida de su tío-abuelo (pp. 27-132). Para realizar esta tarea, el autor-intermediario recorrió todos los lugares que narró «Rufo» en su *Biografía*, acudiendo a las diferentes aldeas, pueblos, cuarteles de la Guardia Civil, cárceles, bosques o masías, para poder impregnarse de todo el itinerario vital de su familiar. De la misma forma, visitó los distintos archivos y centros de documentación para recopilar la documentación sobre Martín, así como la de todos sus compañeros de armas, y de esta forma reconstruir su historia de vida de la forma más detallada posible, con un nivel de minuciosidad extraordinario. Este estudio introductorio da cuenta de este trabajo con una importante selección de fotografías tanto de personas como de documentos. Sin duda, el formato libro

quedó corto, por lo que muchas de ellas, que no están en el original, se pueden consultar en la página web de la editorial<sup>[4]</sup>. Se trata de un trabajo de toda una vida por visibilizar ante una España desmemoriada la historia particular, pero también colectiva, de la lucha de Martín y sus camaradas contra la dictadura y por la democracia.

Finalizamos esta reseña recordando la frase del veterano militante comunista Silvano Morcillo que generó un profundo impacto en el aragonés Manuel Gil Prieto. Morcillo, destacó sobre sus actos que: «[s]i alguna vez se escribe la historia del partido se dirá «gracias a Mengano, Fulano, Zutano y a etcétera, etcétera, etcétera». Pues en esos etcéteras estaremos nosotros»<sup>[5]</sup>. Gracias al trabajo de Luis Pomer Monferrer, se pone de manifiesto que el nombre de uno de «esos etcétera» es, sin duda, Martín Centelles Corella.

---

4.- Publicacions de la Universitat de València, «Martín Centelles Corella, galería de imágenes», enlace, <https://puv.uv.es/martin-centelles-corella-galeria-de-imagenes>

5.- La cita procede de Manuel Gil y Javier Delgado, *Recuerdo rojo sobre fondo azul: luchas obreras en Zaragoza, 1940-1975*, Zaragoza, Mira, 1995. Esta cita encabeza el libro de Fernando Hernández Sánchez: *El Torbellino Rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, Barcelona, Pasado&Presente, 2022. Manuel Gil Prieto se casó con Esperanza Martínez, compañera de Martín en la AGLA.

# Obreros, estudiantes, mujeres y cultura: voces de la Zaragoza antifranquista\*

Jordi Sancho Galán

Universitat Autònoma de Barcelona

La obra colectiva *Lucha y movilización en la Zaragoza del franquismo, 1958-1978* representa una aportación relevante en la historiografía sobre la oposición a la dictadura en España al situar a Zaragoza, hasta ahora en buena medida relegada a un lugar periférico en los grandes relatos, en el centro de un análisis global y coral sobre los movimientos antifranquistas. Coordinado por Sergio Calvo, Cristian Ferrer e Iván Romero y publicado por la Institución «Fernando el Católico» y Prensas de la Universidad de Zaragoza, el volumen compila las investigaciones de una nueva generación de historiadores que, a partir de sus trabajos de máster y doctorado, han logrado ofrecer un panorama multifacético de la contestación política, social y cultural en la capital aragonesa entre finales de los años cincuenta y los inicios de la transición democrática.

La carencia de estudios previos sobre Zaragoza hacía necesario un proyecto de estas características. A diferencia de ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao o Gijón, que cuentan hoy en día con bibliografía sobre su papel en el antifranquismo, la capital aragonesa había permanecido a la sombra, pese a su importancia como núcleo industrial, universitario y cultural en

Reseña de Sergio Calvo Romero, Cristian Ferrer e Iván Romero (coords.), *Lucha y movilización en la Zaragoza del franquismo, 1958-1978*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023. 302 pp



el tardofranquismo. El libro viene a subsanar este vacío con una doble ambición: por un lado, aportar novedad empírica a través de fuentes primarias, entrevistas y documentación inédita; por otro, alcanzar a un público amplio mediante un estilo claro y una estructura pensada para la divulgación. Como señalan los coordinadores en la introducción, el antifranquismo puede entenderse como un auténtico «supramovimiento social», un espacio plural en el que

se entrelazaron luchas y trayectorias diversas en torno al objetivo común de derribar la dictadura; es, pues, esa coralidad la que busca y consigue transmitir la obra.

El volumen se abre con el prólogo de Carlos Forcadell, historiador y a la vez protagonista de aquel tiempo como estudiante represaliado, quien aporta un testimonio valioso y establece un puente entre la memoria personal y la historiografía académica. Su voz sirve de apertura a los cuatro capítulos que conforman el volumen, todos ellos firmados por autores especializados en los campos que abordan, lo que constituye uno de los mayores aciertos de la obra: la selección de investigadores capaces de combinar solvencia académica y claridad expositiva.

El capítulo inicial, escrito por Cristian Ferrer García y María José Esteban Zurriaga, se centra en la movilización obrera y constituye una muy buena aportación para comprender cómo Zaragoza se convirtió en uno de los escenarios más relevantes de conflictividad laboral en el segundo franquismo. Ambos autores, con una trayectoria de investigación ligada al estudio de Comisiones Obreras y a las redes sindicales locales, reconstruyen la evolución de la clase trabajadora desde la rígida Ley de Reglamentaciones de 1942 hasta el nuevo marco que abrió la Ley de Convenios Colectivos de 1958. Subrayan la importancia de los sectores católicos, en particular la HOAC, la JOC y los sacerdotes obreros, en la formación de una conciencia reivindicativa, así como la acción del PCE en la creación de Comisiones Obreras. La célebre asamblea de Torrero de 1968 y las huelgas de los setenta ilustran tanto el auge de la protesta como la capacidad represiva del régimen, y permiten a Ferrer y Esteban mostrar el entrelazamiento entre represión y solidaridad, donde el Movimiento Democrático de Mujeres o las asociaciones de cabezas de familia desempeñaron un papel de apoyo fundamental.

El segundo capítulo, a cargo de Sergio Calvo Romero y Miguel Lázaro Arnal, analiza la movilización universitaria, un ámbito que ambos autores han trabajado en profundidad en sus respectivas investigaciones. Calvo y Lázaro describen con detalle cómo la Universidad de Zaragoza, desde mediados de los sesenta, se convirtió en un laboratorio de contestación política. Facultades como Medicina, Filosofía y Ciencias se erigieron en focos de protesta, primero bajo la dirección del PCE y después con la irrupción de grupos a su izquierda, como el Movimiento Comunista o la Larga Marcha Hacia la Revolución Socialista. Los autores destacan la ruptura generacional en un contexto en el que la juventud estaba llamada a ser garante de la continuidad del régimen y acabó constituyéndose en su principal fuerza de deslegitimación. El análisis de la protesta contra la Ley General de Educación y de la incorporación del profesorado no numerario, precarizado y politizado, aporta una visión compleja de la universidad como espacio de resistencia. Además, casos como el paro absoluto tras el asesinato de Puig Antich en 1974 subrayan la capacidad de movilización estudiantil y la politización de un movimiento frente al cual las autoridades recurrieron al cierre de facultades y a duras medidas represivas hasta el último de sus días.

El tercer capítulo, firmado por Irene Abad Buil y Sandra Blasco Lisa, supone un aporte fundamental al situar a las mujeres en el centro de la lucha antifranquista zaragozana. Ambas autoras, especialistas reconocidas en el estudio de la represión y de la movilización femenina, reconstruyen el itinerario que va desde la acción de las «mujeres de preso», en torno a las cárceles y en solidaridad con los detenidos, hasta la configuración de un feminismo autónomo en la segunda mitad de los setenta. Figuras como Agustina Zalaya, Victoria Martínez o

Maruja Cazcarra simbolizan ese tránsito, que Abad y Blasco describen como un proceso de politización creciente: de un compromiso ligado a la condición de esposas o madres de represaliados a una conciencia feminista en sí misma, centrada en problemáticas específicas como la discriminación laboral o la doble jornada. El capítulo aborda también la conexión de estas mujeres con otros movimientos —vecinal, estudiantil, obrero— y concluye con la fundación en 1976 de la Asociación Democrática de Mujeres Aragonesas, hito de la articulación del feminismo en Aragón.

El cuarto y último capítulo, elaborado por Iván Romero Catalán y Ana Asión Suñer, se adentra en la dimensión cultural de la disidencia, un terreno que ambos autores conocen de primera mano por sus trabajos sobre prensa, censura y cultura audiovisual. Romero y Asión trazan una cartografía de los espacios de sociabilidad cultural que acogieron la oposición: las librerías Hesperia y Pórtico, objeto de la violencia de la extrema derecha, las revistas culturales y, sobre todo, *Andalán*, dirigida por Eloy Fernández Clemente, que se convirtió en la publicación de referencia para el antifranquismo aragonés. El capítulo analiza también el papel del Teatro de Cámara de Juan Antonio Hormigón, de la canción de autor con José Antonio Labordeta o Joaquín Carbonell a la cabeza, y de las artes plásticas y cinematográficas locales, que sirvieron para tensar los límites de la censura y abrir grietas en la hegemonía cultural del régimen. La defensa de la identidad aragonesa y la emergencia de nuevos lenguajes artísticos son presentadas como elementos de un proceso de politización cultural inseparable de la lucha democrática.

En conjunto, el volumen muestra cómo Zaragoza fue escenario de un entramado de movilizaciones que, más allá de sus particularidades, se insertan en un mismo

campo de lucha: el de un antifranquismo plural y transversal que unió a obreros, estudiantes, mujeres y creadores culturales. La propuesta interpretativa de los coordinadores, entendiendo el antifranquismo como un supramovimiento social, resulta especialmente sugestiva para comprender la interrelación de los diferentes sectores y la transmisión intergeneracional de la memoria de la guerra y la represión. El libro evidencia también los límites y tensiones de esa movilización: la represión, la dificultad de articular un proyecto común de futuro o el fracaso de la huelga general de 1976, que mostró la imposibilidad de forzar una ruptura política desde la oposición social.

La valoración de esta obra no puede ser sino altamente positiva. Se trata de una contribución pionera que viene a cubrir un vacío historiográfico evidente, sustentada en un trabajo sólido con fuentes primarias y en la participación de un conjunto de especialistas cuidadosamente seleccionados. Su claridad narrativa y su voluntad divulgativa convierten el volumen en una lectura accesible sin renunciar a la densidad analítica, lo que lo hace igualmente provechoso para investigadores y para un público amplio interesado en la historia reciente. Entre sus limitaciones destaca la ausencia de un capítulo específico dedicado al movimiento vecinal, aunque, sin embargo, queda en buena medida compensado por la atención transversal que recibe en los distintos apartados. Esa laguna, lejos de restar valor al libro, por el contrario, señala la existencia de futuras líneas de investigación que permitirán seguir enriqueciendo el conocimiento sobre la movilización antifranquista.

En conclusión, *Lucha y movilización en la Zaragoza del franquismo*, cumple con creces el objetivo de reunir en una misma obra el conjunto de la movilización antifranquista

en la ciudad, ofreciendo al mismo tiempo un análisis pormenorizado de cada uno de sus agentes. La obra combina con acierto su carácter de síntesis divulgativa con una notable solidez investigadora, asentada en el uso sistemático de fuentes primarias y en un conocimiento profundo de la bibliografía existente. El volumen muestra cómo, a lo largo de la dictadura, las distintas formas de oposición fueron tejiendo vínculos de solidaridad entre obreros, estudiantes, mujeres y agentes culturales, en torno a la doble

aspiración de acabar con la dictadura y de mejorar las condiciones de vida de las clases subalternas. Ese proceso, lejos de ser lineal, estuvo marcado por tensiones, debates y fracturas, lo que refuerza la riqueza interpretativa del libro. Se trata, en definitiva, de una aportación valiosa al estudio del antifranquismo desde lo local, que no hace más que confirmar la necesidad de integrar las dimensiones locales y regionales para conformar un cuadro más completo y matizado de la oposición a la dictadura en España.

# III Congreso de Historia del PSUC

30 de septiembre y 1 d'octubre de 2026. Barcelona, Museu d'Història de Catalunya

En julio de 2026 hará 90 años de la fundación del Partit Socialista Unificat de Catalunya, un hecho fundamental en la historia de Cataluña, del movimiento obrero y de la izquierda. La rebelión militar y fascista aceleró el proceso de unificación que desde meses habían emprendido cuatro partidos marxistas, para dar lugar a una formación unitaria y revolucionaria que, desde el primer momento, se situó a la cabeza de la defensa de la democracia y de los intereses de las clases populares. Por ese motivo se ha decidido convocar el Tercer Congreso de Historia del PSU de Cataluña, cuyas sesiones se celebrarán el 30 de septiembre y el 1 de octubre de 2026. El Comité organizador anima a participar en él de manera activa mediante la presentación de comunicaciones que aborden desde cualquier perspectiva la historia del PSUC y sus militantes. Las comunicaciones habrán de presentarse antes del 30 de mayo a la dirección de correo: [manel.lopez@udl.cat](mailto:manel.lopez@udl.cat) en formato PDF incluyendo título, resumen (100 palabras máx.) y breve CV del autor/a o autores.



ASSOCIACIÓ CATALANA  
D'INVESTIGACIONS  
MARXISTES

## ¿Hacia la tumba del mito de la Transición? Del movimiento memorialista al 15M, las grietas para la memoria democrática

Leila Tazir

Universidad Evry Paris-Saclay

### Introducción. «Las tachaduras» de la memoria histórica y democrática española

En este texto, nos preguntamos cómo el movimiento memorialista y el 15M participaron en romper el relato oficial de la Transición de 1978, exponiendo sus contradicciones. En 2011, el 15M canalizó el descontento hacia la democracia representativa y la gestión política de la crisis económica, evitando al principio referirse a luchas anteriores. Sin embargo, durante las acampadas, emergieron demandas vinculadas a la memoria histórica, gracias a la labor del movimiento memorialista que se consolidó al inicio de los 2000. Lejos de ser unos fenómenos aislados, ambos movimientos participan en desestabilizar la narrativa hegemónica de la Transición, evidenciando sus carencias. Estas luchas y sus herencias protagonizan una memoria democrática del relato nacional contemporáneo<sup>[1]</sup>.

1.- Agradezco a Miguel Ángel Peña Muñoz la relectura de este texto.

En *Mémoires des esclavages*, el filósofo y novelista Édouard Glissant escribió: «Las memorias nos atormentan cuando la memoria colectiva ha sido tachada»<sup>[2]</sup>. En un contexto sociohistórico completamente distinto, las «tachaduras» de la memoria colectiva española contemporánea son numerosas. En primer lugar, son productos del silencio impuesto por los vencedores franquistas a los republicanos, con sus memorias vencidas y silenciadas durante 40 años de régimen dictatorial. En segundo lugar, la Ley de Amnistía, reivindicada por la oposición antifranquista y aprobada durante la Transición democrática (1977)<sup>[3]</sup>, se convirtió de hecho en un «pacto de olvido».

El historiador Paul Preston estima la cifra de 200 000 víctimas de 1936 a 1945, pero

2.- Traducción propia de «Les mémoires nous taraudent, quand la mémoire collective a été raturée». Glissant, Édouard, *Mémoires des esclavages*, NRF, Gallimard, 2007, p. 167.

3.- Vidal-Beneyto, José, «La construction de la mémoire collective: Du franquisme à la démocratie». *Diogène*, n° 201, (2003), pp. 17-28 y el documental *El Silencio de Otros* (2018), dirigido por Almudena Carracedo y Robert Bahar.

es solo una estimación, ya que el número de desaparecidos y de fosas comunes sigue siendo en parte desconocido<sup>[4]</sup>. Además, la represión siguió hasta el final de la dictadura, con la condena a muerte de cinco de sus jóvenes miembros de ETA y del FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota), ejecutados en septiembre de 1975, dos meses antes de la muerte de Franco<sup>[5]</sup>.

En el pensamiento del historiador Pierre Nora, existe un profundo vínculo entre el advenimiento de la memoria y el tiempo presente. Según él, que conceptualizó los lugares de la memoria: «El advenimiento de la memoria se encuentra, me parece, en la encrucijada de dos grandes fenómenos históricos que dejan su huella en la época: un fenómeno temporal y un fenómeno social<sup>[6]</sup>». El hecho de que el movimiento memorialista se desarrollara a partir del 2000 no es casual: si no hubo críticas por la no derogación de la Ley de Amnistía cuando la izquierda llegó al poder en 1982, fueron sus descendientes los que abrieron el camino. Diferentes trabajos<sup>[7]</sup> mostraron la labor del movimiento memorialista para fisurar este mito de la Transición como modelo de paso de una dictadura hacia una democracia, que no fuera solo representativa de los intereses de la burguesía y de cierto conservadurismo.

4.- Preston, Paul, *Une guerre d'extermination, Espagne (1936-1945)*, Belin, coll. «Contemporaines», 2016.

5.- Ladrón de Guevara Pascual, Carmen, «Septiembre de 1975: los Consejos de guerra a los miembros del FRAP», *Historia del presente*, Vol. 45, 2025, pp. 75-91.

6.- Traducción propia de: «L'avènement de la mémoire est au croisement, me semble-t-il, de deux grands phénomènes historiques qui donnent leur marque à l'époque: un phénomène temporel et un phénomène social». Nora, Pierre, «L'avènement mondial de la mémoire», 2002. *Mémoires d'Indochine. Indomémoires*, 28/09/2012 [[en línea](#)].

7.- García Colmenares, Pablo, *La memoria histórica en España, Del movimiento memorialista a la conciencia histórica*, Universidad de Valladolid, 2021; Françoise Dubosquet Lairys Carmen Valcárcel (coord.) *Memoria(s) en transición. Voces y miradas sobre la Transición española*, Madrid, Visor Libros, 2018.

En este texto, abordamos el 15M como momento pivote de esta brecha sobre el relato nacional, que ha protagonizado antes y después numerosos combates del movimiento memorialista, con los desafíos de reparación, verdad y justicia frente a la supuesta simetría entre víctimas, reconocido por la ONU<sup>[8]</sup>.

¿Cómo el fenómeno social que constituyó el 15M interactuó con el movimiento memorialista fomentando un relato crítico hacia la Transición democrática? Primero nos centramos sobre una secuencia del 15M: del 15 al 21 de mayo de 2011 veremos cómo las cuestiones de memoria histórica y las fragmentaciones ideológicas de la sociedad española resurgen rápidamente en el debate público desde las mismas acampadas. Interrogando la falta de referencias a las luchas nacionales españolas por los protagonistas del 15M, analizaremos en la segunda sección que este hito del 15M marca precisamente una nueva referencia en el relato de la historia española contemporánea, como basculador de ciertas representaciones hacia la Transición, la democracia y sus memorias.

### **Del 15 de mayo de 2011 al movimiento 15M, la memoria histórica resurge**

Sin poder desarrollarlo aquí, no existe un único acontecimiento que produce el 15M, las razones estructurales de la ira y de la indignación popular al origen de este movimiento son multifactoriales, condicionadas a la vez al capitalismo global y el estallido de la crisis a partir de 2007 y a la propia socio-historia española, más concretamente en sus relaciones de poder con el derecho al trabajo y a la vivienda.

8.- Naciones Unidas, «Informe del Relator Especial sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición, Pablo de Greiff. Misión en España». Asamblea General, Consejo de Derechos Humanos, 27º período de sesiones, Tema 3 de la agenda, 22/07/2014.

Iniciado bajo el Gobierno socialista en mayo de 2010, el costoso rescate económico de las cajas de ahorros y de muchas otras entidades bancarias por parte del Estado español, unido a imperativos tecnocráticos europeos que hicieron difícil disimular las medidas de austeridad presupuestaria y los recortes financieros de los servicios públicos, provocaron una profunda desafección política, «el malestar de la democracia»<sup>[9]</sup>, acentuando la distancia y la falta de sentido de la representación entre estos individuos decepcionados y enfadados, hacia los políticos electos, que no les representaban. En general, tienen en común la oposición a la mercantilización de los servicios públicos junto a la protección de los derechos de los trabajadores, parados, pensionistas, así como una valoración negativa de las opciones de política económica (inter)nacional tomadas antes, durante y después del estallido de la burbuja inmobiliaria y especulativa a partir de 2007, que tuvo consecuencias sociales y humanas dramáticas<sup>[10]</sup>. Al principio de 2011, los iniciadores de la plataforma Democracia Real Ya (DRY) difunden su manifiesto, empezando por reconocerse como «gente normal y corriente», «como tú». El alcance o capacidad inclusiva de la plataforma se pone de relieve con dos lemas unificadores: «No somos mercancías en manos de políticos y banqueros»: que sumaría el principio de diversidad del movimiento<sup>[11]</sup> y el «Sí se puede, ¡democracia real ya!» que podría resumir el principio de identidad del movimiento, gente que cree

que una democracia más cercana a la soberanía popular es posible. El 8 de marzo de 2011, la plataforma DRY publicó su primer vídeo en YouTube<sup>[12]</sup>. En un clip de menos de 50 segundos en el que aparecen primero José Luis Rodríguez Zapatero y después Mariano Rajoy, el mensaje llama a los espectadores a «mostrar su rabia contra esta falsa democracia, contra el PPSOE», y les emplaza a «salir a la calle el 15 de mayo de 2011». El 11 de mayo de 2011, el grupo Toma la calle publicó un vídeo en YouTube en el que «ciudadanos de todas las clases» se unían para declamar el manifiesto Democracia Real Ya (DRY) y convocar manifestaciones el 15 de mayo. Sin usar el término capitalismo para la convocatoria del 15 de mayo de 2011, las críticas del manifiesto se centran en los «poderes económicos» y sus facilitadores políticos, en un sistema enfermo<sup>[13]</sup> y una democracia not found, «no se encuentra».

En Córdoba como en Madrid, la democracia está representada en una tumba, a veces acompañada de sus fechas de vida y de muerte<sup>[14]</sup> de 1978 hasta 2011, como en la fotografía tomada en la Puerta del Sol de Madrid el 21 de mayo 2011 (figura 1). Al igual que Germán Labrador Méndez<sup>[15]</sup>, argumentamos que el 15M rompe con el mito

9.- Urrutia Abaigar, Víctor (coord.), «El malestar de la democracia: la desafección política». *Documentación Social*, nº173, 2014.

10.- Rodríguez Talavera, Araceli, «El 15M: un primer intento por identificar sus grupos constitutivos a través de la red»; Madrigal Barrón, P. y Carrillo Pascual, E. (coord.), *Nuevos tiempos, nuevos retos, nuevas sociologías*. Toledo, ACMS, 2012, pp. 802-813 (p. 806).

11.- Touraine, Alain, *La Voix et le Regard*, Seuil, Permanente, 1978.

12.- URL del vídeo de DRY: <https://www.youtube.com/watch?v=h86mHWnbGiA>; el 9 de mayo, el segundo vídeo de DRY presenta un monólogo inspirado en el discurso de *El gran dictador* de Charlie Chaplin, con Rafael Darro: [https://www.youtube.com/watch?v=ndDP\\_CSrKRY](https://www.youtube.com/watch?v=ndDP_CSrKRY).

13.- Uno de los jóvenes colectivos firmantes del manifiesto de DRY y organizador de la manifestación del 15 de mayo de 2011 se denomina: *Estado de malestar*, juego de palabras con el concepto de Estado del bienestar.

14.- El uso del humor negro es una característica cultural española contemporánea. Núñez Florencio, Rafael y Elena Núñez González, *¡Viva la Muerte!: Política y cultura de lo macabro*, Marcial Pons, Historia, 2014.

15.- Labrador, Germán, «¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política en la transición española y el imaginario de la historia en el 15-M», *Kamchatka. Revista de análisis Cultural*, nº 4, 2014, pp. 11-61.



Fotografía reproducida por Germán Labrador Méndez en su artículo sobre la crítica estética de la política de la Transición española y el imaginario de la historia en el 15M, publicado en 2014. Una mujer joven parece recitar un homenaje póstumo mientras un hombre con corbata finge llorar. Sobre el féretro de la democracia: 1978—15M serían las fechas de su vida y de su muerte, con el símbolo de la monarquía. El RIP es la clásica inscripción cristiana: *Requiescat In Pacem*. La corona de flores y el cirio rojo, típico de los que se encienden en las iglesias católicas, completan la escenificación —en la Puerta del Sol, epicentro del país— de la «muerte» de la democracia del régimen de 1978. 21 de mayo de 2011, Puerta del Sol, Madrid (fotografía EFE, autor desconocido).

de la Transición y puede simbolizar el fin de una doble ilusión: la de la democratización de España como proceso culminado y la de la pertenencia a la UE como sinónimo de futuro próspero. Abre un ciclo de contestación y reflexión sobre la democracia en España, reclamando una redefinición de las reglas hacia una mayor soberanía popular.



Fotograma del décimo segundo del vídeo, usado en la película *Rey Heredia, Diez años de dignidad*. Este fotograma del vídeo colgado por el periodista Alberto Almansa en su canal de YouTube *7 Olas*, que titula «Manifestación democracia real en Córdoba», fue tomado en la Plaza de la Corredera, en la manifestación del 15 de mayo de 2011 en Córdoba. Una pancarta gigante hecha a mano reivindica también una «democracia real ya». La pancarta de DRY Córdoba repite el llamamiento «a tomar las calles» el 15 de mayo de 2011, en letras mayúsculas, con el uso del color amarillo para acentuar el «Ya». En el extremo izquierdo se dibujan unas marionetas con unas tijeras que amenazan con cortar los hilos que las sostienen. El par de tijeras y la línea de puntos, símbolo recurrente de los recortes presupuestarios, se repite en el extremo derecho, como para subrayar que el recorte vendrá de la calle, con el mensaje «Toma la calle 15.05.11».

La democracia representativa aparece representada como muerta en un ataúd también en Córdoba, durante la manifestación del 15 de mayo (figura 2).

Invitamos al lector a releer el manifiesto de DRY completo, en el que queremos resaltar los dos primeros párrafos :

«Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, para trabajar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos. Gente que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean.

Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos... Pero todos estamos preocupados e indignados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor. Por la corrupción de los políticos, empresarios, banqueros... Por la indefensión del ciudadano de a pie»<sup>[16]</sup>.

La estrategia es inclusiva, queriendo abarcar a toda la sociedad española bajo el lema de «gente común», de ciudadanía indefensa frente a las potencias financieras y de los políticos que les facilitan su implantación. Si el lector se fija en el texto de propuestas de la coordinación de Acampadas del 15M, publicada el 20 de mayo 2011<sup>[17]</sup>, podrá constatar que el mensaje cambió en cinco días.

En resumen, el texto pone en valor la lucha contra la corrupción y por la democratización del sistema, las reformas para una mayor justicia social, fiscal y salarial son transversales en muchas propuestas. Del mismo modo, también está presente la lucha contra la mercantilización de los servicios públicos (en particular, la enseñanza superior con el Plan Bolonia o la información con la lucha contra la «Ley Sinde») y la reorientación hacia el interés general. Según dónde se sitúe el lector, esta lista de propuestas puede parecer «reformista», ya que se basa en varios artículos de la Constitución española, o «revolucionaria»: respecto a la propuesta de nacionalización de todas las antiguas empresas públicas privatizadas y de los bancos que han sido resca-

tados por el Estado; o cuando se trata de reclamar medidas contra la corrupción y los privilegios de los cargos electos, una mejor separación de poderes, la reforma de la ley d'Hondt o la implantación de mecanismos de democracia participativa y directa. La síntesis de estas propuestas se sitúa ideológicamente a la izquierda. Aquí se aprecia hasta qué punto, en solo unos días de movimiento, la voluntad inicial de DRY de reunir a «progresistas» y «conservadores» se ha hecho añicos, por ejemplo, respeto a la separación efectiva entre la Iglesia y el Estado y a las cuestiones vinculadas al reconocimiento de la memoria histórica republicana (penúltimo punto de este resumen), etc. Cinco días después de la manifestación, estas cuestiones que fragmentan ideológicamente a la sociedad española, resurgen, el giro a la izquierda parece más asertivo a partir del 20 de mayo de 2011.

Algunos protagonistas del 15M afirmaron inspirarse en muchos movimientos sociales de aspiración revolucionaria extranjera, ya fueran muy recientes o pasados: de la «Revolución islandesa», a los movimientos tunecino y egipcio de la «Primavera Árabe», pasando por el movimiento de 1968 francés, pero pocos hicieron directamente referencias a las luchas anteriores nacionales. A modo de comparación, el movimiento Nuit Debout en 2016 y los chalecos amarillos a partir de 2018, esta revuelta «inclasificable»<sup>[18]</sup>, en los símbolos presentes en las plazas o en las rotondas, hacían constantemente referencias a la historia de los levantamientos populares del país. La plaza de la República está rebautizada como plaza de la Comuna —en referencia a 1871— durante el movimiento Nuit Debout, cuando la plaza de Catalunya hace referencia a Tahrir, la plaza de la Libera-

16.- Texto del llamamiento a la manifestación de DRY el 15 de mayo de 2011: <https://15m-valencia-blog.tumblr.com/manifiesto-15-de-mayo>

17.- Texto disponible en: <https://web.archive.org/web/20110824132955/http://madrid.tomalaplaza.net/2011/05/20/propuestas-20-mayo/>

18.- Ravelli, Quentin, et al. *Les Gilets jaunes: Une révolte inclassable*, Éditions Rue d'Ulm, Paris, 2024.

ción en el Cairo. El símbolo de la guillotina de la Revolución de 1789 fue llevado hasta los Champs-Élysées, la mayor avenida de París, y muchos chalecos amarillos hacían directamente referencia a una variedad de movimientos (Frente Popular, Mayo del 68, etc.). Mientras los chalecos amarillos continuaron saliendo a las calles cada sábado, al principio del año 2019, el hirak (movimiento) llenó las calles argelinas, con referencia a la liberación de su pueblo y a una independencia confiscada, que según los hirakistas, hay que recuperar para un Estado de derecho y no militar. Eso no ocurrió directamente durante el 15M sino después. Por ejemplo, el movimiento de los sindicatos de inquilinas que emerge a partir de 2017 sí que hace referencias a las huelgas de alquileres del principio del siglo<sup>[19]</sup>.

### ¿Movimiento memorialista y 15M como hitos de un relato nacional democrático?

Luis Naranjo, profesor de Geografía e Historia, presidente del Foro por la Memoria de Córdoba, insiste en que los lugares de memoria en Europa están destinados a promover «el recuerdo»<sup>[20]</sup>, en particular dando a conocer las identidades y las historias de las personas que lucharon contra el fascismo. Por ejemplo, la memoria de las Brigadas Internacionales o de los españoles que huyeron de la guerra civil y lucharon contra el nazismo se conmemora en diversos lugares de memoria en el extranjero, especialmente en el sur de Francia. Según él, la España posfranquista hizo todo lo contrario que la Francia liberada. No cumplió con el de-

ber de memoria de conmemorar las luchas republicanas, antifascistas y contrarias al régimen monárquico. De hecho, la nación española no se construyó sobre el mito de la resistencia al fascismo, como es el caso del relato nacional francés (qué también se apoyó sobre el mito de la sociedad francesa como mayormente Resistente), sino sobre la «página blanca» de la historia nacional que había que construir evocando un nuevo relato: el de la transición democrática y la integración europea como futuro próspero. Al querer pasar la página de la dictadura y los trágicos acontecimientos que la instauraron, la amnistía de 1977 se convierte en sinónimo de amnesia memorial para los republicanos y sus descendientes. Para estos últimos, como Luis Naranjo, es más bien la memoria franquista la que se conserva. Eso tiene su incidencia sobre el inicio del 15M y su evolución.

Como hemos visto, en España en 2011, la inspiración desde los colectivos jóvenes que fomentan el 15M parece venir del exterior de las fronteras. Si la crítica del bipartidismo está muy presente, se hace también de forma más global hacia las potencias financieras. La estrategia era unir al máximo de personas hacia dos categorías de adversarios: los bancos y sus supletorios políticos, encarnado por el «PPSOE». Sin embargo, no se usa directamente la palabra capitalismo ni neoliberalismo, al igual que el reconocimiento de la memoria histórica, estas cuestiones resurgen pocos días después y son retomadas por diferentes organizaciones que se inscriben en la senda del 15M. Conscientes de esta mediatización desde arriba, como en las fotografías de la plaza Tahrir que se hicieron famosas, algunos protagonistas del movimiento escriben encima de las tiendas de campaña «La crisis, es el capitalismo» el 20 de mayo 2011. En diversas ocasiones, como el 19 de junio de 2011 con una manifestación contra el

19.- El término huelga de alquiler/es (en singular o plural) aparece más de 15 veces en el libro del Sindicato de Inquilinas Sindicat de Llogateres. *Poder inquilino*, Traficantes de Sueños, 2025.

20.- Entrevista del 22 de mayo de 2019 en el marco de un encuentro con doctorandos franceses.



La fotografía de Olmo Calvo, tomada el 20 de mayo de 2011 en la Puerta del Sol, muestra a miles de personas ocupando la simbólica plaza para reclamar una «democracia real». Al igual que en la plaza Tahrir de El Cairo, las fotografías tomadas desde el cielo se multiplican y se convierten en símbolos de estos «movimientos de las plazas», también analizados como «movimiento de movimientos». Conscientes de esta mediatización vista desde arriba, los manifestantes escribieron en letras mayúsculas blancas en una de las lonas azul oscuro: «La crisis es el capitalismo». Esta fotografía no fue reproducida por los principales periódicos españoles en el momento de su publicación. Solo diez años después *El Diario.es* reprodujo la fotografía (al igual que algunas páginas web de izquierda y varias cuentas de Twitter), «El 15M, en 20 imágenes icónicas de Olmo Calvo» (*El Diario.es*, 14/05/2021).

«Pacto del Euro», el lema se hace más claro hacia la UE: «Queremos una Europa para la ciudadanía, no para los mercados» y un «cambio global», el 15 de Octubre del mismo año.

Una de las herencias del 15M se encarna en el fenómeno y movimiento de los Ya-yoflautas, que sigue luchando desde 2011 —por ejemplo en Córdoba—<sup>[21]</sup> hasta hoy en día. Se definen como nietos del movimiento 15M al mismo tiempo que la mayoría de ellos tienen una larga trayectoria de compromiso social, de la militancia al

activismo. Aunque cada miembro de estos colectivos tiene su propia biografía, es indudable que las experiencias de la lucha antifranquista con las de los miembros del 15M<sup>[22]</sup> tuvieron puntos de encuentro en estos grupos. Según Christopher Schwartz<sup>[23]</sup>:

22.- Lanzman, Juan Linares, «Los hijos del 15M vienen de lo viejo pero van hacia lo nuevo» y López Aranguren, Felipe et al, *laioflautas, Desobediencia civil en acción*, Icaria, 2016, p. 35.

23.- Schwarz, Christopher H. «Collective memory and intergenerational transmission in social movements: The «grandparents' movement» iaioflautas, the indignados protests, and the Spanish transition». *Memory Studies*, nº15 (2022), pp. 102-119 (traducción propia del inglés).

21.- Consultar su página Facebook : [Ya-yoflautas Córdoba](#)

«Con el estallido de la crisis económica en 2008, la Transición y su representación en la memoria colectiva se volvieron cada vez más problemáticas, sobre todo porque las promesas de un futuro mejor para los ciudadanos de la democracia española se enfrentaban cada vez más a experiencias de precariedad y a las incertidumbres temporales que estas conllevan. [...] Más importante aún, el movimiento 15M responsabilizó directamente a la transición democrática de estas disfunciones e incluyó, entre sus principales reivindicaciones políticas, la necesidad de recuperar la memoria histórica».

Así mismo, si el movimiento acaba constituyéndose una referencia para las luchas posteriores y colgar este mensaje crítico en el debate público, participó en fisurar el mito de la Transición, labor que el movimiento memorialista sigue asumiendo desde hace más de una generación<sup>[24]</sup>. Siguiendo su labor por la memoria, la entrada en vigor de la ley de 2022 sobre la memoria democrática, tomada bajo el gobierno PSOE-Unidas Podemos, muestra que estas cuestiones entraron en la agenda de la política institucional. Aunque sigue siendo un relato «minoritario», se puede comprobar hasta en los manuales escolares (figura 4) que «algo» pasó.

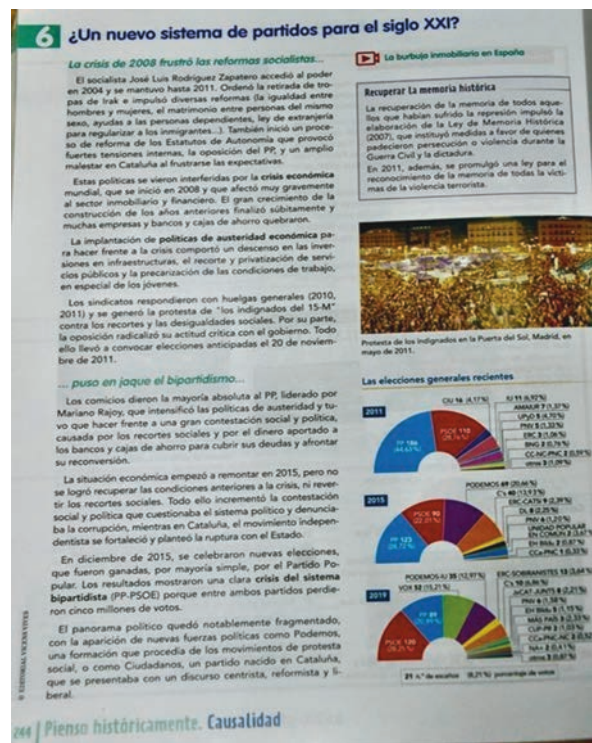
**Conclusión: un relato en camino**

Algo, ¿pero qué? Según el economista y filósofo Frédéric Lordon<sup>[25]</sup>, actualizando el pensamiento de Spinoza y de Marx<sup>[26]</sup> con el

24.- «Materiales para la memoria», *Mientras Tanto*, 97, 2005.

25.- Traducción propia de : «La société tient ses histoires, et tient à ses histoires, parce qu'elle pressent confusément qu'elle tient *par* ses histoires, que ses histoires la tiennent : la font tenir». Frédéric Lordon, «Spinoza, ou l'art de ne pas se raconter des histoires», *Association des Amis de Spinoza*, Dossier, 30 décembre 2021 [en ligne].

26.- Lordon, Frédéric. *Capitalisme, désir et servitude*. Marx et Spinoza, La Fabrique, 2010.



Pág. 244 del manual *En Red Geografía e Historia*, (Vicens Vives, 2021). Curiosamente hay un cuadro «recuperar la memoria» encima de una foto de la «protesta de los indignados» en mayo de 2011. Una sola frase habla del movimiento en el texto: «Los sindicatos respondieron con huelgas generales (a las políticas de austeridad) y se generó la protesta de «los indignados del 15M» contra los recortes y las desigualdades sociales».

marco del estructuralismo de las pasiones: «La sociedad sostiene sus historias, y se aferra a sus historias porque intuye confusamente que se sostiene gracias a ellas, que sus historias la sostienen: la mantienen en pie». El 15M supuso un giro crítico hacia las representaciones del bipartidismo y del régimen de la Transición, eje cultivado antes y después por el movimiento memorialista. Ambos entraron en la historia del presente. Estas historias de memorias republicanas y grietas para la memoria democrática tendrían que ser más analizadas y escuchadas si el objetivo es fomentar un relato emancipatorio de las luchas españolas.

# #StolenMemory España. Una iniciativa europea de memoria histórica\*

**Antonio Muñoz Sánchez**

*Universidade de Santiago de Compostela*

Cuando la Wehrmacht ocupó Francia en la primavera de 1940 se encontraban en el país 140.000 refugiados de la guerra civil española, 40.000 de ellos mujeres y niños. Para el jefe de las SS, Reinhard Heydrich, eran «gentuza antialemana infestada de comunistas», a la que el régimen de Hitler iba a controlar y reprimir con ayuda de sus aliados Pétain y Franco. En los años siguientes, uno de cada diez hombres españoles refugiados en Francia acabaría en un campo de concentración en Alemania, lo que permite hablar de una deportación de carácter masivo. Hubo republicanos en todos los campos de concentración nazis, destacando Mauthausen (7.500), Buchenwald (600), Dachau (600), Neuengamme (500), Sachsenhausen (200), Ravensbrück (200 mujeres) y Flossenbürg (150). Los deportados fueron utilizados como mano de obra esclava en canteras, en fábricas y en la construcción de infraestructuras. El sobreesfuerzo, la escasa alimentación, el frío, los malos tratos y las enfermedades segaron la vida de más de la mitad. Entre los supervivientes, la mayoría sufrieron secuelas has-

ta el fin de sus días. Tras muchas décadas de desinterés, hoy los deportados republicanos a los campos de concentración del Tercer Reich ocupan un lugar central en la memoria democrática de nuestro país, y las iniciativas dirigidas al (re)conocimiento de estas víctimas del nazismo son seguidas con interés por buena parte de la población, como es el caso de la que aquí presentamos.

Al entrar en un campo de concentración, los deportados eran despojados de todas sus pertenencias, que se almacenaban en la denominada *Effektenkammer*. Cuando, en 1942, la Cruz Roja solicitó a Heinrich Himmler que autorizase el envío de los objetos íntimos de los fallecidos en Mauthausen a sus familias en España, el ministro del Interior se negó por tratarse, dijo, de «pequeñas cosas sin valor». Tras la guerra, circunstancias azarosas permitieron que los objetos personales de varios miles de deportados se preservaran y acabaran años más tarde en un centro de documentación sobre las víctimas del nazismo. Este puso en marcha hace una década la campaña #StolenMemory, dirigida a difundir entre la opinión pública la existencia de los objetos, que ha servido para que varios miles de familias de deportados recuperen esas «pequeñas cosas» que, tanto para ellos como para la memoria democrática europea, poseen un valor incalculable.

\*Este texto está dedicado a la memoria de Carlos Fernández Rodríguez, quien no sólo lo inspiró, sino que fue además uno de los actores de la historia que relata. La bonhomía y la entrega desinteresada de Carlos a las causas justas dejaron en el autor una huella imborrable.

Este artículo analiza el alcance en nuestro país de #StolenMemory, una original iniciativa memorialista que ha tenido eco en todo el viejo continente, desde Rusia hasta Portugal. Inicia con un repaso de la historia de los objetos de los deportados preservados al final de la guerra mundial y de su parcial restitución durante siete décadas. Expone a continuación el multifacético proyecto #StolenMemory, lanzado en 2016 con el objetivo de buscar a los familiares de los deportados para entregarles sus objetos y en que juegan un papel fundamental los voluntarios, los medios de comunicación y las redes sociales. Se centra luego en el desarrollo de #StolenMemory en España, en el que el autor ha participado intensamente. En primer lugar, muestra las diversas etapas de la restitución y los límites de la búsqueda. En relación con esto, presenta en segundo lugar la investigación sobre los españoles en Neuengamme que ha acompañado al proyecto. En tercer lugar, se detiene en la exposición #StolenMemory que, en diferentes versiones y formatos, se mostró en más de veinte ciudades españolas entre 2020 y 2025. En cuarto lugar, ofrece algunas notas sobre el proceso de restitución, mostrando la acogida por parte de las familias, su influencia en la fundación del Amical de Neuengamme, y la donación de algunos de los objetos a museos y archivos en España. Por último, tematiza la implicación de las diferentes administraciones públicas en la iniciativa #StolenMemory justo en un momento de intenso debate en España en torno a la memoria democrática.

### **De la *Effektenkammer* a la Unesco**

El 4 de mayo de 1945, tropas británicas liberaron Lunden, una pequeña ciudad al norte de Hamburgo. En la bolera de un bar de la localidad los soldados hicieron un hallazgo sorprendente: cajas y más cajas

de madera llenas de sobres que contenían pequeños objetos como carteras, carnés, anillos, cadenas, pendientes, fotos, relojes, llaves, estilográficas, etc. El material había sido depositado solo unos días antes por un miembro de las SS que había servido en el campo de concentración de Neuengamme, situado unos 150 km al sur. Ante la inminente llegada de los aliados, los guardias habían recibido la orden de destruir toda la documentación del campo y hacer desaparecer cualquier rastro de los crímenes allí cometidos. Uno de los SS encomendado con la labor de vaciar la *Effektenkammer* pensó que la bolera de su pueblo sería un buen escondite.

Aquellas cajas contenían 7.800 pequeños legados de otros tantos prisioneros de Neuengamme. Con ayuda de la Cruz Roja, varios miles fueron devueltos a los propietarios en diferentes países. Sin embargo, la división del continente a causa de la guerra fría y las propias dificultades para la búsqueda llevaron al estancamiento de las devoluciones y al abandono de las investigaciones. Tras varias estaciones en juzgados y organismos de diversas administraciones alemanas, en 1963 los objetos finalmente fueron entregados al International Tracing Service (ITS), el mayor centro de documentación del mundo sobre víctimas del nazismo, situado en Bad Arolsen, en el Land de Hessen. Junto a los objetos procedentes de Neuengamme, el ITS recibió algunos centenares de objetos de prisioneros de Dachau y de Bergen-Belsen, así como de la Gestapo de Hamburgo. En total, a mediados de los años sesenta, el ITS custodiaba 4.700 legados. Algo menos de cien eran de deportados españoles, casi todos de Neuengamme y unos pocos de Dachau.

En las cinco décadas siguientes, 1.500 objetos pudieron ser devueltos a los legítimos propietarios de manera casual. Esto es, después de que un antiguo deportado o

sus familiares contactasen con el ITS, por lo general para solicitar documentación que probase su paso por un campo de concentración con la intención de reclamar a la RFA una indemnización como víctima del nazismo. Fue el caso del asturiano José Rendueles de la Sala, «prácticamente inválido —explicaba su doctor al ITS— por secuelas psico-somáticas originadas en los campos de concentración nazis», quien en 1970 recibió en Buenos Aires con emoción el reloj de oro que le habían confiscado en Neuengamme y al que guardaba mucho cariño por ser un regalo de su madre<sup>[1]</sup>. La misma emoción que casi cuarenta años más tarde sintió el hijo del deportado catalán Emilio Zafón Campos cuando tuvo en sus manos el reloj del padre, fallecido a comienzos de 1945 en el campo de concentración y a cuya memoria dedicaría un libro<sup>[2]</sup>.

A partir de 2010, el ITS experimentó una transformación radical. De archivo administrativo muy burocratizado y aislado de la sociedad, pasó a ser un centro documental abierto a los investigadores y orientado a difundir entre el gran público la historia de las víctimas del nazismo. Con generosos fondos del Estado alemán, el ITS digitalizó los 40 millones de documentos que custodia, con informaciones relativas a 17,5 millones personas. Desde 2019, ese ingente fondo documental se puede consultar online, lo que ha traído consigo un fabuloso impulso en la investigación sobre deportados, trabajadores forzados del régimen hitleriano, refugiados tras la guerra mundial, etc.

En este contexto de redefinición de su identidad, el ITS lanzó en 2016 la iniciativa #StolenMemory, dirigida a promover activamente la restitución de los objetos de los

deportados. Por entonces, el ITS custodiaba 3.200 legados de deportados de 32 países. Más de la mitad eran de deportados de Polonia, Alemania y Rusia, mientras que de los procedentes de Holanda, Francia, Yugoslavia, Ucrania o España se contaban entre 50 y 100 objetos en cada caso. El ITS organizó una campaña de difusión en las redes sociales (con especial foco en Alemania y Polonia), concibió una exposición que fue presentada en la central de la Unesco en París en 2018 y que desde entonces recorre Europa, y fue además creando una red de voluntarios que movilizan a medios de comunicación locales y realizan ellos mismos la búsqueda de familiares. Con estos sencillos mimbres, #StolenMemory fue haciendo camino y tras una década de devoluciones, el ahora rebautizado como Arolsen Archives custodia apenas 2.000 objetos. La esperanza de sus responsables es que en el plazo de quince años la restitución se haya completado. En vista de la experiencia en España, que pasamos ahora a analizar, tal vez ese horizonte no sea realista y se haga necesario buscar alternativas a la entrega de los objetos a los familiares<sup>[3]</sup>.

### #StolenMemory España. Cronología de la restitución

Cuando en 2016 se puso en marcha #StolenMemory, el ITS contaba en sus fondos con objetos de setenta deportados españoles, de ellos tres mujeres. El proyecto echó a andar de la mano de Ana García Santamaría, investigadora de la deportación vasca navarra. Reconstruyendo la biografía de un deportado, supo a través de la web del ITS de la existencia de un reloj de su propiedad requisado por las SS a la entrada en Neuengamme, donde fallecería en abril de 1945.

1.- Expediente de José Rendueles de la Sala en Arolsen Archives.

2.- Joan Zafón Trillas, *El reloj de Neuengamme*, Barcelona, Dux, 2011.

3.- Sobre los precedentes, orígenes y el desarrollo de #StolenMemory, veáse <https://www.stolenmemory.org>



Nieves Cajal Santos, con el anillo de su tío Miguel Santos Alonso, fallecido en mayo de 1945 durante la evacuación de Neuengamme (foto: @istolpersteine).

Tras ardua pesquisa, logró identificar a un sobrino-nieto del deportado, que en 2017 recibió el reloj de un antepasado cuya memoria se había apagado en la familia<sup>[4]</sup>. Durante la primera mitad de 2018, también los familiares de dos deportados a Neuengamme tuvieron conocimiento de la existencia de objetos suyos en el ITS y los reclamaron. Estas restituciones tuvieron muy escasa proyección pública.

En octubre de 2018, este autor asistió en el ITS a una conferencia en la que conoció la existencia de #StolenMemory y se ofreció para colaborar. Contactó entonces con el diario digital *El Confidencial*, que realizó un amplio reportaje sobre la iniciativa que presentaba además una lista completa de los deportados españoles cuyos obje-

tos custodiaba el ITS<sup>[5]</sup>. El reportaje tuvo el impacto buscado. Numerosos periódicos regionales replicaron la información, dando especial relieve a los deportados de la respectiva región y grupos memorialistas e investigadores iniciaron la búsqueda. El efecto fue inmediato y hasta las Navidades de 2018 se restituyeron objetos a familiares de cinco deportados. Grandes medios como *El País* o TV3 se hicieron eco de las devoluciones. La televisión catalana incluso entrevistó en directo desde Bad Arolsen a los miembros de la familia de una deportada que habían viajado desde Francia y España para recibir sus objetos.

Tal vez por ser el año en que se conmemoraba el 80º aniversario del exilio republicano, en 2019 #StolenMemory recibió

4.- Ana García Santamaría, «Restituyendo la memoria de un olvidado», *Antzina* (2017), pp. 55-61.

5.- «Alemania busca a las víctimas españolas del nazismo para devolver sus objetos robados», *El Confidencial*, 24/10/2018.

mucha atención mediática y ello ayudó a que se produjera un gran avance en la devolución de objetos. En total, fueron veinte los legados restituidos. De la mayoría de las devoluciones en España informó la prensa, sobre todo la regional. Pese al Covid, el interés mediático en torno a #StolenMemory se mantuvo en 2020. Especialmente influyente fue un largo reportaje en *El Mundo* con fotografías de los treinta y tres objetos de españoles que por entonces se encontraban aún en Arolsen Archives<sup>[6]</sup>. La sobrina de un deportado madrileño tuvo noticia leyendo el diario de que el anillo de su tío se conservaba en Alemania. Aquel año se devolvieron doce objetos.

Con más de la mitad de los legados de los deportados ya restituidos a las familias, el ritmo de las entregas bajó considerablemente desde 2021. Ese año apenas se devolvieron tres objetos. En 2022, se entregaron seis. En 2023, se devolvieron tres legados. En 2024, se entregaron dos. Y en 2025 se realizó la devolución de un objeto.

Gracias a la publicidad sobre #StolenMemory en los medios de comunicación y las redes sociales, pero sobre todo al trabajo de los voluntarios, entre 2017 y 2025 pudieron ser entregados un total de 55 legados a familiares de otros tantos deportados españoles. Casi a partes iguales, las familias residían en Francia y en España, y solo dos fuera de Europa, en México y Australia. En la actualidad quedan por tanto 15 objetos por devolver. Pero ya no se conservan en Arolsen Archives. A propuesta del autor, los responsables de #StolenMemory decidieron donarlos a varios museos y archivos españoles, como veremos en detalle más adelante. La causa principal para dar este paso fue la certeza de que, vista la imposibilidad de aclarar satisfactoriamente la identidad

o el lugar de nacimiento de algunos de los deportados a Neuengamme, la localización de familiares era casi misión imposible. Y, sin embargo, a veces la investigación permitió obrar pequeños milagros.

### **Investigación sobre Neuengamme, palanca para #StolenMemory**

Situado a 20 kilómetros del centro de Hamburgo, Neuengamme fue el principal campo de concentración del norte de Alemania. Durante la guerra mundial penaron allí más de 13.000 mujeres y 80.000 hombres deportados de toda Europa, en su mayoría resistentes contra la ocupación nazi. 46.000 de ellos fallecieron antes de la liberación. La destrucción de gran parte de la documentación del campo en vísperas de la llegada de las tropas aliadas representa un pesado lastre para historiar Neuengamme. Ni siquiera la mitad de los deportados están plenamente identificados. De la mayoría apenas se conservó su ficha de la sección económica del campo, en que se registraba la nacionalidad, fecha de nacimiento, estado civil, profesión y número de prisionero, pero no su nombre. A partir de 1942, la mayoría de los internos en Neuengamme fueron enviados a trabajar en empresas de munición y en la construcción de infraestructuras militares distribuidas por todo el norte del Reich. Surgió así una red de 80 subcampos que consistían, las más de las veces, en unos barracones dentro de la empresa estrechamente vigilados por las SS.

Aunque se constata la presencia de algún exiliado republicano en Neuengamme desde 1941, el grueso de los españoles llegó al campo entre mayo y julio de 1944 en tres convoyes procedentes de Compiègne. La dispersión de la mayoría de estos deportados españoles entre la galaxia de subcampos de trabajo esclavo de Neuengamme contribuyó a oscurecer su historia. Por un

6.- «33 objetos de españoles en el Holocausto en busca de su dueño», *El Mundo*, 17/8/2020.

lado, porque de gran parte de los subcampos no se conservó documentación alguna. Por otro, porque la separación del grupo cortó contactos y redes de solidaridad e imposibilitó por ejemplo que los españoles llevaran un control de sus fallecidos. Y, por último, porque no permitió que se crearan fuertes lazos de camaradería entre ellos que pudieran perdurar tras la guerra, lo que hubiese favorecido la transmisión de sus experiencias, como ocurrió con los deportados a Mauthausen.

Cuando #StolenMemory se puso en marcha, los españoles de Neuengamme eran casi una hoja en blanco y no formaban parte del gran relato sobre la deportación republicana, centrado en Mauthausen. Ni siquiera se sabía cuántos habían pasado por el campo y cuantos habían fallecido. En la literatura se aceptaba que en Neuengamme habían estado al menos 600 españoles, pero no existía documentación histórica que lo sustentara. El más completo censo de deportados españoles, el del Memorial Democràtic, registraba poco más de 400. Siendo la fuente principal de este censo la documentación original de las SS que se conserva en el museo del campo de Neuengamme, eran comunes errores y faltas gruesas, como nombres incompletos y/o irreconocibles por mal escritos, así como la ausencia de lugar y/o fecha de nacimiento. El mismo problema, pero agravado, se daba con los objetos conservados en Arolsen Archives pues, en muchas ocasiones, la única información sobre sus propietarios era un apellido casi irreconocible y el número de prisionero, que no siempre aparecía en el citado censo del Memorial Democràtic.

Con todo, bastó la tenacidad y el buen hacer de los voluntarios para tirar del hilo y dar con muchos de los familiares. Un caso singular fue el de un deportado madrileño del que se supo que parte de su familia había emigrado a Australia y allí se la localizó

a través de una emisora de radio en español<sup>[7]</sup>. Pero en otros casos se caminaba a ciegas, sobre todo cuando se desconocía el lugar de nacimiento, lo que hizo necesario profundizar en la investigación. Documentación de archivo alemana, francesa y española, hemerotecas, censos y webs de genealogía sirvieron para afinar y completar nombres, lugar de residencia en Francia o fecha y lugar de nacimiento en España. Estos datos resultaron preciosos para identificar a muchos deportados y poder avanzar en la búsqueda de familiares. Los golpes de suerte también contribuyeron a la devolución de algún objeto, como el anillo de un deportado cuya familia siempre había pensado que perdió la vida en un bombardeo en Berlín cuando, en realidad, falleció en un subcampo de Neuengamme<sup>[8]</sup>.

En fin, el trabajo de investigación desarrolló su propia dinámica y se extendió a deportados a Nuengamme sin objetos en Arolsen Archives. Se descubrió así al guineano José Epita Mbomo, el segundo deportado español negro que ha podido ser documentado, y a muchos más que no constaban en ningún censo de víctimas españolas del nazismo<sup>[9]</sup>.

Estas investigaciones lograron arrojar algo más de luz sobre los españoles de Neuengamme. En su inmensa mayoría los

7.- «17.000 kilómetros para recoger el anillo y el reloj que los nazis arrebataron a un prisionero español», *elDiario.es*, 20/3/2022.

8.- «'Se me pusieron los pelos de punta'. El anillo que los nazis robaron a Salvador Meléndez vuelve a casa», *Infolibre*, 9/7/2023.

9.- «José Epita Mbomo. El electricista que sabotó a los nazis y salvó a sus amigos», *El País*, 21/2/2021; «600 olvidados en Neuengamme: españoles deportados al campo nazi de Hamburgo», *El Confidencial*, 25/12/2019; «La huella gallega en los campos de concentración», *La Voz de Galicia*, 21/8/2022. «El tesoro de Arolsen» *elDiario.es*, 27/01/2023; «Extremeños en el horror nazi: de la Guerra Civil al campo de concentración», *Hoy*, 9/7/2023; «Ricardo Escobar Córdoba, el deportado que nadie conocía en Espejo», *EFE*, 17/9/2023.

deportados eran republicanos que habían sido forzados a trabajar en Francia para los ocupantes alemanes o para Vichy y que se implicaron en la resistencia contra el fascismo. Muchos fueron apresados en grupo en el curso de razias policiales. Fue el caso de los más de veinte republicanos detenidos en Rennes en la primavera de 1944 y deportados desde Compiègne el 21 de mayo de 1944. La mayoría de los objetos de españoles que se conservaban en Arolsen Archives pertenecían precisamente a deportados en ese transporte que llegaron al campo de concentración tres días más tarde. Pero no todos los españoles de Neuengamme eran deportados desde Francia. La investigación permitió identificar también a unos pocos trabajadores voluntarios venidos de la España de Franco que habían sido detenidos por pequeños delitos o faltas. Este fue también el caso de uno de los pocos prisioneros españoles de Dachau del que se conservaban objetos, quien fue internado en el campo apenas por haber comentado en una cervecería que Alemania podía no ganar la guerra<sup>[10]</sup>.

### La exposición #StolenMemory en España

En el año 2019 el autor, que por entonces era investigador invitado de la Universitat Rovira i Virgili, animó a Arolsen Archives y al Memorial Democràtic a organizar conjuntamente en Barcelona una versión de la exposición #StolenMemory, que había sido presentada por vez primera un año antes en París. La propuesta fue bien acogida y se concibió así una versión de la exposición centrada en los deportados catalanes y españoles que, pasado el confinamiento por el Covid, se inauguró en junio de 2020 en

los jardines del Palau Robert de Barcelona. La misma exposición, con paneles más pequeños, estuvo desde el mes de septiembre de ese año en el Museu Memorial de l'Exili (MUME) de La Jonquera, donde se mostraron además algunos objetos prestados por familiares y por Arolsen Archives.

En los años siguientes, y ahora en cooperación con el Instituto de Ciências Sociais de la Universidad de Lisboa donde el autor trabajaba como investigador, diversas ciudades españolas acogerían también la exposición #StolenMemory en otras tantas versiones que daban especial relevancia a los deportados de la respectiva región. En 2021, la exposición se llevó al Archivo General de la Región de Murcia y al Palacio de la Audiencia de Soria. En 2022 se concibió una versión para el Archivo General de Andalucía en Sevilla. En 2023, otras dos para el Ayuntamiento de Navia y para el Archivo Municipal de Plasencia. En 2024, otras tres se exhibieron en la Casa Sefarad de Madrid, en el Archivo Histórico Provincial de Alicante y en el Palacio de Valdecarzana de Avilés. La última versión de #StolenMemory para España se inauguró en septiembre de 2025 en Almogía, Málaga.

Por lo general, los promotores de la exposición en España ya colaboraban previamente con el proyecto #StolenMemory. Para el grupo memorialista Recuerdo y Dignidad de Soria, la exposición fue una suerte de celebración por el éxito de su larguísima y compleja búsqueda de familiares de un deportado, cuyos objetos fueron mostrados en la propia exposición. En ocasiones, la exposición formó parte de proyectos más amplios. Así, el Archivo General de la Región de Murcia organizó en paralelo a #StolenMemory una muestra sobre los deportados murcianos, celebró conferencias y publicó varios libros y un censo de deportados de la región. A su vez, el Archivo Municipal de Plasencia concibió una pequeña exposi-

10.- «La emotiva historia del represaliado del nazismo que volvió con su 'asturianina'», *La Voz de Asturias*, 31/1/2020.



Exposición de #StolenMemory en Soria con los objetos del deportado Vicente Borjabad Alguacil (foto: Asociación Soriana Recuerdo y Dignidad).

ción sobre deportados extremeños, celebró un debate con familiares de prisioneros en Mauthausen y Neuengamme, y promovió la colocación de *stolpersteine* a los dos deportados naturales de la ciudad. En otros casos el impulso salió de las aulas, como la versión para Navia, que fue animada por alumnos del IES Galileo Galilei como parte de una actividad sobre la historia de los campos nazis, en la que ellos investigaron las biografías de deportados del occidente de Asturias.

La exposición #StolenMemory presenta una selección de los objetos de los deportados. Cada panel se ilustra con la fotografía de uno de los legados que se acompaña de una biografía de quien fue su propietario. Los paneles azules muestran objetos que ya han sido restituidos a las familias, mientras que los rojos muestran objetos que aún buscan el camino de regreso a casa. Además,

unos paneles introducen al visitante en la historia de los campos de concentración nazis y de la deportación de los españoles, y explican además la campaña #StolenMemory. Los textos están redactados en inglés y en la lengua local. En las diez versiones presentadas en España se utilizó el castellano, el catalán, el asturiano y el gallego-asturiano.

No es fácil valorar el impacto de la exposición #StolenMemory en España. En Sevilla, por ejemplo, tuvo un eco modesto entre la población local, en parte porque el Archivo General de Andalucía se encuentra en un pabellón de la Expo 92 apartado del centro urbano, pero la exposición sí fue visitada sin embargo por miles de escolares de toda la región en excursiones organizadas. La exposición de Navia dejó a su vez una importante huella, al ser mostrada durante más de dos años en diez munici-

pios de las comarcas del occidente de Asturias y de la costa de Lugo. En las grandes ciudades, #StolenMemory apenas complementaba una enorme oferta de exposiciones, caso de Barcelona o Madrid, mientras que en ciudades pequeñas como Plasencia representaron casi un hito cultural pues se trató de la primera muestra en torno a la deportación española.

Algunas de las familias que en Francia y en España recibieron objetos de los deportados españoles tuvieron una participación directa en la exposición #StolenMemory, ya sea aportando informaciones para las biografías, ya realizando entrevistas que se pueden ver en el móvil a través de un código QR impreso en algunos paneles, ya dando su testimonio en diferentes actividades organizadas en torno a la exposición. Otras se mostraron mucho más reservadas y no se prestaron siquiera a aportar datos para redactar las biografías. Ciertamente, la reacción de las familias de los deportados a #StolenMemory fue dispar.

### **Eco de las restituciones, Amical de Neuengamme y donación de objetos a museos**

Mientras que algunas familias de los deportados conocían su historia, otras la ignoraban por completo. Ciertas familias se mostraron entusiasmadas por recibir los objetos y otras los rechazaron. En algunas se despertó un gran interés por conocer más sobre el deportado y por visitar el Memorial del campo de concentración de Neuengamme, pero en otras dominó la indiferencia hacia aquella triste y lejana historia. Estas situaciones extremas delimitan el, por así decir, territorio emocional en el que se han movido los descendientes de los deportados protagonistas de #StolenMemory.

Por lo general, la respuesta a la noticia de ser legítimos propietarios del legado de

un deportado fue muy positiva entre los familiares, y tras realizar los trámites necesarios para reclamarlo, en unas semanas Arolsen Archives les enviaba por mensajería los objetos en una cajita con protección reforzada. Salvo en algunos casos en que se quiso mantener la restitución en la más estricta intimidad familiar, los descendientes de los deportados agradecieron la atención mediática por entender que los reportajes de prensa o las entrevistas en la radio o en la televisión eran una forma de reivindicar la memoria de su antepasado.

En el verano de 2019, el autor convocó a varios familiares de deportados a Neuengamme a un encuentro informal en Barcelona para que se conocieran e intercambiasen experiencias. De allí surgió la idea de crear el Amical español de Neuengamme, que vio la luz meses más tarde. Renacía así una asociación homónima que había sido creada en Francia hacia 1958 por un puñado de antiguos deportados y que había llevado una vida lánguida hasta desaparecer en fecha incierta. El nuevo Amical español de Neuengamme participa junto a amicales de otros países en los actos de homenaje a los deportados que se organizan cada mes de mayo en Neuengamme y en otros lugares del norte de Alemania, realiza investigación e impulsa actividades de toda clase para difundir la historia de la deportación. Nacida en buena medida de las sinergias creadas por #StolenMemory, el Amical de Neuengamme bien podría considerarse el principal legado que esta iniciativa lanzada por Arolsen Archives deja a la memoria democrática en España.

En la convicción de que la localización de familiares de algunos deportados iba a ser en ocasiones extremadamente difícil, el autor propuso a Arolsen Archives que donase sus objetos al Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca (CDMH). Fue así como, en 2020, los lega-

dos de siete deportados cuya región de origen se desconocía fueron entregados en préstamo permanente a este archivo de referencia sobre la guerra civil y el franquismo, con el compromiso de que se devolverían a los familiares si estos aparecían, lo que hasta ahora ha ocurrido en una ocasión. También ese año, como ya hemos visto, Arolsen Archives prestó objetos para la exposición #StolenMemory en el MUME. Habían pertenecido a un deportado que había residido y fallecido en La Jonquera.

Satisfechos con aquel experimento, los responsables de #StolenMemory respondieron positivamente a la propuesta del autor de realizar más préstamos de objetos de deportados procedentes de diferentes regiones a museos o archivos de esas mismas regiones como forma de incentivarles a promover la campaña de #StolenMemory, por ejemplo, albergando la exposición. Recibieron objetos en préstamo permanente el Archivo Regional de Murcia, el Archivo General de Andalucía y el Museo de Historia de Arévalo. En otros casos, fueron las propias familias las que decidieron donar los objetos al Archivo Histórico de Asturias, al Archivo Municipal de Plasencia, al Archivo Provincial de Toledo, al Archivo Provincial de Alicante y al Archivo Provincial de Huesca. Caso singular fue el de una familia que, tras ser localizada, no se interesó por el legado de su antepasado. Ante esta situación, se decidió en 2025 donarlo a la Fundación Pablo Iglesias.

### **#StolenMemory y la esquizofrénica política de memoria en España**

El lanzamiento mediático de #StolenMemory en España se produjo en los primeros meses de la presidencia de Pedro Sánchez, que había hecho de la memoria histórica una de las banderas de su man-

dato. El ejecutivo preparaba para 2019 gran cantidad de actos en torno al 80º aniversario del fin de la guerra civil y del exilio republicano, en que se daría especial atención precisamente a los deportados a los campos nazis. En este contexto, podía esperarse que el gobierno apoyase #StolenMemory, por ejemplo, poniendo a disposición de la búsqueda de familiares los robustos recursos de la Administración o dándole difusión en los medios de comunicación públicos. Sin embargo, no hubo ninguna reacción por parte del gobierno. Pese a ser requerida en diversas ocasiones, incluso por familiares de deportados, la Secretaría de Estado de Memoria Democrática no participó en ninguna de las actividades que por toda España se organizaron en torno a #StolenMemory. Ni siquiera en el acto de entrega del objeto de un deportado madrileño a su familia venida desde Australia que organizó la embajada alemana en Madrid y al que asistió la directora de Arolsen Archives.

Sin que podamos siquiera aventurar un esbozo de explicación verosímil, lo cierto es que en España #StolenMemory escapó por completo al esquema binario que damos por supuesto de una izquierda comprometida sinceramente con la memoria democrática y una derecha combatiente contra ella. Muy significativo resulta en este sentido el hecho de que los tres archivos de carácter regional (Andalucía y Murcia) o provincial (Alicante) que más se implicaron en el proyecto, recibiendo objetos y organizando la exposición, están gestionados por gobiernos del PP. De la misma forma, la acogida más entusiasta en una ciudad española a #StolenMemory se dio con gran diferencia en Plasencia, gobernada por el PP. En la sala noble del histórico Ayuntamiento, en presencia de representantes de la embajada alemana en España y de Arolsen Archives, y con la ausencia de



Homenaje a deportados a campos nazis en Plasencia, presidido por el alcalde popular Fernando Pizarro, septiembre de 2023 (foto de Alexandre Gil).

los concejales del grupo municipal socialista, el alcalde agasajó a los familiares de los deportados placentinos con un improvisado discurso limpiamente antifascista del que el autor fue asombrado testigo<sup>[11]</sup>.

Que la política de memoria en España transita por sendas sinuosas e inextricables quedó aún más en evidencia con la reacción del gobierno socialista de Castilla-La Mancha a #StolenMemory. Cuando tuvo conocimiento de que el Archivo Provincial de Toledo había recibido de Arolsen Archives el reloj de un deportado por deseo de la familia, la Consejería de Cultura ordenó al director que lo devolviera a Alemania. Gracias a la decidida intervención del historiador y archivero Carlos Fernández Rodríguez, el asunto trascendió e Izquierda Unida reprochó en sede parlamentaria al

gobierno de Emilio García Page, lo que entendía era un gesto de desprecio a la memoria del deportado toledano, fallecido en un subcampo de Neuengamme en noviembre de 1944<sup>[12]</sup>. Reculó entonces la Consejería de Cultura, permitiendo que el reloj se quedara en el Archivo Provincial de Toledo, aunque a la vez prohibió al Archivo Provincial de Albacete que recibiera de Arolsen Archives un anillo que la familia de un deportado de la provincia, residente en Francia, había ofrecido. El anillo fue finalmente acogido por el Archivo Provincial de Alicante.

11.- «La ciudad recordará a los dos placentinos víctimas de Hitler», *El Periódico de Extremadura*, 18/9/2023.

12.- «El viaje sin rumbo de las pertenencias de las víctimas de campos de concentración de Castilla-La Mancha», *elDiario.es*, 26/1/2023.

**Anexo: Balance de la restitución de objetos**

*Deportados cuyos objetos fueron recuperados por las familias*

José Albert Penalva  
 Ramón Alandi Qui  
 Gabriel Álvarez Arjona  
 Miguel Álvarez Heras  
 Antonio Amigo Sánchez  
 Francisco Anguila Pascual  
 Blas Antón Díaz  
 Tomás Arnanz Esteban  
 Pascual Askasíbar Iriondo  
 Ernest Bauló Amadó  
 Vicente Borjabad Alguacil  
 José Cabrera Martín  
 Braulia Cánovas Mulero  
 Ángel Casaus García  
 Antonio Castán Bru  
 Blas Domingo Veguer  
 Ramón Duch Carreras  
 Andrés Gálvez Belmonte  
 Antonio García Rodríguez  
 Víctor García-Serrano Retegui  
 Andrés González  
 Francisco González Cuadrado  
 Francisco Granero Nieto  
 Francisco José Gutiérrez Domínguez  
 Jacinto Justribó Planas  
 Joan Lladó Mas  
 José López Gabarrán  
 Segundo Lorenzo González  
 Pilar Lubián Clemente  
 Josefa Maranges Bober  
 Ramón Mateu Gené  
 Salvador Meléndez Meléndez  
 Miquel Obradors Mas  
 Cayo Pelegay Villoque  
 Manuel Pérez Taboada  
 Jaime Piguillem  
 Benjamín Quiroga  
 Ángel Ros del Castillo  
 Severiano Ruiz

Adolfo Sánchez Sánchez  
 Felipe Sansiñena Iribarren  
 Miguel Santos Alonso  
 Armando Sarriu España  
 Baldiri Soler Artau  
 Josep Verges Font  
 Joan Vila Bataller  
 Adolfo Zamanillo Zorrilla  
 Enrique Zudaire Menezo

*Objetos donados por Arolsen Archives o por familiares a museos y archivos (en cursiva, familias aun no localizadas)*

José Badia Agustí (MUME)  
 Arturo Casarrubios Hernández (Archivo Provincial de Toledo)  
 Francisco Castells Encontra (Archivo Provincial de Huesca)  
 Vicente Diaz (Archivo General de Andalucía - AGA)  
 Mariano García López (Archivo General de la Región de Murcia, AGRM)  
 Manuel García Ruiz (AGA)  
 David Gil Castaño (Archivo Municipal de Plasencia)  
 Luis Gracia Miguel (CDMH)  
 Antonio Jiménez Ramos (AGA)  
 Giner Linares Ruiz (CDMH)  
 Miguel López Peña (CDMH)  
 Blas Martínez Aranda (Archivo General de la Región de Murcia)  
 Andrés Melgar (CDMH)  
 Jesús Milla Serrano (CDMH)  
 Francisco Navarro Serrano (MUME)  
 Venancio Ortells Menéndez (Fundación Pablo Iglesias)  
 Fidel Ramos Valera (AGA)  
 Antonio Rodríguez Bordallo (Archivo Provincial de Alicante)  
 Emilio Rodríguez Pérez (Archivo Histórico de Asturias, AHA)  
 Luciano de la Vega (Museo de Historia de Arévalo)  
 Vicente Villena Chacón (CDMH)  
 Salvador Viñas Muñiz (AHA).

# Antonio Jaén Morente (1879-1964). Memoria de un republicano andaluz

**Manuel Toribio García**

*Profesor Jubilado de Educación Secundaria*

Antonio Jaén nació en Córdoba, el 3 de febrero de 1879. Estudió Magisterio en su ciudad natal. Muy pronto, marcharía a Madrid para ampliar sus estudios en Filosofía y Letras que culminó en 1908 con una tesis doctoral sobre «El valor histórico del Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso (Córdoba)»<sup>[1]</sup>. Por mediación de su maestro, Rafael Altamira, participó, en 1912, en un curso de Metodología de la Historia en el Centro de Estudios Históricos. Dos años antes había conseguido, por oposición, la Cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de Cuenca. De allí se trasladó a Segovia, donde ocupó la cátedra hasta el 21 de marzo de 1918. En esta ciudad comenzaron sus publicaciones, *Segovia* y *Enrique IV* y *Retratos de mujeres* y, además, fue donde intervino en un acto prorrepblicano por primera vez.

Cuando obtuvo plaza en el instituto cordobés comenzó su actividad política en el Partido Republicano Autónomo, que defendía un ideario andalucista, mostrándose, además, anticaciquil y republicano, y aunque no obtuvo ningún éxito, su aureola comenzó a forjarse. Por ejemplo, en la *Revista Andalucía* llegó a publicarse un manifiesto titulado «La candidatura Jaén Moren-



Antonio Jaén en la inauguración del Museo Julio Romero de Torres en Córdoba, presidida por el ministro de Instrucción Pública Marcelino Domingo (*La Voz*, 24/11/1931).

te», que fue firmado por personalidades de la talla de Cambó, Lerroux, Largo Caballero, Eloy Vaquero o Castejón<sup>[2]</sup>, sin olvidar tampoco que actuó como abogado defen-

1.- Antonio Jaén Morente, *El valor histórico del Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso (Córdoba)*, Ayuntamiento de Córdoba, 2022.

2.- Antonio Barragán Moriana, *Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba 1918-1920*, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1990, p. 277.

sor de los izquierdistas que fueron reprimidos durante los incidentes que tuvieron lugar en la provincia a lo largo de 1919<sup>[3]</sup>. Incluso llegó a denunciar ante el Gobierno las malas artes del gobernador a favor de los candidatos monárquicos. En el Círculo Mercantil, el 10 de diciembre de 1921, por iniciativa de la Junta de Defensa y Progreso, pronunció la conferencia «El problema artístico de Córdoba».

En la década siguiente, se estableció en Sevilla donde se vinculó a la Masonería como miembro de la Logias España y Trabajo<sup>[4]</sup>. Entre Córdoba y Sevilla, con alguna que otra escapada a Madrid, transcurrió la trayectoria de don Antonio en la década de los años veinte. En 1921 publicó *Resumen de la historia de Córdoba*. Ocho años después, es premiada su *Historia de América*, que es, sin duda, uno de los más completos manuales para bachillerato de los numerosos que publicó a lo largo de su dilatada carrera. Comenzando por las culturas precolumbinas, presenta una manera novedosa de aproximarse al tema al superar las concepciones eurocéntricas. También publicó una *Geografía de América*, que viene a ser como un complemento del libro de Historia, donde lanzaba una crítica contra el coloso norteamericano.

En 1930, desde Sevilla, consiguió de nuevo ser destinado al instituto de Córdoba y es ahora cuando mostró un mayor protagonismo político coincidiendo con los agitados momentos de los estertores de la Monarquía. Así, en el verano de 1930, ya intervino en un mitin en Peñarroya, y en la comida que hubo a la finalización del mismo «dio vivas a la República, lo cual motivó

la denuncia del delegado gubernativo allí presente»<sup>[5]</sup>. Si bien era seguidor de Alcalá Zamora, defendía planteamientos singulares como los que expuso en un mitin en Cabra en octubre de 1930, al hablar de la unión de republicanos y socialistas. En esos mismos días, fue detenido tras el acto político en el que interviene con varios socialistas en Palma del Río<sup>[6]</sup>. El 9 de diciembre publicó un artículo en la prensa para confirmar que estaba organizando en Córdoba el partido de Alcalá Zamora, la Derecha Liberal Republicana, y que no era él quien orientaba *Política*, publicación izquierdista.

En las elecciones del 12 de abril resultó elegido concejal de la Conjunción republicano-socialista. Lo nombran gobernador y presidió la constitución del nuevo Ayuntamiento el 16 de abril con la siguiente declaración:

«La República supone la devolución al pueblo de la totalidad de los derechos ciudadanos... para todos los españoles, sin odio, venganza ni represalias, abriéndose cauce a una nueva era legal. La República española es la casa de los republicanos pero también para todos los españoles de buena voluntad»<sup>[7]</sup>.

El 22 de abril es nombrado Gobernador Civil de Málaga, pero sólo se mantuvo en el puesto hasta el 19 de mayo, pues no pudo evitar la quema de conventos e iglesias que tuvo lugar entre el 12 y el 13 de mayo. Maura, ministro de Gobernación, dijo en sus *Memorias* que lo cesó por la gestión de esos días de crisis, pero la realidad es que el pro-

3.- Francisco Moreno Gómez, «Movimiento obrero, caciquismo y represión en la provincia de Córdoba en 1919», *AXERQUIA*, nº12, Córdoba, 1984, pp. 109-148.

4.- Leandro Álvarez Rey, *Aproximación a un mito: masonería y política en la Sevilla del siglo XX*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1996, p. 190.

5.- Francisco Moreno Gómez y Juan Ortiz Villaba, *La Masonería en Córdoba*, Ed. Escuredo, Córdoba, 1985, p. 209.

6.- Manuel García Parody, *Los orígenes del socialismo en Córdoba, 1893-1931*, Ed. Cajasur, Córdoba, 2002, p. 671.

7.- Luis Palacios Bañuelos, «Córdoba en nuestro siglo. 1898-1936», *Córdoba y su provincia*, Tomo III, Córdoba, 1985, p. 94.

pio Jaén presentó la dimisión y que cuando estallaron los incidentes se encontraba en Madrid. Sospechamos que sería uno de los motivos de su abandono de la Derecha Liberal Republicana<sup>[8]</sup>.

El 6 de julio de 1931 pronunció una conferencia radiada desde el Gran Teatro cordobés donde anunció su viraje hacia el Partido Republicano Radical Socialista (PRRS), y el 30 de diciembre declaró a *Política* que él nunca había abandonado la ideología radical y que sólo por motivos de táctica había sido aliado de la Derecha Liberal de Alcalá Zamora, pero al no poder volver al partido de Lerroux por antiguas querellas personales con algunos cordobeses, decidió afiliarse a los radical-socialistas de Marcelino Domingo.

En las elecciones legislativas resulta elegido diputado desarrollando numerosas intervenciones en las Cortes Constituyentes: la organización territorial del Estado, siguiendo vivamente todo lo relacionado con el Estatuto de Cataluña; una Constitución que expresara los anhelos de una ciudadanía democrática; el impulso de la educación con presupuestos generosos, aumento de plantillas, creación de nuevos centros, becas, etc. Además, no podemos olvidar que el 3 de junio de 1931 fuera nombrado Director del Instituto cordobés.

En las Cortes, presidió la Comisión que investigó los sucesos de Sevilla: una huelga revolucionaria protagonizada por comunistas y anarquistas y una durísima represión de la misma con varios incidentes provocados por señoritos sevillanos<sup>[9]</sup>. El 29 de ju-

lio de 1931, ya en Sevilla, comenzó con los demás comisionados a trabajar en el Ayuntamiento, en medio de muchos obstáculos, pues para los anarquistas esta Comisión sólo servía para encubrir a los culpables, mientras que los derechistas recelaban de ellos. El 11 de agosto, regresó a Madrid para presentar sus conclusiones, que fueron contradictorias, y con las que no dejó a casi nadie contento. Jaén Morente, en la sesión del 21 de agosto, denunció el feudalismo político y económico que pervivía en la tierra andaluza. En el Ayuntamiento de Córdoba también participó en otros debates como el de la expulsión de los jesuitas o el problema de la tierra donde propugnaba «la urgente necesidad de la devolución de los grandes feudos a la colectividad, como así lo pide la voz del campo andaluz»<sup>[10]</sup>.

Con motivo de la Sanjurjada publicó un manifiesto de adhesión a la República en el que atacó a la vieja aristocracia alentadora del movimiento, abogando por la promulgación de una ley para que todos esos grandes propietarios como los duques de Medinaceli y Medina Sidonia quedasen económicamente reducidos a cero.

Otro tema latente en el pensamiento y la obra de Jaén Morente fue el colonialismo español, que, según él, estaba causado por una imperiosa necesidad de superar el Desastre de 1898. En 1932, publicó un libro dedicado a lo que él llamaba *El problema marroquí*<sup>[11]</sup>. Planteaba el difícil encaje del territorio del Protectorado dentro del marco constitucional de la II República, preocupación que en su caso no era nueva ya que, en alguno de los numerosos libros de texto que escribió se había ocupado de la

8.- En el *ABC* de Madrid del 13 de enero de 1932 escribirá una carta pidiendo una rectificación a un discurso de Maura en el que este volvía a culparlo. Una buena descripción de los hechos en José Jiménez Guerrero, *La quema de conventos en Málaga, mayo 1931*, Ed. Arguval, Málaga, 2006.

9.- Manuel Tuñón de Lara, *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX: Jaén (1917-1920). Sevilla (1930-1932)*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 199

10.- Luis Palacios Bañuelos, «La Segunda República en Córdoba», en *Córdoba, apuntes para su historia*, Córdoba, 1981, pp.195-212

11.- Publicado en 1932, recoge los textos de sus intervenciones parlamentarias sobre el tema.

cuestión<sup>[12]</sup>. La República había asumido el Protectorado sobre Marruecos y el resto de las colonias africanas como una herencia monárquica sin apenas modificar la situación de dominio colonialista, ni afirmar la igualdad jurídica entre españoles y marroquíes, aunque sí se intentó lo que se conocía como la republicanización de Marruecos, nombrando a personas de confianza del régimen republicano en los puestos de administración y gobierno, especialmente en la Alta Comisaría, donde civiles iban a sustituir a los militares<sup>[13]</sup>. El nombre de Jaén Morente incluso sonó para el cargo.

En la sesión del 29 de marzo de 1932, cuando se estaba discutiendo en las Cortes el presupuesto para Marruecos, lo consideró continuista, criticando que la mayor partida fuese para cuestiones militares y planteando que en la zona había un ejército de 75.000 hombres, los mismos que los británicos tenían en la India. A finales de ese año, realizó un primer viaje a Marruecos, del que dio cuenta en una nueva sesión de las Cortes para aprobar el Presupuesto del Protectorado para 1933 y propuso que se constituyera una Provincia de África, si bien con un carácter más simbólico que real, dentro de un hipotético Ministerio de Ultramar que quería poner en marcha mostrándose de acuerdo con una propuesta formulada por Lerroux<sup>[14]</sup>.

El 6 de enero de 1933 cesaba en su puesto del Instituto de Córdoba ya que al día siguiente tomaba posesión de su cargo de Ministro Plenipotenciario de la Legación de España en Lima. Conocemos con detalle su

labor diplomática ya que él mismo publicó, en 1934, un libro en el que daba cuenta de ella<sup>[15]</sup>.

Llegó a Perú en febrero de 1933, cuando todo el continente era, según sus palabras, «un magno laboratorio político» por la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, la movilización en Bolivia por su ansiada salida al mar y las tensiones prebélicas entre Perú y Colombia por la posesión de la región de Leticia. El 31 de octubre cesó en su puesto coincidiendo con la caída del gobierno Azaña y anunció su retorno a la dura realidad política española presentándose a las nuevas elecciones legislativas, pero, antes de partir, envió un cablegrama a la Agrupación Radical Socialista de Córdoba pidiendo «una amplia concentración republicana, acentuada con la formación de un partido republicano único de izquierdas... y restablecer depurado el frente político de 1931»<sup>[16]</sup>. No salió elegido. En un Manifiesto expresó su descontento por la ruptura de la conjunción republicano-socialista. Retornó a sus clases coincidiendo con un momento de enorme tensión en toda España: son los días del octubre revolucionario y en Córdoba hubo algaradas estudiantiles<sup>[17]</sup>.

Cada vez estaba más cercano a Izquierda Republicana, el partido de Azaña donde terminó militando. Así lo prueba su participación el 29 de octubre de 1935, en un acto de esta formación en Málaga al que asistieron tres mil personas embelesadas con su oratoria<sup>[18]</sup>. El compromiso político volvió a

12.- *España extrapeninsular. Marruecos. Sahara. Río de Oro. Guinea, Islas*, Sevilla, s/f.

13.- Julio Pérez Serrano y Juan Manuel Arteaga Bulpe, «La II República y el Protectorado marroquí: nuevo régimen político, viejas pautas coloniales», *II Jornadas Niceto Alcalá Zamora y su época*, Priego de Córdoba, 1998, pp. 281-298.

14.- Antonio Jaén Morente, *La Lección de América*,... pp. 63-65.

15.- Antonio Jaén Morente, *La Lección de América*, Madrid, 1934.

16.- «Certificado del Subsecretario del Ministerio de Estado sobre cese de Antonio Jaén Morente como Ministro Plenipotenciario en Lima», Madrid, 27 de noviembre de 1933, Archivo del IES Séneca, Córdoba.

17.- Manuel Morente Díaz, *Antonio Gil Muñiz y la pedagogía cordobesa. Del institucionalismo al nacionalcatolicismo*, Córdoba, 2006, pp. 16-17.

18.- *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de octubre de 1935.

ser una realidad en su vida. Dentro de Izquierda Republicana y del Frente Popular, se preparó para una auténtica batalla electoral. El 4 de febrero de 1936, participó en un mitin del frente izquierdista<sup>[19]</sup>. Resultó de nuevo elegido y el 20 de febrero, como portavoz de los diputados del Frente Popular, se entrevistó con el gobernador para pedir la reposición de los ayuntamientos elegidos en 1931, y ese mismo día participó en una manifestación desde la Casa del Pueblo al Ayuntamiento para exigir su renovación. El 11 de marzo, la prensa dio cuenta de una nueva reunión a la que asistió para estudiar asentamientos en fincas y facilitar el trabajo a 400 campesinos en paro forzoso<sup>[20]</sup>. Siempre trató de evitar excesos y mantuvo una actitud apaciguadora, como por ejemplo en unos incidentes que tuvieron lugar en Palma del Río<sup>[21]</sup>.

En los días inmediatos al golpe militar se encontraba en Madrid gestionando su traslado a un instituto de esta ciudad, y además, en las Cortes había asumido el cargo de Secretario de la Comisión de Estado<sup>[22]</sup>. Pero las nuevas autoridades franquistas de Córdoba no se olvidan de él y comenzó su depuración<sup>[23]</sup>. El Claustro del Instituto decidió retirarle «la confianza que depositó en él al proponerlo como Director y se le consideraba indigno, no sólo de desempeñar este cargo, sino también el de catedrático del Instituto»<sup>[24]</sup>. El Ayuntamiento lo decla-

ró poco después, el 17 de agosto, «Hijo Maldito de la Ciudad», porque lo culpaba por señalar los objetivos a los aviones gubernamentales que la bombardearon. El día 21 de ese mes, tuvo lugar una manifestación por las calles cordobesas para mostrar la indignación popular y una de las consignas fue «¡Muera Jaén Morente!»<sup>[25]</sup>. Incluso su querida biblioteca es incautada y muchos de sus libros fueron quemados<sup>[26]</sup>.

Aún desempeñaría una nueva misión diplomática, pues el 22 de junio de 1937, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Extremo Oriente y Cónsul General en Filipinas y Guam, con sede en Manila. De nuevo desarrolló una amplia labor de propagandista con conferencias que son publicadas en la revista *Democracia Española*, órgano de expresión de los republicanos afincados en el archipiélago. Por ejemplo, el 18 de diciembre de 1937, intervino en la Liga Democrática de Manila y, además, viajó a Iloilo y Bacalod para participar en actos prorepublicanos y entrevistarse con líderes de la izquierda filipina.

No está solo. El 24 de abril de ese mismo año, tuvo lugar un acto de recepción masónica en la Logia de Manila en honor del «venerable hermano» Antonio Jaén, quien aprovechó el acto para presentar la contienda hispana como un prelude de la guerra mundial que se estaba fraguando<sup>[27]</sup>. Sin embargo, el ambiente le era hostil ya que entre la colonia española predominaban elementos simpatizantes de los franquistas.

19.- *Ibidem*, 4 de febrero de 1936.

20.- *Ibidem*, 7 de febrero de 1936.

21.- Francisco Moreno Gómez, *La República y la Guerra Civil en Córdoba*, Córdoba, 1982, p. 375 y Antonio León Lillo, «Los sucesos del 19 y 20 de febrero de 1936 en Palma del Río», *La guerra desde la paz*, Córdoba, 1992, p. 171.

22.- Leandro Álvarez Rey, *Los Diputados por Andalucía en la Segunda República 1931-1939*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2010, p. 287.

23.- Manuel Morente Díaz, *La depuración de la enseñanza pública cordobesa a raíz de la Guerra Civil*, Córdoba, 2011, pp. 530-547.

24.- «Libro de Actas del Claustro», 1929-1938, fols.163-

165. Archivo del IES Séneca.

25.- Francisco Moreno Gómez, *El genocidio franquista en Córdoba*, Ed. Crítica, Barcelona, 2008, pp. 406-407

26.- Manuel Morente Díaz, «La mala semilla. Depuración de libros y bibliotecas en Córdoba», *Revista e-Co*, Centro de Profesorado de Córdoba, nº 8, 2011, www.revista e-Co (Consulta:13 de octubre de 2025)

27.- «Recepción masónica en honor del venerable hermano Antonio Jaén Morente», *Democracia Española*, Manila, 29 de abril de 1938.



El alcalde Julio Anguita entrega el título de Hijo predilecto a la hija de Jaén Morente (Fototeca del Archivo Municipal de Córdoba).

tas, que tenían su punto de reunión en el Casino Español donde ondeaba la bandera de la España franquista igual que ocurría en muchas de las iglesias.

Al terminar la guerra, comenzó un largo exilio, primero en Ecuador entre 1939 y 1953, donde se convirtió en un especialista en arte hispanocolonial, y fue profesor de las Universidades de Quito y Guayaquil. Además fue conferenciante de temas varios por casi todos los países de América, desde Canadá a Chile. En 1945 intervino en las

Cortes de la República reunidas en México, donde dio cuenta de sus gestiones ante parlamentarios de varios países hispanoamericanos con el fin de que no reconocieran a la España de Franco. En 1953, se estableció en San José de Costa Rica, donde dirigió la Catedra Menendez Pidal y allí falleció el 8 de junio de 1964.

En 1980, de manos del alcalde cordobés Julio Anguita, su hija Magdalena recibió el título póstumo de Hijo Predilecto de la ciudad de Córdoba<sup>[28]</sup>.

28.- Manuel Toribio García et al., *Antonio Jaén Morente, hijo predilecto de Córdoba*, Ed. Utopía, Córdoba, 2017.

## AUTORES

(Secciones: Dossier, Entrevista y Nuestros clásicos)

**Irene Abad Buil** es doctora en Historia Contemporánea, docente en enseñanza secundaria y profesora Ayudante Doctor en la Universidad de Zaragoza. Durante años ha trabajado sobre la historia de las mujeres en la España contemporánea, con especial atención a las mujeres de los presos políticos de la dictadura. Entre sus publicaciones destacan *La tormenta que pasa y se repliega. Los años del maquis en el Pirineo aragonés-Sobrarbe* (2001); *Leandro Saún y Carmen Casas. Organización política clandestina en la Zaragoza de los años 40* (2008), o *En las puertas de prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo* (2012).

**Ferran Archilés** es doctor en Historia Contemporánea y PPL en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat de València. Es director del Máster de Historia Contemporánea de la UV. Sus investigaciones se han centrado en el estudio de los procesos de construcción nacional y los nacionalismos en España y Europa. Es coeditor (con Julián Sanz) del libro *Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N* (2017). En la actualidad está redactando una historia del valencianismo político para editorial Catarata.

**Sophie Baby** es catedrática acreditada de Historia contemporánea y directora del departamento de Historia en la Université Bourgogne Europe. Se ha especializado en la transición española y el franquismo y reflexiona sobre los retos transnacionales que plantean la violencia masiva y su memoria en nuestras sociedades contemporáneas. Después de un primer libro destacado, *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)* (2018), ha publicado recientemente *¿Juzgar a Franco? Impunidad, Reconciliación, Memoria* (2025).

**Pau Casanellas** es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona y director del Centro de Estudios sobre Dictaduras y Democracias (CEDID) de esta misma universidad. La mayor parte de su investigación se ha focalizado en temáticas como la represión y el control social, la política institucional, la movilización social y la violencia política. Es autor de los libros *Morir matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977* (2014) y, en coautoría, *Gobernadores. Barcelona en la España franquista (1939-1977)* (2015), además de haber publicado en varias obras colectivas y revistas (*The Historical Journal*, *Contemporary European History*, *Ayer*, *Historia y Política*...).

**Francisco Cobo Romero** es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada. Ha sido investigador y profesor visitante en la London School of Economics (University of London), la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y el Department of History and Civilization del European University Institute de Florencia. Ha centrado su investigación en el análisis de los procesos de politización del campesinado español en una perspectiva europea comparada. Entre sus principales publicaciones se encuentran los siguientes libros: *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939* (2012); *Las grandes dictaduras europeas del siglo XX* (2018) y *La República en los pueblos. Conflicto, radicalización y exclusión en la vida política local durante la Segunda República española (1931-1936)* (2021).

**Francisco Erice Sebares** es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo. En los últimos años ha centrado sus investigaciones en los problemas de la memoria colectiva, la historia del comunismo o la historiografía. Fruto de ello son libros como *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva* (2009), o *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista, 1956-1963* (2017), *E. P. Thompson. Marxismo e historia social* (coeditor, 2016), *En defensa de la razón: Contribución a la crítica del posmodernismo* (2020, coeditor), así como la dirección de los dos volúmenes de *Un siglo de comunismo en España* (2022).

**Carlos Forcadell** es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Ha centrado sus investigaciones en cuestiones relacionadas con la historia cultural y política en España y la historia de Aragón. Autor de libros como *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918* (1978) y *Oficios e industrias, cien años de enseñanzas técnicas en Zaragoza* (2019). Co-autor de *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea* (2015) y editor de *Lecciones sobre historia. Juan José Carreras Ares* (2016). Fue Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista *Ayer* (2006-2010). Desde 2007 es director de la Institución Fernando el Católico.

**José Gómez Alén** es catedrático de Historia de Enseñanza Media, orienta sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Autor de libros como *As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo* (1995) o *Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo* (2008). Co-autor de *Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio*, (2013); *Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977*. Sus últimos libros son *10 de Marzo. Un conflicto del Movimiento Obrero Gallego por la democracia* (2022) y *La abogacía española y la lucha por una justicia democrática durante la dictadura franquista* (2024).

**Ángeles González Fernández** es catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Sevilla. Sus investigaciones se centran en el estudio de las relaciones entre política y negocios en el tardofranquismo y la transición a la democracia, así como en el análisis comparado de los procesos democratizadores en Portugal y España. Autora de *Transiciones a la democracia en Portugal, Grecia y España* (2019), coautora de *España: la búsqueda de la democracia (1960-2010)*, ha participado en obras colectivas como *Hacer democracias ibéricas. Cancelar imperios africanos. Actores y memorias de los procesos democratizadores en la península ibérica* (2025); *El fin de las dictaduras ibéricas (1974-1978)* (2010); *Desarrollismo, Franquismo y neohispanidad* (2018); *La transición desde otra perspectiva. Democratización y mundo rural* (2019).

**Elena Hernández Sandoica** es doctora en Historia por la UCM, obtuvo la cátedra de Historia Contemporánea en 1997, jubilándose en 2018. Hasta ahí desempeñó docencia, gestión y dirección de investigación ininterrumpidamente. Es autora de títulos diversos sobre política colonial española –desde su doctorado en 1982–, historia de la educación universitaria, análisis historiográfico e historia cultural, o historia de las mujeres, especialmente biografía. Dirigió la *Historia de España 3er. Milenio, Cuadernos de Historia Contemporánea*, y entre otras: *Tendencias historiográficas actuales: Escribir Historia hoy* (2004 y 2015), *Los fascismos europeos* (1992), y *Rosario de Acuña (1850-1923). La vida en escritura*, (2022).

**Óscar J. Martín García** es científico titular en INGENIO (CSIC-Universidad Politécnica de Valencia). Su trabajo se ha centrado principalmente en la historia de los movimientos sociales y de las relaciones Internacionales en los años 60 y 70 del siglo XX, prestando interés a cuestiones como la movilización social y la democratización en la España rural, la construcción de la ciudadanía democrática en contextos dictatoriales, las dimensiones internacionales de los cambios de régimen postautoritario en España y Portugal y la política exterior norteamericana en el marco de la Guerra Fría. Autor de numerosos artículos académicos y de los libros *Albacete en transición. El Ayuntamiento y el cambio político, 1970-1979* (2006) y *A tientas con la democracia. Movilización y cambio político en la provincia de Albacete, 1966-1977* (2008).

**José Luis Martín Ramos**. es catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona. Su labor de investigación se ha desarrollado en el ámbito de la historia del movimiento obrero y, en particular, del movimiento comunista. Entre sus principales publicaciones se encuentran *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya* (1977); *Rojos contra Franco. Historia del PSUC* (2002); *Historia de la Unión General de Trabajadores. Entre la revolución y el reformismo, 1914-1931* (2008); *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España* (2016); *Guerra y revolución en Cataluña* (2018) e *Historia del Partido Comunista de España* (2021).

**Carme Molinero** es catedrática emérita de Historia Contemporánea en la UAB. Su investigación se ha centrado en la historia social y política de la historia de España de la segunda mitad del siglo XX. Es autora de *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista* (2005). Entre los libros publicados en colaboración con Pere Ysàs, destacan *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista* (1998), *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)* (2017); *La Transición. Historia y relatos* (2018); *Alianza Popular/Partido Popular. Del franquismo a la democracia (1976-1996)* (2025).

**Mónica Moreno Seco** es catedrática de Historia Contemporánea en el Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante. Es editora de la revista *Pasado y Memoria*. Entre sus publicaciones más recientes, es co-autora de *Historia de las mujeres y del feminismo desde 1945. Nuevos debates, nuevos espacios, nuevas identidades* (2023) y ha (co-)editado *Desafiar los límites. Género y rebeldías públicas y privadas en el siglo XX* (2023), *Mujeres entre generaciones y naciones. Género y activismo en el siglo XX* (2025) y *Radiografía del antifranquismo en España y Francia (1939-1977). Partidos, sindicatos y movimientos sociales* (2025).

**Xosé M. Núñez Seixas** es doctor en Historia Contemporánea por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, y catedrático de la misma materia en la Universidad de Santiago de Compostela. Sus campos de investigación son la historia transnacional de los nacionalismos y las identidades territoriales en Europa, además de la historia social y cultural de la guerra y la memoria de la guerra y las dictaduras. Entre sus últimos libros destacan: *Beyond Folklore? The Franco Regime and Ethnoterritorial Diversity in Spain, 1930-1975* (2024), y *The Eastern Front in European Memory: On Victims and Heroes, 1945-2025* (2025).

**Teresa María Ortega Lopez** es catedrática de Historia Contemporánea y decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Especialista en historia del género, antifeminismo y franquismo, ha estudiado las relaciones entre política, cultura y desigualdad en la España del siglo XX. Entre sus obras destacan *Hasta aquí hemos llegado. Una historia del Antifeminismo en España* (2026), *Mujeres y Agricultura en la política española del siglo XX* (2024), *Historia de las mujeres y del feminismo desde 1945* (2023) y *Mujeres, género y nación en la dictadura de Primo de Rivera* (2023). Compagina la investigación con una intensa labor de gestión y transferencia social.

**Gonzalo Pasamar Alzuria** es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Especialista en historia de la historiografía y de la memoria y en teoría histórica, es fundador y director desde 2011 de *Historiografías, revista de historia y teoría*. Ha publicado libros tales como *Apología and Criticism. Historians and the History of Spain. 1500-2000* (2010) y es autor de varios estudios sobre la memoria y las interpretaciones de la Transición española, el más importante de los cuales es *La Transición española a la democracia ayer y hoy. Memoria cultural, historiografía y política* (2019).

**Sofía Rodríguez Serrador** es doctora en Historia y profesora de Historia Contemporánea en la Universidad de Valladolid. Miembro del Instituto Universitario de Historia Simancas. Sus líneas de investigación se centran en la Historia sociocultural, de la educación, la conflictividad política e Historia de Género en la contemporaneidad. Entre sus últimas publicaciones destaca «Desafiando el imperativo de la maternidad: el aborto en España en los siglos XIX-XX. Legislación, práctica y opinión pública» (Vegueta, 2025).

**Ismael Saz** es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia. Especialista en culturas políticas de la extrema derecha europea durante el período de entreguerras, ha dedicado una buena parte de su extensa labor investigadora al análisis de la naturaleza, la configuración y la evolución del franquismo, así como de las diversas culturas políticas nacionalistas que lo integraron. Entre su abundante producción destacan las monografías, *España contra España: los nacionalismos franquistas* (2003), *Fascismo y franquismo* (2004), *Las caras del franquismo* (2013) o, como coeditor, *The right and the nation: Transnational perspectives* (2023).

**Pere Ysàs** es catedrático emérito de Historia Contemporánea de la UAB e investigador del Centro de Estudios sobre Dictaduras y Democracias (CEDID-UAB). Se ha especializado en la historia social y política de la dictadura franquista, de la transición española a la democracia y de la España actual. Es autor o coautor de catorce libros, entre ellos, *Disidencia y subversión. La lucha de régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975* (2004), y en colaboración con Carme Molinero, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España, 1956-1982* (2017), *La transición. Historia y relatos* (2018) y *Alianza Popular/ Partido Popular. Del franquismo a la democracia (1976-1996)* (2025).

fundación de  
investigaciones  
marxistas



[www.fim.org.es](http://www.fim.org.es)

